Escándalo Nocturno
Christina Dodd



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capitulo 1

-Esperemos que nadie recuerde el escándalo -comentó Eleazer Morant, mirando a su cuñada por encima de su trémula nariz de conejo-. No quisiera que el buen nombre de mi hija se viese mancillado por tu desgracia.

La señorita Jane Higgenbothem, enfundada en su ya anticuado vestido de viaje en tonos castaños, estaba sentada muy erguida en la dura silla. Sabía que representaba la viva imagen de la dignidad y la calma. De hecho, se había esforzado por adquirir tal imagen precisamente para afrontar momentos como ése. Estaba segura de que Eleazer no la había llamado a aquella sala sumida en la penumbra sólo para lamentar aquel antiguo escándalo. Entonces, ¿para qué había venido?

Respondió en tono bien modulado:

-No creo que la buena sociedad se interese por algo que ocurrió hace tanto tiempo. Probablemente esté prestando oídos a alguna nueva habladuría.

-Y así sería... de no ser porque en ese escándalo estuvo implicado lord Blackburn.

Jane bajó la vista y la posó en sus manos enguantadas. El coche estaba esperándola. Y Adorna. Y también Londres la esperaba.

Eleazer continuó su monótono discurso:

-Lord Blackburn es uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Él marca el tono en sociedad. Todos imitan lo que hace. -Los nudillos se le pusieron blancos por la fuerza con que apretaba los brazos de la rancia silla de respaldo alto-. Y a pesar de ello, según tengo entendido hay quien todavía lo llama Figgy en alusión a cierta pequeñez.

Jane se encogió, amedrentada.

-Desde mi regreso a Londres, mi comportamiento ha sido ejemplar -replicó con energía.

-Aún sigue usted dibujando -dijo Eleazer, en el mismo tono despectivo con que habría acusado a alguien de prostituirse.

-Todas las damas lo hacemos. -Sus dibujos la traicionan. -Trataré de hacerlo peor.

-No sea atrevida, señorita. Sabe muy bien que esos retratos son mordaces.

En realidad, sus retratos no eran otra cosa que rápidos esbozos, apuntes precipitados que Jane tomaba de la gente que la rodeaba. Y el caso es que Eleazer había visto casualmente uno que ella le había hecho, y había reconocido el brillo de la tacañería en sus ojos. No había olvidado... ni perdonado.

Abrió el grueso libro de contabilidad que tenía en sus manos y lo sacudió ante ella:

-Todavía me cuesta creer que haya financiado esa desafortunada temporada suya. No me correspondía a mí sostenerla; aun así lo hice, a instancias de mi querida Melba. Le dije a ella por entonces que nada bueno saldría de todo esto. -Rascó con las uñas la cubierta de cuero-. Como de costumbre, tenía razón. Nada bueno ha salido.

Jane había escuchado tantas veces ese reproche. Once años antes, él había costeado su vestuario y alquilado una casa en la zona más exclusiva de Londres. Y ¿cómo se lo había pagado ella? Con un desastre. Él no lo había hecho por ella sino por su hermana Melba. Por la esposa a la que había arropado con la mezquina pasión de su tacaño corazón.

También Jane lo había hecho por Melba. Por su bella hermana mayor. Ya a sus dieciocho años, Jane era perfectamente consciente de que no se adaptaría bien a las exigencias de la buena sociedad, pero Melba había restado importancia a sus temores: -Querida, tienes que casarte. ¿Qué otra cosa podría hacer una mujer?». Jane había sospechado en el pasado que Melba sabía que estaba muriéndose; por eso había arreglado las cosas de modo que Jane se mudara del hogar de ellos a su casa propia. Ahora, cuando tenía que enfrentarse al viudo de Melba, Jane comprendió que su hermana había tenido razón. Sencillamente, era preferible ser la esposa de cualquier hombre que depender de Eleazer.

-Yo he sido su ama de llaves, señor. He criado a su hija -Jane hizo una silenciosa inspiración-. Y ahora seré su acompañante.

El hombre se volvió hacia la ventana y miró a la calle; luego se inclinó hacia delante como si algo hubiera atraído su interés.

-Podría haber contratado a alguna otra persona para encargarse de eso, y me habría resultado más barato -arguyó.

Jane oyó un grito que llegaba del exterior. Se incorporó y miró al otro lado de la calle. Una mujer cubierta de harapos había robado una manzana del carro de un vendedor ambulante y ahora se encogía bajo los golpes del airado propietario. El espectáculo crispó a Jane. Entre ella y esa escena sólo se interponía la generosidad de Eleazer.

-Nunca se me ha propuesto invertir en los negocios de Blackburn -afirmó su cuñado, dirigiéndole una mirada maliciosa-. A causa del agravio que usted le ha infligido.

¿Que ella lo había agraviado a él? Jane se mordió la lengua. Tenía la impresión de que no había sido así. Sin embargo, a veces se había preguntado por qué a nadie le había importado que lord Blackburn la hubiese hundido a ella. ¿Cuál podía ser la razón de que se tuviese en tan poco la reputación de una mujer?

Pero nada de eso importaba ahora. Habían pasado once años desde que ella perdiera su respetabilidad y su numen inspirador en aquel desgraciado episodio.

-Me pregunto si la influencia de lord Blackburn habrá sufrido algún inmerecido menoscabo por aquel suceso.

-La reputación de lord Blackburn no ha hecho más que aumentar -Eleazer estiró el cuello para ver cómo el alguacil se llevaba a la rastra a la mujer de la calle- Equipó a un regimiento y lo condujo a la península, y una docena de jóvenes lores se apresuraron a secundarlo. Cuando fue herido y regresó con un parche cubriéndole el ojo, todos los petulantes Petimetres empezaron a ponerse un parche en el ojo.

Jane se arrellanó en la silla. -¿Lo han herido?

Eleazer apartó la vista de la ventana. -¿No acabo de decirlo?

-Aunque Jane no deseaba demostrar interés, no pudo reprimirlo.

-¿Acaso… ha perdido el ojo?

-No lo sé. ¿Cómo habría de saberlo? Ya lo he dicho, no somos amigos íntimos.

Jane apretó con tanta fuerza sus manos enguantadas que le dolieron los músculos de los brazos. Se obligó a recordar que la salud de lord Blackburn no era asunto suyo. Sin embargo, era probable que lo viese en Londres, aunque fuera a distancia y, pese a sus esfuerzos, la excitación que generaba tal expectativa la hizo estremecerse.

Se enderezó, tensa, cuando se oyó un tímido golpe y un francés larguirucho y mal vestido asomó la cabeza por la puerta. Era monsieur Chasseur, el tutor francés de Adorna. Por fin había llegado. Jane se puso de pie, aliviada por la interrupción.

Al verla, el tutor entró en la habitación con los hombros encorvados, manoseando una arrugada hoja de papel de color crema.

-Mademoiselle, he venido a decir…

-¿Qué? -vociferó Eleazer.

El atemorizado monsieur Chasseur, hijo de un caballero inmigrante que lo había perdido todo en la Revolución Francesa, conocía muy bien el sangriento Reinado del Terror. Aun así, palideció ante la cólera de su patrón.

-Je regrette, mademoiselle, Je ne réalise…

-¡oh, hable en inglés, redomado estúpido! -Eleazer clavó en él una mirada furibunda hasta lograr que el joven se ruborizase; luego se volvió hacia Jane-. ¡Llevo gastadas trescientas libras en este debut, parte de ellas en este tutor amanerado!

-Eleazer, ya lo hemos comentado. Adorna debe aprender a bailar, y por eso tenemos un profesor de baile. Tiene que saber tocar algún instrumento, y por eso contratamos a un profesor de piano. -Jane sonrió a monsieur Chasseur-. Y es preciso que hable en francés ya que es la lengua que habla la gente civilizada.

-¡Oui! -el joven francés se llevó la mano al corazón, irguió los hombros y añadió con ademán teatral-: Francia y la civilización son una misma cosa.

Eleazer resopló con grosería.

-Los franceses comen setas que desentierran los cerdos.

Por un instante, Jane creyó que monsieur Chasseur estallaría en un arrebato de furia gala, pues, pese a su pobreza, estaba muy orgulloso de sus raíces. Si se mostraba insolente con Eleazer, éste perdería al único profesor que había podido encontrar dispuesto a instruir a Adorna a cambio de una miseria, cuestión de suma importancia para Eleazer. Además, aquel joven había aceptado acompañarlos a Londres y permanecer junto a Adorna, en un último esfuerzo por inculcar a la muchacha una cierta noción del idioma francés.

El maltratado profesor apretó el puño, estrujando el papel. El ruido lo sacó de su furia, y su mirada se posó en el puño cerrado. El enrojecimiento cedió. Dejó caer los hombros, se acercó a Jane y, sin perder de vista a Eleazer, musitó:

-Mademoiselle, le pido disculpas, pero no puedo viajar a Londres con usted y quedarme como había prometido.

-¿Qué? -Eleazer hizo bocina con la mano en el oído-. ¿Cómo es eso?

Abrumada, Jane clavó la vista en monsieur Chasseur. -Pero usted deseaba regresar a Londres. Dijo que encontraría muchos alumnos durante la temporada.

El joven bajó aún más la cabeza y agitó el papel.

-He recibido esta lettre. Mademoiselle Cunningham, una de mis jeunes alumnas... ha muerto,

Evidentemente, Eleazer había comprendido por entero sus palabras, porque bramó:

-¿Qué tiene que ver una muchacha muerta con Adorna?

-Se está llevando a cabo una investigación -confesó el tutor-. Se me ha citado para que comparezca allí. Ella ha sido... asesinada.

-¿Asesinada? -Si bien Jane no conocía a los Cunningham, se imaginó cómo podría sentirse ella de haberse tratado de Adorna-. ¡Qué horror! ¿Cómo? ¿Por qué?

Él se limitó a mirarla, como si el sonido de su voz no hubiera logrado traspasar su pena. Pero luego entrecerró los ojos y replicó:

-Mademoiselle, YO sólo soy su tutor.

-Si no es usted más que el tutor, ¿para qué habrían de citarlo? -preguntó Eleazer, astuto-. Es usted sospechoso, ¿no es así?

Jane se horrorizó.

-¡Oh, Eleazer! Por favor, ¿acaso no comprende ...?

Era fácil advertir que el inofensivo joven vivía como la mayoría de los caballeros venidos a menos; de manera discreta, sin esperanzas, luchando para procurarse una existencia insignificante.

-No, mademoiselle, él tiene razón -la interrumpió el profesor; daba la impresión de que se había encogido todavía más-. Soy sospechoso, pero no sé por qué. La mañana de ayer le di clase en su hermosa casa. El sol brillaba la última vez que posé la vista sobre su visage bella, pero una espesa niebla empezaba a extenderse desde el

mar cuando estaba concluyendo esa lección. Esa niebla era tan premonitorio que debí haber sospechado que jamás volvería a verla. -Sorbió, sacó un pañuelo y se limpió la nariz-. Y ahora, recibo esta lettre del alguacil...

Jane advirtió que el joven tenía los ojos enrojecidos. Estaba sufriendo, como le sucedería a cualquiera que se enterase de que la vida de una joven había sido arrebatada. Además, estaba preocupado porque se sospechaba de él, tanto por haber estado cerca de la muchacha como por el hecho de que era francés.

-Lamento su pérdida.

-Merci, mademoiselle -repuso, entre sollozos.

-Bueno, así todo está arreglado -concluyó Eleazer, frotándose las manos de satisfacción-. No podemos permitir que un asesino le dé clases a Adorna. Imagínese lo que ahorraré con eso.

«Nada», pensó Jane. A diferencia de Eleazer, ella prefería esperar antes de condenar al profesor. Acompañó a Chasseur hasta la puerta, y le dijo en voz baja:

-Si llegara a regresar a Londres, vaya a visitarnos. Nos instalaremos en casa de lady Tarlin, en Cavendish Square. Allá solucionaremos todo lo relativo a las lecciones.

El profesor hizo una reverencia.

-Bendita sea. Deseo fervientemente enseñar a mademoiselle Morant.

-Sé que lo desea.

En una ocasión- Adorna había hecho llorar de impotencia a monsieur Chasseur por su incapacidad para conjugar un simple verbo. Sin embargo, pese a su frustración, éste había vuelto. Como el resto de los hombres, Chasseur estaba enamorado de Adorna. Y ahora se veía obligado a alejarse de ella.

-Conque un asesino, ¿eh? Y yo que pensaba que no era más que un desvergonzado francés -se burló Eleazer; luego, frunció el ceño-. Aunque, dado lo que le hemos pagado, Adorna tendría que saber chino también. Claro que ella es demasiado tonta.

Jane no podía negarlo, pero no era la inteligencia de Adorna lo que estaba en discusión.

-Adorna es tan bella como lo era su madre. Con una formación adecuada, puede conseguir un matrimonio conveniente. Eso es lo que usted quiere, ¿no es así?

-Desde luego, eso es justamente lo que quiero -replicó él, irritado-. Necesito el beneficio que ello supondría.

Si Eleazer hubiese exhibido tan sólo una mínima muestra de afecto por su única hija, Jane podría haberle perdonado muchas cosas. Sin embargo, había anotado a Adorna en la columna del debe desde el momento mismo en que había nacido. Ahora contaba con pasarla a la columna del haber. La mezquindad de aquel individuo la irritaba de tal modo que su voz sonaba afilada.

-En ese caso, considere como una inversión el dinero que gasta. Gracias a Adorna, logrará el contacto con la nobleza que usted tanto ansía. Ese que yo no he podido lograr.

-Sí, ha fracasado usted de una manera lamentable. He depositado diez mil libras en el Banco de Inglaterra; espero que se me rinda cuentas de cada penique.

-Así se hará. Adorna tiene que ser la mejor y superar a todas las demás debutantes.

-Una cosa más -añadió Eleazer, blandiendo su dedo hacia ella-. No esperará que le compre a usted un nuevo guardarropa. -Toda la ropa que he necesitado la he adquirido yo misma -replicó Jane con orgullo-. Y seguiré haciéndolo del mismo modo.

Eleazer volvió a irritarse al recordarle ella aquel extremo. No sabía de dónde había obtenido aquella mujer su dinero, por lo que habría preferido que hubiera tenido que suplicarle cada medio penique. Como Eleazer disfrutaba de cada oportunidad que se le presentaba de exhibir su poder, Jane no desperdiciaba ninguna para impedírselo.

Y no le importaba que su pequeña reserva de fondos estuviese casi agotada.

-Sigo pensando que debería quedarse aquí, en Sittingbourne.

No era necesario que dijera tal cosa. Jane sabía que quería retenerla allí, prisionera de su alta, estrecha y sombría casa, hasta que se hubiera marchitado todo lo que en ella hubiera de luminoso y esperanzado.

Por triste que fuera reconocerlo, también ella lo había querido. Salir a enfrentarse otra vez al mundo después de lo que había hecho... Se oprimió con la mano el costado, donde la había asaltado una breve punzada de temor.

Tenía veintiocho años y ya estaba descartada por completo. El mero recuero de la desastrosa temporada en Londres la convencía de que preferiría mendigar en las calles que revivir aquella escena de indecible humillación.

Sin embargo, iba a revivirla.

Durante los oscuros años de servidumbre había aprendido muchas lecciones. Y una de las más valiosas le había proporcionado un aplomo que se había ganado duramente. Volvería a ver a los nobles que habían poblado sus pesadillas. Ni siquiera podrían reconocerla, pero ella estaría allí, para presenciar el triunfo de Adorna. Ahora era Adorna la que importaba.

-Le dijimos a lady Tarlin que llegaríamos esta tarde -alegó Jane-. Me parece que sería conveniente que nos marcháramos.

Eleazer se arrellanó en la silla y cruzó las manos sobre el pecho.

-Por supuesto. El Cielo no permita que haga usted esperar a su querida amiga, lady Tarlin.

-Debemos estar agradecidos a lady Tarlin -le recordó Jane-. Está apadrinando a Adorna a pesar de la tenue relación que une a ambas.

-Sí, ella es amiga de usted. Su amiga noble -repuso él, quisquilloso-. Usted finge respetarme, pero siempre se asegura de que jamás olvide que es usted una mujer noble, mientras que yo soy un modesto comerciante.

-Eso no es cierto -replicó Jane, cortante.

Al principio no había sentido desprecio alguno por Eleazer, pero con el tiempo, éste se había ganado con creces su desdén.

-Bueno, ahora no importa -añadió el hombre, sonriendo con malicia, como si supiera algo que ella ignoraba-. Adelante. ¿A qué está esperando?

¿Acaso iba a revelarle por fin el motivo de esa entrevista? justo cuando presionaba el tirador para abrir la puerta, él le preguntó:

-¿Conoce -usted a dame Olten?

Jane se detuvo, apretando con fuerza el tirador.

-La viuda del carnicero. Por supuesto que la conozco. Era una mujer de boca prieta que se deleitaba torturando a sus clientes.

-Ella y yo hemos llegado a un acuerdo. Nos casaremos el mes próximo. -Parecía complacido después de haber pronunciado las palabras que ella había temido oír desde la muerte de Melba, hacia diez años-. Deberá usted buscar un lugar donde vivir.

Capitulo 2

-¡Qué grande es Londres!

Desde que habían entrado en el corazón de la ciudad, en las últimas horas de la tarde, Adorna tenía su bonita cara apretada contra el cristal de la ventanilla del carruaje.

En ese momento se volvió y, cubriéndose la nariz con la mano enguantada, añadió:

-¡Y apesta!

-El Támesis huele muy mal hoy -coincidió Jane, llevándose a la nariz un pañuelo perfumado tras el que ocultó una sonrisa.

Ninguno de sus dibujos hacía justicia de Adorna. La belleza de la joven era tan rutilante que casi hería la vista. Su pelo rubio brillaba como si fuese oro bruñido. Su rostro cautivador era redondeado. Las pestañas caían sobre sus sesgados ojos de intenso azul de un modo que parecía atraer y rechazar a un tiempo lo que hacia enloquecer a los hombres, ya fuesen jóvenes o viejos.

Cuando Jane miraba a Adorna, veía a Melba. Veía a su propia hermana querida. No alcanzaba a comprender cómo era posible que Eleazer volviera la espalda a una muchacha que era el vivo retrato de su esposa. ¡Y ahora iba a casarse con la señora Olten!

-¿Ocurre algo, tía Jane? -Adorna miraba a Jane con la cabeza inclinado-. Tienes la misma cara de alguien que sufriera una indigestión.

-¿Tendría algo de raro después de haber comido en la posada? Jane hizo una mueca-. Te aseguro que aquella salchicha maullaba mientras estaba cortándola.

¡Qué horror, tía Jane! Por favor, no digas eso.

Adorna parecía próxima a la náusea, y lo cierto es que Jane no tenía interés en provocar ningún malestar que pudiera retrasar su llegada, justo en ese momento en que estaban tan cerca de su destino.

-Estaba bromeando, querida -se excusó-. Estoy segura de que la salchicha era de carne bovina.

Adorna se apoyó en el asiento con la boca abierta, en una mueca de asombrado espanto.

-¡Bovina, no!

-Quiere decir «de vaca», querida -se apresuró a aclarar Jane. -Ah. Vaca. ¿Por qué no lo has dicho así? -Adorna se irguió de nuevo y se acomodó la cinta que ceñía su cofia-. ¿Sabes?, sigo creyendo

que tienes un aspecto extraño. Es por mi padre, ¿verdad? Te ha perturbado antes de salir de casa.

Jane miró fijamente a Adorna y se preguntó cómo era posible que la muchacha pareciera tan simple y, al mismo tiempo, fuera tan perspicaz.

«Yo ya no tengo casa.» Esas amargas palabras pugnaban por escapar de sus labios.

Aun así, Jane siempre había protegido a Adorna de las perniciosas actitudes de Eleazer. No podía culpar a la inocente muchacha de los actos de su padre, ni exigirle seguridad alguna para el futuro. Se había quedado sin hogar, pero conservaba su inteligencia. Ya encontraría el modo de abrirse paso en la vida.

-Tu padre está preocupado por la economía.

-¡Como siempre! Hasta ahora, eso no te había inquietado.

Adorna tomó entre las suyas las manos enguantadas de su tía Jane.

-Dímelo, tía Jane. ¿Es por él o es por mí?

-¿Por ti? -El carruaje se bamboleó sobre los adoquines, pero Jane no lo notó-. ¿Por qué habría de estar inquieta por ti?

Adorna bajó la cabeza. No querías venir, pero yo no podía pasar mi temporada sin mi queridísima tía. Me habría dado miedo venir aquí sin tenerte a mi lado.

La miró por entre sus largas y oscuras pestañas, y Jane sacudió la cabeza, incrédula.

-Querida mía, jamás te abandonaría. Y no creo que haya nada que tengas que temer.

-Entonces, atribúyelo al afecto, tía Jane -dijo Adorna-. Te quiero demasiado para dejarte de lado.

Jane sí podía creer eso. Rodeó a la cariñosa muchacha con sus brazos.

-Yo tampoco podría soportar que me dejaras de lado -confesó-. Eso me entristecería enormemente.

Adorna apoyó la cabeza en el hombro de Jane y la abrazó con fuerza.

-¿Por qué sentirse triste? ¡Éste es el primer día de una temporada fabulosa!

Cuando era joven, Jane también veía a Londres como un punto de partida. Después habría conocido Roma, París, el Nuevo Mundo. Habría gozado de un estilo de vida no convencional, en el que el

encanto y la belleza no habrían tenido importancia, en el que el valor de una mujer se mediría por su talento y su entrega.

Sin embargo, nada había resultado como ella había imaginado, y ahora se enfrentaba a la paradójica tesitura de tener que responsabilizarse de Adorna y guiarla por un sendero de decoro.

-¿Te acuerdas del joven Livermere y cómo reaccionó cuando rechazaste sus pretensiones?

-Ah, eso -Adorna se enderezó y volvió a mirar por la ventanilla-. Era un tonto enamorado.

-El mundo está repleto de tontos como él. -Jane recordaba las horas de angustia que había vivido cuando creyó que Adorna había sido raptada-. Los hombres pierden toda sensatez cuando se ven frente a ti.

-Puedo manejarlos. Puedo manejar cualquier cosa, Y Puedo cuidar de ti. Ella me dijo que te cuidase.

-¿Quién te lo dijo, querida?

-Mi madre, por supuesto -repuso la muchacha, con un desparpajo lleno de sentido práctico-. Cuando estuvo tan enferma me hablaba mucho de ti.

Los pensamientos de Jane se vieron dominados por una gran confusión.

-¿Por qué Melba hablaría de un tema como ése con una niña de ocho años?

-Porque te quería, claro está.

Por lo visto, a Adorna le bastaba con esa explicación, y, aunque Jane ansiaba interrogar a su sobrina, sabía que no obtendría de ella una respuesta más coherente.

-¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

-Porque nunca me lo habías preguntado. -Adorna se estremeció al percibir que los caballos aminoraban la marcha-. ¿Es aquí, tía Jane? ¿Esto es Cavendish Square? Las casas son espléndidas, Jane aspiró una bocanada de aire y se zambulló en sus recuerdos.

-Lady Tarlin también es espléndida. Encantadora.

El coche se detuvo frente a la más alta de las construcciones, la que tenía el portal más grande.

-Con sólo ver su casa, puedo decir que será encantadora -Vaticinó Adorna.

Jane casi no le prestó atención. Con una reverencia, un joven de cara pecosa, lacayo de lady Tarlin, acercó la escalerilla al coche y abrió la portezuela. Cuando Jane descendiese del carruaje se

hallaría oficialmente en Londres. En Londres, donde la gente elegante se alimentaba del escándalo; donde la insignificante Jane Higgenbothem había sido, en una ocasión, la comidilla de todos. En cuanto posara el pie en el peldaño, su situación se vería comprometida.

Entonces sucedieron dos cosas. Adorna tomó la mano laxa de Jane y la apoyó sobre la palma enguantada de blanco del joven lacayo. Y, desde la cima de la escalinata por la que se accedía a la puerta, Jane oyó exclamar:

-¡Jane, queridísima Jane, por fin has llegado!

Enmarcada por el vano de la puerta de la casa, se erguía una elegante mujer, con el semblante iluminado por la alegría. En la mente de la joven cobró vida un recuerdo... Una niña lloraba, las lágrimas rodando por sus mejillas, mientras contemplaba la silueta de Jane que se alejaba. Y la dama que le decía: «Regresa a Londres tan pronto como puedas. ¡Te prometo que conseguiremos que Blackburn lo lamente!».

Jane avanzó con tiento y se inclinó haciendo una reverencia. -Lady Tarlin, es un placer verla de nuevo.

-¡Basta, Jane! No empieces con esa tontería de «lady Tarlin». Yo soy Violet. -La dama bajó la escalinata, tomó a Jane en sus brazos y la miró a la cara-. Somos amigas, ¿no?

Jane sintió que la desbordaba el alivio, y sonrió.

-Eso espero -repuso-. Me aferraba a esa convicción cuando parecía que la luz se había...

El placer se esfumó tan rápido como había surgido. Una vez que la temporada hubiese concluido, ¿tendría ella un lugar adónde ir?

Violet estrechó con fuerza a Jane entre sus brazos.

-Me alegra tenerte aquí, después de haberme pasado tantos años suplicándote que vinieras.

El nacimiento de tres hijos había transformado la menuda silueta de Violet, que recordaba las formas de un reloj de arena; ahora la arena se había acumulado en la parte de abajo. Su pelo castaño claro caía en tirabuzones en torno de su rostro lleno; sus ojos castaños seguían despidiendo destellos de alegría, y sus labios finos estaban siempre curvados hacia arriba, como si aquella mujer fuera capaz de encontrar en cualquier situación un matiz secretamente divertido.

En su semblante se dibujó una sonrisa cuando preguntó:

-¿Dónde está tu pupila, de la que tanto he oído hablar?

Adorna había descendido de] carruaje y aguardaba. En ese instante, se adelantó, hizo una reverencia y dijo en tono respetuoso:

-Lady Tarlin, mi tía y yo le estamos muy agradecidas por haber aceptado patrocinarnos en nuestra temporada.

-No se trata de mí -corrigió Jane-. Mi debut tuvo lugar hace mucho tiempo.

Adorna añadió con lentitud y precisión: -Yo había pensado en una doble boda.

El significado de sus palabras tardó un minuto en ser comprendido.

-¡Adorna! -exclamó Jane, horrorizada y avergonzada.

-Es un excelente objetivo -consideró Violet, y rompió a reír al ver la expresión contrita de su amiga.

Es una idea absurda. No sé de dónde puede haberla sacado. -Tal vez se le haya ocurrido a ella misma -sugirió Violet, con una mano bajo el mentón de Adorna y observando el rostro inocente, vuelto hacia ella con expresión confiada-. Es encantadora, como lo son sus modales. Tenías razón, Jane, será la sensación de la temporada. -Tomó a ambas de los brazos y las guió escaleras arriba-. Tenemos que ponernos en acción. Nos queda menos de un mes para prepararnos. -Las miró de soslayo y agregó-: Las dos necesitaréis un vestuario nuevo.

-YO no -dijo Jane.

-Y nuevos peinados -comentó Adorna.

-Querida, tu padre... -empezó a decir Jane.

El mentón de Adorna se adelantó proyectándose notoriamente desde sus redondeadas facciones.

-Papá no está aquí.

-Te resultaría odioso hacer creer a lord Blackburn que has caído en una mala situación -intervino Violet; y, a juicio de Jane, bien podía haberse ahorrado el comentario.

Jane echó una mirada a Adorna pero, al llegar a la puerta, su sobrina se había vuelto hacia la calle; daba la impresión de haber olvidado a sus acompañantes.

-¿Está bien lord Blackburn? -susurró Jane.

Violet echó la cabeza atrás.

-Mejor de lo que merece, aunque hago todo lo posible por hacerlo desdichado. ¿De verdad te importa?

Librodot

Jane apretó los labios y negó con la cabeza. No habría de importarle. Ahora, ella era una carabina. La tía solterona de una muchacha. Quizá debiera usar una cofia esa temporada.

-Ven, querida -dijo a Adorna-. No debemos entretenernos en la escalinata.

Pero Adorna, en una explosión de euforia, abrió los brazos como para abarcar con ellos toda la ciudad.

-¡Tomaré por sorpresa a la sociedad! -afirmó, jubilosa-. Las dos estarán orgullosas de mí. ¡Juro que así será!

Su pelo dorado reflejaba los rayos del sol poniente, y, viéndola allí, con los brazos abiertos y la caperuza echada hacia atrás, a Jane le pareció la encarnación de una diosa triunfante. Violet también la contemplaba, admirada.

-Hermoso propósito -murmuró.

Mientras tanto, el joven lacayo, que se había comportado con respetuosa indiferencia hasta ese momento, la contemplaba boquiabierto al pie de las escaleras, y de una forma muy poco respetuosa.

En ese instante, el cochero profirió un grito. En la calle, un elegante faetón atravesaba la plaza rápidamente. El caballero que lo conducía sacudía las riendas con su mirada clavada en Adorna, como un cruzado que contemplara el Santo Grial.

-¡Oh, no! -exclamó Jane.

Ya había comenzado.

Mientras el cochero y los lacayos hacían esfuerzos desesperados por sujetar los caballos, el caballero del faetón logró evitarlos justo a tiempo. No llegó a embestir el coche detenido frente al magnífico portal, pero su rueda chocó con el bordillo.

La maniobra había sido demasiado brusca. Con un crujido que resonó intensamente en la estrecha calle, el faetón volcó.

Adorna chilló y volvió la cara.

El conductor salió despedido y fue a aterrizar con una desgarbada pirueta sobre los adoquines.

-¿Se ha hecho daño? -preguntó Jane.

Pero el hombre se puso de pie inmediatamente. Tironeó de su corbata, se apartó el pelo de la frente e hizo una reverencia formal que, incluso desde esa distancia, era evidente que iba dirigida a Adorna.

El hombre se apresuró a acercarse a sus desasosegados caballos para tratar de calmarlos.

-¿Se han hecho daño los caballos? -preguntó Adorna, sin dejar de taparse los ojos con las manos.

Jane observó al caballero mientras éste se acercaba a los animales y les hablaba tratando de tranquilizarlos.

-Los caballos están bien. También lo está el hombre que los conducía, aunque merecería peor suerte.

-Lo sé -Adorna se volvió hacia su tía frunciendo el ceño con ferocidad-. ¿Por qué los hombres insisten en llevar esos peligrosos carruajes si son incapaces de controlar sus caballos?

-En mi opinión, el verdadero problema es que de lo que son incapaces es de mantener la vista en el camino -respondió Jane.

-No entiendo qué puede haber sucedido -dijo Violet, manifiestamente perpleja-. Por lo general, el señor Pennington suele ser muy cuidadoso con sus caballos.

-Entremos, querida -sugirió Jane a Adorna-. Sé cuánto te perturban estos incidentes.

-Gracias, tía -Adorna echó una mirada a Violet-. Con su permiso.

Violet la invitó a entrar con un gesto cortés.

Jane esperó a que el austero mayordomo hubiese recibido a Adorna con una reverencia, y cuando la joven hubo penetrado en el interior en penumbra, dijo con fingida suficiencia: -Te lo advertí.

Violet frunció el entrecejo.

-¿Crees que el señor Pennington perdió el control de sus caballos por reparar en la presencia de Adorna?

-Eso sucede constantemente.

Violet lanzó una sonora carcajada.

-Esto es bastante increíble. Entre la capacidad de Adorna para hacer que los carruajes pierdan el rumbo y la reacción de Blackburn cuando te vea por primera vez, me espera una temporada muy entretenida.

Capitulo 3

Había transcurrido un mes cuando, desde el último escalón de la escalinata en la casa de lady Goodridge, Ransom Quincy, marqués de Blackburn, sacó su monóculo de plata del bolsillo de su chaleco azul oscuro y se lo llevó al ojo. Abajo, en la planta principal, donde se hallaba el extravagante salón de baile decorado en tonos rosados, una deslumbrante multitud se volcaba hacia el interior y deambulaba recorriendo la columnata, asomándose a la galería, yendo y viniendo entre el comedor y los salones donde se jugaba. Sólo la pista de baile estaba despejada, a la espera de los primeros compases de la orquesta.

La hermana de Blackburn, Susan, debía de sentirse extasiada. No sólo había dado inicio a la temporada con un clamoroso éxito, sino que también había convencido a su insoportable hermano para que asistiera.

O, al menos, eso es lo que a buen seguro creía ella, y Blackburn no tenía intenciones de desilusionaría. Él tenía sus propios motivos para dejarse convencer, y éstos no tenían absolutamente nada que ver con contentar a su hermana.

-¡Blackburn! -exclamó Gerald Fitzgerald, acercándosela desde atrás-. ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que habías perdido interés en estas cosas.

-También yo lo creía, pero es obvio que estaba equivocado. Sin retirar de su ojo el monóculo, Blackburn estudió con disimulo al viejo compañero de armas.

Se habían conocido en Eton, donde Fitz había sido enviado por su madre viuda, que lo había sacrificado todo para brindar una educación a su hijo. Por su parte, Blackburn se hallaba en aquella institución por voluntad de un padre decidido a procurar que su hijo pasara por todas las etapas que debían cimentar la educación de un noble. Pese a la disparidad de sus orígenes, o quizá precisamente a causa de ellos, habían trabado una pronta amistad. Y aquel compañerismo seguía vivo cuando sobrevino la muerte del padre de Blackburn, en los primeros y frívolos años de relaciones sociales, y mientras avanzó inexorable la decadencia de la señora Fitzgerald, que finalmente la condujo a la invalidez.

Como de costumbre, Fitz iba vestido con un traje bien cortado: una chaqueta de terciopelo con altas hombreras, un resplandeciente chaleco dorado, pantalones negros y botas relucientes con borlas

doradas. Si bien el atuendo era un tanto llamativo, Fitz lo llevaba con elegancia. Aunque eso no era lo más importante.

-Pareces gozar de buena salud -dijo Blackburn, interesándose por él con sutileza.

Fitz se dio una palmada en el muslo.

-Casi no me dolió -repuso-. El cirujano que tenías en tu unidad es muy bueno. Gracias por prestármelo.

Retiró el monóculo de la cara de Blackburn, abusando del privilegio que le confería la amistad.

Blackburn se lo permitió, y volvió la cara hacia Fitz a fin de que éste pudiera observarlo cuanto deseara. Después de todo, era la primera vez que se encontraban desde la batalla de Talavera, hacía diez meses.

Fitz era casi tan alto como él, y a todas luces igual de apuesto, a juzgar por las reacciones de las señoras que pasaban frente a ellos. Sin embargo, la última vez que lo había visto había sido en una harapienta tienda de campaña que hacía las veces de hospital, cuando Fitz había temido perder la pierna a causa de su «maldito heroísmo», como él lo llamaba. Por fortuna, no había sucedido tal cosa, y Blackburn se alegraba de verlo sano y en forma, lleno de vigor; alegría que sin duda Fitz compartía.

-La granada casi no te ha dejado cicatriz -observó.

-El cirujano me salvó el ojo -replicó Blackburn, sin modificar su expresión impasible. Eso era lo único que importaba.

-Por supuesto -Fitz inspeccionó el salón, tal como lo había hecho su amigo unos momentos antes-. ¡Qué amontonamiento! Aquí, casi es imposible moverse.

-Cuando comience el baile, se dispersará la muchedumbre -Blackburn alzó el monóculo de nuevo y contempló a la bulliciosa concurrencia de abajo con el mismo afecto que reservaba para los españoles y las cucarachas-. Claro que yo no bailaré, y mi hermana se sentirá desdichada por ello.

-¿Desde cuándo te importa lo que piensa lady Goodridge?

Blackburn supuso que el comentario de su amigo se debía al hecho de que no tenía hermanos.

-Es mi hermana, y es diez años mayor que yo. Además, siempre se las ingenia para hacerme sentir incómodo.

Fitz esbozó una furtiva y misteriosa sonrisa.

-Ella es capaz de amedrentar a casi todo el mundo y obligarle a comportarse con sensatez.

Librodot

-No es tu caso. Nunca le has tenido miedo.

Fitz lanzó una estridente risotada, echando atrás la cabeza de modo que su pelo rizado se balanceara. Los elegantes convidados que pasaban por allí no pudieron evitar mirarlo.

-Me alegra servirte de distracción -dijo Blackburn con frialdad, pero sin dejar de observar con atención a su amigo.

Fitz se traía algo entre manos. Ese brillo febril en su mirada indicaba que tramaba una picardía o algo peor.

-¡Cuánto lo siento! Supuestamente, debo ser yo quien te distraiga a ti -repuso Fitz, dándole una palmada a Blackburn en el brazo-. ¿Qué excusa darás para no bailar?

Blackburn se inclinó más hacia él.

-Préstame tu herida en el muslo.

-Por Dios que no lo haré -replicó Fitz, sin alterarse-. Yo la utilizo para suscitar la compasión de las damas.

Ransom lanzó una carcajada.

-Eres un bribón.

-Mejor bribón que huraño -replicó Fitz, mirando a su amigo con complicidad.

-¿Yo? -Blackburn se señaló el pecho con un dedo-. ¿Huraño? Prefiero considerarme discreto.

Fitz recorrió con la mirada el sombrío traje de noche de Blackburn. Una chaqueta y unos pantalones, botas negras y camisa y corbata tan blancas como la nieve.

-Discreto, sí. Ya lo creo. -Frunció el ceño-. He oído rumores de que has estado en el Foreign Office todos estos días, trabajando.

-¿En serio? -Blackburn olvidó por un instante que debía alentar las habladurías, e imprimió a su voz un tono helado-. ¿Quién ha estado contando cosas sobre mí?

-Todos. Has sido la comidilla de todo Londres, usando ropa de la temporada anterior y adiestrando a tu caballo a horas intempestivas. ¡Temprano por la mañana!

Blackburn jugueteó con la cadena de plata de su monóculo. -Durante mi estancia en el continente descubrí que existían horas antes del mediodía -replicó.

-Se especula con la posibilidad de que estés desempeñando la labor de espía.

La fina cadena de plata se rompió entre los dedos de Blackburn, quebrándose con tanta limpieza como el cuello de un traidor en el tajo del verdugo.

-¿Un espía?

Fitz vio cómo su amigo desenganchaba la cadena.

-Eso mismo dije yo. ¿Blackburn, espía? ¡Imposible! Es demasiado correcto.

-Muy cierto.

-Demasiado educado.

-Soy un Quincy.

-Demasiado... aburrido.

Blackburn recordó los ojos de un azul desteñido, y la voz vieja y trémula que decía: «Inglaterra depende de usted, lord Blackburn. Ese maldito traidor anda por ahí, en algún lugar».

En el tono más despectivo con que era capaz de expresarse, y lo cierto es que era más que capaz, Blackburn dijo:

-Si ser aburrido es conceder valor a la corrección, entonces sí, soy aburrido.

-Salvo por eso de trabajar para el Foreign Office.

-Ése fue un capricho que se esfumó hace mucho tiempo. -Blackburn deslizó la cadena en el bolsillo de su chaleco-. ¿Acaso los rumores no se referían a eso?

-Oí decir que estuviste en la fiesta que ofrecieron los Stockfish en su casa, en Sussex, y de caza con los MacLeod, en Escocia.

«Mantenga los ojos bien abiertos y quítese el monóculo. Sabemos de Sainte-Amand, pero a quien realmente queremos es a quien planeó toda la operación. Por lo tanto, vigile. Descubra cómo se filtra la información del Foreign Office. Descubra quién es el jefe.» Las instrucciones resonaron en el cerebro de Blackburn y lo instaron a barrer la habitación con la mirada. Intentó enfocar la vista con claridad, pero no pudo. La granada que había estallado frente a su ojo había destruido algo más que sus impecables facciones. No había perdido la vista; oh, claro, podía ver. Pero había perdido su agudeza visual. Ya no podía usar de guía el cañón de un arma para hacer puntería. Nunca más volvería a cazar ciervos en su propiedad de Escocia.

Nunca más volvería a atravesar la Península Ibérica, ni a abatir con total precisión a algún soldado de Napoleón. Por eso ahora, como un caballo de competición al que se sofrenara tirándole de la brida, trabajaba para el señor Thomas Smith.

Practicaba el espionaje a las órdenes del señor Thomas Smith.

Qué sabor amargo le dejaba en la boca pensar que un miembro de una de las familias de más rancio abolengo de Inglaterra tuviera

que rebajarse a tan innoble engaño. Sin embargo, no podía negarse a hacerlo. Sobre todo por no romper la promesa que le había hecho al muchacho que había muerto en sus brazos.

-Madre casamentera aproximándose por la izquierda -advirtió Fitz.

Blackburn miró en la dirección indicada. Lady Kinnard, antes señorita Fairchild, se dirigía hacia ellos.

Podía distinguirla perfectamente: el exuberante despliegue que proyectaba lady Kinnard en su avance recordaba la estela de un barco en alta mar. Iba remolcando a otra de sus bellas hijas devorahombres, de grandes y voraces ojos.

-Muévete -instó Blackburn.

Fitz se demoraba, con una mueca de diversión en su boca. -Pero ¿por qué? La hija de los Kinnard es ideal para ti.

Blackburn dio un empellón a Fitz. El incorregible bribón bajó corriendo las escaleras sin dejar de reír. Cuando llegaron abajo, Fitz le clavó un codo en las costillas.

Blackburn, pensaba decirte que circula otro rumor. -¿Cuál? -preguntó Blackburn en tono amenazador. -Que no son espías lo que persigues sino una esposa. ¡Maldición!

Blackburn no esperaba esa respuesta.

«Debe evitarse toda apariencia de furtividad o secretismo. Bien al contrario, ha de causar usted impacto en la buena sociedad. Atraer la atención hacia usted como sucediera hace años. Provocar otro escándalo. Sin duda, aquello propició un sinfín de habladurías. O si no quiere repetirlo, diga que está buscando una esposa.»

El semblante de Fitz se había convertido en una cómica mezcla de indignación, pesadumbre y malicioso deleite.

-¡Yo no he dicho que sea verdad, hombre!

El señor Smith había decidido difundir ese rumor, y Blackburn sabía que sería imposible detenerlo.

Fitz interpretó su silencio como le vino en gana.

-¡Cielos, es verdad! Al fin, el gran Blackburn va a caer.

Como prefería un rumor a otro escándalo, Blackburn concedió:

-Eso parece.

-Al menos, no tendrás dificultades en elegir a la heredera de tus sueños. -Fitz dio a su discurso un atisbo de acento irlandés que había copiado de su padre-. Pero ¿en qué estoy pensando? Tú no necesitas otra fortuna. Deberías desechar a las herederas y dejarlas para los que, como yo, las queremos.

-¿Así que tú también estás buscando una esposa? -se burló Blackburn.

Fitz detuvo a un lacayo que pasaba, cogió una copa de coñac de la bandeja y se la tomó.

-Para sufrir, quiero decir que el matrimonio es la carga que un hombre debe soportar en la vida.

Tiempo atrás, Fitz había jurado que no se casaría por mucho que se vaciaran sus bolsillos.

-¿Acaso te persiguen los acreedores? -preguntó Blackburn.

-Como siempre -repuso Fitz, haciendo una mueca un poco más desdeñosa que de costumbre-. Parásitos -Devolvió la copa, y acto seguido musitó-: Eso significa que estamos participando en la más tierna y más dulce de las cacerías.

-Esto no es ninguna cacería -replicó Blackburn en tono cortante-. No es más que una manada de yeguas a la que se hace desfilar delante de los sementales. Cuando el potro percibe el olor de la yegua más apta, golpea el suelo con los cascos, y el caballerizo los encierra juntos para que cumplan su obligación.

-Cínico, pero certero. -Fitz ya lo había oído antes-. Y si eso es lo que sientes, ¿por qué lo haces?

Otras personas también podrían extrañarse de su repentina decisión de buscar esposa, de modo que Blackburn se veía obligado a presentar alguna explicación razonable.

-Allá lejos estuve demasiado cerca de la muerte. Y eso me hizo pensar que mi hermana tenía razón. La vida es corta, y el apellido Quincy, precioso. Necesito un heredero.

-El apellido Quincy, claro; debí haberío adivinado -replicó Fitz, riendo; luego se puso serio y añadió-: Sí, la guerra nos ha cambiado a todos.

Asombrado, Blackburn miró a su amigo. Fitz no parecía haber cambiado, salvo porque... quizá mostraba cierto grado de descontento.

Entonces, la expresión de Fitz se transformó en un semblante de alegre preocupación.

-Oh, maldición, todo lo que haces se pone de moda. Eso significa que todos los caballeros se casarán este año. Habrá pocas posibilidades de elegir.

Blackburn nunca había dicho algo con tanta sinceridad como cuando le respondió:

-No me interesa lo que puedan hacer los demás.

Librodot

-Y por eso te imitan tan a menudo. Tú haces lo que quieres y te trae sin cuidado lo que opinen de ti. Como tu hermana -Fitz hizo un gesto hacia el salón de los naipes, donde los hombres se habían acomodado en mullidas sillas tapizadas de rosado, el color preferido de lady Goodridge. Al ver a una joven soltera, dijo-: Ésa es tu tipo. La ruborizada, con la cofia de color marfil.

Ransom cerró los ojos, dolorido. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. Pero aquellas muchachas sonrosadas y blancas lo dejaban frío. No tenían pasión, no tenían profundidad. No estaban preparadas, habían sido consentidas, mimadas por ese sistema que no exigía nada de ellas y que acababa por convertirlas en unas inútiles... tal como le había ocurrido a él antes de la guerra.

Notó que un codo le golpeaba las costillas y abrió los ojos.

-No.

-Solían gustarte las muchachas con grandes... -Fitz completó la frase con un gesto.

-No.

Blackburn se apartó y comenzó a alejarse, y Fitz se apresuró a ponerse a su lado.

-Escúchame. Necesito de tu prestigio para mantenerme en la primera fila de la sociedad londinense, y no me ayuda demasiado que te alejes de mí.

Blackbum aminoró el paso. ¿Cómo podía menospreciar a un hombre de tan alegre ligereza?

-Susan tiene razón cuando dice que eres un sinvergüenza.

Muy satisfecho de sí mismo, Fitz repuso:

-Pero lo dice con cariño, ¿verdad?

-Con mucho cariño, Dios sabrá por qué.

-Porque es una viuda solitaria y sabe apreciar a un hombre encantador. Yo soy encantador. Cuando uno es pobre, tiene que serlo, a diferencia de vosotros, los resplandecientes señores, que tenéis a todas las mujeres riéndoos las gracias. -Fitz guiñó para ver a través de la niebla formada por miles de velas-. Por allá se agolpa una nube de curiosos.

Blackburn nunca había tenido paciencia con las tontuelas debutantes, las bellas acompañantas y las peligrosas madres. Pero ahora se veía obligado a estar con ellas, a darles conversación.

-Una nube.

Fitz captó los recelos de Blackburn y los interpretó como un intento de inhibirse.

-Sí, una muchedumbre con una bella mujer en su seno, digna incluso de un marqués como tú.

«¡Maldito deber!», se dijo Blackburn. Escudriñó la multitud, viendo que el tumulto aumentaba. Se decidió y, tomando a Fitz por sus acolchados hombros, dijo:

-Venga, vamos.

Fitz le dedicó una sonrisa y se abalanzó hacia la confusa masa. No cabía duda de que tenía gran habilidad en el arte de abrirse paso por entre las tumultuosas concentraciones de extasiados aduladores, y Blackburn se aprestó a seguirle, sin hacer caso de los saludos que le dirigían en voz alta, con tanto desdén como solía reconocérsela. Si quería hablar con alguien, lo haría, de modo que no había necesidad de que trataran de atraer su atención.

-Tú eres más alto que yo. ¿Puedes ver a la más nueva de las lindezas? -preguntó Fitz.

Blackburn examinó a dos muchachos, posiblemente hijos menores, mejor vestidos de lo que se suponían que habrían de estarlo de acuerdo con sus ingresos.

«Él está ocultándose en la buena sociedad, donde el único pecado que puede someterse es una vestimenta pasada de moda o la falta de dinero. ¿Y qué mejor manera de ganar ese dinero que ser espía a sueldo de los franceses?»

-¿Por qué sigues observando a esos hombres? -lo interrogó Fitz-. ¡Las mujeres están allí! Mujeres, Blackburn, mujeres. ¿Las recuerdas? Suaves, perfumadas, con todas esas partes tan interesantes. -Fitz gesticuló con las manos, dibujando la curva de las caderas y la cintura-. Maravillosas, caprichosas criaturas, que huyen ante el diestro cazador.

El deleite que percibió en la voz de Fitz provocó en Blackburn una punzada de envidia. Nunca había experimentado esa clase de sensaciones ante una mujer. Siempre se le habían ofrecido con facilidad, y cuando alcanzó a comprender que se ofrecían con la misma facilidad a cualquier hombre bendecido por la fortuna, cuanto antes había en él de ingenuidad se transformó en desprecio.

¿Alguna de ellas había sido diferente? ¿Había pasado por alto a alguna que fuera especial?

Pero no, no podía ser. Si hubiera sido así, tendría que admitir que había sido un necio ciego. Esas mujeres parecían todas iguales, sonaban igual, decían las mismas cosas.

-Aquí no hay nada que merezca la pena.

-Si buscas, encontrarás un diamante. ¡Un diamante, Blackburn! -aseguró Fitz, y detuvo un momento su avance-. Observa a esa banda de grandullones babeantes. Se amontonan, hombro con hombro, pateando el suelo.

-Sementales -sentenció Blackburn.

-Dejadnos pasar -exigió Fitz, levantando la voz-. Ya veis, no podéis reservárosla para vosotros. -El apelotonamiento cedió y los hombres se dieron la vuelta, momento que Fitz aprovechó para internarse, burlándose de cada uno a medida que iba avanzando-. Southwick, ¿sabe tu esposa que estás cortejando a una muchacha? Lord Mallery, no es usted lo bastante astuto como para competir con este exaltado grupo.

Blackburn iba pegado a los talones de Fitz, protegiendo la espalda de su amigo y preguntándose por qué estaba haciéndolo.

-Brockway, viejo espeluznado, es usted demasiado venerable para este juego. Ninguna mujer de buen gusto se interesaría... -Se abrió una brecha y Fitz se quedó paralizado-... por usted.

No había terminado de exhalar la última palabra cuando Blackburn se acercó a él.

-Perdóneme, anciano, pero...

-¡Su servidor, señora! -exclamó Fitz de repente; luego hizo una inclinación, permitiéndole a Blackburn gozar de una clara perspectiva. No se trataba de un diamante, sino del perfil de una dama alta y de porte digno.

Las elegantes líneas de su vestido verde acentuaban su elevada estatura. Un chal de encaje cubría un busto discreto, y tenía las manos enguantadas unidas a la altura de la cintura, como una cantante que esperase una nota que jamás habría de llegar. Encasquetada sobre el pelo oscuro, cortado de forma que los finos mechones caían sobre el rostro, llevaba una cofia de solterona, a modo de estandarte. Su boca sobria jamás había recibido a un hombre con un mohín de incitante sensualidad. Era evidente que se trataba de una solterona. Una carabina.

Blackburn empezó a darse la vuelta para alejarse.

Entonces, la mujer sonrió a la que estaba junto a ella, una rubia debutante de pechos generosos. La sonrisa de la solterona, henchida de orgullo y placer, iluminó sus suaves facciones y arrancó un destello de jade a sus bellos ojos... y Blackburn recordó en ese instante que ya había visto antes esos ojos.

Librodot

Se detuvo de golpe. Clavó la vista en la mujer. No podía ser ella. Tenía que ser una fantasía de su mente perturbada y suspicaz.

Parpadeó y volvió a mirar.

«¡Maldición, es ella!» La señorita Jane Higgenbothem, el escándalo en persona, surgido de las profundidades del pasado... para convertir, una vez más, su vida en un infierno.

Librodot

Capitulo 4

Once años antes...

Ransom Quincy, marqués de Blackburn, atravesó a grandes zancadas la recepción noble, como un dios que se hubiera dignado a regalar a los indignos mortales con su presencia. Alto y orgulloso, empequeñecía a los demás caballeros que iban y venían del salón de baile a la sala donde se jugaba a los naipes.

Su pelo rubio estaba cortado a la perfección; cada hebra relucía como topacio fundido que surgiera de la fragua de Vulcano. Su noble mandíbula se proyectaba en perfecto ángulo. Era un dios arrogante e impaciente, que contemplaba con indolencia el desfile de las madres casamenteras que empujaban a sus hijas hacia él.

Jane no había contado con verlo, pues sabía que no se prodigaba demasiado en esa clase de acontecimientos. Sin embargo, había abogado la esperanza de encontrarlo de todas formas. Desde que lo viera por primera vez, siempre lo buscaba dondequiera que fuese.

-Deja de mirarlo fijamente -le aconsejó su hermana Melba; recogió un rizo negro de Jane y trató de estirarlo, volviéndolo a su primitiva forma-. No es para ti.

-Ya lo sé -respondió Jane.

Claro que lo sabía. Un dios como Blackburn merecía a una diosa. Ella sólo ansiaba dibujarlo.

Contempló la escena que envolvía aquella aparición, y desestimó a las bulliciosas debutantes. Ninguna de ellas era digna de ser su doncella, ni siquiera a modo de sacrificio virginal. Hasta ese momento, desde que se iniciara su primera temporada en Londres no había visto a ninguna mujer digna de él. Y ella, la honorable Jane Higgenbothem, hija del empobrecido y fallecido vizconde de Bavridge, era menos digna que cualquier otra.

Blackburn alzó su monóculo de plata. Examinó a las muchachas vestidas de blanco, alineadas de pie junto a la pared, y ellas, a su vez, lo miraron ansiosas, como polillas esperando ser convocadas por la llama. Una madre llegó al punto de propinarle a su hija un pequeño empujón que la hizo adelantarse dando un traspié. Blackburn sujetó a la muchacha y la devolvió, con cuidado, a su anterior posición, apoyándola a la pared.

Nadie haría la elección por él. Su mirada cayó sobre una de las Fairchild, una tal señorita Redmond, que, si bien era bella, no cabía

duda de que carecía de carácter. Le hizo una inclinación que en realidad no era sino un sensual ejercicio muscular. Jane estaba demasiado lejos para oír lo que él decía, y tuvo que conformarse con admirar el movimiento de sus bellos labios, a buen seguro tibios y suaves, en nada similares a la fría arcilla que ella modelaba. Blackburn le ofreció el brazo a la debutante, y la joven rió como una tonta y se cubrió la boca con la mano. Él expresó su irritación enarcando las cejas en un gesto sardónico, y Jane supo que la muchacha no volvería a recibir una invitación a bailar por parte de aquel hombre. Haciendo ondular sus tensos brazos blancos, la muchacha caminó junto a él, inconsciente del honor que se le hacía.

Melba sacudió a Jane por el codo.

-Deja de clavar la vista en Blackburn -Instó-. Enderézate. Eres una muchacha alta y encantadora; mereces sobresalir del resto.

Jane irguió los hombros y alzó el mentón.

-Y presta atención -señaló Melba- Ha llegado lord Athowe. Tú le gustas, Jane. Por compasión, haz un esfuerzo por asentarlo en su cortejo.

Jane echó una mirada fugaz al apuesto conde que se abría paso entre la concurrencia.

-Pero es que no quiero casarme con él. Además... -añadió, tirando del botón de perla que cerraba su guante- la señorita Frederica Harpum ha anunciado que él es su pretendiente.

-A la señorita Frederica Harpum aún no se le ha hecho una proposición, de modo que lord Athowe está disponible -alegó Melba, que a su deslumbrante belleza sumaba un sutil sentido de lo práctico.

-Pero ella se ha mostrado amistosa conmigo. Más amigable que cualquier otra persona de Londres.

-¿Amigable?

La palabra quedó vibrando en el aire, cargada de desaprobación.

-Mucho -insistió Jane.

Recordó las juveniles confidencias que habían intercambiado mientras bebían té.

Melba cerró de un golpe su abanico de marfil.

-Jane, eres demasiado ingenua. Frederica Harpum es tan amistosa como la cobra de la casa de las fieras. Mantente alejada de ella. No comentes con ella tus indecorosas ambiciones.

Jane abrió la boca, dispuesta a confesar que ya lo había hecho. -Y trata de atrapar a lord Athowe -añadió rápidamente Melba, y debió de captar la expresión de terquedad de su hermana, que le era tan familiar, pues insistió con suavidad-: Por favor, Jane, ¿lo intentarás, al menos?

La preocupación se había hecho evidente en la voz de su hermana, por lo que Jane dijo:

-Vuelves a estar cansada. Últimamente te cansas demasiado. ¿Acaso estás embarazada, por fin?

-No, no lo estoy. Si lo estuviera, Eleazer no habría consentido en que viniera.

-¡Qué lástima! -musitó Jane.

Adoraba a su sobrina Adorna, de siete años, y le habría alegrado la perspectiva de tener más.

-Pero tú no estás aquí para hacer observaciones tan claras y reveladoras -remarcó Melba. Se supone que las jóvenes ni siquiera deben saber de qué se trata.

Parecía severa, pero Jane veía el hoyuelo que se formaba y desaparecía en la mejilla de su hermana. Melba siempre la había encontrado divertida, y siempre la había querido. Aquel encantador intercambio de alegría y amor había sido importante para dos mujeres que no contaban con una familia en que apoyarse.

-Qué tontería -replicó Jane; pasó el brazo alrededor de la fina cintura de Melba y la estrechó-. Soy joven, pero no tonta. Piensa que una mujer que desea seguir su vocación, como yo, debe esforzarse en lo posible por comprender las particularidades físicas.

-Querida mía -Melba eligió con cuidado sus palabras-, soy consciente de que te he alentado en tu entrega, pero jamás tuve la intención de que dieras a esa afición más importancia que a un pasatiempo, como el bordado.

Jane, ofendida hasta lo más íntimo, repuso con convicción: -¡No tiene nada que ver con el bordado! Es mucho más. Es un talento que me ha brindado Dios.

-Es inadecuado.

Melba era práctica y no tenía compasión.

-Si no me sirvo de él, el destino me destruirá.

-No seas melodramática, querida -instó Melba; sujetándole el mentón, hizo que Jane la mirase a la cara, y añadió-: Eres hija de un vizconde arruinado, así que no hables de tu vocación. -Apretó con

fuerza la mano de Jane, e imprimió a su voz un tono de adecuada firmeza a fin de que la joven le prestara atención-. ¡Y menos aquí!

Melba le había indicado que Athowe se aproximaba. Respondió a la reverencia del conde, y dijo:

-¡Mi señor, cuánto me place verlo! ¿Ha venido a arrebatarme otra vez a mi querida hermana?

-Sí, y me he encontrado con algo aún mejor. -Dio un paso atrás, levantó el pulgar y las contempló a las dos-. Dos diosas hermanas que se abrazan. ¡Qué maravilloso cuadro!

Un claro retrato se formó de inmediato en la imaginación de Jane. Melba, una auténtica diosa, con su pelo tan brillante y tan rubio rodeándola como un aura dorada. Y Jane, un ser mortal, más alta, más dura, morena, con manos grandes y fuertes, reveladoras de su vocación. En verdad, podría ser un hermoso cuadro. Jane lo pintaría para Melba, como agradecimiento por tantos años que ésta había dedicado a la tarea de cuidarla como una madre.

-Tiene usted una expresión muy peculiar en su rostro, señorita Higgenbothem -comentó lord Athowe, contemplándola con expresión divertida e indulgente-. A veces me pregunto si sabrá usted dónde está.

Jane parpadeó.

-Lo sé -repuso, saliendo de su ensueño-. Lo que sucede es que no siempre deseo estar donde estoy.

-¡Jane! -la amonestó Melba.

Lord Athowe alzó, una mano y rió.

-No, no, no la regañe. Es su deliciosa franqueza lo que ha aliviado el tedio de esta interminable temporada.

Jane no estaba segura de poder presumir de su deliciosa franqueza, pero sí estaba de acuerdo en lo que se refería al tedio. ¿Cómo harían los miembros de la buena sociedad para soportarlo? Año tras año preocupados por las últimas modas, los bailes más novedosos, el diseño o el corte de una chaqueta que promovía algunas figura relevante. Viviendo siempre en el permanente temor de ser condenado al ostracismo y, al mismo tiempo, acechando a la espera de la ocasión en que alguien cometiese la menor infracción en su comportamiento y diera con ello fuerza a las aspas que hacían girar el molino de las habladurías.

Jane odiaba todo eso. Al principio, no había tenido éxito. Al contrario, pues no estaban de moda las mujeres altas y talentosas que miraban a los hombres directamente a los ojos. Entonces, lord

Librodot

Athowe se había enzarzado en su famosa riña con la señorita Harpum y había vuelto su atención hacia Jane. Ella estaba segura de que había comenzado como una demostración ostentosa de resentimiento hacia la elegante señorita Harpum, pero eso ya había pasado. A lord Athowe le agradaba Jane por su honestidad, y sus atenciones habían atraído más las miradas hacia ella, hasta que descubrió que se había convertido en una sensación entre los contemporáneos de Athowe.

Tal circunstancia constituía una desventaja para una mujer que anhelaba adorar a distancia a su héroe, al motivo de su inspiración. Tendió la vista hacia la pista de baile y lo vio: lord Blackburn se disponía a bailar una danza campesina con otra joven indigna de él.

Lord Athowe le dedicó una reverencia, obstaculizándole la vista.

-Señorita Higgenbothem, por favor, ¿me haría el honor de reservarme un baile?

Viendo la ocasión de estar cerca de Blackburn, se apresuró a responder:

-¿Qué le parece éste?

Melba ahogó una exclamación. Lord Athowe también se sorprendió, pero no tardó en recobrarse y ofrecerle el brazo.

-Refrescante y única -dijo.

A Jane le traía sin cuidado lo que opinara de ella. Lo único que le importaba del baile era estar cerca de lord Blackburn.

En la pista se habían formado dos filas, una de hombres y otra de mujeres. Lord Athowe ocupó su lugar frente a Jane. Se suponía que ella debía mirarlo sólo a él, pero como Blackburn estaba dentro de su campo de visión, a dos puestos hacia la derecha, Jane no pudo resistir la tentación de dejar que su ávida mirada se desviara hacia él.

Las velas iluminaban los altos pómulos de Blackburn y dejaban en la sombra la parte baja de su rostro. Jane retuvo esos rasgos en su memoria. Aquel individuo tenía muchas facetas que le resultaban fascinantes por la variedad de emociones que despertaban en ella. Hubiese dedicado con gusto su vida a captar su imagen; pero tenía la impresión de que, aun así, nunca lo lograría del todo.

Un codo se hundió en sus costillas. Al volverse, vio que la dama que estaba junto a ella le hacía gestos, y así supo que la

música había comenzado. Estaba retrasando la danza. Obediente, se alzó la falda y se esmeró por recuperar su posición.

La falda. Melba había insistido en que no se pusiera aquella falda de terciopelo azul oscuro, pues consideraba que el color no favorecía a su hermana. Pero Jane no había dado su brazo a torcer. Aunque Blackburn ni siquiera llegara a darse cuenta de que ella estaba viva, cada mirada del hombre la acariciaría como el terciopelo. El vestido no era sino su propio íntimo y secreto homenaje a aquellos magníficos y bellos ojos azul oscuro.

Mientras se entregaba a los pasos de la danza, sus nervios se pusieron tensos. Los danzantes se intercambiarían hasta que todos hubiesen bailado con cada uno de los que formaban el grupo. Eso significaba que sería pareja de Blackburn. Él le haría una reverencia. Podría tocarle otra vez la mano y mirarlo de nuevo a la cara como había hecho en los preciosos instantes en que había compartido la pista con el indiferente caballero.

Y ese instante se aproximaba con rapidez. Desde los extremos opuestos de las hileras enfrentadas, avanzaron acercándose el uno al otro. A Jane no le costó advertir el mohín de crispado enojo que se reflejó en el rostro de Blackburn en cuanto éste la reconoció, pero en esta ocasión decidió no hacer nada que pudiese incomodarlo. Hizo una reverencia. Él se inclinó, a su vez. Le ofreció la mano. Ella la aceptó. Y, en su excitación, a punto estuvo de acabar en sus brazos.

Pero no. Se enderezó rápidamente, tras un imperceptible tropiezo. Caminaron hacia el final de la hilera y se separaron. Y entonces, la velada perdió todo atractivo. Ella lo había visto. Lo había tocado. Quería regresar a su casa y ponerse a trabajar.

Gracias por el baile, señorita Higgenbothem -dijo lord Athowe, mientras la conducía hasta donde Melba los esperaba-. Siempre es un privilegio.

-Me halaga usted -replicó Jane, con una irreflexiva cortesía que haría las delicias de Melba.

-Querida Jane -dijo lord Athowe-, ojalá pudiese contar alguna vez con su completa atención.

Jane lo miró, parpadeando.

-¿Con mi completa atención?

-Está usted aquí y, de pronto, se ha ido volando hacia otro mundo donde ninguno de nosotros se atrevería a seguirla. Me mira con esos grandes ojos verdes…

A comienzos de la temporada, cuando vio a Blackburn por primera vez, Jane se había estudiado, ansiosa, en el espejo. Era alta, delgada, de busto pequeño, más bien musculoso, y con una piel que se bronceaba cuando se exponía al sol. Además, tenía una agradable sonrisa, buenos dientes y una abundante y larga mata de pelo negro que desafiaba todos los esfuerzos que se hacían para rizarlo. No era una mujer que se ajustara a lo que exigía la moda, y jamás lo sería. Sin embargo, había determinado que sus ojos eran de color jade, no verde, y que, en efecto, eran bellos, remarcados por oscuras pestañas curvas que los estilizaban. Pero eso no era suficiente.

-Jane -continuó lord Athowe, oprimiéndole la mano entre las suyas para llamar su atención-, ha vuelto a hacerlo. ¿No querría quedarse aquí, conmigo?

Jane miró alrededor. Su acompañante la había conducido a una alcoba que frecuentaban los amantes siempre que les era posible. Sin embargo, ella no era su amante, ni deseaba serlo. Él era apuesto, rico, y parecía una persona bondadosa. Debía de ser el hombre con que soñaría cualquier joven casadera. Pero, después de haber observado a Melba y a su esposo, Jane podía reconocer sin dificultades a un hombre que era, al mismo tiempo, superficial y fácil de influenciar. No quería a Athowe como esposo; de hecho, no quería a ningún otro hombre. Tenía otros sueños menos convencionales. Y tenía su arte.

-Lord Athowe, debo marcharme.

-Hace bien en preocuparse por el decoro -repuso el hombre, acercándose más a ella-. Si supiera lo que siento, temblaría ante la perspectiva de quedarse a solas conmigo.

A Jane se le ocurrió que él estaba intentando parecer peligroso y sensual y que fracasaba estrepitosamente. No le habría ido mal tomar lecciones de Blackburn.

Cuando Athowe desabotonó el guante de la muchacha y le dio un beso húmedo en su muñeca, Jane comprendió que debía escapar. Retiró la mano bruscamente y el guante quedó balanceándose entre los dedos de su adulador. Se lo arrebató y volvió a ponérselo.

-Por favor, lord Athowe.

-Querida Jane -replicó el hombre, aproximándose aún más-, sé que esto es precipitado, pero yo le pido, le ruego...

En ese instante, la orquesta lanzó una especie de balido muy al estilo de una fanfarria.

-¿Qué es eso? -se apresuró a preguntar Jane.

El sonido había arrancado a lord Athowe de su ardorosa demostración. El caballero la miró enfadado, entrecerrando los ojos.

-¿Qué? -repitió la oven, rodeándolo y mirando hacia el salón de baile.

-¿Qué...? -inquirió lord Athowe, mirando a su vez-. Ah, es Frederica -concluyó, con una entonación particularmente desdeñosa-. No hay por qué preocuparse de ella. Nos tenemos el uno al otro.

Jane se adelantó hacia el salón.

-¿Qué está haciendo ella en el estrado de la orquesta?

En realidad, le traía sin cuidado, pero su fingida curiosidad con respecto a Frederica la había salvado de una escena muy desagradable.

Luego de haber concentrado la atencion en su persona, Frederica sonrió y con un gesto indicó a la concurrencia que se acercara.

-He hecho un descubrimiento absolutamente extraordinario -anunció, elevando la voz a fin de que llegara a todos los rincones del salón-. Hay alguien entre nosotros que esconde un innato y genuino talento.

Buscó a Jane con la mirada, que luego posó en Athowe con la avidez de un depredador.

Cuatro lacayos penetraron trabajosamente en el salón por la gran puerta de entrada. Cargaban con una tabla cuadrada sobre la que se apoyaba una figura erguida oculta por un lienzo. El corazón de Jane dio un brinco. ¿Era lo que pensaba ... ? ¡Si lo era, cuánto lamentaría no haber hecho caso de las advertencias de Melba con respecto a Frederica!

Jane comprendió con amargura lo necia que había sido. Una estúpida sin remedio.

-Algo así no ha de permanecer velado a los ojos de vuestros amigos -alegó Frederica sonriendo-. Sobre todo porque puede brindarnos a todos un considerable... entretenimiento.

En las comisuras de sus tersos labios coloridos jugueteó la malicia.

Librodot

-Permítanme presentarles, entonces... -Prosiguió, y con ademán teatral retiró el paño que cubría la escultura- ¡la creación de la señorita Jane Higgenbothem!

El silencio se abatió sobre la concurrencia con la fuerza de un rayo. Como el trueno que le sigue, el público contuvo una exclamación. Entonces, como la ráfaga de viento que precede a una tormenta, Jane oyó los murmullos que atravesaban el salón.

-Blackburn.

-Lord Blackburn.

-Es Blackburn.

-¡Está desnudo!

Por un breve instante, Jane admiró la escultura que había creado. Bajo la luz de miles de velas, se mostraba magnífica. Los rasgos eran firmes y estaban llenos de orgullo y desdén. La pose clásica permitía distinguir todos y cada uno de los músculos, que parecían moverse, sinuosos, bajo la tersa superficie de arcilla. Parecía tan real que tuvo que reprimir el impulso de gritar de orgullo.

Era su obra. Su mejor obra. La obra en la que había volcado su corazón y su alma, y en la que había empleado todo su talento creativo. No cabía duda de que aquellas personas sabrían reconocer la belleza que se exhibía ante sus ojos. Seguramente dispensarían a su escultura la reverencia que se merecía.

Jane apartó la vista de su creación y parpadeó, mirando esperanzada a su alrededor. Sin embargo, no vio ninguna muestra de admiración. Sólo de horror. De excitación. De desprecio.

Se abrió una brecha entre ella y Blackburn.

Con la impresión de estar viviendo una pesadilla abstracta y distante, notó que en la frente de Blackburn palpitaba con fuerza una vena roja. Sus bellos y generosos labios estaban apretados en una línea delgada. Sus manos, enguantadas en nívea cabritilla blanca, se abrían y cerraban como si el cuello de Jane estuviese entre ellas. Era la encarnación de la ira.

Jane tragó con dificultad y retrocedió, extendiendo la mano para sujetarse del brazo de lord Athowe.

Pero él no estaba allí.

-Lord Blackburn... -balbuceó.

-Lord Blackburn, confiésalo todo -la interrumpió Frederica, riendo entre dientes-. ¿Posó usted para esta estatua?

-No -dijo Jane-. Oh, no.

Blackburn giró violentamente la cabeza y dirigió a Frederica una mirada ceñuda.

Aquella mujer estaba insinuando que había posado paciente y dilatadamente, expuesto al escrutinio artístico de Jane; pero nada podía estar más lejos de la verdad. La escultura había sido realizada a partir de la observación furtiva y merced a una imaginación vivaz.

-De ninguna manera -espetó Blackburn.

Una voz masculina anónima exclamó:

-Blackburn no quiere admitirlo. ¿Qué hombre querría hacerlo?

Como un dique que se rompe, el comentario hizo trizas la compostura de la nube de curiosos.

De todas las gargantas brotaron carcajadas. Los elegantes caballeros y damas señalaban con dedos temblorosos la bella obra de Jane. Rieron hasta que las mejillas de las mujeres lucieron manchas de maquillaje para ojos, hasta que las corbatas de los hombres se arrugaron bajo la fuerza de las risotadas, hasta que Blackburn maldijo sin reprimirse, hasta que Jane se sintió consumida por la mortificación.

Hasta que la reputación de Jane quedó hecha añicos.

Capitulo 5

Carcajadas. Jane casi podía oír su eco en el salón de baile de lady Goodridge. Nunca lo olvidaría. Nunca podría olvidarlo. Ni las carcajadas, ni el jarrón Ming estallando en mil pedazos, ni el ruido sordo del cuerpo de Melba desplomándose desmayada.

Esos sonidos habían marcado el fin de la reputación de Jane, de sus ambiciones, de su existencia. Desde entonces, no había habido más que pesares y obligaciones. Ahora, cada vez que oía risas a su espalda, se encogía y se volvía para ver si quien reía la señalaba.

No estaban haciéndolo en este instante. Nadie la miraba, siquiera. Los presentes sólo tenían ojos para Adorna.

¿Cómo podrían no mirarla? Un artista de las tijeras había arreglado el pelo rubio de Adorna, y sus rizadas puntas caían sobre la nuca de su esbelto cuello. La modista de Violet había creado un vestido de simple muselina blanca, que llevaba un lazo de cordel dorado bajo los generosos pechos de la joven. Sus sandalias de cabritilla blanca exhibían sus pies diminutos, y sus medias de seda susurraban al rozarse con las enaguas de hilo.

Y, como siempre, su cuerpo se cimbreaba con la natural sensualidad femenina al andar, con ese ritmo que sonaba como una invitación al macho de la especie humana.

-Señora -un hombre bastante alto y de pelo castaño muy corto se acercó a Jane y tomó con audacia su mano-. Si tuviese el atrevimiento de presentarme yo mismo y exhibir ante usted mis credenciales, ¿me presentaría usted a su pupila?

De inmediato se elevó un coro de abucheos lanzados por los otros hombres, que la distrajo y le hizo desviar la atención de ese agradable rostro suplicante.

-Al parecer, sus amigos no lo aprueban -repuso, divertida. -No son mis amigos, son unos renegados -afirmó, mirando alrededor-. En cambio, cuento con la aprobación de un par del reino. Blackburn, dile quién eres a esta honorable acompañanta y convéncela de que soy respetable.

Jane se quedó inmóvil, sin siquiera mirar, paralizada como una pilluela callejera de Londres que hubiera olfateado un peligro. Con el rabillo del ojo, notó que un hombre de elevada estatura se separaba del grupo de halagadores que se presentaban solícitos, y vio que los otros le abrían paso con aire deferente. También advirtió

que Blackburn clavaba la vista en ella como si en verdad ella fuese una pilluela de la calle, sucia de hollín y fuera de lugar.

Lo era. Ah, cielos, vaya si lo era.

-A duras penas podría dar fe de tu respetabilidad, Fitz, sin cometer perjurio.

En las palabras de Blackburn había algo de rigidez e irritación, y Jane aguardó, trémula, a que él le lanzara el reproche.

-Sin embargo -añadió Blackburn-, hace tiempo conocí a esta... dama, y puedo presentártela, si lo deseas.

Eso fue todo.

Con toda serenidad, hizo las presentaciones. Al parecer, su acompañante, el señor Gerald Fitzgerald, no advirtió nada fuera de lo común en el semblante de Blackburn. Desde luego, ello sólo se debía a que Adorna atraía su atención. Su querida Adorna, que había florecido bajo la fascinación concentrada de tantos hombres.

Una vez que hubo cumplido con las exigencias de la cortesía, Blackburn no se retiró. Jane percibió su recordada fragancia a limón, al tiempo que él tiraba de ella para separarla de los demás. En voz baja, cargada de desprecio, le espetó:

-¡Deje de temblar así! ¿Qué esperaba, acaso? ¿Quizá que fuera a ponerla en evidencia?

Lentamente, Jane alzó la vista hacia él.

Podría haber jurado que no había olvidado nada de lo relacionado con Ransom Quincy, marqués de Blackburn..., aunque más le hubiese valido olvidarlo, porque su belleza vikinga le quitaba el aliento. Parecía más alto, pero tal vez era una impresión que nacía de la perturbación de la propia Jane. Su pelo rubio parecía más claro, menos dorado, como si las canas lo matizaran de blanco. Miraba a través de su monóculo de plata que ella tan bien recordaba, y sus ojos azul oscuro la perforaban con tan afilada mirada que creyó que en verdad la harían sangrar.

-Yo no sería capaz de explicar a esta gente que tuvo usted el atrevimiento de exponerme al ridículo y a la humillación -alegó, con un acento de clase alta que fue acentuándose a medida que hablaba, y su voz se hizo más profunda cuando agregó-: La mayoría de ellos ya no lo recuerda, y no tengo deseo alguno de remover el espectro de aquel escándalo.

Tal vez esperaba que ella volviese grupas y huyera. No podía saber que desde aquel remoto baile a ella le habían sucedido cosas

Librodot

mucho peores. Jane irguió la espalda y, reuniendo todo su aplomo, replicó:

-Al parecer, olvida usted que el escándalo mortificó a alguien más.

-¿A quién?

Su mirada se dirigió al parlanchín de Fitz, y luego se paseó por todo el salón, antes de volver a posarse sobre ella. ¿Sería en realidad tan indiferente, o ya lo habría olvidado?

-Vaya fastidio, señor mío, tener que pensar en alguien que no sea usted -le reprochó ella con acritud-. Además, debe de ser toda una novedad para usted.

Las aletas de la nariz de Blackburn se estremecieron mientras la contemplaba.

-Es usted una impertinente.

-Sigo su ejemplo, milord.

De una contextura ancha y flexible había pasado a otra más musculosa, y en ese momento daba la impresión de ser frío y sólido como el mármol. Le traía sin cuidado lo que ella pensara o lo que hubiera sufrido, e incluso a pesar de ello Jane se alegraba de estar allí. Se alegraba de haber visto a su enemigo, de haber podido replicarle, hacer gala de su propio ingenio y responderle con tanta agudeza como él se merecía. Habría valido la pena soportar cualquier humillación añadida si ello hubiera supuesto, igualmente, ganar el respeto a sí misma que había conquistado en esa escaramuza.

En ese momento, la ingenua voz de Adorna hizo trizas el triunfo de Jane.

-Tía Jane, ¿me presentarías a su señoría?

Jane cayó a tierra con un golpe sordo y comprendió que no podría permitirse la satisfacción de herir a Blackburn. Por más que fuese brutal y grosero, era rico, tenía título e influencias, de modo que, por el bien de Adorna, tendría que mantener una apariencia de respeto mutuo. Había perfeccionado la máscara de la imperturbabilidad emocional, y en ese momento se sirvió de ella: hizo las presentaciones y aguardó a que Blackburn viese a Adorna, desgarrada entre la complacencia y el antiguo dolor que pulsaba en su corazón. Aguardó, en definitiva, a que realmente el hombre la viese y cayera bajo el hechizo de sus encantos femeninos.

El monóculo enfocó a Adorna, que hacía una reverencia y murmuraba acerca del placer que le reportaba conocerlo.

-¿Cómo está, señorita Morant?

Su sonrisa, su cortesía, su inclinación eran todo lo que podía desear una madre casamentera. «Al fin y al cabo, eso es lo que soy», se recordó Jane. Una casamentera a la caza del mejor matrimonio posible para su sobrina. Si ese enlace resultaba ser con Blackburn, bueno... el destino ya se había reído de Jane en otras ocasiones, y había sobrevivido. También sobreviviría a esa ironía.

-¿Tiene todos los bailes reservados? -preguntó Blackburn a la más joven de las damas.

Jane apenas se inmutó. Adorna dedicó una sonrisa al hombre y, con una ondulación de los hombros, respondió:

-Es usted afortunado. Casualmente, me queda uno.

-En ese caso, le ruego que se lo conceda a mi amigo Fitz -solicitó Blackburn, suspirando, como si la perspectiva de bailar una jiga campesina con una muchacha adorable le resultase atrozmente aburrida-. Es un héroe de guerra, aunque tal vez pueda seguir, con cierta dificultad, una melodía no muy rápida.

Jane miró con el ceño fruncido a ese insoportable sujeto. ¿Acaso pretendía vengarse con esa mezquina grosería?

Por primera vez, Blackburn bajó el monóculo. Una cicatriz recorría el lado interno del ojo y ascendía por la cara, marcándole con un trazo blanquecino la frente atezada. Era un defecto leve, aunque diez años atrás él había sido perfecto, arrogante y desconsiderado hasta el punto de la crueldad. En su fuero interno, Jane había creído que era un ser divino, inmune a cualquier emoción o herida. Y ahora, al ver que una cicatriz afeaba su rostro, sintió que el suelo se estremecía bajo sus pies.

-Caramba -dijo Fitz-, puedo solicitar el baile yo mismo.

-Desde luego, lord Blackburn -intervino Adorna-, será un placer para mí bailar con el señor Fitzgerald. Es el hombre más apuesto de Londres.

Adorna miró a Fitz por entre sus párpados entornados, mientras los hombres a su alrededor protestaban con vehemencia e incredulidad.

Jane hizo el inventario de los rasgos de Blackburn: su firme nariz, sus pómulos bien tallados, su mentón granítico. Ese rostro era el epítome de lo mejor y lo más bello en nobleza y temperamento. Y, aun así, no podía ignorar aquella visible demostración de su vulnerabilidad.

Librodot

Tampoco podía ignorar la fuerza de carácter que la cicatriz confería a sus facciones, ni el hormigueo del impulso artístico que sentía en los dedos.

Buscó palabras que le permitieran expresar indignación ante la herida de Blackburn, con que pudiera preguntar por qué se había expuesto al peligro, con que poder rendirle veneración como lo había hecho antes.

Pero para entonces Blackburn ya se había vuelto de espaldas.

Y, gracias a Dios, ella estaba recuperando el sentido común. -Lord Blackburn -dijo de repente Adorna, en un tono superficial que sorprendió a Jane. Sonaba muy similar a Melba-. Debe usted concederme una gracia a cambio de la que yo le he concedido.

Blackburn se detuvo y volvió a alzar el monóculo. Miró a Adorna como si fuese un cachorro que hubiese prendido sus dientes en los faldones de su chaqueta.

-¿Ah, sí?

-Pronto comenzará el baile y mi tía quedará sin pareja. Jane ahogó una exclamación.

-¡No, Adorna!

El caballero y la debutante ignoraron su protesta. -Se ocupará de ella -afirmó Adorna.

-¿Lo haré?

-Sí, lo hará.

Diez años atrás, Jane había dedicado todas sus horas de vigilia a estudiar a Blackburn. Había estado pendiente de cada una de sus palabras, descifrando a un tiempo cada una de las expresiones que afloraban a su rostro.

Ahora lo vio girar, y percibió el silencio que se había instalado. Y supo que él estaba sopesando las consecuencias de una desdeñosa negativa. Comprendió que estaría preguntándose si se hablaría de esta escena y si los nombres de la señorita Jane Higgenbothem y de Blackburn volverían a quedar ligados.

Fue testigo del instante en que el hombre tomó una decisión. Una sonrisa tensa afinó sus labios generosos. Hizo una graciosa reverencia y extendió la mano.

-Será un gran placer escoltar a esta... dama.

Capitulo 6

Jane miró con tanto desdén la mano de Blackburn enfundada en el guante blanco, que éste estuvo a punto de revisarlo por si tenía alguna mancha.

-No puedo dejar sola a Adorna -se excusó.

-Claro que puede. -La mujer mantenía los dedos entrelazados, y él se los separó, haciendo gala de lo que, a su propio juicio, era una considerable paciencia; luego la cogió de una mano y tiró hacia sí-. Ya ha prometido todos sus bailes, de modo que ya ha cumplido usted con su deber.

Pero aquella mujer volvió a hacer patente su estúpida obstinación.

-En verdad, no puedo. Por lo que a ella respecta, los caballeros no suelen comportarse como tales.

Blackburn echó una mirada a Adorna, que sonreía y coqueteaba.

-Sospecho que eso es cierto -admitió-. Sin embargo, rara vez el escándalo se permite asomar su fea cara en el hogar de mi hermana. De hecho, han pasado casi diez años desde que ocurrió el último.

Jane trató de retirar su mano. -Once -corrigió.

-El tiempo vuela -repuso él, reteniéndole la mano con fuerza-. ¿Quiere que la arrastre por el salón? Creo que eso provocaría el tumulto que a usted tanto le agrada.

La amenaza la obligó a acercársela.

-Muy prudente -murmuró el hombre.

Una vez más, sostener la mano de Jane Higgenbothem causó una extraña sensación de placer a Blackburn. Y obligarla a hacer lo que él quería le proporcionaba un placer aún mayor. Por eso, esmerándose en que se notara, puso la mano de ella sobre su propio brazo.

-Y ahora, demos una vuelta por el salón y acabemos con todos los rumores que ya deben de andar circulando.

-No hay tales rumores.

Rígida, caminó junto a él, tratando de dejar bien claro que no hallaba la menor gratificación en su compañía.

-Los habrá si usted no sonríe -remarcó Blackburn.

Él sonrió hacia ella, demostrándole su control sobre sí mismo y abrigando la esperanza de irritarla tanto como ella lo había perturbado.

Pero ella siguió andando junto a él, a través de la concurrencia, sin posar la mirada en nadie, serena como un cisne negro cruzando un estanque repleto de blancos gansos.

Aquella mujer no tenía derecho a mostrar tanta serenidad. Menos todavía si se tenía en cuenta su succes de scandale.

-¿Alguien la ha reconocido?

-No.

-Lo harán.

Los dedos de la mujer se crisparon un poco, y Blackburn experimentó una indigna sensación de triunfo. Como cualquier pelagatos aprovechándose de una joven desorientada, se sorprendió a sí mismo disfrutando de su dominio. Durante años, casi no había pensado en la señorita Jane Higgenbothem. Pero, en cuanto la vio, todo el antiguo rencor volvió de golpe a él. Aún deseaba vengarse, y en más de un sentido.

Ella seguía siendo muy alta. Su vigorosa y curvilínea silueta continuaba recordándole a las valkirias. Aún hablaba con esa voz rica y clara, con sus lúcidas entonaciones, y sus facciones eran demasiado arrogantes para un rostro femenino.

Aunque la señorita Higgenbothem daba la impresión de ser la misma, había madurado. Ya no lo miraba con esos ojos desbordantes de adoración. En aquella ocasión, hacía años, su ingenua adoración lo había hecho sentirse muy incómodo e irritado. Ahora, se preguntaba si ella recordaría aquella última escena en su casa tan bien como la recordaba él.

-Me he topado cara a cara con tres damas a las que he conocido en mi temporada de presentación, y me han mirado sin verme -dijo Jane, con el mentón levantado y la espalda recta; y con idéntica altanería a la que había demostrado siempre Susan, la hermana de Blackburn, devolvía la mirada a todos aquellos borrachines mal educados que se atrevían a observarlos-. He descubierto que soy invisible en mi función de acompañanta.

-¡Qué idea tan fantasiosa! -replicó él, al tiempo que saludaba con la cabeza a un compañero de clase de Eton; no presentaría a la señorita Higgenbothem a aquel disoluto-. Tendría que haber esperado algo así por su parte.

-Ciertamente, yo no soy fantasiosa, milord -matizó con voz helada-. ¿Suele usted reparar en la presencia de la acompañanta de una dama joven?

Desde luego que no reparaba en ello, pero era el marqués de Blackburn. No tenía por qué admitir que estaba equivocado.

Jane rió con sequedad.

-Estoy haciendo esto por su propio bien -alegó él bruscamente.

-¡Oh, vaya! Y yo que pensaba que lo hacía porque Adorna se lo había ordenado. Milord, debe de ser muy incómodo regir la buena sociedad y temerle al recuerdo de una antigua calumnia.

-Ese recuerdo no me resulta ni de lejos tan incómodo como a usted, señorita Higgenbothem.

Ella hizo una pausa, y luego dijo, en tono monocorde: -Actúa usted con corrección, por el bien de Adorna.

Por un momento, Jane había tenido muchas ganas de reñir. Su Jane, la que él recordaba, había estado portándose como una criatura llena de fuego y pasión con la que él se había enfrentado en una breve escaramuza. Pero ya había vuelto a ser la concienzuda carabina. Y, sin duda, eso era un alivio para él. -Me imagino que el desempeño de sus deberes le brinda una gran satisfacción.

-No entiendo qué puede importarle eso a usted, milord. -Estoy tratando de llevar adelante la conversación, señorita Higgenbothem.

Se detuvo junto a una de las columnas pintadas de rosado que circundaban el salón. Se apoyó en ella, y se inclinó hacia la mujer.

-Oh, sí, la conversación.

Ahora parecía aburrida. ¡Aburrida! Aquella mujer que antes bebía los vientos por él.

Jane no había retirado la mano de su brazo, y él la examinó. De muchacha había sido huesuda, de rostro y cuerpo angulosos. Ahora comprobaba que había aumentado de peso lo suficiente para suavizar los ángulos y adquirir cierta gracia. Además, la edad había suavizado su flagrante vulnerabilidad y su salvaje ansiedad. Su mentón decidido, sus ojos enigmáticos, su plácida frente no revelaban nada de su antiguo fuego. Sólo la boca era la misma: llena, tierna y, quizás, apasionada... con el hombre adecuado.

Conversación -repitió ella- aderezada con una sonrisa, ¿no es así, milord?

Sus labios dibujaron una tenue sonrisa, pero eso no lo apaciguó; más bien, la actitud de ella le recordaba a la de su propia hermana. Jane estaba siguiéndole la corriente.

-¿Durante cuánto tiempo tendremos que continuar con esta comedia? -inquirió Jane.

Librodot

Sí, le seguía la corriente; y sin demasiada cortesía, por añadidura.

-Hasta que yo diga que hemos terminado -contestó Blackburn con los dientes apretados.

-Muy bien. Cuando hayamos terminado de pronunciar la cantidad correcta de palabras, ajustándonos a las normas de cortesía del marqués de Blackburn, usted me avisará y yo dejaré de hablar de inmediato.

-Esto no es un juego, señorita Higgenbothem.

-No creí que lo fuera, milord. -Habían llegado al extremo más lejano del salón, y Jane pudo observar en toda su extensión la pista de baile; no le resultó difícil detectar el tumulto que rodeaba a Adorna-. Creo que ha hablado usted de satisfacción. Sí, me produce una gran satisfacción ser la acompañanta de Adorna. He estado con ella desde la muerte de mi hermana, hace diez años, de modo que conozco los desafíos. Pero esta noche era una especie de prueba. No para Adorna, que siempre se ha sentido perfectamente a sus anchas en sociedad, sino para mí. Recordará cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuve en Londres.

Blackburn reanudó la marcha y ella se acomodó a su paso. -Seguramente, habrá venido usted alguna que otra vez desde...

Jane giró bruscamente la cabeza hacia él y lo miró, con el ceño fruncido.

-No sea ridículo. ¿Quién habría querido recibirme?

Era cierto. ¿Quién habría querido recibirla? Había quedado completamente arruinada, tanto por sus propios actos como por los de él.

-Al parecer, esta noche ha sido un éxito para usted.

-Al menos, un éxito para Adorna. -Jane le echó una mirada y luego apartó la vista, como si no pudiera soportar mirarlo durante mucho tiempo-. Estamos alojadas en casa de lady Tarlin. ¿Recuerda a lady Tarlin, milord?

¿Que si la recordaba? Habían sido amigos en la infancia, con esa clase de amistad que jamás incluía el romance, pero sí las bromas. Cuando él llegó a adulto y se marchó para llevar la vida alegre de un eminente caballero de la buena sociedad de Londres, se alejaron. La siguiente ocasión en que se vieron fue durante la primera temporada de Violet. Y ésa fue también la primera temporada de Jane.

Desde su elevada posición como cabeza de la sociedad, se había alegrado al ver a Violet, pero no lo suficiente como para reanudar su amistad. Después de todo, ella no era más que una debutante. Se había comportado con ella de manera vagamente bondadosa, ayudándola a hacer pie y a convertirse en uno de los éxitos de la temporada; incluso la había presentado a Tarlin, una de esas escasas personas con la cabeza sobre los hombros.

No había sido objeto de demasiados agradecimientos. Al estallar el escándalo, Violet lo había atacado de un modo que hubiese desconcertado y herido a un hombre más débil que él.

-Sí, recuerdo a lady Tarlin -afirmó, respondiendo por fin a Jane-. Tengo entendido que ella fue su amiga durante el...

Vaciló.

-La Desastrosa Temporada, milord. Así es como siempre la he conocido. Me parece una manera adecuada de calificarla, y además así evito entregarme a fantasías románticas al respecto.

Blackburn la miró de nuevo. Llevaba su cofia con aire confiado y seguro. También sus manos reposadas y sus ojos serenos indicaban a las claras que se trataba de una mujer que no se hacía fantasías románticas con respecto a nada.

-Lady Tarlin está apadrinando a Adorna. Anoche, cuando llegamos, se quedó con nosotras presentando a mi sobrina y facilitándome mis flamantes deberes. -El humor había entibiado su voz-. He descubierto que me resulta muy edificante observar a los hombres con ojo crítico para poder llegar a alguna conclusión acerca de lo aptos que podrían ser para mi sobrina.

Se veía que hoy ella era capaz de reírse de sí misma tanto como de él. Su actitud anterior, fríamente franca y carente de humor, se había modificado, y él descubrió que, sin querer, estaba modificando su propia actitud para adaptarse a la de ella. Podía afirmar, con sinceridad, que disfrutaba de la compañía de esa mujer... siempre que ella se dignase mostrar la expresión apropiada.

-Le confieso -continuó Jane- que se me ha hecho muy grato decidir si los acompañantes de Adorna son aptos o no. Por eso insistí a lady Tarlin para que fuera a reunirse con sus amigos y yo me quedé con Adorna.

Aunque Blackburn miraba a Jane, mientras ambos caminaban, habría jurado que su trayectoria era correcta. Pero alguien chocó con él desde un costado, y cuando se volvió para disculparse se encontró con el irritado lord Athowe.

Librodot

-Lo siento, Blackburn.

Blackburn no dijo nada. Se limitó a hacer una breve reverencia y siguió andando, consciente de que Athowe estaba mirando a Jane con un gesto levemente ceñudo en su rostro gordinflón.

Daba la impresión de que aquel pequeño gusano no lograba recordar el nombre de Jane. Y aun cuando la expresión de Jane seguía siendo franca, una brusca inspiración de aire le indicó a Blackburn que ella sí había reconocido a Athowe.

-¿Ya hemos conversado lo suficiente?

-La conversación es el pasatiempo aceptado para los que no bailamos.

-Usted solía bailar.

Hizo una mueca, como quien ha desvelado un interés que debería haber mantenido oculto.

-Solía compartir una convicción social según la cual la mejor manera de encontrar una esposa es conocerla en un baile y bailar con ella. Sucede de un modo muy similar al del comprador que va al mercado y monta la yegua antes de comprarla.

¡Maldición! ¿Por qué habría dicho semejante cosa?

A pesar del ruido de las conversaciones y de la música, notó cómo ella se crispaba y vio que retiraba la mano de su brazo.

-Le pido que me perdone -se excusó, deteniéndose y haciendo una rígida inclinación-. Mi amigo Fitz asegura que estoy convirtiéndome en un patán, y, al parecer, tiene razón.

-Llevo años diciéndote eso mismo, Ransom, y jamás me has prestado atención. -La anfitriona de esa noche, lady Goodridge, rodeó una columna y ofreció la mejilla a su hermano. Blackburn la besó mientras ella examinaba a su acompañante-. Señorita Higgenbothem, ha regresado usted a Londres, por fin. Había empezado a preguntarme si volvería alguna vez.

Capitulo 7

No cabía duda de que lady Goodridge la había identificado sin dificultad. Jane casi no soportaba mirar a Blackburn; cuando lo hizo, vio que él le dirigía una sonrisa desdeñosa que a ella le pareció cargada de superioridad.

-No hay necesidad de mostrarse odioso, Ransom. Sin tu intervención, la señorita Higgenbothem podría haber pasado inadvertida.

-¿Tú crees, Susan? -dijo Blackburn, mirando a su hermana con las cejas enarcadas.

-Bueno, tal vez no -admitió Susan-. Señorita Higgenbothem, veo que ha superado esa desafortunada inclinación a venerar a Ransom. Es una pérdida para su ya crecida vanidad. -Lady Goodridge señaló dos mullidas sillas, tapizadas de rosado, que estaban junto a una columna y sugirió-: ¿Nos sentamos?

-Claro que sí.

Una mezcla de emociones se revolvía dentro de Jane. Esa imponente mujer nunca se había comportado con nada que no fuese bondad; de hecho, en ocasión del desgraciado incidente que había hecho caer a Jane, le había brindado su generoso apoyo. Sin embargo, pese a ser robusta y a usar más matices de rosado de los que ninguna mujer debería permitirse lucir, guardaba un notable parecido con su hermano. El pelo rubio y los rasgos firmes, que daban a su hermano tanta apostura, conferían a lady Goodridge una expresión severa que había ahuyentado a más de una tímida debutante, como era sabido.

Jane logró a duras penas reprimir esa reacción. Después de todo, estaba bastante lejos de ser una debutante. Aun así, se mantuvo de pie después de que lady Goodridge se hubo sentado.

-¿Qué estás esperando? -inquirió lady Goodridge, haciéndole un ademán imperioso a su hermano-. Ve. Tráenos algo de comer.

Pero él se entretuvo observando a su hermana a través del monóculo de plata.

-Me da miedo dejar a la señorita Higgenbothem a solas contigo.

-Ya he superado mi lamentable inclinación al canibalismo -replicó lady Goodridge, sonriendo con rigidez-. Por lo menos, mientras disponga de alimento. Me gustaría comer un poco de pichón, un pastelillo de albaricoque y venado asado. ¡Vamos, ve a buscarlo!

Librodot

El tono exigente de la orden sorprendió a Jane. Esperaba que se produjera una explosión de temperamento masculino y de orgullo herido, pero Blackburn se limitó a decir:

-Susan, necesitas un marido.

-Un marido -repitió lady Goodridge-. ¡Un marido! ¿Qué podría hacer yo con un marido? Enterré al primero al año de nuestro matrimonio, y no estoy ansiosa de repetir la experiencia.

-Esta vez deberías hacerte con uno que fuese joven -le aconsejó su hermano-. Elige a uno que te agrade. En las actuales circunstancias papá no puede concertar un compromiso para ti. Y un esposo disminuiría tu tendencia a ser demasiado dominante.

-Es un rasgo de familia -replicó su hermana.

Con expresión pesarosa, Blackburn miró a Jane a los ojos.

¡Hermanas! -dijo, como si estuviera seguro de que ella comprendería su fastidio y, tras hacer una inclinación, se marchó hacia el salón comedor.

Lady Goodridge lo miró con inconfundible orgullo.

-Es necesario mantenerse firme con él -alegó-. De lo contrario, no podría sacármelo de encima.

Dio la impresión de que esperaba una respuesta; por eso Jane murmuró:

-Sí, milady.

-Según tengo entendido usted es la carabina de esa muchacha -señaló lady Goodridge, acomodándose la falda.

En ese instante, Jane recordó que el otro rasgo característico de lady Goodridge era su extraordinaria franqueza, rasgo que había compartido Jane en otra época.

-Adorna. Sí, es mi sobrina.

-Desde luego. La hija de Melba. Envié mis condolencias, y esperaba que se me respondiera.

Si bien era un reproche, Jane no se permitiría sentirse culpable. La época que había seguido a la muerte de Melba había sido abrumadora. Jane había tenido que aprender a ser el ama de llaves sin sueldo de Eleazer y la única progenitora de Adorna. La sensación de soledad jamás se había aminorado.

Con insólita perspicacia, lady Goodridge continuó:

-¡Qué grosería por mi parte recordarle una época tan triste!

Elevó su monóculo y paseó la vista por el salón de baile. Como si tuviera poderes especiales, la concurrencia se abrió para

permitirles contemplar a Adorna. Lady Goodridge la examinó de arriba abajo.

-Es idéntica a Melba -concluyó.

-Sí. Es tan hermosa como lo era su madre.

-Sin embargo, a diferencia de ella, es un tanto simple. -Se volvió hacia Jane-. Pero usted sabrá arreglárselas.

Aunque Jane no sabía exactamente qué quería decir, respondió en tono solemne:

-Gracias, milady.

-Y ahora, deje de vacilar y siéntese.

Jane siguió la indicación.

-Tengo entendido que el padre de la muchacha es un comerciante -dijo la dama.

Jane unió las manos sobre el regazo y respondió:

-¿El padre de Adorna? Sí, así es.

-Mala suerte -comentó lady Goodridge-. Con todo, su madre tenía ascendencia noble, y, si a ello sumamos la belleza, la fortuna y los buenos modales, no puede fracasar en su empeño. ¿Cómo se las ha ingeniado para educar a la muchacha y lograr que sea tan poco presumida?

-Ella sabe que es bella. Sin embargo, no parece notar que no todos han recibido los mismos dones.

-Ah.

Lady Goodridge observó de nuevo a Adorna. Y esta vez, la muchacha advirtió que la estaban examinando. Sus ojos se dilataron al ver con quién estaba Jane. Entonces, obsequió a ambas con una sonrisa.

Abrumada por el realce de una belleza que ya era extraordinaria, lady Goodridge parpadeó.

-No le envidio a usted la responsabilidad de tener que guiarla en su temporada de presentación -confesó-. Se desatará la perdición ahora que los jóvenes la han visto.

-Me inquieta la sola perspectiva -coincidió Jane; más aún si recordaba aquel intento anterior de secuestro-. Pero es una muchacha adorable que me quiere y me respeta. Hará caso de mis consejos.

-¿En lo que se refiere a echar el guante a un marido? -Preguntó lady Goodridge con un brillo de divertida ironía en la mirada.

El orgullo se irguió en la forma de un acceso de hostilidad. Jane miró a lady Goodridge directamente a los ojos y replicó:

-En lo que se refiere a los buenos modales. Una leve sonrisa atenuó el sarcasmo que traslucían las facciones de la dama.

-Ha adquirido usted la pátina de la madurez, Jane Higgenbothem.

Jane se dio cuenta de que lady Goodridge había estado sometiéndola a una prueba. ¿Con qué motivo? -La dama la observaba con atención.

-Cuando mi hermano regresó de la Península -explicó-, abandonó las relaciones sociales casi por completo. Fue una imbecilidad por su parte haberse precipitado a combatir a Napoleon cuando aún no había engendrado un heredero. Le aseguro a usted que así mismo se lo dije. «Figgy… » -Lady Goodridge palmeó la mano de Jane-. Aún sigo llamándolo Figgy.

Con una compostura que la asombró, Jane dijo: -No creo que a él le guste demasiado.

-No, pero he descubierto que resulta muy eficaz para hacerle poner los pies en el suelo cuando se comporta como un arrogante marqués. Sea como fuere, le dije: «Figgy, tienes treinta y cuatro años, un título nobiliario, aún estás soltero y, lo que es más importante, eres muy rico. Necesitas una esposa».

Al imaginar la reacción de Blackburn, Jane tuvo que reprimir una sonrisa.

-¿Y él estuvo de acuerdo?

-Él nunca está de acuerdo conmigo -repuso lady Goodridge, sonriendo y haciendo que sus polvos faciales se resquebrajaran al hacerlo-. Soy diez años mayor que él. Usted podría suponer que, a estas alturas, Ransom ya ha comprendido que yo siempre tengo razón. Bien, señorita Higgenbothem…, después de aquel baile la escultura quedó bajo mi custodia. He tenido ocasión de examinarla muy atentamente. -Jane se ruborizó, pero la dama añadió-: Quedé muy impresionada, y desde entonces he sentido curiosidad e interés Por el progreso de su arte.

Esa circunstancia no sorprendió a Jane en absoluto. -Solo dibujo -repuso.

-Estoy segura de que lo hace usted incluso mucho mejor. ¿Y cómo va su escultura?

Jane casi no advirtió el gran vacío que le provocaba ese tema. -Ya no trabajo con arcilla.

-Eso me temía. Es un gran talento perdido, y todo a causa de la vanidad herida de mi hermano. Claro que, viéndolo ahora tan

serio, preferiría que volviese a ser como antes. Es decir, insoportable.

-A mí me parece que ya resulta bastante insoportable.

-Bueno... -La dama entrecerró los ojos y miró a Jane de un modo que la puso muy incómoda-. En su madurez, me da la impresión de que mi hermano tiende a hacer lo que le parece correcto, por doloroso que pueda resultarle. El vehemente ardor que demostró en la mal aconsejada visita que usted le hiciera a su casa fue la lápida con que se selló la sepultura de la reputación de usted. Me atrevería a decir que ahora Ransom procurará reparar la ofensa.

Jane comenzó a removerse, inquieta, en su asiento.

-Milady, no era el ardor lo que lo impulsaba en aquella ocasión, sino el deseo de venganza.

-¡Vamos, querida mía, no puede usted engañarme! Si hace memoria, recordará que yo fui una de las mujeres que la encontró a usted. -Lady Goodridge paseó la mirada por el salón de baile y entornó los ojos. Con una sonrisa en el rostro, concentró su atención en Jane-. Sé reconocer el ardor cuando lo veo.

Jane sintió que la inundaba una oleada de calor desde la punta de los pies hasta la raíz del pelo. No cabía duda de que el rubor se había adueñado de sus mejillas.

Tras un breve e hiriente silencio, lady Goodridge posó un dedo en el mentón de Jane y le hizo volver el rostro hacia ella. Durante un momento fugaz, Jane reunió coraje y la miró a los ojos. Pero sólo por un breve instante. No era capaz de mantener la ecuanimidad bajo ese escrutinio perspicaz, y dejó caer la mirada posándola, sin ver, en el regazo de la dama que la acompañaba.

-No me diga nada -instó lady Goodridge, golpeteando con el dedo sin excesiva suavidad-. No ha besado usted a ningún hombre desde entonces.

Jane jamás habría creído que podría desear que Blackburn regresara sin embargo, en ese momento se sentía capaz de soportar hasta esa adversidad con tal de cortar tan terrible conversación.

-Sigue siendo la misma muchacha inmadura e incólume de hace once años. ¡Todavía es...!

«¡Por favor, no lo diga! ¡Por favor, no lo diga!»

virgen! -concluyó lady Goodridge.

Jane echó una mirada a la cara triunfal de la otra mujer y luego hacia el salón de banquetes... y vio que Blackburn estaba ante ellas, con sendos platos, escuchando impasible todas aquellas

revelaciones. Había llegado a anhelar que él la rescatase, pero desde luego no que oyera lo que hablaban.

-Ransom -dijo lady Goodridge en tono de decorosa complacencia-, has traído la cena.

-Como tú me ordenaste -repuso él; sin embargo, miraba a Jane.

-¡Por Dios, si no tengo tiempo de comer! -La dama se levantó de la frágil silla-. Soy la anfitriona, y e1 baile ha comenzado.

Era verdad. La orquesta atacaba una juguetona melodía, y Jane no lo había advertido. Ahora, reparaba en todo: los bailarines que brincaban, las debutantes que coqueteaban, las madres depredadoras. Pero, por encima del abigarrado conjunto de sensaciones, era consciente de la revelación que acababa de recibir lord Blackburn. Se estremeció de vergüenza.

En realidad, era una tontería, pues era cierto que era virgen. En cuanto soltera, la virginidad se daba por supuesta. Pero, en cierto modo, las palabras habían hecho que Jane pasara de ser una solterona talentosa a ser una mujer con atributos físicos. Hasta ese momento, estaba segura de que Blackburn no tenía idea de que, bajo el vestido, ella tenía cintura, caderas y otros atributos femeninos; pero ahora advertía con sorpresa que los ojos de él se demoraban en sus pechos. Su mano trepo y se arropó más ajustadamente con el chal.

Lady Goodridge señaló el asiento que había dejado libre.

-Ransom, siéntate aquí y toma algo de lo que has traído. Y usted, señorita Higgenbothem, disfrute de la fiesta. Estaré encantada de volver a conversar con usted.

Cada vez más abatida, Jane se quedó mirando cómo se alejaba su torturadora. Habría dado cualquier cosa por hallar una excusa para huir, pero su habitual ingenio parecía haberse desvanecido bajo el peso de la vergüenza.

-Su plato. -Blackburn se lo puso bajo la nariz-. Espero que le guste lo que he elegido para usted. Susan estaba tan atareada indicándome sus preferencias que olvidé preguntarle por las suyas.

-Tiene muy buen aspecto -dijo, aun sin ser capaz de discernir qué tenía ante sus ojos.

Jane ni siquiera acertaba a identificar el contenido del plato. Tornó en su mano el plato de porcelana china exquisitamente decorado, procurando no tocarlo a él, temerosa de dejarlo caer, anhelando que cualquier misterioso hechizo oriental la trasladase a

Librodot

algún lugar en el purgatorio. Pero cuando Blackburn soltó el plato no le quedó más remedio que aceptar que aún se hallaba en el salón de baile de lady Goodridge. A decir verdad, puesto que estaba allí, ¿qué necesidad tenía del purgatorio?

Blackburn se sentó a su lado.

-Los bizcochos de almendras son bastante buenos; además, he descubierto que me ayudan mucho a asentarme el estómago después de un encuentro con mi hermana.

Quizá estuviese bromeando. Escudriñó su semblante ceñudo, vuelto hacia abajo.

O quizá no. Jane escogió un objeto plano y redondo y lo mordió.

-Está muy bueno.

-Eso es un buñuelo de albaricoque -aclaró él con gentileza. -Bueno... está muy bien.

Se limpió la boca con la servilleta que le había traído y aventuró una mirada a través del salón. Tal como temía, las atenciones de las que había sido objeto por parte de dos figuras destacadas de la buena sociedad la habían convertido en el blanco de todas las miradas. Los abanicos se agitaban, formando una especie de corriente especulativa contra sus mejillas acaloradas. Lo que había comenzado como una dura prueba con una conclusión relativamente inmediata, que no había de ser más que regresar junto a Adorna después de haberse dado una vuelta por el salón, se había transformado ahora en un trabajoso sendero sin fin.

Pero no estaba dispuesta a volver a comportarse como la muchacha fácil de intimidar que había sido en el pasado. Ya no era aquella tonta flor de invernadero, sino la serena y digna Jane Higgenbothem. Aun cuando la sociedad descubriese su identidad, más que real aunque odiase admitirlo, su semblante compuesto, su cofia de solterona y su avanzada edad la mantendrían a salvo de vulgares habladurías.

Una vez más, arriesgó una mirada en dirección a Blackburn. Dos líneas profundas se habían formado en el entrecejo del hombre; sus labios se curvaban hacia abajo, y no le costó ver el débil trazo blanco de su cicatriz. Sin duda, ese rasgo, aunque inquietante, constituía una prueba concluyente de que no era ningún dios.

Jane no le consentiría volver a manipularla.

Cogió un bizcocho, lo mordió, y hasta lo saboreó. Sí, seguiría siendo la carabina de Adorna, aburrida y a salvo de cualquier escándalo; así desviaría de ella toda atención no deseada.

-Los bizcochos de almendras son bastante sabrosos -comentó.

-Señorita Higgenbothem -dijo Blackburn, revelando que experimentaba la misma impaciencia que ella-, debo disculparme en nombre de mi hermana. Tiene demasiada tendencia a opinar como si el hecho de ser lady Goodridge la eximiese de la obligación de emplear los más elementales buenos modales.

-Parece ser una característica de su familia -replicó Jane con frialdad.

-La comida le ha dado a usted valor -consideró él, al tiempo que pinchaba un trozo de venado con el tenedor-. Y también un atrevimiento poco recomendable. De todas formas, si deseara usted que yo la interrogase acerca de sus actividades o de la ausencia de ellas durante los últimos once años, me sentiría motivado por tanta curiosidad como mi hermana.

En ese preciso momento, Jane se preguntó qué faceta particularmente estúpida de sí misma la habría llevado en otro tiempo a creer que ese hombre era irresistible. Pero antes de que pudiese replicar, oyó una voz conocida que la llamaba:

-¡Jane!

Violet se precipitaba hacia ella, de una forma ligeramente distinta a la de la condesa de Tarlin, más en consonancia con su alocada e informal amiga de tantos años. Su falda de batista color verde manzana revoloteaba a su alrededor. Llevaba el pelo rizado recogido hacia arriba, y toda ella era ansiedad.

Jane se levantó, procurando ser fuerte. Había rechazado contemplar cualquier posibilidad de ser reconocida, pero Blackburn la había obligado a afrontar la verdad: sólo era cuestión de tiempo. Y la expresión crispada del rostro de Violet le decía que el momento había llegado.

Violet no se tomó siquiera el tiempo de expresar su desagrado al hombre que se había puesto en pie en cortés reacción a su aparición.

-Jane, se ha marchado.

Jane se había preparado para un desastre, y ahora se encontraba ante otro mucho peor.

La voz baja de Violet tembló, al borde del pánico:

-Adorna ha desaparecido.

Librodot

Librodot

Capitulo 8

«¿Acaso toda su familia es propensa a las desventuras?

La pregunta pugnaba, amenazadoramente por desbordar los límites de la conciencia de Blackburn, pero él tenía demasiado control como para manifestar en voz alta semejante cosa. La señorita Higgenbothem tenía un aspecto muy parecido al que había tenido hacía tantos años, cuando había quedado al descubierto su malhadado enamoramiento. Pálida y aturdida, clavó sus ojos en él como si esperase que interviniese para lograr que todo volviera a la normalidad.

Entonces, como si ese instante de comunicación jamás hubiese existido, ella hizo una reverencia.

-Como siempre, milord -dijo-, aunque sea indigna de ella me he sentido honrada por su atención.

Era evidente que no lo necesitaba. Se las había arreglado sin él durante años.

Blackburn aceptó el plato medio vacío que ella le tendía. Jane se volvió, enlazó su brazo con el de Violet y las dos se alejaron con actitud indiferente, con la que habrían engañado a cualquier matrona que pudiera andar a la caza del escándalo. Jane irguió los hombros, y él recordó que ése fue precisamente el gesto que adoptó cuando la hermana se desmayó años atrás. Era una señal de fuerza e independencia que él aprobaba de todo corazón.

Lo aprobaba, pero al mismo tiempo le provocaba una punzada de culpa. ¿Por qué? Él no tenía nada que ver con la desaparición de Adorna. Salvo porque había alejado a Jane de su pupila contra los deseos de ella y había calificado de triviales sus preocupaciones.

Entregó los dos platos a uno de los lacayos y echó a andar detrás de Jane, como si fuese un juguete de arrastre y ella tuviese en su mano la cuerda.

Ese pensamiento lo hizo detenerse en seco. Él era el marqués de Blackburn. Era indiferente a las necesidades de cualquier mujer, e impermeable a la culpa. Después de todo, era la señorita Morant, la muchacha desaparecida, quien lo había sobornado para que acompañase a su tía en aquel desventurado paseo por el salón.

Más aún. Tenía un deber para con Inglaterra que trascendía a Jane y al destino de su protegida.

Paseó la mirada en torno del salón. Gente que no tenla siquiera derecho a mirar a un noble de su categoría tenían la vista

Librodot

clavada en él; desde atrás le llegó el siseo de algunas palabras. Palabras que se parecían mucho a «estatua» y «escándalo».

Esto era peor de lo que él había esperado. Durante la guerra, no sólo fue herido por la granada, sino también por cuanto vio y oyó en los combates. Había pensado que al regresar a Inglaterra, todo volvería a ser como antes, había creído que volvería a ser un individuo descuidado e indiferente. Sin embargo, había descubierto que, en ocasiones, se mostraba sensible. Casi... bondadoso. Y eso lo apabullaba. Detestaba exponer esas facetas de sí mismo, tan dolorosas y recién descubiertas, a una curiosidad tan grosera. Cuanto antes encontrase al traidor, tanto mejor sería.

Y la resurrección de aquella antigua infamia podría servirle a tal fin.

Su mirada volvió hacia la señorita Higgenbothem. Ella y lady Tarlin trasponían una de las numerosas puertas acristaladas que daban al jardín. Estaban en marzo y la temperatura era baja; vio que la esbelta figura se estremecía y se arrebujaba en su chal.

Si él hubiese estado fuera con ella, la cortesía le habría impulsado a ofrecerle su abrigo. Una idea se apoderó de él.

Si aparentaba estar cortejando a Jane, toda la sociedad gozaría tanto del entretenimiento que supondría ver al altivo lord Blackburn haciendo el papel de necio, que jamás se detendrían a dilucidar los motivos que en realidad albergaba. Hasta el mismo traidor caería en el engaño.

¡Y, sin embargo, soportar los murmullos y las risas... Apretó el puño dentro del guante. Ya en otra ocasión había aplastado las habladurías con la sola fuerza de su personalidad. Restablecer su anterior gloria le había llevado meses, y su ira se había ido disipando muy lentamente. ¿Cortejar a Jane y tolerar el ridículo que sobrevendría a eso? Sería preferible meditarlo en profundidad antes de tomar una decisión tan precipitada como dolorosa.

Echó una mirada a Jane a través de las puertas acristaladas. ¡Ya en su primer evento social se hallaba en dificultades! ¡No, maldición, no! No, sólo la usaría como distracción si se veía obligado a hacerlo.

Entonces, al alcance de su oído, oyó el trompeteo del mosquito casamentero.

-Ardo en deseos de que su encantador hermano conozca a mi hija menor -decía lady Kinnard con ese agudo tono nasal que había legado a toda su progenie.

-Por supuesto que sí -repuso Susan con malicia-. Ahora está solo. ¿Quiere que lo interceptemos?

Desde unos cuantos pasos, Blackburn divisó la mirada divertida de Susan. Había estado años eludiendo a una interminable retahíla de hijas de los Kinnard, todas rubias y codiciosas, y no tenía la menor intención de sucumbir ahora.

El jardín y el cumplimiento del deber lo llamaban. Con la intrépida resolución que hacía de él un buen oficial, decidió apoyar a Jane. Giró una vez más sobre sí mismo y avanzó hacia la puerta de escape.

Al abrirla, oyó que Jane preguntaba en tono vehemente:

-¿Se ha marchado alguno de los hombres?

-¡Jane hay cientos de personas aquí! -se quejó Violet.

Blackburn cerró la puerta, haciendo caso omiso del acoso al que lo sometía lady Kinnard.

-¿Quién vio a Adorna por última vez?

Violet lo miró, sobresaltada.

-Yo la vi por última vez.

Fitz surgió de las sombras que proyectaba la larga terraza de mármol. «¿Cómo no iba a estar Fitz ahí?», pensó Blackburn. Pese a toda su determinación de permanecer soltero, se enamoraba con fastidiosa regularidad. Y ahora debía sentirse por completo subyugado por la inimitable Adorna.

-Salió bailando con el señor Joyce -acotó Fitz-, y no ha regresado.

-El señor Joyce. -La señorita Higgenbothem comenzó un acelerado golpeteo con su pie en el suelo-. ¿Es alguien que yo conozca?

-Es un personaje desagradable.

Ransom mantuvo la puerta cerrada mientras lady Kinnard intentaba abrirla.

Fitz observó la maniobra de su amigo con indebido interés. -Brockway ha registrado los salones de juego, Herbert el salón comedor y lord Mellery ha dado la vuelta completa al salón de baile. No han hallado señales de ella, pero Southwick estaba bailando con otra chica cuando oyó a Joyce decir algo referido a los relojes de sol.

Lady Kinnard espió por uno de los paneles de la puerta con la nariz aplastada contra el cristal.

Librodot

-¿Relojes de sol? -Ransom inspeccionó con la vista el jardín sumido en la oscuridad-. La señorita Morant no puede haber sido tan tonta como para salir con él en plena noche.

-Adorna no se caracteriza por su buen sentido –admitió Jane.

-Kinnard está desplazándose hacia la izquierda -advirtió Fitz a su amigo.

Blackburn aferró el tirador de la puerta siguiente.

Lady Kinnard golpeó con la palma el panel de la puerta y, alzando la voz, llamó:

-¡Eeeh, Blackburn!

Jane se ajustó mejor el chal sobre los hombros.

-¿Lady Goodridge tiene algún reloj de sol? -sí, cerca del mirador -respondió Violet.

Lady Kinnard apoyó todo su peso contra la puerta y empujó hacia fuera.

-¿Vamos? -sugirió Blackburn, soltando el tirador y ofreciendo su brazo a Jane.

Casi sin mirarlo, ella corrió escalera abajo. Fitz la siguió, pegado a sus talones.

-Para usted es algo insólito ser ignorado, ¿no es así, Blackburn? -Violet aferró el brazo aún vacante-. En este momento, a Jane sólo le importa Adorna.

Si eso era cierto, el deber de Blackburn se haría más difícil aún. Acompañó a Violet escalones abajo y, mientras andaban, oyó el impacto del cuerpo de lady Kinnard sobre la puerta sin pasador. La puerta se abrió con un estrépito que hizo vibrar los cristales. Blackburn miró hacia atrás en el preciso momento en que la mujer trastabillaba en el suelo de la terraza y se deslizaba hacia un círculo de sillas. La confusión, el chillido y el entrechocar de muebles interrumpieron bruscamente la música y las conversaciones del salón de baile. Los invitados se acercaron a la puerta y vieron a lady Kinnard desparramada sobre una delicada mesilla, como si fuese un jabalí asado.

Violet pellizcó el brazo de su acompañante.

-Qué desagradable que encuentre usted gratificación en semejante escena.

-Mucha. ¿Y cómo justificaría usted su propia diversión?

-¡Yo no he dicho que me parezca divertido!

-Pero tampoco se molestó en avisar a lady Kinnard.

-Habría sido un intento inútil.

Librodot

Jane se volvió hacia ellos y, en un tono que Blackburn no había oído desde su más tierna infancia, dijo:

-¡Estamos aquí para encontrar a Adorna y no para escuchar sus parloteos!

Blackburn no podía dar crédito a lo que veía y oía: ¡se permitía reconvenirlo!

Jane no les prestó atención... ni a él ni a su indignación. -Señor Fitzgerald, ¿sabe usted dónde está ese reloj de sol? -Por supuesto que sí. Conozco bien el jardín de lady Goodridge.

Jane lo tomó del brazo y se apresuraron a avanzar por el sendero, en la oscuridad.

-¡Bueno! -exclamó Violet-. Tengo la impresión de que nos han puesto en nuestro sitio.

El plan improvisado de Blackburn parecía imposible. Había supuesto que Jane aún abrigaba sentimientos de ternura hacia él, que le habrían facilitado hacerle la corte. En cambio, se enfrentaba a la dura realidad de que tendría que insistir, perseguirla con denuedo.

Era una perspectiva difícil de soportar.

-No tendría que haberme molestado.

Violet retiró su mano del brazo de él.

-Usted siempre se retira a la primera señal de dificultades.

Trató de apresurarse para alcanzar a Jane y a Fitz, pero Blackburn la sujetó por el codo y 1a obligó a darse la vuelta.

-¿Qué ha querido decir con eso?

Oh, por favor, como si usted no lo supiera... Haber huido de Jane después de haberle arruinado la vida...

-Ah, eso. -Por un momento había pensado que se refería a su plan de usar a Jane como pantalla. Desde luego, no era así; sólo era su propia conciencia la que sugería tal cosa-. Yo no huí de ella.

-Tampoco le ofreció usted nada, después de haberla comprometido en la primera oportunidad que tuvo. Una muchacha de buena familia...

-¡Buena sólo a medias!

-Sí, es cierto. Su padre era un derrochador. ¿Y cuál es su justificación por su tosco comportamiento? -inquirió, mirándolo con severidad-. Ahora, si me permite, debo ayudar a mis amigos a buscar a Adorna.

Blackbum hizo rechinar los dientes mientras ella se alejaba deprisa. No se imaginaba cómo se las arreglaría Tarlin para

Librodot

soportarla. Tampoco sabía por qué, a veces, había lamentado perder su amistad. En los últimos tiempos, después de su regreso de la Península, tenía la sensación de no poder diferenciar entre lo trivial y lo importante, entre lo que debía y lo que quería hacer.

Una neblinosa oscuridad envolvía el jardín. Aquí y allá ardía alguna antorcha, disminuida su luz por el resplandor de una media luna que asomaba entre las ramas inclinadas de los árboles. La brisa nocturna olía a los macizos de clavelinas que los jardineros de Susan habían plantado recientemente, y, desde más allá del alto muro, a Blackburn le llegaba el apagado resonar de los cascos de los caballos que recorrían una concurrida calle.

Ahí fuera se extendía Londres. La ciudad estaba engullendo la zona que rodeaba la casa de Susan, pero en la exclusividad de su jardín no se sentía preocupación alguna... a menos que uno estuviese preocupado por una joven conducida a un sitio aislado por un canalla que tenía la intención de forzarla. Y si la señorita Morant había sido forzada, tal vez se viera obligada a casarse antes de que la temporada hubiese empezado realmente, y Jane tendría que regresar a... dondequiera que fuese el lugar del que habla venido.

Blackburn había llegado a la conclusión de que aquella mujer podía serle de utilidad. ¡Maldición, tenían que encontrar a la señorita Morant, y tenían que hacerlo pronto! Las largas zancadas de Blackburn devoraban el suelo. Dejó atrás a Violet y alcanzó a Jane y a Fitz.

-El reloj de sol está justo ahí delante -susurró, escudriñando las sombras con la mirada-. Movámonos sin hacer ruido. Éste es el corazón del jardín y aquí se entrecruzan muchos de senderos. No tengo interés en lanzarme en persecución de nuestra presa, y menos aún en tener que retirarme antes de cumplir con nuestra obligación.

Le dio la impresión de que Jane lo miraba de una manera extraña, y tuvo la certeza de que era Violet quien bufaba a su espalda.

Tocó a Fitz en el hombro para indicarle que lo acompañase y ambos se adelantaron, preparados para la lucha y aguzando el oído con toda la experiencia de dos curtidos soldados. Una leve brisa flotó hacia ellos haciendo crujir las ramas, y trayendo consigo una ráfaga de queda conversación en francés. Poniéndose rígido, prestó atención; era como si los dioses de la guerra quisieran favorecerle, a él y a sus designios.

Se volvió hacia Fitz y le dijo:

Librodot

-Ven.

Pero no era Fitz quien estaba a su lado, sino Jane. Estaba allí, junto a él, como una gama de largas piernas preparada para correr tras su ciervo.

Desde donde se elevaba el mirador sonaban unas risillas agitadas y atenuadas a la sordina. Jane pasó junto a él y Blackburn reanudó la marcha, rodeando el reloj de sol junto con ella. Violet y Fitz avanzaban tras ellos. Delante, hacia la izquierda, en la dirección del mirador, se oían más risillas comprometedoras.

Adorna no parecía estar forcejeando con un violador. Más bien todo lo contrario. Blackburn pensó que quizá debería prepararse para cubrir los ojos de Jane.

Antes de que pudiese decidirse a hacerlo, dieron la vuelta a la esquina y se toparon con Adorna en medio del sendero, de espaldas a ellos, riéndose con un caballero alto, moreno y bien vestido, según pudo distinguir Blackburn aguzando la vista. En el suelo yacía cuan largo era el señor Joyce, con un ostentoso y oscuro cardenal en el mentón.

-J'ai un escalier -estaba diciendo Adorna.

-¿De veras?

El tono del hombre parecía revelar que lo desconcertaba saber que ella tenía una escalera.

-Y…]'e veuxparler avec dépaule.

Jane lanzó un suspiro que era mezcla de alivio y exasperación.

-Ella es capaz de estar hablando de su hombro -murmuró-. Es capaz de estar hablando de cualquier cosa. -Detuvo a Blackburn poniéndole una mano en el pecho, y exclamó-: ¡Adorna!

Sin mostrar la menor señal de remordimiento ni culpa, la muchacha replicó:

-¡Tía Jane! -Trastabilló hacia delante, con las manos extendidas-. Me has encontrado. ¡Le dije a lord Sainte-Amand que lo harías!

Sainte-Amand. Blackburn se puso alerta de inmediato. Claro. Blackburn ya había visto antes a ese inmigrante llegado de Francia, pero no lo había reconocido. Ese sujeto tenía la habilidad de camuflarse, de confundirse con el ambiente. ¿Qué era lo que había dicho el señor Smith?

«Sabemos lo concerniente al vizconde de Sainte-Amand. Pero ¿cómo obtiene él la información? ¿Cómo se filtra la información desde el Ministerio de Asuntos Exteriores?»

-Habla francés como monsieur Chasseur, aunque no lo conoce -explicó Adorna, entusiasmada-. ¡Y me ha permitido practicar!

«Sainte-Amand es sólo un eslabón de una larga cadena y, si bien esa cadena es fácil de romper, también es fácil de reparar. Ya la hemos roto en alguna ocasión, y alguien muy inteligente ha vuelto a reconstituirla. Dependemos de usted para averiguar de quién se trata.»

Jane puso sus manos en las de Adorna y la atrajo hacia sí. -sí, te he encontrado, pero no sé por qué has desobedecido mi orden de quedarte dentro.

Adorna inclinó la cabeza y la miró a través del velo de sus pestañas.

-Ya sé que me dijiste que no confiara en un hombre que me dijera que quería mostrarme algo, pero el señor joyce parecía tan amable, y me dijo que conocía un modo de saber la hora por la luz de la luna en el reloj de sol. Pensé que algo así podría interesarse.

Fitz se apresuró a salir en su defensa.

-No debe usted ser dura con ella, señorita Higgenbothem. Sus intenciones no podían ser mejores.

Como si buscara apoyo, Jane echó una mirada a Blackburn, que sonrió casi en un gesto reflejo. Lo cierto era que, prácticamente, no había oído nada, atravesado como estaba por el punzante fragmento de un recuerdo. Una andanada de fuego cruzado había desmoronado el avance de su regimiento. Las balas pasaban zumbando por sus oídos, los hombres gritaban a su alrededor mientras caían, y las balas de cañón pregonaban por todos lados el retumbo de su severo mensaje: los franceses esperaban aquel ataque.

Cuando alzó la vista hacia la luna vio que la pura cuña blanca oscilaba ligeramente. Podía ver, y no era tan estúpido como para lamentar la pérdida de la agudeza completa. Ejercía de espía por los jóvenes que había reclutado en su propiedad y que había perdido en una inútil batalla en suelo español.

La exasperación de Jane se notaba en su voz cuando interrumpió sus pensamientos:

-Ya lo creo que me interesaría saber la hora por la luz de la luna, ¡si eso fuera posible! -Hizo un ademán, señalando la escena que Adorna acababa de dejar-. ¿Cuándo descubriste que el señor Joyce tenía otros propósitos?

Librodot

-No tenía otros propósitos; sólo quería besarme y.. y.. hacerme cosas atrevidas. Yo le decía que no, pero él no me hacía caso y entonces, entonces... -Indicó con un gesto a Sainte-Amand, y éste se inclinó sobre Joyce para levantarlo-. Bueno, este caballero acudió en mi defensa.

-Ha sido un honor -musitó Sainte-Amand, su acento tiñendo sus palabras, su colonia francesa desmintiendo su aspecto inglés.

-Le ha dado al señor Joyce un puñetazo en la cabeza.

Fitz se acercó a Joyce y le puso la mano en un costado del cuello.

-Está vivo.

-Es que he tenido cuidado de no matarlo -Sainte-Amand era todo sonrisas continentales y suaves besamanos-. Las autoridades inglesas fruncen el entrecejo cuando un inmigrante francés despacha a un ciudadano británico por mucho que éste haya hecho todo por merecerlo.

Jane, dando muestras de un encomiable sentido común, miró a Sainte-Amand sin excesiva simpatía.

-Me parece que no lo conozco.

-Permítame. -Blackburn se acercó por el lado derecho de Jane-. Señorita Jane Higgenbothem, le presento al vicomte de Sainte-Amand.

-Encantada -murmuró Jane, con manifiesta actitud de matrona.

Sin embargo, Sainte-Amand se llevó las manos al pecho y trastabilló hacia atrás, como si estuviese siendo presa de un ataque.

-¿La señorita Jane Higgenbothem? ¿Usted es mademoiselle Jane Higgenbothem?

-Así es.

Jane se acercó más a Blackburn, como si tratara de apartarse del inexplicable entusiasmo de Sainte-Amand. Él la tocó. Fue sólo un roce de sus dedos en la espalda, pero eso bastó para darle ánimos, para hacerle sentir su presencia.

El propio Blackburn se preguntó por qué lo había hecho. Si bien era cierto que se trataba de una situación excepcional y comprometida, ella no estaba en peligro. Aun así, le parecía que ella necesitaba sentirse protegida. Él había respondido de manera instintiva, a pesar de que podría echar a correr el rumor de un romance hallándose en aquel jardín con amigos discretos como únicos observadores.

-¡Mademoiselle, es un honor tan grande! -exclamó aquel sapo viscoso, tomando la mano de Jane y apresándola entre las suyas-. He tenido ocasión de admirar su obra.

Sobre el jardín se abatió un silencio absoluto, que sofocó todo ruido ahogándolo en su envoltura.

La estatua. Blackburn sintió que un horror sin límites corría por sus venas. Sainte-Amand había visto la estatua.

En un tono de voz que revelaba tanta alarma como la que Blackburn sentía, Jane farfulló:

-¿Mi... obra?

Pero, ¿cómo era posible que Sainte-Amand hubiese visto la escultura? Aquella desafortunada creación estaba oculta de la vista de todos, salvo de unos pocos elegidos.

Sainte-Amand parecía tan perplejo por el silencio de Jane como por su consternación.

-Sí, he visto su espléndida pintura.

El alivio tardó un instante en transformarse en otra sensación que estuvo a punto de ahogar a Blackburn. Dio un paso atrás, horrorizado por otra posibilidad aún más horripilante que la primera: ¿podía ella haberío pintado del mismo modo que una vez lo había modelado? En tono entrecortado y brusco, intentó determinarlo:

-¿Una pintura? ¿Qué pintura?

Sainte-Amand suspiró, a modo de histriónico homenaje.

-La de dos diosas hermanas, una de las cuales es una beldad rubia y frágil y la otra, usted misma, señorita Higgenbothem, con todo su vigor. Representa la separación final.

Fuera cual fuese tal cuadro, dondequiera que estuviese colgado, no podía avergonzar de modo alguno a Blackburn.

-Eso quiere decir que la pintura representa a la señorita Higgenbothem y a su hermana.

-Oui. He visto a hombres hechos y derechos secarse las lágrimas al ver un cuadro que rezuma tanta dignidad. -SainteAmand se enjugó una lágrima invisible con la yema de un dedo-. Su pincel es el de un genio, mademoiselle, un genio.

-¿Verdad que sí? -Adorna enlazó un brazo en el de su tía y apoyó la cabeza en su hombro-. Recuerdo ese cuadro. Lo pintó para mamá, pero a papá no le gustaba, y tras la muerte de mi madre la pintura desapareció.

Todo en Sainte-Amand hacía que la piel de Blackburn se erizara de repugnancia. Aunque su temor inicial se había suavizado, la desconfianza se precipitó a ocupar su lugar.

-¿Dónde ha visto esa obra... tan genial, milord? -preguntó.

En confirmación de sus sospechas, la sonrisa autocomplaciente, canallesco e insolente de Sainte-Amand se encendió en la oscuridad.

-Bueno, en el lugar al que pertenece. Ya sabe, el único sitio donde existe una genuina civilización. En Francia, milord. En Francia.

Capitulo 9

Blackburn sabía el efecto que podía causar el odio cuando penetraba en otros hombres: maldecían, daban puntapiés y se enzarzaban en vulgares peleas.

A él, en cambio, no lo empujaba el histrionismo. En su caso, el odio llegaba transformado en un soplo helado que congelaba sus emociones, aguzaba su mente y estimulaba su deseo de venganza.

Francia. Sainte-Amand no había hecho otra cosa que pronunciar la palabra «Francia» y el odio se había adueñado de Blackburn. Pero nadie llegaría a adivinarlo, porque él se esmeraría en que nadie se percatara. Tan dueño de sí mismo como siempre , preguntó:

-¿Cuándo estuvo usted en Francia, Sainte-Amand? -Hace sólo seis meses que estuve en mi querida patria. -Para contemplar obras de arte.

-No fui a ver arte. -Sainte-Amand se llevó una mano al pecho en una parodia de la desdicha-. Mi muy amado padre me envió a ver al emperador, para suplicarle la devolución de las tierras de la herencia familiar. Durante mi estancia, vi el cuadro -y añadió con sonrisa petulante-. En Fontainebleau.

-En Fontainebleau -exhaló Jane-. Qué espléndido.

Sin lugar a dudas, lo era. Su cuadro colgaba en una de las casas de Napoleón, el lugar al que acudían sus íntimos para cazar y divertirse. ¿Por qué habría estado Sainte-Amand allí? Blackburn ansiaba preguntárselo, pero el escurridizo canalla podría sospechar. Aún peor, el francés podría estar sirviéndose de los logros artísticos de Jane a modo de cortina de humo.

Blackburn también podía jugar el mismo juego. Fingiría que había tragado el cebo.

Aferró a Jane por el codo y la hizo volverse hacia él. -¿Cómo es que su pintura llegó a Francia, y, más exactamente, a Fontainebleau?

La clara luz de la luna jugueteaba sobre las facciones de la mujer.

-Es una pregunta impertinente, milord.

-Es muy sencillo, Blackburn -intervino Sainte-Amand.

Blackburn sólo miraba a la culpable que tenía presa en sus garras.

-No se lo he preguntado a usted, señor.

Librodot

Sainte-Amand no le hizo caso y prosiguió:

-Quizá Bonaparte no tenga la elegancia necesaria para devolverme mis tierras sin que deba pagar por ellas, pero no cabe duda de que tiene un gusto exquisito en materia de arte.

-Es bien cierto -consideró Fitz, con más que evidente desprecio-. Tiene buen gusto cuando «adquiere» las obras en los países que conquista.

-El país de la señorita Higgenbothem no ha sido conquistado -puntualizó Blackburn con gélida resolución-. Pero, tal vez, la señorita Higgenbothem alimente una secreta admiración hacia el emperador.

Violet exhaló de manera audible.

-¡Ransom, pide disculpas!

Jane retiró bruscamente su brazo.

-¡Milord, me ofende usted!

Al parecer indiferente al tenso ambiente, Adorna burbujeo de risa.

-¡Oh, lord Blackburn, qué tonto es usted! Mi tía Jane no entregó la pintura. Si conoció usted a mi padre...

-¡Adorna! -la interrumpió Jane con severidad-. Ése es un asunto privado.

-Como no quería mantener a la tía Jane, ella tuvo que... Jane tapó la boca de su sobrina con la mano.

-Ya está bien -sentenció.

Era evidente que Jane había perdido la paciencia. Clavó sus ojos en Blackburn y dijo:

-No quiero que la importune usted buscando una respuesta, lord Blackburn, ni tampoco que Adorna ofrezca más información con respecto a mi pintura y a las circunstancias que determinaron su destino. Sencillamente, no es asunto de su incumbencia.

En el jardín se hizo el silencio, y Blackburn se quedó mirando a Jane. Aunque ella estaba tratando de darle una orden, sólo había logrado despertar su curiosidad.

-Lo siento, mademoiselle -se excusó Sainte-Amand, al tiempo que se inclinaba sobre la mano de Jane y la soltaba luego con tan teatral pesar; Blackburn tuvo ganas de estropearle su sonriente cara de batracio-. No habría mencionado su maravillosa pintura de haber sabido que le causaría tanto enojo.

¿Enojo?, pensó Blackburn. ¿Eso era lo que él había provocado?

-En absoluto -replicó ella.

Parecía un tanto conmovida. ¿Perturbada, quizá, porque él se había enterado de la tacañería de su cuñado? Pero ¿por qué debía afligiría tal cosa? La mayoría de las mujeres que él conocía habrían usado esa circunstancia como un látigo restallando sobre la cabeza de un hombre. Entonces, tal vez aquélla fuese más inteligente de lo que él suponía pues su reticencia no producía sino una sensación de responsabilidad, algo que sus protestas o lamentaciones no habrían logrado.

Sainte-Amand, adoptando una actitud de repulsiva sinceridad, dijo:

-Mi única intención era transmitirle el placer que me brindó su talento.

-Gracias. Me alegra que alguien... -a Jane se le quebró la voz- que fuese usted capaz de percibir la emoción que quise expresar en ese lienzo.

Adorna rebuscó en su bolso de mano y ofreció a Jane un pañuelo.

Blackburn se quedó mirándolas, confundido. Jane estaba a punto de echarse a llorar. ¿Por qué? Once años antes no había llorado ni una sola vez. Ni siquiera en el salón de Susan. Ni en el estudio de él. En las circunstancias más embarazosas, había exhibido un notable coraje. ¿Por qué ahora un simple cumplido la hacía llorar?

Y, en efecto, estaba conmovida, porque Adorna la abrazó con más fuerza. Violet le había puesto una mano en el hombro. Fitz, incómodo, carraspeaba.

Alguien tenía que tomar las riendas antes de que la escena se convirtiera en un pantano de pegajosas emociones.

-Debemos regresar al salón de baile -alegó Blackburn, y de inmediato advirtió que había sonado un tanto pomposo.

La sonrisa de Sainte-Amand volvió a brillar, esta vez con expresión despectiva.

-Nos comportaremos como si nuestro pequeño grupo hubiera decidido salir a dar un paseo por el jardín impulsado por el calor -continuó Blackburn-. Rodeada de tan respetables carabinas, la reputación de Adorna quedará a salvo de habladurías.

-¿Y qué hacemos con el señor Joyce? -inquirió Violet.

-Enviaré a algunos sirvientes para que lo pongan en su carruaje -repuso Blackburn, sin tomarse la molestia de mirar en

Librodot

dirección del aludido-. Fitz, ¿quieres ocuparte de explicar al señor Joyce que no le convendría volver a molestar a la señorita Morant?

Fitz sonrió con todo el entusiasmo de un alborotador nato. -Estaré encantado de hacerlo -aceptó-. Creo que mañana puede resultar interesante hacerle una visita.

Mientras el pequeño grupo se encaminaba hacia el salón, a Blackburn le pasó por la cabeza que quizá tuviera que darle encargos similares a Fitz después de cada fiesta a la que decidiera asistir.

Sainte-Amand se acercó a Jane.

-¿Quién enseña francés a mademoiselle Morant?

-Se llama monsieur Chasseur. -Para alivio de Blackburn, la voz de Jane sonaba normal y firme-. Es mejor profesor de lo que parecería indicar la compostura de Adorna.

-Ah, sí. Pierre Chasseur. Lo conozco -afirmó SainteAmand con cortés indiferencia-. Es un joven agradable. Inmigrante, como yo. Aunque, claro, no es un aristócrata.

Su arrogancia crispaba a Blackburn. Después de todo, ¿quién era Sainte-Amand, además de un francés que hacía gala de una inexplicable altivez y de un ligero olor a ajo?

Mientras Blackburn subía los peldaños de la terraza, Violet pasó junto a él y, en una voz tan baja que casi no pudo oírla, le dijo:

-Jane lo vendió.

Él se detuvo, y Violet hizo lo propio.

-Quiere decir que lo vendió para poder pagar sus gastos.

Sí -confirmó la mujer, mientras observaba cómo subía Jane la escalera-. El señor Morant le sacó hasta el último penique.

-Eso no me sorprende. Morant es un conocido tramposo y bravucón. Siempre he procurado mantenerme a distancia de ese individuo. -Ésta era su oportunidad de descubrir la verdad con respecto a las vicisitudes de Jane-. Es una pena que la señorita Higgenbothem la haya abrumado con sus desdichas.

-¿Que me ha abrumado, dice? -replicó Violet, mirándolo ceñuda con los brazos en jarras-. Un día, Tarlin la vio mirando con nostalgia un juego de lápices para dibujar. Ella trató de disimularlo, pero era obvio que el señor Morant la había castigado ignominiosamente.

-¿Castigado? ¿Acaso la golpeó?

-No en ese sentido. La tenía pobremente vestida, mal alimentada, y con las manos encallecidas de tanto trabajo.

Cuando vio que Violet lanzaba un suspiro trémulo, Blackburn comprendió que estaba ante otra mujer al borde del llanto. Tal vez fuese algo que había en el aire de esa noche.

-Aun así, me parece improbable que una mujer inglesa de la clase alta pudiera vender una pintura a ese advenedizo de Bonaparte -dijo él.

-No creo que se la vendiera al propio emperador. -A medida que hablaba, la voz de Violet iba subiendo de tono-. Ransom, ha trabajado usted demasiado tiempo en la cancillería, si está sospechando que Jane puede haber cometido traición. Es cierto que cuando era más joven anhelaba ir al continente. Quería vivir en Roma, en una buhardilla, y vivir de su arte.

El hombre rió entre dientes.

-¡Qué locura!

-Puede ser. Aunque tal vez habría sido mejor vida que la que le ha tocado vivir.

Ahí estaba otra vez la velada acusación.

-Quizá Jane vendiera su cuadro a uno de los agentes de Napoleón, o quizá se tratase de un coleccionista capaz de reconocer una buena obra de arte a simple vista -sugirió Violet- Pues el caso es que es una gran obra, Ransom. Tiene que admitir eso.

-¿Tengo que admitirlo?

Violet abrió la boca, pero volvió a cerrarla de inmediato. -Supongo que aún le guarda rencor por lo de la escultura -alegó al fin-, pero Jane ha pagado con creces por su error.

-¿Quiere que le tenga compasión?

-¿Compasión? ¿El gran lord Blackburn compadeciéndose? -Violet lanzó una breve y amarga carcajada-. Qué tontería. Claro que no.

Reanudó la marcha, pero Blackburn no lo advirtió. Se quedó contemplando la silueta de Jane, que se recortaba en el haz de luz que llegaba desde las puertas.

Así que esa mujer había sufrido por su pobreza. ¡Pues había que verla ahora! Su vestido de seda glasé estaba au courant. Esa falda que ceñía su esbelto trasero con tan primorosa delicadeza había sido diseñada por un experto. Y si bien era cierto que el chal le daba un cierto aire de modestia, estaba hecho de encaje belga. O bien había ganado mucho con sus pinturas, algo que un orgulloso marqués se negaba a admitir, o bien alguien le había pagado. ¿Quién? ¿Y por qué?

Librodot

Sainte-Amand se había acercado a ella y le hablaba en apenas un susurro. Ella negó con la cabeza pero el francés insistió, poniéndole algo en la mano. Jane miró el objeto, que a aquella distancia parecía un papel, y trató de devolvérselo. Sainte-Amand insistió, cerrando los dedos de la mujer en torno del objeto. Por fin, en actitud renuente, Jane lo deslizó en el interior de su bolso de mano. Y, entonces, como si nada hubiese ocurrido, sugirió:

-Entraremos como si hubiésemos dado un agradable paseo al aire libre. -Recordaba ligeramente a Wellington en su apostura-. Adorna, deja que te mire. No, no has quedado desarreglada después de tu experiencia. Y ahora, sonriamos todos.

Sainte-Amand abrió la puerta y la música y las risas parecieron estallar ante ellos.

Jane encabezó la comitiva, internándose en el salón con una expresión tan alegre que sin duda engañaría a todos cuantos se hallaban dentro. Tras ella entró Adorna, Y luego Violet.

Blackburn subió a saltos la escalera antes de que SainteAmand pudiese soltar la puerta.

-Muy amable por su parte -le dijo, sonriendo con malicia.

Dentro, el calor y el olor de cientos de cuerpos sudorosos lo asaltaron. Las miradas iban y venían en busca de diversión, olfateando el indicio de un escándalo.

Con la ayuda de Jane, él les proporcionaría uno.

-¡Qué encantadora velada! -exclamo, esmerándose en que su voz llegara hasta las personas que se apiñaban en el extremo de la pista de baile-. Ha sido una caminata agradable en una agradable compañía.

-Ahí vienen varios caballeros, Adorna -señales Jane.

-No cabe duda de que la buscan a usted, señorita Morant -advirtió Fitz, disgustado, casi sin separar los dientes-. Malditos sean.

La señorita Morant aspiró aire de tal modo que su pecho atrajo la atención de los caballeros. Fitz, Sainte-Amand.... todos se quedaron estúpidamente embobados al verla.

Blackburn no podía entenderlo. Sí, claro, tanto el busto como el resto del cuerpo de la señorita Morant rebosaban sensualidad, pero eso era obvio, y tosco. Él prefería a las mujeres que utilizaban la ropa para ocultar sus formas. A las que componían sus expresiones para disimular su vulnerabilidad. A las que actuaban como si el ardor no les abrasara el alma.

Librodot

Como Jane, por ejemplo.

¡No podía creer que estuviese pensando semejante cosa!

El diestro cazador reconocía la mascarada, capturaba a la desprevenida presa y disfrutaba de sus encantos ocultos. Las piernas de Jane eran mucho más largas de lo que una mujer debería tenerlas. Sólo un imbécil podría quejarse de unas piernas que estrecharían a un hombre y lo retendrían mientras él la penetraba profundamente.

Y Blackburn no era ningún imbécil. Su boca se curvó en una mueca de desprecio hacia sí mismo. O quizá obedeciera a la evocación del largo de las piernas de ella, al anhelo por revivir el sabor de su boca y al interés que experimentaba por ella, que superaba lo que le exigía el simple deber.

Al fin y al cabo, si debía provocar un escándalo y fingir un cortejo para disimular su caza del traidor, también podría extraer todo el placer posible de la situación.

La multitud de hombres los rodeó, forcejeando por hacerse con un lugar próximo a la señorita Morant. La recta espalda de Jane se puso rígida. Blackburn se le acercó con evidente intención. Cada vez que estaba cerca de ella, su perfume lo penetraba. Quería negar que lo recordaba, pero una vaga fragancia de especias que emanaba de la carne tibia lo transportó hacia atrás en el tiempo, a su propia sala de recepción.

Apoyó la mano en su cintura, cerca de la parte baja de la espalda, y Jane alzó la vista hacia él, mirándolo con sus grandes y asustados ojos verdes. Esos mismos ojos que lo habían mirado de idéntica forma aquella mañana, tanto tiempo atrás. Dilatados. Asustados. Inseguros, atemorizados y, por fin, apasionados…

-¡Blackburn!

Arrancado bruscamente de su ensueño, se encontró frente al rostro risueño y sudoroso de Athowe.

¡Quién hubiera pensado que personas tan altivas como vosotros os dignaríais a reintroducir a la señorita Higgenbothem en sociedad! -Athowe extendió su mano más allá de Blackburn, hacia Jane-. Señorita Higgenbothem, la reconocería a usted en cualquier parte.

Las cabezas giraron hacia ellos. La voz de Athowe se había superpuesto a las demás, consiguiendo atraer la atención sobre el apellido Higgenbothem. Las esperanzas que Jane tenía de conservar el anonimato se desvanecieron. Blackburn se alegraba del éxito de

Librodot

su plan; sin embargo, tomaría sus precauciones ante las consecuencias de una atención no deseada.

Jane dejó que ese sujeto odioso le besara la mano y después la retiró con escasa amabilidad.

Es un placer verlo de nuevo, lord Athowe. Ha pasado mucho tiempo.

Palabras sencillas. Corteses. Más amables de las que se había dignado dirigirle a él. Blackburn examinó a Athowe de pies a cabeza con la mirada, observando su vestimenta de buen corte, pero se abstuvo de preguntarle el nombre del fabricante de sus corsés ocultos y si aún usaba esa clase de calzado que le permitía salir corriendo al primer atisbo de problemas...

-Ya lo creo que ha pasado mucho tiempo -coincidió Athowe con vehemencia-. Esta noche deberíamos bailar como lo hicimos hace tantos años.

-Gracias, lord Athowe, pero yo ya no bailo. Ahora soy una acompañanta.

-¡Una carabina! -el hombre rió con ganas-. Está bromeando. ¡La hija del difunto vizconde de Bavradge no puede rebajarse a ser una carabina!

Los invitados de Susan iban acercándose, atraídos por los primeros indicios de una escena, y Blackburn oyó que una de las viudas murmuraba, en tono cortante:

-¿La hija del vizconde de Bavradge? Oh, por Dios. ¡No será esa hija!

Jane plegó la orla de su chal.

Athowe, ¿qué has hecho? -intervino Frederica, la esposa de Athowe, abriéndose paso entre la gente; aunque iba como siempre, impecablemente vestida y peinada, a Blackburn le pareció un esbelto escorpión egipcio de resbaladizo caparazón, con ese aguijón que podía acarrear la muerte de sus víctimas-. Has ofendido a la señorita Higgenbothem. A la señorita Jane Higgenbothem. -La mirada ponzoñosa de Frederica se posó en Blackburn; levantó la voz con gran deleite y añadió-: Es un placer verlo a usted con ella, lord Blackburn. Y una auténtica sorpresa, después de tantos años.

Blackburn hubiese jurado que podía sentir cómo el calor del sonrojo de Jane recorría su cuerpo desde los pies y pasando por la mano de él hasta alcanzar sus propias sienes.

Athowe farfulló inútilmente, tan capaz de controlar a su esposa como lo había sido en todas las circunstancias de su vida.

Pero nadie utilizaría a Blackburn para regodearse en una venganza, y Frederica Harpum menos que nadie. Esperó a que acabaran las risas disimuladas y, con incisiva autoridad, replicó:

-Si yo he decidido escoltar a la señorita Higgenbothem por lo grata que me resulta su compañía, nadie tiene por qué cuestionar mi decisión.

Todas las mandíbulas se abrieron; lo único que Blackburn veía eran bocas abiertas.

Fitz parecía tan atónito como los demás.

-Por Dios, Blackburn, ¿tienes idea de lo que acabas de decir?

-Sí, la tengo -Blackburn miró fijamente a Frederica hasta que vio que empezaba a ruborizarse; luego habló en voz lo bastante alta para ser oído por sobre el creciente murmullo-. En cambio, no estoy seguro de que sepa usted lo que acaba de hacer. Lo único que ha conseguido al revelar que conoce una historia tan antigua, lady Athowe, es divulgar su edad de una manera ciertamente poco elegante.

La sonrisa de Frederica no se borró, pero se hizo más rígida; sus labios estaban tan apretados que se fundían en una única línea roja entre la nariz y el mentón.

-Nuestras edades, lord Blackburn. ¿O debería llamarlo Figgy?

Aquel solo insulto extravagante bastó para llenar a Blackburn de una hirviente furia, aunque, claro está, no lo demostró. Se limitó a esperar a que se apagasen los bufidos de risa que Frederica había provocado con su mofa, y entonces dijo:

-Mis amigos me llaman Ransom. Usted puede llamarme «Milord».

-¿Qué está sucediendo aquí? -resonó la voz de Susan; las plumas rosadas que llevaba en el pelo se balanceaban a medida que se aproximaba-. Freddie, ¿estás causando problemas?

Los ojos de Frederica relampaguearon al oír que la llamaban por su apodo, pero no se atrevió a protestar.

A Susan le bastó una mirada para evaluar la situación.

-Freddie, ya te advertí la otra vez qué sucedería si promovías otro escándalo que involucrase a algún miembro de mi familia. Athowe, sería conveniente que te la llevases a casa.

Athowe aferró el brazo de Frederica, tiró de ella y la hizo retroceder trastabillando. Amedrentados por la penetrante mirada de Susan, los curiosos se dispersaron. Los hombres que rodeaban a

Librodot

Adorna se reagruparon, esperando que ella se apartara de su tía, y Susan dijo a Violet:

-Lord Tarlin te busca.

Violet vaciló, preocupada ante la perspectiva de dejar a Jane a solas con Blackburn, pero Susan le dio un suave empellón.

-Alguna vez tendrás que dejar a Ransom a solas con la señorita Higgenbothem. En realidad, ¿qué iba a poder hacer él aquí?

Susan lo sabía. La hermana de Ransom había reconocido en él las señales de la ira, y aun así, por alguna razón, prefería dejar a Jane a su merced.

Cuando él carecía de toda piedad.

Lenta y deliberadamente, Blackburn pasó los dedos bajo el chal de Jane y recorrió con ellos su brazo desnudo. Vio cómo tragaba cuando la piel de sus yemas entraba en contacto con la de ella. Y cuando deslizó la palma hacia abajo, hasta el codo, tuvo la impresión de que la mujer había olvidado respirar.

Sí, ella también era consciente de su presencia. Estaba tan ligada a los recuerdos como él... y si no lo estaba, él no tardaría en crear nuevos recuerdos para que se enredasen en su mente.

Se dio cuenta de que las miradas de todos los presentes en el salón de baile estaban clavadas en él y en su enemiga con ávida fascinación. Dejó que una tierna sonrisa, un poco divertida, jugueteara en sus labios; se inclinó hacia la mujer y murmuró:

-Nadie la reconocerá. Nadie evocará la Temporada Desastrosa. Y, ciertamente, nadie le pedirá cuenta por los problemas que me ha causado.

Jane lo miró sin titubear, sometiendo férreamente todas sus emociones. Si él no hubiese estado tocándola, quizá hubiera pensado que se mantenía impávida bajo la ira de él. Pero los tensos músculos de Jane pugnaban por zafarse del calor y la amenaza que él representaba.

-Cuídese bien, mi querida Jane.

Al oír que la llamaba por su nombre de pila por primera vez, Jane se encogió.

-Sucede que ahora no veo motivo alguno para no convertir en ciertos los rumores y llevarla a usted a mi cama.

-Yo no lo he invitado.

Fue una respuesta constituida a partes iguales por la decisión y la sorpresa. Y Blackburn disfrutó tanto del desafío como de la consternación.

-Puedo persuadirla, Jane.

-No. No cometería la misma tontería por segunda vez.

-Jane, si fuera una apuesta, yo no le aconsejaría que la aceptara -replicó, soltándola; hizo una reverencia que parecía de sublime cortesía y agregó-: Mire detrás de usted, Jane. Ahí estaré.

Librodot

Capitulo 10

A las tres de la madrugada, Fitz se apoyó en el marco de la puerta de la destartalada casa que había alquilado en la ciudad para quitarse los zapatos, sin hacer caso de la suciedad que cubría los peldaños y, seguramente, sus calcetines blancos. Sacó la llave e intentó meterla en la cerradura, pero aquella condenada calle estaba oscura como el Hades y él había bebido demasiado vino, dos hechos incontestables que dificultaban su cometido. Hubo un entrechocar de hierros hasta que acertó con el agujero de la cerradura e hizo entrar la llave. Ésta giró de inmediato, pero, pese a su cuidado, los tambores repiquetearon al ocupar sus respectivas posiciones. Abrió la puerta conteniendo el aliento: sin duda, ella debía de estar durmiendo.

Pero estaba despierta.

-¿Gerald? Hijo, ¿qué tal ha estado el baile?

Todavía no dormía. Eso significaba que debía de estar sufriendo sus dolores. Fitz escudriñó entre las sombras de la estancia con el alma cargada de desesperación. Ah, si tuviera dinero para...

-¿Hijo?

-Ha sido maravilloso madre -contestó; encendió una de las escasas velas, la incrustó como pudo en un candelabro y recorrió cojeando el estudio hacia el improvisado dormitorio de su madre-. Lady Goodridge dio una de sus acostumbradas fiestas de gala; todo el mundo estaba allí.

Cuando el resplandor rozó a su madre, vio las líneas prematuras que el sufrimiento había dibujado en su rostro. La respiración de la mujer, cuyo frágil cuerpo yacía cubierto por mantas que se alzaban como la loma de un túmulo, era trabajosa. Vio las manos endebles que aferraban el libro que había estado leyendo hasta que la vela se había consumido. Y vio también el amor que aquella mujer le profesaba resplandeciendo en ese cutis marfileño, envejecido, y la excitación que bullía en ella mientras aguardaba a que le contara los últimos chismorreas referidos a sus viejos amigos. Desde luego, él la complació, instalándose cómodamente en una silla junto a la cama y relatando una vez más las historias de jóvenes debutantes y viejos libertinos.

-... y también Blackburn encontró esta noche a su pareja -concluyó-. ¿Recuerdas aquel escándalo de hace... diez años, con

aquella muchacha que amaba tanto a Blackburn que había hecho una escultura con su imagen?

Su madre rió, y Fitz recordó que hacía semanas que no oía ese sonido.

-¿Cómo podría olvidarlo?

Pues bien, ella ha regresado como acompañanta de una debutante. Blackburn dio con ella una vuelta por el salón de baile, salió al jardín, acompañado, por supuesto, y volvió. Yo diría que está tocado.

-¿Qué dice él al respecto? -preguntó con astucia la señora Fitzgerald.

Fitz se inclinó hacia ella y se tocó la nariz con el dedo índice. -Defendió a la señorita Higgenbothem cuando lady Athowe la atacó.

-Qué interesante -repuso, y con aire pensativo deslizó los dedos agarrotados por el cubrecama-. Una podría preguntarse si lo habrá hecho para proteger a la señorita Higgenbothem o para fastidiar a lady Athowe.

Fitz sonrió a su madre. Hija de un barón inglés, se había casado por amor con su padre, un irlandés, y jamás se había arrepentido, según ella misma decía. Sin embargo, aunque no se había mezclado con la creme de la creme, su sabiduría con respecto al comportamiento humano había salvado más de una vez a su hijo del desastre.

-Yo opino que pretendía proteger a la señorita Higgenbothem -sugirió Fitz-. Ella casi había perdido las esperanzas, pero lo cierto es que Blackburn jamás había prestado la menor atención a Frederica.

-Sin duda, tienes razón -replicó la madre, contemplándolo a la luz débil del candil-. ¿Cómo fue para ti la velada?

-Muy buena. Estuve jugando al más grande de los juegos, ya sabes, la caza de la heredera.

La madre se mordió el labio y extendió la mano hacia él. -No tienes por qué hacer eso -afirmó-. Nos las arreglamos muy bien por nuestra cuenta, ¿no crees?

Su hijo se quedó mirando esos bellos ojos, demasiado grandes en la cara adelgazado. Y se preguntó cómo era posible que sugiriera tal cosa ella, que yacía en esa covacha, con la sola atención de una criada que se marchaba al anochecer para cuidar de su propia familia. Ocultando su amargura, Fitz sonrió con jovialidad.

-Desde luego que sí, pero me gustaría que viviésemos en mejores condiciones.

Librodot

-¿Capturó la bella señorita Morant tu díscolo corazón? Debe de ser joven e inocente.

-Y yo soy un viejo libertino -bromeó él.

La mujer rompió a reír, pero la asaltó una tos espasmódica. El libro cayó de la cama, y ella tomó su pañuelo de mano para cubrirse la boca.

Por supuesto, aunque en nada podía ayudarla, Gerald se puso de pie de un salto y rodeó con un brazo sus hombros huesudos, sin soltarla hasta que el ataque hubo pasado.

¡Dios, cuánto odiaba todo eso! Durante toda su vida no había sido más que un muchacho superficial, descuidado, que sólo buscaba diversión y aventuras. Y ahora, el destino había alcanzado a su preciosa madre, aferrándola entre sus garras, y él tenía que hallar un modo de llevársela a un lugar donde soplara un viento limpio y brillase el sol.

Había un modo. Un modo que le ahorraría tener que conseguir una heredera. Y como él carecía de moral y de honor, seguramente ese otro modo no tendría por qué llenarlo de escrúpulos. ¡Maldición!

-Ya estoy- bien -dijo su madre, con voz ronca y temblorosa.

El joven miró el pañuelo que ella tenía en la mano y vio que, gracias a Dios, no había sangre. Aún no.

La ayudó a acomodarse otra vez en las almohadas, y le habló de la invitación que había recibido menos de una hora antes:

-Lady Goodridge me preguntó si tendrías la bondad de hacerle una visita en la hacienda Goodridge. Es un bello lugar desde donde se ve el mar. El aire fresco te sentaría bien.

-Claro que sí. Y después le devolvería el favor invitándola a venir aquí ¿ no? -Inclinó la cabeza hacia su hijo y le sonrió, para suavizar el sarcasmo-. No acepto la caridad, Gerald, ya lo sabes. -Madre, lady Goodridge es una mujer en verdad bondadosa. -Y formidable y rica, y con unos ancestros ilustres. Es bueno recordarlo, hijo.

-Está sola -repuso él, sin rodeos.

-Cosa que tú sabes bien, ¿verdad?

-En ocasiones, el corazón de una mujer no es tan difícil de sondear.

-Eres igual que tu padre -acercó su mano a la de él y él la cogió-. Un seductor.

Aun cuando sabía que no tenía ninguna posibilidad de quebrar la implacable voluntad de su madre, debía hacer otro intento.

-De modo que irás.

-De modo que no iré -y agregó, haciendo un veloz cambio de tema-: Has entrado cojeando.

-Estuve bailando con la señorita Morant.

-Tu herida es muy reciente. No deberías bailar teniendo esa pierna lastimada.

-¿Cuándo he hecho lo que debería haber hecho? -recogió el libro y observó el lomo de cuero con fingido interés-. Con que Robinson Crusoe, ¿eh?

-¿Es ella la heredera a la que te referías? -¿Quieres que te lea?

-Tus planes me preocupan -confesó la madre, con una nota de aflicción en la voz.

Su hijo lo notó. Ya estaba cansada.

-No te preocupes, querida -respondió Fitz en tono tranquilizador-. Todo saldrá perfectamente, ya lo verás. Muy bien, ¿hasta dónde habías llegado?

Estuvo leyéndose hasta que el mentón de ella comenzó a caer, y entonces fue bajando la voz hasta quedar en silencio. La contempló, con expresión pensativa.

Cuando su padre había muerto, los ingresos generados por la propiedad eran muy menguados, y la señora Fitzgerald decidió hipotecarla para que él pudiese ir a Oxford y para disponer de fondos con que mantenerse hasta el fin de sus días, según había dicho.

Un hijo bueno se habría aplicado al estudio para conseguir un buen puesto en cualquier parte, como procurador de algún rico lord.

Pero Fitz no era un buen hijo. Lo sabía, pese a que la buena señora Fitzgerald asegurase lo contrario. No tenía aptitudes para el estudio, aunque se había abierto paso con destreza hasta las primeras filas de la sociedad inglesa. Eso fue hasta que su madre se vio obligada a decirle que estaban en la ruina. Habían gastado el poco dinero que quedaba en comprar el puesto de Fitz en la Caballería.

Había sido un estupendo oficial y había conquistado terreno para los ingleses en España cuando nadie lo creía posible. Los generales no tardaron en darse cuenta, y Fitz se había visto un buen día frente a un anciano tembloroso que le hacía una proposición: Fitz reuniría información para el servicio secreto inglés. Pero el espionaje podía ser peligroso y, en cuanto oficial inglés, Fitz podría resultar muerto si lo atrapan. «¿Por qué tendría que arriesgar mi pellejo?», había preguntado con franqueza. «Por la gloria de tu país.»

Librodot

«La gloria no dará de comer a mi madre si llegan a matarme.» Y fue así como logró extraer un «incentivo», una suma que le sería abonada tras cada misión que ejecutase con éxito. Como él conocía la poca fiabilidad de las promesas de la cancillería, había insistido en que se le pagase tan pronto terminara su tarea. El dinero había ido a manos de su madre y ella le había escrito jubilosas cartas alabando su magnificencia, y eso le había impulsado a correr más y mayores riesgos.

Claro que Blackburn no lo hubiese aprobado, pero Blackburn era demasiado estricto. Fitz necesitaba ese dinero, y hasta que su pierna...

Abatido, se frotó la herida. ¡Menuda pareja hacían él y su madre! Una, abandonada a la consunción, y el otro, lisiado hasta el punto que nunca más podría volver a hacer la única cosa que hacía bien.

No había manera de eludir la cuestión. Haciendo caso omiso de la censura de su madre, él tendría que arrojar su pañuelo a su heredera, y tendría que hacerlo pronto. Ahora ya sólo servía para eso: para cortejar a una mujer, seducirla, convencerla de que se casara y tratarla de modo que se sintiera satisfecha. Ya había elegido a su presa; había puesto la mira en ella y pronto sería suya. Ya fuese jugando limpio o no, la tendría.

Sin embargo, en esas horas de la madrugada, debía admitir que la oferta francesa era muy tentadora. Muy, muy tentadora.

Librodot

Capitulo 11

Once años antes...

Mientras Jane subía la escalera, el sol de las últimas horas de la mañana traspasaba la niebla. Alzó la aldaba de cabeza de león y la soltó. Sonó tan fuerte como el latido de su corazón, pero ella no se permitiría comenzar atenazada por los nervios, de modo que clavó la vista con firmeza en la puerta verde oscuro y aguardó.

El mayordomo, luciendo su coronilla calva, atendió a la llamada.

-Quisiera hablar con lord Blackburn -dijo la muchacha. -¿Lord Blackburn?

El hombre hizo una rápida inspección del vestido de la joven y de sus complementos. Llevaba su mejor vestido de día, su sombrero más elegante, con una pluma, y sus guantes más finos. Su bolso colgaba del brazo, y sostenía un pañuelo de encaje en una manó. No albergaba dudas con respecto a su apariencia, aunque también sabía que una dama jamás visitaba a un caballero. ¡Menos aun, sola!

El mayordomo miró hacia la calle buscando alguna evidencia del vehículo que la había llevado hasta allí.

No la había. Jane había alquilado una silla de manos a la que había despedido al llegar.

-Sí, con lord Blackburn. Es aquí donde reside, ¿verdad? -En este momento, no recibe visitas. Si deja usted su tarjeta... Jane lo empujó haciéndolo a un lado, pasó junto a él y entró en el vestíbulo.

-¡Señorita! -exclamó el mayordomo corriendo hacia ella-. No debería entrar.

-Ya lo he hecho -señaló Jane con implacable lógica-. Y tengo el firme propósito de ver a lord Blackburn.

Mientras el sirviente se debatía en nerviosa desazón, ella se dedicó a contemplar el ambiente. La residencia de Blackburn superaba con creces en magnificencia a la decadente casa que ella y Melba habían alquilado en la ciudad para esa temporada. La escalinata que llevaba a la planta alta relucía en una inconfundible y altiva ostentación del uso de cera de abejas. De un jarrón chino que descansaba en el suelo, testimonio de alguna dinastía ya desaparecida, surgían exuberantes plumas de pavo real azules, púrpuras y doradas. El pie de Jane se hundía en el terciopelo de la alfombra. Todo en aquella casa evidenciaba riqueza, elegancia y linaje.

Ella sólo tenía linaje. De hecho, un linaje sin tacha que, sin embargo, no podía salvarla del deshonor.

Por supuesto, ella y Melba iban a marcharse de Londres. Melba no estaba bien, pues Jane las había convertido a ambas en objeto de escándalo y, por lo tanto, la vergüenza les restaba motivos para quedarse. En la desdichada semana transcurrida desde la fiesta en casa de lady Goodridge, Jane había revivido el momento en que viera a Frederica Harpum gesticulando y anunciando: «¡La creación de la señorita Jane Higgenbothem!». Había experimentado de nuevo en su mente el calor de la furia de Blackburn. Y había vuelto a oír las carcajadas.

La gente de sociedad no había dejado de retorcerse de risa hasta que Melba se desmayó; entonces, todos se habían arremolinado alrededor, susurrado con cruel curiosidad mientras Jane disponía que llevaran a su hermana de regreso a la casa en que residían. Jane no hubiese sabido cómo arreglárselas sin lady Goodridge. Lord Athowe se había esfumado y, desde luego, a Blackburn no se lo veía por ninguna parte.

Durante las horas en vela que había pasado atendiendo a Melba mientras se restablecía de su estado febril, Jane había reflexionado. La intensidad de la ira de Blackburn había quedado grabada en su alma. En la oscuridad de la noche, había resuelto presentarse ante él para explicarle por qué había rendido su modesto talento al servicio de su perfección como modelo.

Su objetivo era disminuir el desastre, aunque sólo fuese por el bien de su hermana.

En ese instante vio que el mayordomo se interponía en actitud protectora ante una puerta pintada de blanco reluciente. -No puede entrar.

Jane pensó que era un hombrecillo dramático y no demasiado inteligente. Le echó una fría mirada cargada de desprecio y lo apartó de un empellón. Abrió la puerta y entró. Supo que había dado con la habitación correcta cuando una voz dijo, remarcando las palabras:

-¿Qué está haciendo usted aquí?

El sol se filtraba a través de los múltiples cristales de una puerta que daba a un Pequeño jardín. Las paredes del cuarto estaban repletas de libros, entre los que se exhibían pinturas y esculturas sabiamente colocadas. Pero Jane sólo tenía ojos para Blackburn.

La más perfecta de las criaturas de Dios yacía estirada en una silla de respaldo alto, ante el fuego. Sus exquisitos labios caían hacia abajo en una expresión torva. Sus ojos azules la perforaban como una llama, aunque en ese momento la llama ardía de despecho. Llevaba la camisa abierta, el cuello y la corbata arrugados y echados a un lado. En una mesa, junto a su codo, descansaba una taza humeante. Sostenía un libro en su ancha mano, y marcaba la página con el dedo como solo pensara despedirla y reanudar la lectura.

Y podría hacerlo, pero sólo una vez que ella hubiese dicho lo que debía decir.

Estar con él a solas, solazarse la vista con él sin interferencias... era más de lo que ella se hubiese atrevido a soñar.

Blackburn se inclinó hacia delante.

-McMenemy, ¿por qué la ha dejado pasar? -Insistió, milord, y no pude detenerla.

Lord Blackburn dijo en voz baja:

-Entonces tendré que conseguir un mayordomo que pueda impedir la entrada a los visitantes no deseados. Puede retirarse.

-Sí, milord -repuso McMenemy, desolado.

Los tacones de los zapatos relucientes del sirviente repiquetearon en el suelo de madera a medida que se alejaba. Cerró la puerta tras de sí, pero ésta quedó entreabierta.

-¡Redomado inútil! -tronó Blackburn; con un movimiento flexible, Blackburn se puso de pie y se acercó a grandes pasos a la puerta mal cerrada-. Estoy rodeado de inútiles.

Jane aferró su brazo cuando pasaba. -No importa.

Blackburn bajó la vista hacia la mano de ella con tal desprecio que ella se apresuró a retirarla.

-No me quedaré mucho tiempo -aseguró. -En eso tiene razón.

-Sólo he venido para decirle... para tratar de decirle...

-¿No se ha dicho bastante entre usted y yo durante esta última semana? -preguntó, interrumpiéndola-. ¿Dónde está su hermana?

-En casa.

-,-Está todavía demasiado enferma para acompañarla? -Está mejor; le agradezco su interés.

-«Le agradezco su interés» -repitió con voz aflautada, en una burla feroz-. Ha venido usted sola, sin acompañante.

Librodot

El pañuelo que Jane había sostenido en una sola mano estaba ahora aprisionado entre las dos, como una maza en manos de una escultora.

-Está tratando de ponerme en situación comprometedora -acusó Blackburn.

Jane se llevó las manos al rostro en un gesto de horror, y el bolso le golpeó el brazo.

-¡Oh, no!

-¿Por qué no? Apostaría a que Athowe no ha ido a verla para ofrecerle la protección de su apellido. -No hemos vuelto a ver a lord Athowe desde la noche de la fiesta en casa de lady Goodridge -replicó ella.

Sin embargo, eso no le importaba. No quería casarse con él. No obstante, podía reconocer la deslealtad en cuanto la tenía delante. Athowe no se había atrevido a manchar su precioso apellido; ni siquiera se había dignado a escribirle una carta interesándose por la salud de Melba.

-¡Vaya sorpresa! El siempre inconstante Athowe la ha abandonado a usted. -La burla no iba dirigida a ella sino al propio Athowe. Luego, se concentró de nuevo en ella-. De modo que yo soy su única esperanza. Un matrimonio conmigo le devolvería su reputación.

Jane irguió los hombros y lo miró enfurecida. Había interpretado erróneamente sus propósitos.

-Jamás se cruzó por mi mente semejante idea. No soy tan ingenua, milord. Puede estar seguro de que no he traído a nadie para que nos sorprenda.

Ransom tomó el mentón de Jane entre sus dedos, la hizo levantar la cara y la observó cuidadosamente. Al parecer, encontró convincente lo que vio.

-Excelente, porque no le habría servido de nada -afirmó-. No me casaría por ninguna otra razón que no sea mi conveniencia; si por ello nos arruinamos los dos, así será. Así que su hermana no sabe que está usted aquí...

Un remordimiento hizo que Jane volviera la cabeza.

-De otro modo habría deducido que ella no le ha enseñado nada con respecto a la corrección.

La injusticia hizo exclamar a Jane:

-¡Sí, me lo ha enseñado! Una dama decente jamás visita a un hombre soltero en su casa. Me lo ha dicho con frecuencia.

-Pero usted no le ha hecho caso.

-Mi reputación ya está destruida. ¿Qué más podría ocurrirme?

El hombre lanzó una breve y amarga carcajada.

-Si eso es lo que cree, no le ha enseñado lo suficiente, jovencita insensata.

Jane sopesó el comentario. De repente comprendió que él no se refería sólo al decoro, sino al motivo real por el cual las mujeres debían evitar quedarse a solas con los hombres. Con excepción de aquel breve instante de incomodidad con Athowe, ella jamás se había visto abrumada por tales preocupaciones, pues la había protegido su altura. Respondió a Blackburn con sinceridad:

-Por supuesto que ella me habló de los bajos instintos de los hombres, y me dijo que no debía quedarme a solas con ellos. Pero como usted está enfadado y yo nunca le he gustado, y usted es tan perfecto que…

-¡Oh, por el amor de Dios! -exclamó Blackburn.

Extendió las manos hacia ella, pero luego las apartó en el último momento, y se alejó.

-… sé que controla sus pasiones de un modo impensable en hombres de inferior categoría.

Blackburn rodeó su silla, sin dejar de mirarse los dedos que aferraban las espirales talladas en la madera con una tensión nada usual.

-Yo no confiaría demasiado en ello.

Jane no podía creerlo. Si lo que había dicho era verdad, sólo podía significar que él no era un dios sino simplemente un hombre.

Con todo, ella era una artista. Estudiaba a las personas a través de sus expresiones, sus gestos, sus matices, y Blackburn parecía estar sometido a una gran tensión.

Con el mentón bajo, él le echó una mirada que sugería la amenaza de un toro a punto de embestir, empitonar y destruir.

-Usted no lo entiende -continuó Blackburn-. Yo estaría dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de causarle tanta humillación como la que usted me ha causado a mí. -Su voz gutural sonaba con convicción-. Huya, muchacha, antes de que olvide que soy un caballero.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jane, pero recordó el objeto de su misión. Aún no le había ofrecido sus explicaciones.

-La razón de mi visita no es sino aclararle por qué me atreví a modelar su imagen con arcilla.

Blackburn se estremeció como si le hubiera asaltado una punzada de dolor, y Jane, alarmada, dio un paso hacia él. Entonces notó cómo se le curvaba la boca, con la sonrisa del felino que ve su presa a su alcance, y volvió a retroceder.

-Sería obvio para cualquiera por qué se atrevió. -Rodeó la silla y avanzó hacia la muchacha-. Lo imperdonable fue cómo lo hizo.

Jane asintió, mientras lo observaba cautelosamente.

-Hice un mal trabajo. -¡Cómo le dolía admitirlo!-. Ahora lo sé.

-Si hubiese sido un mal trabajo, nadie me habría reconocido -replicó; dado que era evidente que la joven no lo había entendido, se vio obligado a aclarar-: Fue la... la falta de ropas lo que provocó la agitación.

El corazón de Jane se vino abajo. Ella había sospechado que ésa era la verdad; sin embargo, él era tan grande, tan imponente, que ella no concebía otra manera de representarlo.

-Es una forma clásica utilizada por griegos y romanos. Alegaría en mi defensa que no tenía motivos para creer que nadie, salvo yo, vería la escultura.

¡No me ha representado correctamente!

Jane no pudo evitar que su mirada se deslizara por el cuerpo del hombre buscando el error que tanto lo había enfurecido. Ella sabía que no carecía de talento. Las proporciones eran correctas y, sin embargo, él seguía paseándose nerviosamente.

-He estudiado el cuerpo humano tanto como me ha sido posible en mis limitadas circunstancias, pero en este caso me limitó el hecho de no contar con un modelo.

Él se detuvo de modo que sus pies tocaban las puntas de los zapatos de ella.

-¿Ha venido para pedirme que pose para usted? -le espetó. Jane trató de separarse de la deliberada aproximación de Blackburn.

-¡No, no me atrevería a ser tan irrespetuosa! Sólo estoy tratando de justificar cualquier posible... error de cálculo que yo pueda haber cometido para causar su enfado.

-Error de cálculo -repitió, pronunciando cada sílaba por separado-. Error de cálculo. -Extendió con brusquedad las manos, la aferró por los hombros y la acercó a él-. Sus errores son legión ahora, señorita Higgenbothem. Y el peor de todos ha sido venir hoy aquí.

Ya se habían tocado antes, en el baile; y hacía apenas un momento, cuando ella le había aferrado el brazo, y cuando él le

había pellizcado el mentón. Jane atesoraba cada contacto, cada instante.

Pero esto... esto era diferente. Él no pensaba matarla. Podría haberlo hecho y ordenar después que sus criados se deshicieran de su cadáver, y luego haber reanudado su lectura. En cambio, sus dedos le apretaron los hombros de una manera casi dolorosa. Vio que se le contraía la garganta y sintió el olor de él, cercano e intenso: el coñac de la noche anterior, el jabón de limón de ese día y la carne masculina, tan tibia como ansiosa.

Pero ¿ansiosa de qué? Quiso mirarle a la cara, preguntarle qué pretendía, pero su vista quedó clavada en el punto en que se abría la camisa. El borde de algodón blanco atraía su mirada; a continuación, su piel ambarina hizo brotar un suspiro de satisfacción de los labios de Jane.

Ella nunca había visto ese lugar donde las clavículas se hundían formando un hueco, aunque sabía que existía. Nunca había visto los finos rizos de vello rubio en la parte superior del pecho, ni el movimiento de la nuez cuando tragaba, ni siquiera su musculoso y fuerte garganta. Pero había adivinado sus formas, sus colores, sus texturas, con asombrosa precisión. Los había dibujado, y luego modelado con fría arcilla con la misma devoción y placer que había puesto el Creador para concebir a Blackburn.

Aun así, estaba recelosa.

Temía a Blackburn. ¿Por qué? Nunca había sido una muchacha prudente. En parte, ése había sido el problema, según Melba le había dicho exasperada. Miraba a los hombres directamente a los ojos, como de igual a igual, y esa experiencia novedosa los espantaba,

Antes se había erigido entre los dos la armadura de la indiferencia de Blackburn. Ahora tal protección había desaparecido y su atención la arrebataba, como si una brisa fresca le tocara la piel desnuda.

¿Qué haría con las manos? Todavía sujetaban el pañuelo cerca de su cintura, y le parecían extrañas, intrusas, ajenas a ella.

Estaba en sus brazos... un lugar tan exótico que jamás se había atrevido a soñar con él, ¡y se preocupaba por sus manos! Pero no entendía cuál era la venganza que él buscaba.

-Milord, ¿por qué está abrazándome?

Se obligó, no sin esfuerzo, a apartar la vista de la abertura de la camisa del hombre y alzó la mirada hacia él.

Se encontró con unos ojos tan oscuros que parecían haberse tragado el cielo de la medianoche. Conjuraba a los demonios con esos ojos, demonios que ella no podía reconocer sino sólo registrar su presencia.

-¿Milord? -insistió.

-Maldita sea usted por haber venido. Maldita, por penetrar en mis dominios.

La estrujó con una intensidad dolorosa, y ella gritó y levantó las manos. Le golpeó los antebrazos con los puños, deshaciendo el abrazo, y él hizo una brusca aspiración.

Luego, se echó a reír.

-Tiene usted fuerza.

La sujetó por las muñecas y le hizo girar las manos. Pinzó las puntas de los dedos de cada guante y tironeó hasta liberar las manos de su confinamiento. Dejó caer los guantes al suelo, y ella se sorprendió abriendo los dedos para mostrarle su palma desnuda.

Vulnerabilidad.

Ella era fuerte. Levantaba la arcilla, que era pesada, y la modelaba durante horas, experimentando la satisfacción de crear con sus manos. Y, sin embargo, quería que él viese la otra parte, que adivinase cómo su fuerza nacía en realidad de su desguarnecido corazón.

Y Blackburn lo adivinó. Su dios era tan sensible que conocía su interior.

-Me amas, ¿no es cierto?

La voz de Blackburn fue vibrante, vehemente.

Jane reverenció con la mirada el aletear de sus fosas nasales, la satisfacción que irradiaban sus ojos tras los pesados párpados.

-Bueno -musitó él-. Eso lo hace mucho mejor. Sin soltarle las muñecas, bajó la cara hacia ella. Y la besó.

Un beso. Áspero, un tanto brutal, ferozmente enojado. Ser la receptora de semejante honor la hizo temblar.

Estaban en contacto en toda la extensión de sus cuerpos, y él la atrajo hacia sí, exigiendo su sumisión, como si quisiera que ella le expresase de todas las maneras posibles que era suya. Suya, para hacer con ella lo que quisiera.

Blackburn levantó la cabeza y la contempló, y sus cejas se alzaron en una expresión de desprecio.

-Estúpida. -Ahora se parecía menos a Apolo y más a Hades-. Estúpida virgen. Ni siquiera sabes lo que estás pidiendo.

De todos modos, se lo dio. Su siguiente beso fue aún más duro, y le hizo echar la cabeza hacia atrás. El sombrero de Jane se torció de una manera absurda, y él frunció el ceño, irritado con la inofensiva prenda.

-Quítatelo.

Le soltó una mano para que pudiese obedecerlo, y ella lo hizo. Sus dedos temblaron mientras deshacía el lazo, pero cuando se lo hubo quitado y se disponía a dejarlo con delicadeza en un perchero, él perdió la paciencia, se lo arrebató y lo tiró al suelo con gesto indiferente. ¡Su mejor sombrero!

-No te atrevas a protestar -advirtió Blackburn.

Tendría que haberle respondido, pero sentía los labios extraños, hinchados, inflamados, casi deseosos. No estaba segura de poder desempeñar con éxito algo tan rutinario como hablar. Sobre todo después de haber recibido un beso. Despacio, con sumo cuidado, alcanzó a balbucear:

-No estoy protestando.

La boca de Blackburn se curvó en una tenue sonrisa. Le acarició con delicadeza los labios con la yema del pulgar.

-Eres casi dulce -susurró.

Y a continuación, como si no quisiera pensar en ello, volvió a besarla.

En esta ocasión, él parecía pedirle algo. Jane intentó preguntar de qué se trataba, pero de repente él exclamó:

-¡Entrégate, muchacha!

Apoyó las muñecas de ella sobre sus propios hombros, le rodeó la cintura con un brazo y le entrelazó los dedos en sus cabellos a la altura de la nuca.

La exigencia era clara. Perpleja, ella abrió los labios y él la saboreó. La saboreó.

Era inevitable que ella también lo hiciese. Había café en aquella taza de la que había estado bebiendo. No era té, sino café. Qué extraordinario. Jane conocía un detalle de su vida gracias a que él la besaba. A que estaba besándola en ese mismo instante.

¿Qué habría descubierto él de ella? Se echó a temblar con pequeñas sacudidas atónitas. Melba le había explicado con claridad qué ocurría entre un hombre y una mujer. Con todo, no le había dicho nada de esta intensa intimidad en la que fragancia y sabor se mezclaban formando una sola sensación. Jane cerró los ojos para

Librodot

acallar la conmoción que le recorría las venas, pero no poder ver no hizo más que agudizar el tumulto.

Alarmada, abrió los ojos e intentó retroceder, pero él seguía sujetándola y estrechándola cada vez con más fuerza. Gruñó como un perro al que amenazaran con retirarle su sabrosa comida y la mordió.

El tacto de los dientes del hombre en sus labios la sorprendió; no sabía si debatirse o someterse. Pero ¿cómo? Daba la impresión de que Blackburn no cedería un ápice, y ella había decidido permitirle que la castigara cuanto quisiera. Aunque, ciertamente, no podía quejarse, teniendo en cuenta que estaba castigándola con lo que ella tanto había ansiado. Aun así, cuando la mano resbaló de la cabeza de Jane hacia su garganta y le acarició la piel debajo de la oreja, ella se retorció contra él.

-Quédate quieta -murmuró el hombre; su boca se desplazó desde la boca de ella hasta donde la había tocado con los dedos, y Jane pudo oír su aliento superficial e irregular-. No estoy haciéndote daño.

-No... ,

Jane exhaló. No, no le hacía daño. Sin embargo, él tomó su respuesta como una negativa, y levantó la cabeza para replicar:

-Sí.

¿Todavía estaría enfadado? No estaba segura. Lo único que sabía era que parecía diferente, menos demoníaco, más parecido a un amante. La hizo girar, y luego caminar hacia atrás, hasta que Jane sintió el borde de la mesa contra sus muslos.

Blackburn no le dio otra alternativa; ella era fuerte, pero no tanto como él. La trataba como si ella fuese arcilla y él, el artista. Y tal vez fuese así. En este campo, era él quien dominaba el arte. La aprisionó con todo su cuerpo, con sus caderas firmemente apoyadas en las de ella, su pecho contra el de ella, sus piernas inquietas moviéndose a los costados, junto a las de ella, entre las de ella. Su forma de aprisionarla tendría que haberle impedido respirar, pero la sujetaba con una levedad tal que no se sentía apresada, sino más bien abrazada, y ésa era la mejor de todas las sensaciones que los avances del hombre generaban en su interior.

Ni en sus sueños más enloquecidos Jane hubiese imaginado algo así. Claudicó y decidió dejarse llevar allí donde él quisiera llevarla.

Entonces, Blackburn respondió a sus deseos. Le tocó primero los labios, encerrándolos entre los dedos ahuecados, acariciándolos como para retener en la memoria su forma. Abarcó la cintura de ella con la mano, sonriendo como si el contraste entre las caderas femeninas y la esbeltez de la cintura lo satisficieran. Tocó cada costilla, deslizando las yemas hacia arriba, como si las contara, hasta el borde de las ropas de Jane.

Ella lo dejó hacer. Había decidido que lo dejaría. Si semejante familiaridad le brindaba placer, ella se sentía una privilegiada al poder complacerlo.

Aun así, él la observaba con atención, expectante, casi anticipándose a una posible fuga.

Y, para sorpresa de Jane, cuando las manos del hombre acariciaron sus pechos, la asaltó una oleada de pánico, un urgente impulso de emprender la huida.

-Estás asustada.

No preguntaba, lo sabía.

Ella tragó saliva y respondió, con voz ronca: -Esto no me gusta.

-¿Por qué no?

Ahora le cubría un seno con toda la mano.

Ella lo aferró por la gruesa muñeca, y sus dedos rodearon los firmes y delgados huesos de la articulación.

-Está tocando un lugar que sólo un esposo podría tocar. Pero él mantuvo la mano allí, y corrigió en tono cálido: -O un amante.

Jane le apretó con tanta fuerza la muñeca que sintió el pulso que latía bajo la piel. La voz de la joven, que por lo general era clara y coherente, vaciló de un modo abominable cuando replicó:

-Sin duda comprenderá que me siento sacudida, temerosa... -hizo una inspiración- e incómoda.

La otra mano de Blackburn se posó en el otro pecho de la mujer.

-¿Muy incómoda?

Jane cerró los ojos para evadirse de su mirada. De su diversión. Porque él sabía que ella estaba mintiendo. No era la incomodidad lo que la incitaba a mover las caderas, lo que la empujaba a proseguir esa aventura con todas sus fuerzas. Era algo diferente, más intenso, algo más grande que ella misma. Era un impulso casi primitivo por su vigor, casi una exigencia.

Como la necesidad de modelar, de crear.

Librodot

Blackburn movió el pulgar sobre el pezón de Jane, y éste reaccionó endureciéndose. Lo mismo sucedió con cada una de sus partes íntimas. Completamente envuelta, insensible a lo que veía y oía, comenzó a clavar las uñas en los hombros del hombre casi sin advertirlo.

Blackburn rió con risa suave e irregular, y la acarició de una manera cada vez más atrevida hasta arrancarle un gemido. Como si ésa hubiera sido una señal, él le sujetó las manos. Las llevó a sus genitales y las retuvo allí, contra la tela tensa de sus pantalones.

Ella abrió de golpe los ojos y clavó la vista en él. En los ojos del hombre brillaba una gran emoción.

-Palpa la diferencia -musitó.

-Sí.

Consintió, pues creyó que eso era lo que él esperaba de ella, pero no alcanzaba a entender el porqué de su suave risa.

Como un niño ansioso, Blackburn agarró la falda de Jane por un punto, luego por otro y la alzó. Se quedó mirando las ligas, sujetas por encima de la rodilla. Jane bajó las manos y se sujetó del borde de la mesa. La respiración del hombre era rápida y densa, como la de ella, mientras seguía subiéndole la falda con tanta premura que parecía que acabaría por pasársela por encima de la cabeza.

Pero se detuvo. Con la tela todavía en la mano, la tomó de las nalgas y la subió a la mesa. Ella se tendió sobre la superficie fría y dura, sacudida por la incredulidad, la confusión y las demandas del hombre.

Al otro lado de la puerta se oían voces de los criados o, peor aún, de visitantes. La cordura estalló dentro de Jane. Con un rápido ademán, le arrebató el ruedo de su falda de las manos.

-Entrégate a mí, querida.

En el oscuro firmamento azul de sus ojos destellaron las estrellas, al intentar ella apartarle las manos. Jane consiguió sustraerse al hechizo.

-Esto no está bien -protestó-. Hay alguien fuera... -Ningún otro importa.

-¡Por favor, milord, escúcheme! -Llámame Ransom.

Ahora probaba a engatusarla, llevado por su anhelo de apartarle la falda, de apoderarse de la libertad de su cuerpo y sólo Dios sabía de qué más.

Librodot

McMenemy hablaba en voz alta, y alguien le respondía en el mismo tono. Jane no podía creer que Blackburn no lo hubiese oído.

-Escuche -instó.

Él soltó la falda, cambiando de táctica, y deslizó los dedos por la parte externa del muslo.

-Querida -la arrulló.

La puerta impactó con estrépito contra la pared.

Blackburn se volvió bruscamente y se enfrentó con lady Goodridge, que entraba en la habitación.

Con su voz resonante, ella dijo:

-Ransom, este mayordomo es por completo inaceptable. Tendrás que...

Su voz se apagó al reparar en la expresión de la cara de su hermano, en Jane y en el desorden de sus ropas. Sus ojos se dilataron y su sólido cuerpo se estremeció.

Blackburn se irguió delante de Jane pero ya era demasiado tarde. Lady Goodridge no había llegado sola. Un caballero y dos damas la acompañaban. Una de las damas gritó.

Una corriente de aire que entró por la puerta abierta revolvió el pelo de Jane e hizo saltar una horquilla. Al caer sobre la mesa emitió un ominoso tintineo, como si doblase por Jane.

Librodot

Capitulo 12

Jane se dijo con amargura que, once años después de aquella infausta temporada, la mañana posterior a un encuentro con Blackburn no había mejorado en lo más mínimo. Los recuerdos de la noche anterior trajeron consigo otros que ella había creído borrados definitivamente.

En especial, ese recuerdo, el de su visita no autorizada a la casa de Blackburn... El recuerdo más doloroso. Mientras descendía la escalera siguiendo el aroma de salchichas asadas, se estremeció y dejó caer los hombros. La humillación contenida le provocaba ganas de acurrucarse, de plegarse sobre sí misma y esconderse.

Pero ya no podía seguir siendo una cobarde. Había pasado años escondiéndose, y si algo había aprendido era que los recuerdos siempre le dolerían. También había aprendido que había cosas peores que los recuerdos: perder a una hermana, sufrir la rudeza deliberada y sistemática de un cuñado, ser expulsada de su hogar y depender de sus propios y exiguos recursos en la vida para arreglárselas como buenamente pudiera. ¿Recuerdos? ¿Qué eran unos meros recuerdos en comparación con todo eso? No la derrotarían.

Enderezó la espalda, respiró hondo y entró en la sala para desayunar.

Una suave salva de aplausos la recibió.

Sorprendida, miró alrededor buscando una explicación, y vio que Violet, lord Tarlin y Adorna le sonreían.

-¿A qué debo este honor?

Se sentó en su sitio de costumbre y saludó a lord Tarlin con una inclinación de cabeza. Aquel hombre, alto, delgado y calvo, era una persona sensata y honorable. Aun así, Jane se sentía incómoda en su presencia. La razón no cabía buscarla en nada que él pudiera hacer o haber hecho, sino al hecho de que ella vivía en su casa, comía en su mesa y viajaba en su coche. Sabía que Tarlin no ponía ningún reparo a que ella viviera allí. Mas, a pesar de que Violet se lo había descrito como el hombre más generoso del mundo, tantos años de convivencia con la mezquindad de Eleazer habían dejado una marca muy profunda. De manera inconsciente, Jane esperaba que se le exigiese pagar.

-¡Lo hiciste, Jane, lo hiciste! -celebró Violet-. Jamás había visto a Blackburn tan exasperado y agobiado como parecía estarlo anoche.

-Yo sí -repuso Jane con sequedad-. Y abrigaba la esperanza de no volver a presenciar nada semejante.

-Los que lo conocemos nos regocijamos con su irritación -aseguró lord Tarlin.

-A mí me causó buena impresión -confesó Adorna.

-Oh, a mí también -dijo lord Tarlin, quedándose quieto para que Violet le quitara una miga del labio. Sonrió a su esposa y agregó-: Pero hay ocasiones en que alardea demasiado de su propia importancia.

-La tía Jane se encargará de eso.

Adorna llevaba un crujiente vestido mañanero de color verde claro. Parecía tan fresca y jovial como si no hubiese bebido vino, cenado a las doce y bailado hasta las tres. Jane llegó a la conclusión de que ésa era una de las numerosas e injustas ventajas de la juventud.

-Es muy apuesto -continuó la muchacha-. No me extraña que te hayas enamorado de él, tía Jane.

Jane no debería haberse sorprendido de que Adorna hubiera revelado súbitamente que lo sabía, pero lo hizo. Y, con una repentina punzada de miedo, se preguntó cuánto sabría en verdad su sobrina. Claro, ¿cómo podía permitirse moralizar una carabina que en otros tiempos había provocado un escándalo? Un escándalo cuyos efectos se habían dejado sentir durante años.

-¿Quién te dijo semejante disparate, querida?

-Cuando volvimos del jardín todos lo comentaban. Y mucha gente me lo dijo -contestó Adorna suspirando complacida.

Jane se puso tensa.

-¿Te contaron lo relacionado con la escultura? -inquirió. -Sí. Me contaron que modelaste muy bien a lord Blackburn. Adorna parpadeó. Su protegida era la imagen misma de la inocencia.

-¿Nada más?

-Sólo oí decir que lo hiciste con mucho realismo -repuso Adorna, frunciendo el entrecejo-. ¿Había algo más?

Las miradas de Jane y Violet se encontraron, y aquélla detectó el alivio en los ojos de su amiga.

-No, nada más.

-La historia me pareció muy romántica, y pensé que sería maravilloso que volvieras a modelar.

-Imposible. No tengo dónde hacerlo. Además, estoy prácticamente segura de que no recordaría la técnica.

Un criado sirvió un bollo a Jane en el plato, y ella se lo agradeció en un murmullo.

-¡Qué lástima! -exclamó Adorna; sus ojos eran como dos grandes lagos, redondos y apenados-. Me han comentado que eras muy buena.

Mientras tomaba el bollo, Jane respondió con rigidez a Adorna:

-Dicen muchas cosas, la menos comentada de las cuales es que yo era buena. Y «romántico» sería la última palabra que yo emplearía para describir ese odioso e insidioso.

-Mis amigos así lo creían -insistió Adorna, sus hoyuelos adornando las mejillas-. Era evidente.

Jane untó el bollo, que tenía pasas de uvas, con un poco de jalea de membrillo. Casi de inmediato se asombró de su propia extravagancia: poner jalea a un bollo que ya era sabroso le pareció casi pecaminoso.

-No creo que tus jóvenes pretendientes sean los más indicados para determinar los usos sociales.

-No, pero lord Blackburn sí -afirmó Violet, estrujando su servilleta en el puño-. Ya es hora de que pague por sus acciones. No te ha proporcionado más que dolor.

¿Sólo dolor? Una vez más se alzó ante los ojos de Jane el recuerdo de aquel día en el estudio de Blackburn, pero en esta ocasión no era la humillación lo que evocaba. Recordaba la pasión, desenfrenada e involuntaria. Por más que ella negara el deseo, la evidencia que le daba su propio cuerpo era innegable. La tibieza de su interior, la humedad entre sus piernas, la dolorosa tensión en sus pechos... todo había vuelto a encenderse, al verlo de nuevo. Todo el deseo. Todo el anhelo.

Y toda la necesidad de dar cauce a su talento artístico.

No podía. No debía. Sin embargo, la dirección que le había deslizado el vizconde de Sainte-Amand quemaba en su bolso como una brasa ardiente.

-Para que él pagara por sus actos tendría que haber sentido culpa -dijo Jane-. ¿De verdad puedes imaginarte a lord Blackburn sintiéndose culpable de algo? ¿De algo, además, relacionado con los triviales sucesos ocurridos hace tanto tiempo? Por otra parte, yo fui la primera en ofender.

-Blackburn no es mala persona -objetó lord Tarlin-. Creo que de no haberse enfadado tanto contigo aquellos sucesos habrían

tenido una conclusión apropiada. Pero ningún hombre habría tolerado a la ligera un insulto tan notorio.

Jane dejó su bollo e hizo la misma pregunta que ya había formulado tantas veces:

¿Qué insulto?

-Sí, ¿qué insulto? -preguntó Adorna.

-Yo no tenía intención de insultar -alegó Jane.

Jane recibió la misma respuesta que había recibido en tantas ocasiones. Tarlin abrió la boca y miró a su esposa. Ésta negó con la cabeza, y él volvió a cerrar la boca. Sintiéndose a partes iguales incómodo y divertido, el hombre dijo:

-Bueno... ya son más de las once y tengo cosas que hacer. Debo ir saliendo. -Se puso de pie y depositó un beso en la cara de Violet-. Cariño, nos vemos más tarde, ¿de acuerdo?

-Nos llevarás al baile en casa de lady Ethan, ¿verdad? Lord Tarlin parecía abatido.

-¿Otro? ¿Tan pronto?

-La temporada no ha hecho más que empezar -recordó Violet.

-Tendré que dar con alguna necesidad urgente que me permita refugiarme en la hacienda Tarlin.

Violet replicó, sonriendo con serenidad: -Corno mejor te parezca, querido. Después de que él se marchara, Jane dijo: -Espero que no le moleste acompañarnos. Violet rió entre dientes.

-De ningún modo -aseguró, en tono tranquilizador-. Siempre amenaza con escaparse mientras dura la temporada, yo siempre le muestro mi sumisa voluntad de aceptar su huida, y él siempre acaba quedándose para acompañarme.

-Está realmente atrapado -concluyó Adorna, pensativa.

Violet estudió a su voluptuosa invitada.

-Una observación sorprendente.

Adorna se encogió de hombros.

-Me halaga, milady, aunque me parece algo evidente.

Para Jane no había resultado tan evidente, pero con los años se había habituado a la perspicacia natural de Adorna en todo cuanto concernía a los hombres. Ah, si ella misma hubiese tenido el don de su sobrina... Ahuyentó de su mente a lord Blackburn y a su formidable amenaza. No pensaría en él, ni volvería temerosa la mirada como él le había sugerido.

Con seguridad, no deseaba llevársela a su cama, sino que estaba enfadado por el regreso del viejo escándalo.

Librodot

El mayordomo se acercó, portando una bandeja con un alto montículo de hojas de papel dobladas por la mitad, de elegante color crema, todas ellas selladas.

Adorna burbujeó de risa.

-¡Mirad esto! -dijo Violet, levantando varias entre sus dedos y rompiendo el sello de algunas para atisbar en su interior-. Nunca había visto tantas invitaciones. ¡Nuestra pequeña Adorna es todo un éxito!

Jane asintió y sonrió. Jamás había dudado de ello.

Los labios de Violet se torcieron en una mueca de disgusto. Sostenía con las puntas de los dedos un papel plegado.

-Y otra carta del señor Morant.

-Yo la cogeré -dijo Jane, recibiéndola de Violet.

Eleazer no había bromeado cuando había dicho que quería una cuenta detallada de los gastos que acarrearía su temporada. Escribía una vez por semana exigiendo un informe sobre su inversión. Jane siempre lo ponía al corriente con prontitud, aunque algunas de las compras que Adorna había insistido en hacer para Jane requerían respuestas redactadas con sumo cuidado.

-Además -recitó el mayordomo-, ha llegado monsicur Chasseur.

El joven tutor se hallaba en Londres desde hacía unos días. Había asegurado a Jane que la muerte de la señorita Cunningham había sido accidental, y que el procurador había reconocido que él no había tenido nada que ver en tan luctuoso suceso. Ya podía dedicar toda su atención a la señorita Morant, y ardía en deseos de reanudar su trabajo con una dama tan simpática e inteligente.

Ahora bien, con tantas pruebas, tés, funciones de teatro y demás, a Adorna le quedaba poco tiempo. De modo que Chasseur iba una vez por semana a darle clase, como hacía con muchas otras jóvenes en Londres durante la temporada.

-Oh, mi lección -dijo Adorna, arrellanándose en la silla-. El francés es muy difícil. Jamás podré aprenderlo.

-Claro que sí, querida. Debes perseverar -replicó Jane, automáticamente.

Era una persona adulta y tenía una responsabilidad para con Adorna. El incidente de la noche anterior en el jardín le había demostrado que la muchacha atraía el desastre como una flor a las abejas. Por lo tanto, hasta que la joven estuviese establecida con un buen marido, Jane seguiría comportándose como una digna

Librodot

solterona. Luego se ocuparía de buscar empleo... como gobernante, tal vez.

Sin embargo, no podía evitar que su mente se alejara de esa idea y volase hacia Blackburn, que las yemas de los dedos le cosquillearan de ese modo que le había acarreado tantas desdichas. Quería pintar. Quería modelar. Quería ser quien era y no quien la sociedad le exigía que fuese.

Pero...

No iría a ver a Sainte-Amand. No lo haría.

-Tengo un nuevo informe, milord.

Blackburn levantó la vista del papel que tenía delante y apoyó con cuidado la pluma sobre el secante.

-Siempre te acercas a hurtadillas, Wiggens.

-Es por mi trabajo, milord. Para eso me paga usted -replicó Wiggens, luciendo su sonrisa desprovista de dientes-. Pero usted nunca se sobresalta, ¿no es así?

-Ya no hay muchas cosas que me sobresalten.

Blackburn extendió la mano y aguardó a que Wiggens escarbase entre sus numerosas capas de ropa. En cualquiera de las casas de Blackburn, tan viejas y harapientas prendas habrían sido quemadas en el cubo de la basura, pero en las calles de Londres conseguían que nadie mirase por segunda vez al buen Wiggens. De forma que nadie reparaba en el incalculable valor de Wiggens.

Wiggens le entregó el informe. Blackburn sopló para quitar una fina capa de hollín de la primera hoja, antes de dejarlo ante sí.

-¿Te ha causado algún contratiempo el empleado esta vez? -preguntó, mientras examinaba el contenido del documento.

-No, milord. La última vez, le dio usted un buen susto, ¡vaya que sí! -Wiggens asintió con convicción-. Gracias.

Blackburn pagaba a Wiggens por su notable memoria y no por sus más que dudosas cualidades expresivas. Cuando el secretario que escribía aquellos informes había golpeado a Wiggens, Blackburn se había mostrado muy directo y concreto: el empleo escaseaba y, tal vez, el empleado deseaba ir a buscarlo en cualquier otro sitio. El empleado había manifestado no desear tal cosa...

En ese momento, Wiggens se comportaba con su acostumbrada jactancia. Presumía de ser el mejor de entre la legión de detectives en miniatura que Blackburn había reclutado.

A medida que éste leía las detalladas descripciones que había traído Wiggens, pudo reconocer a la mayoría de personas que

entraban y salían de la casa de Sainte-Amand. Pero había una a la que no conocía. Golpeteó con el dedo en la parte inferior de la página y preguntó:

-¿Quién era esa señora?

-¿La que fue esta mañana? -inquirió Wiggens, y tras el gesto afirmativo de Blackburn, sonrió con malicia y repuso-: Supuse que estaría interesado. Por eso decidí traerle el informe de inmediato. Era una dama en verdad extraña. Por el modo en que actuaba, creo que estaba mortalmente asustada. Primero paso junto a mí en una esquina, viniendo desde Oxford Street; caminaba mirando las casas como si no supiera adónde iba. Subió directamente los peldaños de la casa del francés, y me dije: «¡Mira, una nueva!». Luego, salió disparada como alma que lleva el diablo. Fue hasta la esquina y dio la vuelta. Después, ¡ahí viene otra vez, caminando despacio, como si hablara consigo misma!

-¿Qué iba diciendo?

-No estaba tan cerca como para oírla, milord. Sólo la vi secarse las manos en la falda como si no llevara guantes, aunque sí los llevaba. Y entonces pisó el último escalón, y… ¡otra vez echó a correr hacia la esquina!

Wiggens hizo una entusiasta imitación de la mujer, correteando por la pequeña habitación. Reclinado en su butaca de cuero, Blackburn contemplaba la actuación.

-Y, por fin, se decidió a entrar -concluyó.

Wiggens frunció las cejas, disgustado al ver interrumpida su dramatización.

-Sí. Tras la tercera pasada, ella va hasta la esquina, gira sobre sus talones con aire de militar y marcha de nuevo hasta la casa. Sube los peldaños y golpea la puerta.

-La hicieron pasar.

-¡Ya lo creo! El mayordomo del francés se deshizo en sonrisas y reverencias, como si se tratase de alguien importante. Por eso me acerqué un poco más y espié dentro. Y ¿qué es lo que veo? El hombre mismo que se acerca hasta la entrada, y se inclina, y le besa a ella los dedos como si fuese una duquesa o algo por el estilo.

La sospecha trepó por la espalda de Blackburn. -Fascinante.

-Entonces, cerraron la puerta.

Una vez terminada su representación, Wiggens se dejó caer en una silla y se relajó.

Librodot

Blackburn leyó y releyó una y otra vez la descripción de la dama, con el cerebro funcionando en frenética actividad.

Pero no podía ser Jane. Sin duda, a él le pesaba en la imaginación el recuerdo de la velada pasada. Todavía podía evocar la imagen de ella con sólo proponérselo, inhalar su perfume, sentir la tibieza de su piel. Y quería más.

-Decías que era una mujer alta.

-Tan alta como para sobresalir en una multitud. -Wiggens se rascó de un modo que determinó a Blackburn a lavarse con esmero en cuanto se quedara a solas-. Iba bien vestida, ya no estaba en la flor de la juventud, no sé si me entiende. Pero era bonita y tenía clase, eso puedo asegurárselo.

-Pelo corto, oscuro -aventuró Blackburn.

-Rizado alrededor de la cara, escapando por debajo del sombrero.

Blackburn sintió que el frío se le instalaba en los dedos, y que nacía en su cabeza un débil y molesto zumbido.

Era poco probable que se tratase de Jane. Aunque lo único que lo impulsaba a casi desestimar tal posibilidad era que había resuelto fingir que le hacía la corte. Y también el hecho de que respetaba la inteligencia de esa mujer... además del hecho de que la deseaba tanto como para arriesgarse a convertir en ciertos los rumores del romance.

-¿Por casualidad te fijaste en el color de sus ojos?

-No. Estaba demasiado lejos. -Entonces, Wiggens se enderezó y añadió-: Pero... no, no es verdad. Sí que me fijé, porque eran tan verdes como el musgo de las zanjas.

Blackburn clavó la vista en el papel y vio la silueta de Jane recortada contra la luz, en la casa de su hermana. Sainte-Amand había deslizado un trozo de papel en su mano. Al principio, ella había tratado de rechazarlo, como si aceptara el consejo de su sabia intuición. Pero al final había acabado por aceptarlo.

Blackburn se humedeció los labios y preguntó: -¿Pudiste oír su nombre?

-No, milord.

Jane no tenía ingresos, y su cuñado, al parecer, le mezquinaba cada penique. Sin embargo, el vestido que llevaba la noche anterior habría costado más de lo que Wiggens ganaba en un año.

-El atuendo que llevaba... ¿la hacía más seductora, más sugerente?

Wíggens pareció asombrado.

-No, milord. Una sencilla pelliza castaña sobre un vestido del mismo color, también sencillo.

¿Acaso Jane habría vendido su alma?

-Hace mala cara, señor -consideró Wiggens, mirándolo con sus grandes ojos azules-. Quizá debería comer algo.

-Sí -respondió Blackburn, de forma mecánica. Abrió el cajón de su escritorio y sacó cinco chelines; entonces, recordó el costo del vestido de Jane y añadió otros cinco-. Tengo otra misión para ti.

Wiggens hizo una reverencia y puso en -arras sus brazos huesudos.

-A su servicio, milord.

-Quiero que vayas a Cavendish Square y te instales allí. Averigua si la dama que actuó de manera tan extraña en la casa de Sainte-Amand vive en la casa de los Tarlin.

-¡Pero yo soy el mejor de los suyos! -protestó Wiggens, indignado-. ¿Por qué me envía a Cavendish Square, donde están todos los petimetres?

-Tal vez allí esté comenzando un problema, que podría estar relacionado con los franceses. -Blackburn puso el dinero en la flaca mano extendida de Wiggens-. Dependo de ti. Lo sabes.

Cuando echó una mirada y vio la cantidad que le había entregado Blackburn, Wiggens recuperó en parte su entusiasmo.

-Sí, señor, no le fallaré.

Salió contoneándose, y dejando a Blackburn en compañía de sus amargos pensamientos.

El vizconde de Sainte-Amand era uno de los numerosos franceses que habían emigrado hacía catorce años, huyendo del Terror que había acabado con casi toda su familia en la guillotina. Orgulloso, vanidoso y empobrecido por primera vez en su vida, el hijo de esa familia había tenido dificultades para adaptarse a la vida inglesa. Necesitaba dinero, mucho dinero, y precisamente eso era lo que Sainte-Amand no tenía.

Hasta hacía poco.

Sainte-Amand no entendía el significado del término discreción. Se había jactado de su flamante riqueza, y la cancillería había reparado en esa súbita ostentación. Bastó un poco de investigación para descubrir el origen de su nueva fortuna: era espía de Bonaparte.

Librodot

Blackburn despreciaba a Sainte-Amand por su ingratitud para con el país que le había ofrecido asilo, aunque, en cierta extraña manera, comprendía el motivo de su traición. Seguramente ansiaba revivir los viejos tiempos, cuando poseía fortuna y su sola posición social le hacía merecedor de respeto y consideración.

Sin embargo, muchos otros habían perdido mucho por avatares de sus vidas, y aun así seguían viviendo de manera sobresaliente.

Y luego, estaba Jane.

Ella también tenía derecho a estar amargada. Su reputación había quedado destruida por su propia estupidez juvenil, su vocación artística le había sido vedada y su respetabilidad se consumía en la hoguera del deseo de Blackburn. Y bordeaba la indigencia. ¿Podía haberla reclutado Sainte-Amand? Aunque sus instintos caballerescos se rebelasen contra tan desagradable posibilidad, la fría lógica de su mente le decía que no tenía nada de descabellada.

Blackburn se puso de pie, cogió su sombrero de castor y se lo acomodó sobre la cabeza con sumo cuidado. Al parecer, había llegado el momento de reanudar su innoble y fingido cortejo.

Una perspectiva que le causaba un extremo placer.

Capitulo 13

Jane se llevó el dedo a los labios, pidiendo silencio.

Springall, el mayordomo de los Tarlin, cerró la puerta principal lo más silenciosamente que pudo, sin dejar de negar con la cabeza con expresión pesarosa.

-Mire usted, señorita, la señora ha estado preguntando por usted cada cinco minutos.

-Me cambiaré la ropa de calle y bajaré tan pronto como pueda.

Mientras canturreaba una melodía que había oído en la avenida, Jane entregó su abrigo al mayordomo. Pero antes de que pudiese dar un paso hacia la escalera, Violet dijo:

-Jane, ¿dónde has estado? -Su falda de algodón susurraba marcando su avance hacia la sala-. Hay hombres por todos lados, como moscas sobre un perro. ¡Adorna ya tiene una docena de visitantes masculinos!

Jane sonrió a Violet, inundada por una extraña sensación de euforia.

-¿No era eso lo que queríamos?

-sí, pero tú también tienes que estar aquí -alegó Violet; con aire de propietaria, desanudó la cinta que sujetaba el sombrero bajo el mentón de Jane-. No nos gustaría fomentar el rumor de que tratas de ocultarte.

-¿Por qué no? -Jane no podía borrar la sonrisa de su cara mientras su amiga le quitaba el sombrero-. Es a Adorna a quien han venido a ver.

-Y a cortejar -puntualizó su amiga, al tiempo que entregaba el sombrero de Jane al mayordomo, que aguardaba-. No se portarán con seriedad si creen que ningún familiar la acompaña aquí para vigilarla.

El comentario hizo que Jane se sonrojara.

-No quisiera hacer nada que pudiera dañar a Adorna. -Lo sé.

Jane miró con atención a Violet y supo que había caído en una trampa. Violet temía que Jane rehuyera la posibilidad de tener que hacer frente a murmuraciones y parloteos.

Y quizá fuese cierto que habría vacilado... antes de la experiencia de ese día. Pero en ese momento estaba colmada de alegría y, veloz como un gato, tironeó de uno de los rizos de Violet.

-Eres capaz de hacer cualquier cosa por hacerme un sitio en la buena sociedad.

Asombrada, Violet se detuvo y la miró.

-Así es -admitió-. Jane, tienes un aire muy jovial y estás muy bonita. ¿Dónde has estado?

Sin el menor escrúpulo, Jane miró a su amiga a los ojos. -He ido a dar un paseo.

-¿Y has vuelto con esos aires? ¿Con quién te has encontrado? ¿Con un amante perdido hace mucho?

Jane rió entre dientes.

-En cierto modo.

Violet aferró a su amiga por los hombros y la sacudió. -¿Quién? ¿Era Blackburn?

-No -replicó Jane-. Estoy segura de que Blackburn me ha desechado por completo.

Sin embargo, esa misma mañana Jane había oído los firmes pasos de alguien calzado con botas detrás de ella, y le había parecido sentir en la nuca el filo de la mirada de lord Blackburn. Era una estupidez pensar que cumpliría su amenaza, que la perseguiría y que la haría suya.

Violet se apartó y contempló a Jane con mayor suspicacia.

-¿Se trata de otro amante de cuya existencia no me haya enterado?

Jane no pensaba responder. Ah, no, no se arriesgaría a la desaprobación de su querida amiga. Porque sin duda Violet la desaprobaría, y, en aquella tesitura, Jane lo habría dado todo por un poco de apoyo y complicidad. Aunque sólo fuera por un tiempo.

-Debo ir a cambiarme -dijo Jane-. Te prometo que luego bajaré y volveré a ser la carabina.

Violet hizo un ademán de seguir a Jane escalera arriba, pero alguien golpeó en la puerta de entrada. Otro caballero manifestaba interés en visitar a la espléndida señorita Morant, y ella tuvo que ocuparse de sus responsabilidades como anfitriona.

Por eufórica que estuviese, Jane conocía muy bien su deber, y estaba resuelta a no descuidarlo. Llamó a la doncella. Se lavó las manos hasta que no le quedaron rastros en la piel o debajo de las uñas que pudiesen traicionarla. Se puso un vestido desprovisto de todo ornamento, de cambray azul acero, y se sentó ante el espejo para dejar que la doncella le arreglase el pelo revuelto por el viento, recogiéndolo en un peinado más propio de una mujer madura. Sin embargo, nada lograba apagar el rubor de sus mejillas y los

Librodot

resplandecientes destellos de sus ojos. Hacía años que Jane no se sentía tan animada y celebraba el retorno de la alegría.

Pero sabía que esa mujer alborozada tenía que desaparecer cuando ella entrase en el salón de recepción. Debía transformarse de nuevo en la señorita Higgenbothem, la que llevaba tras de sí un antiguo escándalo, resonando a sus espaldas con una reverberante carcajada.

El descenso de la escalera le pareció más prolongado y arduo que el ascenso. Mientras bajaba, compuso la mascara debía lucir: era la acompañanta más digna que hubiese adornado jamás un salón londinense. Y eso era algo que nunca podría olvidar.

Cruzó con paso firme el suelo lustrado y se detuvo en la entrada de la sala. Dentro, se encontró con una verdadera selva de pretendientes. Southwick y Mallery se habían puesto las capas y estaban a punto de marcharse. Habían permanecido allí los veinte minutos que se consideraban pertinentes para una visita, pero aún se demoraban, renuentes a dejar a Adorna expuesta a los encantos de Brockway y Brown. Estos recién llegados caballeros dedicaban sonrisas petulantes e irónicas a sus rivales obligados a partir. Algunos, cuyos apellidos Jane desconocía, habían llevado a sus hermanas para que conocieran a Adorna. Otros habían traído con ellos a su madre... o habían sido traídos por su madre.

Jane sabía perfectamente que las madres ardían de impaciencia por conocer a quienes habrían de sustituirlas en el corazón de sus hijos.

En medio estaba Adorna, verdadera imagen del decoro y la modestia femeninos. Por un momento, Jane se sintió estremecida por la perfección de la escena y experimentó un cosquilleo en los dedos. Si hubiese tenido un lápiz y un bloc de dibujo habría podido capturar el ambiente. El agudo contraste entre el negro y el blanco en los atuendos de los caballeros. El arco iris de los vestidos de las parlanchinas damas, las cabezas juntas, chismorreando. Las debutantes vestidas en tonos pastel, nerviosas aunque tratasen de disimularlo, o sin esforzarse por disimularlo. Y Adorna, sumiendo a las demás en la sombra, segura en su convicción de que había nacido para esa sociedad.

En ese instante, todos los ojos se volvieron hacia Jane, y se hizo el silencio. Lady Kinnard sorbió por la nariz: un ruido revelador en medio del asfixiante silencio. Todos habían oído hablar del

escándalo, y ahora Jane estaba sola, sin un Blackburn que la amenazara... o la protegiese.

-Buenas tardes -saludó, con esa voz baja y cultivada que Melba le había enseñado a usar-. Es un día agradable, ¿verdad?

Durante un espantoso y eterno lapso, nadie contestó. Entonces, el señor Fitzgerald se adelantó, le hizo una reverencia y le dirigió una pícara sonrisa que hizo sentirse a Jane mucho más cómoda.

-Desde luego que lo es -coincidió-. Muy apropiada para dar un paseo, como le decía a la señorita Morant.

-Oh, sí, querida tía, es verdad.

Adorna se levantó; llevaba un vestido de suave dorado que modelaba su cuerpo. Sus pechos se estremecían a cada movimiento. Los hombres que se arracimaban a su alrededor se estremecieron a su vez al verlo.

-Estas damas y estos caballeros han tenido la gentileza de hacerme sentir bienvenida. -Adorna le ofreció la mano y Jane apoyó la suya en ella. Luego, la muchacha se volvió de frente a la sala y sonrió, suspirando seductora-. Sé que también harán lo mismo contigo.

-Sí, señorita Morant -salmodiaron los hombres. Violet se acercó a Jane y murmuró: -Están hechizados.

-Las mujeres no -replicó la práctica Jane.

De hecho, la hostilidad de las mujeres no había hecho más que acrecentarse. Algunas de ellas tenían hijas que debían presentarse esa temporada, y envidiaban el éxito de Adorna. Si podían perjudicarla rechazando a su acompañanta, habrían dado por bien empleada la tarde.

Constituía un espectáculo imponente la falange de rostros coloreados y empolvados que se tensaban con unánime desaprobación. Jane comprendió al instante la enormidad del desafío que la aguardaba. Nadie, ni el amistoso señor Fitzgerald, ni siquiera la prestigiosa Violet, podrían contener la marea de condena.

Sólo Blackburn lo habría logrado. Pero él no estaba allí.

Lady Kinnard se puso de pie.

-¡No! -exhaló Violet.

Las tres hijas casadas de lady Kinnard imitaron a su madre. Años atrás, cada una de ellas había intentado ganarse las atenciones de Blackburn; todas habían sido rechazadas, una tras otra. Para

ellas, el rechazo a Jane superaba lo estrictamente social. Era algo personal.

Tras una breve ronda de bisbiseos, la señorita Redmond, la última debutante Kinnard, también se levantó. Con grandes susurros de seda y muchas venenosas miradas de soslayo, las mujeres se dispusieron a marcharse.

Varias las secundaron, algunas sonrientes, otras contra su voluntad. Estaban convirtiéndose en un éxodo. Jane debía abandonar Londres y marcharse... ¿adónde?

Entonces, desde detrás de ella habló su salvador.

-Hola, señorita Higgenbothem. -La voz de Blackburn era tersa y profunda, cargada de significación y colmada de insinuaciones-. He venido a visitarla.

Jane oyó una exclamación contenida y se preguntó si la había proferido ella misma.

«He venido a visitarla.» Con esa visita y con esas palabras, él reafirmaba sus intenciones de la noche pasada. Había convertido a Jane en el preciso objeto de su persecución.

Ella se quedó paralizada, incapaz de moverse, temerosa de mirar a los boquiabiertos invitados, y más temerosa aún de darse la vuelta y mirar a Blackburn.

«He venido a visitarla.» Estaba cortejándola. Estaba acosándola. Era como si todas sus fantasías, todas sus pesadillas se hubiesen convertido en realidad.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, Violet y Adorna se apresuraron a empujarla de modo que quedara de cara a él, justo frente a Blackburn. El hombre que había acechado a Jane en sus sueños. El que la había amenazado con llevársela a la cama. ¿Se notaría su intención en su semblante?

No era así. Parecía perfectamente amable. Exquisitamente civilizado. En extremo elegante.

Esa impresión se mantuvo hasta el preciso instante en que lo miró a los ojos. Eran azules y cálidos, y se clavaban en ella excluyendo a todos los demás. No era un caballero. Era un hombre, y lo guiaba un único objetivo.

Resultaba evidente que Violet no veía lo que era tan obvio para Jane. Con una graciosa reverencia, dijo:

-Lord Blackburn, nos complace que haya venido.

Cuando Blackburn se volvió hacia Violet, su rostro perdió toda expresión, aunque se inclinó con el respeto debido a su anfitriona.

-Espero que se encuentre bien.

Levantó su monóculo. Su escrutinio se detuvo en lady Kinnard, que, de pronto, se había tornado amable; luego pasó a cada una de sus hijas. Con un contoneo, la más joven volvió a sentarse en el sofá. Las tres mayores caminaron hacia el plano y fingieron interés en las partituras que descansaban en el atril. Las demás mujeres intentaron disfrazar sus movimientos de huida con una aparente inquietud natural, y se apresuraron a instalarse para disfrutar del espectáculo.

-Como de costumbre, ha reunido usted aquí a lo más granado de la sociedad londinense.

Si no sonaba sincero, no importaba. Violet sabía cómo participar de ese juego diplomático, y lo hizo con agradecida vehemencia.

-Gracias, rnilord, pero me temo que son mis huéspedes las que han convocado a la créme de la créme. Sin duda, la atracción la constituyen la señorita Morant y la señorita Higgenbothem.

-Lady Tarlin, debe reservarse cierto mérito para usted misma.

Blackburn dirigió reverencias, primero a Jane, luego a Adorna, después otra vez a Jane.

Su notoria galantería era señal de particular atención, quizá incluso más concreta que el hecho de haber usado la frase «He venido a visitarla".

Jane se quedó muda ante su expectante mirada. Pensó que se burlaba de ella, sabiendo que la había salvado de la aniquilación social y desafiándola a que rechazara su apoyo.

No lo haría. No podía. Sin embargo, la dura experiencia había enseñado a Jane que él exigiría recompensa, y firmar un contrato sin conocer los términos era una acción propia de una mujer desesperada.

Jane pensó que debía decir algo, dar pie a la conversación, desafiarlo con palabras. Pero el perfume a almidón y a limón que desprendía Blackburn obturaba todos los canales de su cerebro. Sólo podía sentir un creciente resentimiento recorriéndole la sangre.

-Haz una reverencia -le susurró Violet al oído. Jane lo hizo.

-Invítame a pasar, Jane.

La frase había sido pronunciada en voz tan baja que la aludida creyó estar sufriendo alucinaciones. Pero no. Blackburn estaba inclinado hacia delante, cerca de su oído, y le sonreía.

Él jamás sonreía. Sólo le había visto hacerlo en ese momento, en un rictus desprovisto de alegría o bondad. Más bien parecía estar enseñándole los colmillos, una provocación que impulsaba a Jane a huir. Violet pellizcó el brazo de su amiga.

-Estás obstruyendo la puerta, Jane. ¡Déjale pasar!

Un tanto desorientada, Jane permaneció inmóvil un instante más. Entonces, Blackburn se adelantó, acercándosela tanto que las ropas de ambos se rozaron, tanto que le pareció oír los latidos de su corazón.

¿O sería el de ella, resonando en sus oídos?

Retrocedió con tanta brusquedad que Blackburn sonrió otra vez, y se aplastó contra la pared mientras él entraba en la sala. Al mirar hacia donde estaban las damas y los caballeros, Jane vio que la observaban con tardía aprobación. No veían más allá de la superficie: pensaban que Blackburn sonreía porque la apreciaba.

Un hatajo de imbéciles.

Con la gracia que caracterizaba a cualquiera de sus movimientos en sociedad, Adorna se hizo cargo de la situación.

-Lord Blackburn, el señor Fitzgerald lleva un buen rato proponiéndonos con entusiasmo una salida, un paseo que nos permitiese a la señorita Higgenbothem y a mí salir de la ciudad una tarde de éstas. Quizás usted pudiese aconsejarnos algún sitio.

-Por supuesto.

Lord Blackburn saludó a Fitzgerald. Éste respondió al saludo, aunque con cautela, como si no pudiese acabar de vislumbrar con suficiente claridad qué intenciones impulsaban a Blackburn.

El señor Fitzgerald tenía mucho en común con Jane.

-El clima es cálido y seco. Sólo Dios sabe cuánto tiempo gozaremos de tal bendición.

Blackburn recorrió con la vista la concurrencia, sirviéndose de su monóculo como mira. A medida que dirigía su lente a cada dama, a cada caballero, ellos se erguían, se enderezaban, se volvían más corteses, pues Blackburn no aceptaría nada menos. Era un líder de la buena sociedad, y nadie tenía autoridad para contrariar sus deseos. Y en ese preciso momento él deseaba que la señorita Higgenbothem fuese aceptada sin discusión, de modo que eso era lo que harían.

-Lo ideal sería una merienda en el campo -sugirió.

La concurrencia fue recorrida por un murmullo de amable aprobación.

Librodot

-Sí, una merienda -dijo Adorna, dando una palmada-. Mangez le souris.

-Adorna, querida, ¿qué has dicho? -preguntó Jane desconcertada.

-Monsieur Chasseur me lo enseño esta mañana. Significa: «Comeremos cuanto queramos».

-Esto... no. Creo que has dicho: «Come un ratón».

-¡Oh! -Adorna se giró para mirar a los congregados y rió con pequeñas risillas falsas- ¡Qué tonta soy!

La mitad de los varones la secundaron. La otra mitad emitió una especie de arrullo.

Adorna se dirigió a Blackburn.

-Mi tía habla muy bien el francés. Es muy culta.

Suspiró.

Jane no tenía motivos para negar su talento para los idiomas. Hacía muchos años, había imaginado que tal vez algún día saldría de Inglaterra y conquistaría el continente con su arte. Por eso había estudiado las lenguas romances, el español, el italiano y el francés. Con todo, lo único que había conseguido era poder hablar con el tutor francés de Adorna, y generar en Adorna la esperanza de que tal habilidad impresionara a lord Blackburn.

-A mi profesor le encanta hablar con ella porque dice que lo hace con tanta corrección que le hace sentirse como si estuviese en Francia.

-¿ De verdad?

No había sido una pregunta, sino más bien una afirmación, y la había acompañado de una mirada fría y pensativa que hizo correr un escalofrío en la piel de Jane. La mirada de Blackburn se demoró en sus pechos, que se pusieron tensos, hasta el punto que ella se sintió como una tonta por haberse esforzado por aparentar inocencia cuando en realidad no tenia sentido intentarlo.

-Pues yo tampoco hablo demasiado bien el francés -dijo Blackburn.

-¿Modestia, Blackburn? -preguntó Violet.

Él la miró frunciendo el ceño, y Violet cerró la boca.

-Nada bien -insistió Blackburn-. Por eso, la equivocación de la señorita Morant me parece tan encantadora como ella misma. ¿Podría sugerir para mañana una merienda en la hacienda de mi hermana, Goodridge Manor?

Genial! -exclamó Fitzgerald.

Goodridge Manor? -Adorna unió las manos-. ¡Qué generosidad por su parte, milord! ¿Habrá espacio allí para merendar?

El caballero tosió para disimular su hilaridad. Las mujeres rieron entre dientes.

Oh! -Adorna miró en torno suyo con ojos agrandados de asombro-. ¿He dicho algo divertido?

-No tenía por qué saberlo. -Blackburn apoyó el codo en la repisa de la chimenea, lo cual permitía una espléndida exhibición de músculos y de elegancia en el vestir-. Goodridge Manor es una gran propiedad junto al Támesis, cerca de la costa. La casa está sobre una colina, y a su alrededor se extiende un parque que alcanza hasta la misma orilla del mar.

-Adoro el mar -dijo Adorna.

-Entonces, está arreglado -concluyó Blackburn, y se volvió hacia Jane-. Claro está, siempre y cuando su acompañanta no tenga ninguna objeción. ¿Contamos con su aprobación, señorita Higgenbothem?

Como si eso tuviese alguna importancia. Después de todo, Blackburn la había salvado otra vez del desastre. Sin embargo parecía recordar que él mismo había provocado ese desastre. Se veía obligada a consentir los deseos de Blackburn y, por añadidura, mostrarse agradecida; era tan injusto que la exasperaba.

-Es bastante lejos, ¿no es así? -preguntó con frialdad.

Comprobó con satisfacción que había sorprendido a Blackburn.

-Unas tres horas en coche -repuso él. Jane volvió a la carga.

-En tal caso sería necesario salir temprano, Adorna. Y debes recordar que esta noche hay un baile.

-Dejaré temprano el baile. Oh, por favor, tía Jane, ¿podremos ir?

La súplica hizo sentir a Jane una punzada.

-Iremos, encantadas -Jane dirigió su mirada hacia Blackburn-. Gracias, milord.

-¿Mañana, Blackburn? -inquirió Violet, evidenciando una satisfacción que parecía mayor de lo que habría merecido una buena acción-. Es muy propio de tu impetuosidad, pero ¿aceptará lady Goodridge con tan poco tiempo de antelación?

-No hay duda que lady Goodridge es una mujer refinada y gentil. Pero puedo asegurarles a todos que si sus criados llegaran a

estar desprevenidos en cualquier momento les arrancaría la piel a tiras.

Todos asintieron, incluidos lady Kinnard, sus hijas, los pretendientes, Adorna y Violet.

Jane rió entre dientes. No pudo evitarlo. Se le ocurrió que Blackburn estaba bromeando, pues lady Goodridge siempre había sido muy educada. Pero las coincidentes miradas de disgusto la hicieron callar y, como una niña a la que se hubiera reprendido en la iglesia, se puso seria.

Aquella rara sonrisa jugueteaba en la boca de Blackburn.

-La señorita Higgenbothem es una preciada amiga de mi hermana -explicó a la concurrencia-. Lady Goodridge no la atemoriza en absoluto.

Jane deseó poder confundirse con el papel a rayas verdes que decoraba la estancia. Jamás habría tenido la audacia de considerarse buena amiga de lady Goodridge.

Fitzgerald reconfortó a Jane con un guiño.

-Lady G siempre ha sido una admiradora de la señorita Higgenbothem, según tengo entendido.

-Nadie podría discutir jamás que lady Goodridge es el paradigma de la benevolencia.

Violet no deseaba que pudiera decirse que ella había permitido una sola crítica a lady Goodridge. No era tan valiente.

-A veces -dijo su intrépido hermano-. Cuando no está ocupándose de convertir mi vida en un infierno. Por ejemplo, ha sido muy insistente en lo que se refiere a mi necesidad de encontrar esposa.

Jane buscó a tientas un sofá y se sentó. Desde que Blackburn hiciera su entrada, tantas habían sido las mujeres en contener el aliento que el aire se le antojaba escaso.

-Lady Goodridge es tan sabia... -replicó Adorna, con engañosa inocencia.

-Sí, lo es. Después de tantos años, ha logrado al fin hacerme aceptar sus opiniones.

Jane cerró los ojos, inspiró profundamente y trató de pensar en algo, en cualquier cosa que pudiera cambiar el rumbo de aquella conversación. Aunque lo cierto es que nadie más hablaba, pues todos estaban pendientes de cada palabra que salía de los labios de Blackburn con el avaro interés de los mendigos.

Fitzgerald la rescató:

Librodot

-Entonces, mañana nos vamos al campo. Le haré una visita a lady Goodridge y le rogaré que nos acompañe. El aire fresco le sentará bien.

-Dudo que vaya -dijo Blackburn, contenido.

-En cambio, yo estoy seguro de que irá -replicó Fitzgerald.

Blackburn miró a su amigo arqueando las cejas. -Quizá tú la conozcas mejor que yo.

Fitzgerald inclinó la cabeza.

-Ciertamente, Blackburn, un hermano no es buen juez del carácter de una mujer. Menos aún de una tan encantadora y adorable como lady Goodridge.

Jane no supo lo que Blackburn hubiese respondido, porque lady Kinnard intervino preguntando con aire tímido:

-¿Mis hijas también están invitadas, milord?

Blackburn giró lentamente la cabeza y miró a lady Kinnard y a su progenie.

-¿Que si están invitadas?

-¡A la hacienda de lady Goodridge! -aclaró estentóreamente; los orígenes de lady Kinnard Fairchild nunca fueron tan evidentes como en ese momento, cuando trataba de imponer su presencia donde no era querida en su afán de conexiones con la gente adinerada. Con los ojos brillando de codiciosa rapacidad, añadió-: Sería un gesto muy sociable visitar a la querida lady Goodridge en su casa con un grupo constituido sólo por unos amigos próximos.

Todos los presentes en la sala contuvieron el aliento y esperaron. ¿Brotaría de la boca de Blackburn alguna de sus famosas impertinencias? Pero él asintió con lentitud y repuso en tono mesurado:

-Una idea excelente, lady Kinnard. Cuanto más numeroso sea el grupo, tanto mayor será la posibilidad de... entretenerse. Permítame extender la invitación a cualquiera que desee pasar un día en el campo, ya sea que esté aquí -paseó la mirada entre los presentes-, o no.

Una vez que Blackburn hubo pronunciado esas palabras, la excitación que atenazaba a Jane desapareció. Lo quisiera o no, conocía a Blackburn, lo había estudiado, y no creía que nada, menos aún el amor, pudiera convertirlo en el hombre amable que ofrecía su hospitalidad a todos, en particular a la pesada de lady Kinnard.

Ya no cabía duda de que sucedía algo raro.

Librodot

Capitulo 14

-Por favor, ¿podríais dejar de sonreír cada vez que me miráis? -dijo Jane, observando ceñuda a sus acompañantes en el carruaje de los Tarlin con creciente irritación.

-Pero ¿por qué? -Violet se tambaleó hacia Jane mientras el coche giraba en la encrucijada y enfilaba el escabroso camino que llevaba a Goodridge Manor-. El amor no correspondido había revolucionado de tal modo las emociones de Blackburn que parecía que tuviera un molino de viento en su cabeza.

-O alguna otra cosa -musitó lord Tarlin.

-¡George! -exclamó Violet, escandalizada.

Su marido se limitó a sonreír, y al cabo de un instante ella lo secundó. Sin embargo, seguía sin estar de acuerdo con su intervención.

-Hay jóvenes presentes -dijo, indicando con la cabeza a Adorna.

Lord Tarlin se volvió hacia la muchacha, que se sentaba a su lado, y le preguntó:

-¿A que no has entendido nada, gatita? -¿Qué cosa, milord?

-No sonrías tan satisfecho, George -protestó Violet-. Y tú, Jane, mira los coches que nos preceden. Mira los que nos siguen -instó, golpeteando con la mano en la ventana-. Si no es amor, ¿qué otra explicación puedes dar a la generosa invitación de Blackburn?

Jane deseó poder ver la vida con tanta sencillez como Violet. Su amiga se ofendería si Jane la calificaba de inocente, pero la privilegiada existencia de Violet la había aislado de las realidades del mundo.

Jane no albergaba la menor duda de que si lord Blackburn había cambiado su actitud no era por amor. Había alguna otra razón ocultándose tras tan súbita amabilidad.

-A mí me parece un gesto romántico -opinó Adorna; su mirada habitualmente desenfocada se aguzó para mirar a Jane-. Y es un hombre tan apuesto ... tan elegante. ¿No lo crees así, tía Jane?

-Sí -respondió la aludida con parquedad. -Eso sí, algo mayor.

-¡Caramba! -se alarmó lord Tarlin.

-Pero es apuesto -continuó Adorna-. Su pelo es de un color muy poco habitual. No tan dorado ni tan amarillo... ¿Qué color usarías para pintarlo, tía Jane?

Librodot

-No lo sé -repuso Jane con desgana-. Amarillo oro. Adorna puso un dedo en la hendidura de su mentón. -Podría ser bronce.

-Amarillo ocre -corrigió Jane-. El pigmento de base debería ser amarillo ocre.

Adorna se quedó mirándola.

-Trigo -simplificó Jane.

-Eso es! Trigo. Y sus ojos son tan azules. Tan azules, simplemente azules, casi violetas. Tía Jane, si fueras a...

-Medianoche -Jane no querría pensar en él, pero las preguntas de Adorna la obligaban-. Sus ojos son de color medianoche.

-Como el cielo. Sí, eso parece acertado. -Adorna se abanicó con la mano-. Si yo fuese una artista, querría pintarlo. Está bien constituido. No está todo lleno de almohadillas y fajas, como algunos señores. Apostaría a que practica el boxeo. De lo contrario, ¿cómo podría tener un cuerpo tan bien formado, tan atractivo? -Adorna, que contemplaba las colinas junto al camino, parecía no advertir la creciente irritación de su tía-. Lo que más me gusta de lord Blackburn es su rostro. Siempre parece tan duro, casi hosco, excepto cuando te mira a ti, tía Jane.

-¿Qué parece, entonces? -preguntó Violet.

-Creo que la palabra sería... lascivo.

-Ya está bien, Adorna -la reprendió Jane, en tono adusto.

No acertaba a recordar si alguna vez se había sentido antes tan enfadada con su sobrina. Y para colmo, estaba atrapada en ese coche hasta que acabara el viaje. Peor todavía, no podía esperar con ilusión el final del viaje, porque para entonces se hallaría en Goodridge Manor con medio Londres observándola sin dejar de preguntarse qué locura habría atacado a Blackburn para mostrarle tan notoria y acusada devoción.

Jane advirtió que había perdido el sentido del humor.

-¡Oh! -Adorna se mostró abatida-. ¿He dicho algo malo?

El carruaje se detuvo con una sacudida, ahorrándole a Jane una respuesta y a lord Tarlin una a duras penas reprimible carcajada. Uno a uno se apearon del coche para poner pie en la propiedad de lady Goodridge, cerca de la boca del Támesis. El mar no estaba lejos y enviaba su fresca brisa río arriba, hasta los agradecidos pulmones de Jane. El espacio abierto que los rodeaba hizo que su alma se expandiera. La luz del sol, el cielo claro, el agua azul que se veía más allá de las colinas cubiertas de maleza y las dunas arenosas... todo ello alimentaba cuanto en ella había de

Librodot

natural y salvaje, que yacía ahogado en su seno por el ambiente claustrofóbico de la ciudad.

Cuando Jane se volvió de espaldas al río, vio Goodridge Manor irguiéndose como un monumento a la civilización. La casa, construida en piedra de color pajizo que relucía al sol, era una bella muestra de sobriedad georgiana. Alrededor, el prado bien recortado se deslizaba como un sedoso manto verde sólo interrumpido ocasionalmente por un mirador, un paseo cubierto, un jardín recoleto, que brindaban intimidad y cobijo.

La mano del hombre moderno no llegaba más allá. En algún punto, la hierba dominaba el prado creciendo más alta y áspera. A continuación, el río y el viento campeaban a sus anchas y esculpían las colinas desde los bajos promontorios ondulados hasta la costa marina.

Ese bienaventurado lugar gozaba de la mezcla perfecta de impetuosidad y prudencia. Por un momento, Jane deseó poder poseerlo.

Violet debía de haber leído en la mente de su amiga, pues explicó:

-La propiedad campestre de lord Blackburn es Tourbillon, sobre el mar, cerca de la costa. La casa es bastante diferente, más antigua y tosca, y se encarama sobre los acantilados. Sin embargo, la atmósfera es muy similar. Es un lugar que invita a ser visitado, en el que cualquiera podría pasar una eternidad tornando té mientras mira el mar.

Jane sabía donde estaba Tourbillon. En otro tiempo, había procurado informarse y había averiguado que Tourbillon se hallaba próximo a Sittingbourne, cerca de la casa de Eleazer en la que ella residía. Pero ahora ya no le importaba, y era exasperante pensar que Violet creía que sí.

-Tu fantasía te ha llevado demasiado lejos, Violet -replicó con desdén.

Ató con gesto decidido las cintas de su sombrero, arrebató su bolso de manos del mayordomo y echó a andar por la loma que recorría en paralelo la línea de la costa, buscando cualquier sitio donde pudiera sentarse y estar a solas.

Los demás la siguieron hablando en voz baja. De inmediato se arrepintió de haber sido brusca. Sin embargo, no necesitaba que Adorna señalase lo apuesto que era Blackburn, ni que Violet imaginase cuánto le gustaría a ella vivir en una casa como ésa. Todo

parecía haberse descontrolado. El río se había desbordado y Jane necesitaba volver las aguas a su cauce.

Para eso, tendría que discernir si a Blackburn lo aquejaba alguna clase de locura o simplemente estaba jugando con sus afectos en lo que constituiría una inmadura y poco sutil venganza.

Una silueta que venía desde la casa captó su atención; lo cierto era que no habría podido pasarla por alto. Sólo la dominante figura de lady Goodridge lograría subyugar el vibrante rosado de su vestido. Su quitasol a juego daba un tinte sonrosado a su piel. Caminaba con agilidad, sin permitir que la hierba, alta hasta sus tobillos, obstaculizara su avance. Fitzgerald caminaba junto a ella, un poco apartado y arrastrando los pies como un pilluelo recalcitrante.

Al mismo tiempo que avanzaba por ese trayecto desde la casa, la voz de la dama resonó:

-Señorita Higgenbothem, entiendo que es a usted a quien debo agradecer esta invasión.

La resolución de Jane tambaleó; luego se fortaleció de nuevo mientras ella se volvía para ir al encuentro de su anfitriona. Alguien tenía que dar una lección a aquella autoritaria famílla, y, al parecer, Jane se había convertido en la candidata idónea. Hizo una reverencia, y dijo:

-No es mía la culpa, milady, sino de su hermano,

-¡Bah! Casi no reconoce el buen sentido cuando está con usted. Me alegro de veros, Tarlin, Violet. Señorita Morant, está usted tan bella como siempre.

-Gracias, milady -respondió Adorna, con su voz dulce y vibrante-. Pero mi tía Jane me recuerda que la belleza está sólo en el interior.

Lady Goodridge resopló.

-¿Qué querría usted? ¿Un hígado adorable?

Los ojos de Adorna se agrandaron.

-Creía que el mío lo era.

Lady Goodridge, conteniendo a duras penas la sonrisa, repuso:

-Estoy segura de que lo es, querida mía.

Hizo un gesto para que siguieran. Fitzgerald se quedó. Lady Goodridge concentró de nuevo su atención en Jane y le dijo:

-Es usted... inteligente.

Jane ya había oído eso antes, y no lo consideraba un cumplido.

-Sin duda, para una muchacha es preferible tener belleza que cerebro.

-Sí, los hombres ven mejor que no piensan -coincidió lady Goodridge; dirigió una mirada ceñuda a Fitzgerald, luego señaló unos monóculos que llevaba colgados del cuello con una cinta rosada-. Por fortuna para usted, señorita Hilggenbothem, la herida ha estropeado la visión de Ransom.

-No soy tan superficial y egoísta como para considerarme afortunada por algo así, milady -replicó Jane-. Ni para encontrar placer en la desgracia de otro.

-Claro que no. Si no hubiera demostrado usted estar llena de gentiles cualidades, además de ser animosa, yo no tendría el menor interés en usted. -Lady Goodridge hizo un amplio gesto-. Él está por ahí, en algún sitio. Ha condescendido en conversar incluso con los habitantes de la ciudad que se atrevan a aparecer por aquí. Señorita Higgenbothem, lo ha enloquecido usted de pasión.

-Siempre ha estado loco -repuso Jane en tono helado. Fitzgerald echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas. -Eso es hablar con claridad.

-¡Basta! -protestó lady Goodridge, tomando su abanico cerrado y golpeándole el brazo con él-. ¡Es por culpa de usted que hoy yo esté involucrada en esta situación!

Fitzgerald la eludió, sin dejar de reír.

-Lo admito, y no esgrimiré excusa alguna. Pero, a modo de penitencia, estoy dedicándome a atenderla.

Lady Goodridge desistió de su ataque, y algo relampagueó en sus ojos... algo que, tratándose de otra mujer, Jane habría llamado dolor.

-Joven insolente, ¿considera una penitencia ocuparse de su anfitriona?

-Es que, de otro modo, estaría haciendo volar mi cometa en la playa.

-Le dije que lo hiciese.

-Y yo le dije que viniera conmigo.

Lady Goodridge clavó en él la mirada, y la indignación hinchó su amplio busto haciéndole alcanzar dimensiones impresionantes.

-Una mujer de mi edad no juega con una cometa. -Una mujer de su edad bien puede mirar.

-Una mujer de mi edad no camina por la arena y la tierra. Se mete en 1os zapatos de una y la hace aflojar las rodillas de manera muy poco elegante.

-Podría quitarse los zapatos.

-Señor Fitzgerald, es usted audaz y muy.. muy joven. Demasiado joven.

Lady Goodridge contempló a su acompañante como si deseara que no fuese así.

-No tan joven, milady -corrigió Fitzgerald, acercándose más a ella-. Aunque lo bastante para mantenerla a usted ocupada.

Lady Goodridge retrocedió, y replicó en tono formal:

-Estoy suficientemente ocupada. -A continuación se volvió hacia Jane-. Usted, señorita, cazará moscas si sigue con esa boca tan abierta.

Jane la cerró de golpe.

-Como estaba tratando de decir, señorita Higgenbothem, le recomendaría con fervor que se casara con Ransom aprovechando este breve lapso de cordura. Con un hombre -echó una mirada severa a su compañero-, una nunca sabe cuánto tiempo durará.

-Acaba usted de decir que lord Blackburn está loco.

Pero lady Goodridge había vuelto ya la espalda y se alejaba.

Fitzgerald le sonrió por encima del hombro mientras seguía a la severa dama.

-Jamás ganaría una discusión con ella, señorita Higgenbothem, ni con su hermano -le advirtió-. Ambos son tercos como mulas, y el doble de indóciles.

Lady Goodridge se detuvo en seco en el sendero. -¡Señor Fitzgerald!

El aludido dirigió una sonrisa de soslayo a su acompañante y, levantando la voz, dijo a Jane:

-Hay una sola manera de lidiar con estos nobles.

Jane no quería preguntar, pero no había nadie de importancia que pudiese oír, y no pudo contenerse.

-¿Cuál es?

-Con un ingenio rápido. Con un regate veloz. -Rió con fuerza y pasó la mirada del semblante indignado de lady Goodridge al atónito de Jane-. ¡Y con un buen amor!

Librodot

Capitulo 15

Una a una, las cometas multicolores atraparon el viento y se elevaron en el aire flotando sobre las dunas, guiadas por los elegantes jóvenes que querían impresionar al esplendoroso cortejo de damiselas. Mantas de colores primarios, rojo, azul y amarillo, habían sido extendidas sobre la hierba y aseguradas con piedras y cestas de comida, para cualquiera de las matronas que deseara sentarse. El murmullo del río ofrecía una permanente música de fondo a las risas de cientos de personas que habían llegado desde la ciudad para tomar parte en aquella jornada festiva.

Bajo la dirección de lord Tarlin, el lacayo había extendido su manta escocesa un poco alejada del resto de los congregados. Quizá lord Tarlin temiera que Jane, en su actual estado de ánimo, ofendiera a algún personaje importante.

Poco probable. Le bastaba recordar el interés de Adorna para reprimir sus opiniones cuando se impacientaba demasiado con la trivialidad de la sociedad londinense.

-¿No te sientas, Jane? -preguntó Violet, acercándose-. Me gustaría pasear un poco con George.

-Sí, no te preocupes.

Jane dejó su bolso sobre la manta e hizo un gesto invitándoles a marcharse.

Violet se prendió del brazo de lord Tarlin y le sonrió, y él la miró con tanto cariño que Jane desvió el rostro. Se alegraba de que Violet fuese feliz, pero a veces se le hacía difícil ser testigo de sus manifestaciones. La bendición de Violet sólo hacía agudo el dolor que Jane sentía en su corazón desolado.

Adorna apoyó su brillante cabeza en el hombro de Jane. -Me quedaré aquí, contigo.

La simpatía de la muchacha reconfortó a Jane. Por más que le complicase la existencia, ella amaba a su sobrina. Por supuesto, Adorna atraería la atención, siempre lo hacía; de modo que esa tranquila porción de la loma no tardaría en bullir de jóvenes lores.

-Hace calor aquí. ¿Puedes sostenerme la pelliza? -preguntó Adorna.

En el momento en que Adorna se quitó la chaqueta, pareció que las risas, las conversaciones e incluso el viento se detenían. Las sospechas de Jane se vieron confirmadas: los elementos mismos contendrían el aliento para echar un vistazo a Adorna.

-Así estoy mejor -Adorna aspiró una bocanada de aire, y un joven que estaba remontando una cometa cayó de bruces sobre la arena-. ¿Tú también tienes calor, tía Jane?

En efecto, Jane tenía calor a pesar de que su vestido estaba pensado para ser usado al aire libre. Las mangas largas y el cuello alto la protegían del sol, y nadie, ni siquiera Blackburn o cualquiera de los otros inveterados chismosos, podrían calificar de atractivos sus apagados tonos. Jane se desabotonó el cuello y Adorna la ayudó a abrirlo.

Se sentaron sobre la manta, una junto a la otra, de cara a la playa. Envolvieron los ruedos de sus faldas en torno de sus tobillos para evitar que la brisa las hiciera revolotear, y contemplaron las ondas que rizaban el agua en la costa y el viento que jugueteaba con la arena.

Al menos, eso fue lo que Jane hizo. La mirada de Adorna seguía las evoluciones de los racimos de risueños caballeros que alardeaban ante las damas. De vez en cuando echaba un vistazo al camino y hacía algún comentario sobre los recién llegados.

-¡Mira!, ¡el señor Southwick va vestido como para una velada nocturna! ¿Verdad que tiene un aspecto ridículo? Han llegado los Anderson, que se casaron el año pasado. Dicen que él ya se ha hecho con una amante... El señor Brown está cortejando a la señorita Clapton. Ella tiene cara de caballo, pero él tiene que casarse pronto si quiere evitar que su propiedad sea subastada.

-Tienes una memoria notable para los apellidos. ¿Por qué no eres tan hábil para el francés como para el chismorreo?

-Porque recordar apellidos es fácil. No tienes más que mirarles las caras y... -Adorna alzó los hombros- ... y los recuerdas. El francés no significa nada.

-Todo lo contrario -reaccionó Jane, con un fervor que revelaba su amor por ese idioma-. Es romántico y, al hablarlo, suena como música.

-Pues entonces, es una música muy nasal -Insistió Adorna, lanzando un trémulo suspiro-. Monsieur Chasseur ha comenzado a enseñarme una frase cada día. Dijo que se sentirá satisfecho de mis progresos si recuerdo esa única frase, y yo tengo que memorizaría.

Jane no estaba muy segura de aprobar tal método, pero todos los aristócratas hablaban al menos un poco de francés. Había que hacer algo para ayudar a Adorna a aprenderlo, y si Chasseur creía que eso resultaría, no sería ella quien se lo discutiera.

Librodot

-A veces, hago una excepción y olvido un rostro. -El desdén tensó la boca de Adorna, que era como pimpollo de rosa-. Como ahora. Han llegado lord y lady Athowe.

Jane hizo ademán de mirar en dirección a los coches, pero Adorna la retuvo.

-No mires. Quizá no nos vean.

-¿No te agradan?

Jane clavó la vista en el mar.

-Después de lo que te dijeron a ti en el baile de lady Goodridge? -Adorna negó con la cabeza-. Parecen bestias.

-Ella se comportó con grosería, pero no recuerdo que él dijera nada reprochable.

-Supongo que no lo hizo. Apuesto a que Jamás ha dicho nada reprochable en su vida. Sin embargo, es un gusano de la peor especie.

Jane coincidió, recordando cómo había desaparecido aquel individuo hacía tantos años.

-¿Quién es ese señor mayor? -inquirió Adorna, inclinando la cabeza en dirección al hombre que caminaba a lo largo de la loma.

Por una vez, pese a su extremada juventud, no había equivocado su apreciación. El hombre ciertamente era bastante mayor. Encorvado y nudoso, caminaba apoyado en un bastón, seguido por un lacayo que se abalanzaba hacia él cada vez que su amo se tambaleaba.

-Es el vizconde de Ruskin, que antes fuera el señor Daniel McCausland. -Jane le propinó un codazo a Adorna-. Deja de mirarle así. Es un procurador muy rico. Se dice que invento una maquina que se utilizó con éxito en la guerra y que por eso Prinny le dio un título.

-Eso significa que nació plebeyo.

-En cierto modo, sigue siéndolo. No habría recibido ningún título pero, además, como es muy viejo y no tiene herederos varones, ese vizcondado se extinguirá con él -Jane sonrió a Adorna y le susurró-: Así es como los pares del reino siguen siendo exclusivos y su clase se mantiene libre de plebeyos como él, ¿sabes?

-Como yo -precisó Adorna, sacudiendo la cabeza-. En realidad, debería casarse con una mujer joven y concebir un heredero, para fastidiar a todo el mundo.

Jane rió.

-¡Qué idea encantadora!

Librodot

-Ojalá mi madre lo hubiese conocido cuando tuvo que casarse.

Jane creyó detectar un rastro de nostalgia en la voz de su sobrina, y dijo, para animarla:

-En cambio, encontró a tu padre y lo hizo muy feliz.

-No hay duda de que ella lo hizo feliz a él. -Adorna inspiro, y agregó-: Tuvo que casarse deprisa y por dinero.

-¿Qué sabes tú acerca del matrimonio de tu madre? -preguntó Jane, atónita.

-Lo deduje yo sola -replicó Adorna, apoyando el dedo en el hoyuelo de su delicado mentón-. Mi madre y tú quedasteis huérfanas al morir el manirroto de vuestro padre cuando tú tenías diez y ella diecisiete. Mamá engatusaba a los comerciantes para que le diesen los vestidos que precisaba para exhibirse; antes de que la sorprendieran usándolos y le exigieran el pago, atrapó a papá.

Jane había madurado lentamente y, tras la muerte de su padre, se había retraído en sí misma. No se había preguntado cómo se las ingeniaba Melba para proveer a las dos de cuanto necesitaban hasta su vertiginoso casamiento con Eleazer. Y ahora que su sobrina se lo explicaba, Jane hubo de admitir que era cierto hasta la última palabra.

-Recuerdas muy bien a tu madre.

-Desde luego. -La sonrisa de Adorna tembló-. Era hermosa, incluso estando enferma.

-Como un ángel.

«Como tú.»

Adorna dedicó a Jane su sonrisa más angelical, pero ésta se esfumó cuando miró por encima del hombro de Jane.

-Oh, no, ¿qué está haciendo aquí monsieur Chasseur?

Jane se sorprendió al ver al delgado y joven tutor caminando solo por la loma-. Por supuesto que era un caballero, pero se hallaba en una situación muy similar a la de una mujer de buena familia que tuviese que trabajar de gobernante: ambos dejaban de ser aceptados en los círculos más exclusivos.

-Lord Blackburn hizo una invitación abierta, de modo que monsieur Chasseur tiene todo el derecho de estar aquí, supongo. -Pronto nos descubrirá, e insistirá en darme una lección de francés como cada día -protestó Adorna, al tiempo que se ponía en pie-. Tía Jane, ¿vas a permitírselo?

Librodot

Sorprendida una vez más por su sobrina, Jane preguntó: -¿No dijiste que eso era lo que querías? -Esperaba que él se olvidara. Pero ha venido, y me hará estudiar. ¡Oh, tía Jane...!

Adorna saltaba de un pie al otro, impaciente por escabullirse. Jane tuvo compasión por ella. Ése no era día para lecciones, ni tampoco para estar sentada junto a su tía soltera.

-Ve, únete a tus compañeros. Pero recuerda que debes quedarte dentro de un grupo, y deja que te vea de vez en cuando.

-Sí, tía Jane -aceptó, y se alejó con rapidez.

-Ya sabes, nada de irte por ahí con algún joven a mirar relojes de sol -advirtió Jane.

-No, tía Jane...

El viento se llevó su respuesta, y Jane quedó sola. Era una sensación un tanto extraña la de tener a la vista a tanta gente y, sin embargo, estar apartada, sin amigos que fuesen a saludarla. Nadie se acercaría a Jane. El desastre seguía pegado a sus talones.

La llegada de monsieur Chasseur no contribuyó en absoluto a aliviar su extrañeza.

-Mademoiselle Higgenbothem -saludó, inclinando la cabeza con expresión solemne-. ¿Era mademoiselle Morant la que acaba de marcharse?

Jane estuvo a punto de lanzar un gemido que habría revelado su incomodidad. Jamás se acostumbraría a los deberes más desagradables de una carabina, como, por ejemplo, el de informar que Adorna sólo deseaba tomar sus clases de francés dos veces por semana. Una mujer valiente, como, por ejemplo, lady Goodridge, se limitaría a anunciárselo a monsieur Chasseur sin más florituras. Jane, en cambio, le sonrió con amabilidad.

-Se sentirá desolada cuando se entere de que no ha coincidido con usted.

La expresión de solemne imperturbabilidad del francés se iluminó al instante.

-¿De verdad?

-Sin duda, pues me comentó la propuesta de dar clase a diario. Para decepción de ella, su padre le escribió negándole su consentimiento.

Las pobladas cejas descendieron de nuevo.

-Es un rustre, un patán, un bárbaro.

-De todos modos, Adorna ha prometido estudiar entre una lección y otra.

-¿Mademoiselle Morant ha dicho eso? -preguntó el joven, un tanto escéptico.

-Es sorprendente, ¿verdad?

Jane deseó que no la fulminase un rayo allí mismo.

-Creo que debería... oui, debo... ofrecerme para enseñar a mademoiselle Morant sin cobrar.

El alivio de Jane se convirtió en consternación.

-No. ¡Eso es del todo imposible!

-Pero cuando una dama desea tanto hablar le français, es un deber.. no, es un placer enseñárselo.

Jane se dio cuenta de que al obrar con tacto no había obtenido el efecto deseado; más bien, le había dado ánimos.

-Realmente, no podemos consentir que usted...

-Ahora la buscaré y hablaré con ella. Le prometo que lo haré discretamente, mademoiselle. Sé qué opinan los nobles ingleses de los émigrants como yo.

-Seguramente, nada malo.

-Mais oui, me consideran un ingrato y alguien de inferior categoría. Lo sé -afirmó, con un tenue brillo de ira destellando en sus ojos-. Pero informaré a mademoiselle Morant de lo que he pensado, y aprovecharé para enseñarle la frase del día... ¿Le ha hablado ella de la frase que yo le enseñaría?

-Sí, pero...

-Merci, mademoiselle -la interrumpió, haciendo una profunda reverencia-. No la decepcionaré.

Se marchó a grandes pasos, y la protesta murió en los labios de Jane. Había conseguido enredar una situación en principio bien sencilla; no era de extrañar que todos la dejaran sola.

Sin embargo, si el ánimo la acompañaba, ella tenía su propio entretenimiento. Violet había insistido en meter en su bolso la carpeta de Jane, repleta de papeles, junto con una colección de lápices afilados. Dibujar era una tarea adecuada para una dama, como tocar el piano o hacer arreglos florales. Otras señoras habían llevado sus cuadernos de dibujo. ¿Por qué no iba a poder Jane hacer lo mismo?

Ciertamente, nadie deseaba tanto como ella hacer unos bocetos de la escena que se ofrecía a su vista.

Jane se cercioró una vez más de que estaba sola. Luego, con la espalda muy erguida y la mirada posada en el Támesis, se quitó los guantes de cabritilla. Por muy inapropiado que fuese exhibir las

manos desnudas, jamás habría podido dibujar con guantes, de modo que depositó con delicadeza los suyos sobre su regazo.

Sin apartar la vista del río, se inclinó hacia delante hasta que sus dedos tocaron el bolso de lana rústica, y metió la mano en él. Sintió la textura de la cubierta de cuero de la carpeta; la cogió y la sacó del bolso, todavía alerta.

Nadie había reparado en sus manipulaciones. Durante años había sofocado estas inclinaciones, pero ahora la necesidad de perfeccionar su arte había retornado con la fuerza de las aguas profundas largo tiempo retenidas por un dique.

Al ver a Blackburn, esa necesidad se había intensificado.

Aunque al tomar el lápiz se enfrentaba a la posibilidad de provocar una catástrofe, no pudo resistir la compulsión.

Se estiró otra vez hacia delante, tanteó hasta encontrar la caja de madera y la abrió con gesto furtivo. Probó las puntas con el dedo y eligió la más aguzada.

¿Qué dibujaría?

Sin quererlo, en su mente surgió la imagen de Blackburn. Jane miró a su alrededor.

Debía de haberío convocado con el pensamiento. Vestido de manera informal con su atuendo de montar y sosteniendo su monóculo, el Blackburn real paseaba entre las mantas y charlaba con sus huéspedes con una cordialidad que, a juicio de Jane, resultaba extravagante.

Al parecer, no la había visto; ella lo estudió, abandonándose a su vocación artística. Blackburn, por su imponente aspecto, podía ser dibujado como símbolo de las esencias británicas, o pintado como una deidad a la que obedecieran las fuerzas de la naturaleza, o ser modelado en arcilla o fundido en bronce, para conservarlo y llorar cuando la fantasía de su visión hubiese terminado.

Pero no. Él, no. Otra vez, no.

Con esfuerzo, desvió su atención.

Podía aumentar su colección de retratos: rápidos apuntes de monsieur Chasseur, de una muchacha que andaba por la calle, de lady Goodridge, de Eleazer, de Athowe...

Lo que haría, en cambio, sería recrear ese día de un modo que capturase para siempre esa sensación de duda, de agudo interés y de involuntario esperanza.

¿Qué mostraría? ¿La reunión en sí misma? No, había demasiadas personas y no dejaban de moverse. ¿El fondo de las

colinas ondulantes y el río sonoro? No. Era la casa de lady Goodridge. El hogar de Blackburn. Alguien podría pensar que lo codiciaba. No, tenía que dibujar algo diferente, algo...

Una flotilla de naves de guerra llegó a la desembocadura del Támesis y enfiló hacia el mar abierto. En aquella sombría época del bloqueo continental a que los sometía Napoleón, con Gran Bretaña al borde del desastre, esos barcos mantenían a todos esos inocentes a salvo de una invasión. Sí, los dibujaría como un símbolo de esperanza.

Se puso manos a la obra. Con rápidos trazos, la escena fue tomando forma ante ella en una hoja de papel. Nubes grises se cernían en el horizonte, pero las velas de los barcos se llenaban con el viento, y las oscuras fragatas parecían volar como aves marinas en busca de sus presas.

Sumida en la tarea de captar rápidamente las siluetas de los barcos, no oyó el crujir de pasos. Cuando una sombra cayó sobre su bloc, alzó la vista, enfadada.

-Pardon, mademoiselle! -Sin dejar de taparle la luz del sol, Sainte-Amand le sonreía-. En este preciso instante tiene usted el aspecto de una profesora muy estricta.

-Milord de Sainte-Amand, me complace verlo de nuevo. -Y tan pronto.

Con aire burlón, insinuó un trato más íntimo, pero a Jane no le resultó divertido. Ya en una ocasión la habían sumido en la miseria por una situación similar; no permitiría que volviera a suceder por culpa de las palabras desconsideradas de un hombre.

-Si se burla de mí, no volveré a ir a su casa. Él se puso serio de inmediato. -Eso sería una tragedia y me crearía un serio problema. ¿Me permite ver?

Se inclinó sobre el dibujo y bajó la vista hacia la carpeta marrón; luego la levantó hacia los barcos, y otra vez hacia el dibujo. Jane no pudo determinar si la expresión de su cara era de excitación o de incredulidad.

-Magnifique! Ha captado usted les navires a la perfección. -Gracias, pero no está terminado. Tengo que completarlo más tarde.

-A pesar de sus objeciones, los barcos son muy bellos. Me encantaría tener este tirage -afirmó, y extendió la mano con los dedos temblorosos-. ¿Me permitiría?

Jane se sintió atenazada por la duda y el remordimiento. El dibujo era bueno y representaba ese día, tal como ella quería.

Librodot

Sainte-Amand retiró la mano.

-Estoy siendo demasiado atrevido. Ya veo que quiere usted conservar el dibujo. Como recuerdo, ¿no?

-Sí.

Se sintió un poco tonta y demasiado sensible. ¿Cómo podía sentirse si ese hombre, prácticamente un extraño, había podido adivinar con tanta facilidad sus pensamientos?

-¡Ah, la femme! i... y les femmes son tan sentimentales! ¡Qué dulce! Por favor, no diga a nadie que yo también soy un sentimental -Instó, guiñándole un ojo-. Esos rígidos ingleses se reirían de mí.

Jane tuvo una súbita inspiración.

-Podría hacer un dibujo para usted, también -sugirió.

-Es usted demasiado buena -replicó, echando una mirada al río. A toda vela, los barcos avanzaban a buen ritmo-. Aquél es muy hermoso.

Jane miró lo que señalaba el dedo del hombre en la página, luego hacia el río, donde el navío, el Virginia Belle, de casco marrón, en nada excepcional hasta donde ella podía ver, atravesaba veloz la corriente.

-Sí -coincidió ella con cortesía-. Es un buen ejemplo de la excelente construcción naval inglesa.

-Exacto. ¡Qué ojo tiene usted! -la elogió Sainte-Amand-. Si dibuja ese barco para mí, yo también le daré un recuerdo.

Jane puso una hoja en blanco ante sí y, con rápidos trazos, dibujó el Virginia Belle mientras Sainte-Amand, agachado a su lado, elogiaba su talento artístico y señalaba detalles que a ella pudieran pasarle por alto.

Cuando la flotilla hubo desaparecido en el horizonte, Jane dijo:

-Ya está. Es lo mejor que puedo hacer. Lo llevaré a casa y lo terminaré...

-¡No, no! Quiero quedármelo tal y como está. En cierto modo, la rapidez del trabajo refleja velocidad de le navire.

-Nada de eso. No es mi mejor trabajo.

-Pero está terminado. Es bastante bueno. Mi gente sabrá valorar este tirage toujours.

Puso la mano sobre la carpeta y tironeó.

Confusa y ligeramente enojada, Jane retuvo su obra. Si bien era cierto que Sainte-Amand le había hecho un favor, no era su maestro de dibujo. No tenía derecho a decirle cuándo ella consideraba terminado su trabajo.

-No.

-Mademoiselle, s'il vous plait. Hará usted lo que yo diga.

Le apretó los dedos y empezó a retorcérselos, como un acosador violento tratando de imponer su voluntad.

-¡Lord de Sainte-Amand! -exasperada e incrédula, alzó la voz-. ¿Qué está usted haciendo?

-¡Calle ... ! -instó el hombre, mirando alrededor para ver si el grito había atraído la atención hacia ellos-. Mon Dieu! -Soltó la mano de Jane y la carpeta, como si se hubiese quemado-. ¿Quién soy yo para decirle a una artiste lo que debe hacer? Llévese le tirage a su casa y termínelo. -Se levantó y retrocedió, alejándose de ella-. Luego nos veremos, y entonces podrá entregármelo. Entretanto... quizá debería esconder todo eso.

Muy confundida, Jane preguntó: -¿Cómo ha dicho? -Lord Blackburn viene hacia aquí.

Capitulo 16

Mientras Sainte-Amand se alejaba con ligereza, Blackburn vio que Jane guardaba su dibujo en la carpeta y la cerraba con evidente precipitación. A continuación, con todo el aire de un cachorro al que se ha sorprendido destrozando las pantuflas de su amo, alzó la cabeza y lo miro directamente a los ojos.

Al ver la dolorosa anticipación en la mirada de Jane, a Blackburn se le encogió el corazón. Su primer impulso fue aliviar las angustias de la mujer. El segundo, llevársela de allí y encerrarla en Tourbillon hasta que hubiese logrado inculcarle un poco de sentido común.

Su fugaz meditación hizo que su actitud fuese más bien de altiva rigidez al dirigirse a ella.

-Señorita Higgenbothem.

Jane sonrió con un entusiasmo a todas luces falso.

-¿Sí? -respondió con igual rigidez.

Ése no era el tono que él buscaba.

-Jane –murmuró Blackburn en un tono más íntimo.

La sonrisa de la mujer desapareció.

-Me complace que haya aceptado mi invitación a visitar la casa de mi hermana.

-No me encontraba en posición de rehusar.

Parpadeó, mirándolo con falsa inocencia.

El sarcasmo en esa mujer era una novedad para Blackburn; pero se dijo que, al fin y al cabo, se lo merecía y… resultaba divertido.

Para su sorpresa, mucho de lo sucedido ese día le había divertido. Desde que regresara de la Península, había temido presentarse en publico. Pero ese día había conversado con muchas personas con las que nunca había hablado antes. Se había sumado a más de un grupo de conversación, e impulsado a algunas mujeres a confiarle secretos relacionados con sus esposos… vil acción según el código de un caballero, pero necesaria para cumplir con su deber. Blackburn era perfectamente consciente de ello. Y hasta la tarea de espiar se volvía gozosa ante la perspectiva de ver a Jane, de ser atravesado por su afilada lengua, y de cortejarla… no, ése no era el término correcto. De acosarla, sí, mientras ella huía confusa.

¡Ah, si no lo inquietaran tanto las sospechas que tenía de ella …

-¿Puedo sentarme?

-Como desee.

Jane se las arregló para parecer indiferente. Ella era la única persona en los alrededores que lo logró. Todos los que rondaban por ahí giraron las cabezas para deleitarse con la sensación de la temporada. Eran gente necia, indiferente a la lucha que se libraba en España y que, regodeándose en su propia inmunidad, fingían no ver las cicatrices de Blackburn.

Al principio, cuando él había vuelto cubierto de heridas y de cinismo, hubiese querido sacudir a cada uno de los miembros de la buena sociedad para hacerles comprender lo precario de su situación, lo cerca que estaba Napoleón de cortar los medios de subsistencia de Inglaterra. En nombre de Francia, Napoleón los sometería a todas las indignidades. Los despojaría de sus riquezas y las usaría para abastecer a sus ejércitos. Y aquellos diletantes no le harían el menor caso, pero se quejarían de la calidad del té.

Ese día.... bueno, observando a aquellas personas frívolas y lánguidas había llegado a la conclusión de que ningún tirano los arrancaría jamás de su inocencia.

Comprendió que ahora era como Jane. No un indolente petimetre, sino un trabajador.

Además, le resultaba provechosa esa inclinación que la sociedad tenía por el chismorreo, pues convertía a sus miembros en peones perfectos de su juego. Había albergado la esperanza de que su persecución amorosa distrajese la atención de su auténtico objetivo, es decir, de su caza del traidor. Al ver cómo se multiplicaban a su alrededor las expresiones de intriga y diversión, comprendió que había superado todas sus expectativas.

Además, al mirar a Jane llegó a la conclusión de que no sería una empresa tan ardua.

El viento movía los bordes de la manta. La cesta de la merienda sujetaba la esquina más alejada. Los pies extendidos de la mujer, la otra. El viento coqueteaba con el ruedo de la falda, separándola de los tobillos y descubriendo fugazmente sus largas y esbeltas piernas.

«Afortunado viento.»

-¿Cómo dice?

Jane lo miraba como si estuviese loco.

-Le preguntaba qué estaba dibujando.

Se sentó en la esquina opuesta de la manta, a discreta distancia, con el rostro vuelto a medias hacia ella.

-Creí que había manifestado con claridad no sentir el menor interés por mi arte, milord.

Lo miraba como si fuese un cretino incapaz de apreciar las cosas bellas de la vida. Y eso recordó a Blackburn que Jane no sólo lo divertía, sino que también lo irritaba. Alzando su monóculo de plata, la observó.

-Con excesiva claridad, puesto que ni siquiera podemos tener una conversación al respecto.

-¿Acaso estamos otra vez conversando con el propósito de desbaratar cualquier comentario?

Ella se mostraba insolente hasta un punto intolerable, pero él conocía ahora su punto débil.

-No, Jane -replicó, y dejó vagar su mirada por el cuerpo de ella, deteniéndola en las zonas que más le interesaban; cuando volvió a la cara, ella tenía el mentón proyectado hacia delante y lo miraba con gesto hostil y ceñudo. Casi con sinceridad, añadió-: Estoy conversando con usted con la intención de conquistarla.

-Preferiría que no lo hiciera -replicó Jane, con firmeza no fingida.

-Es lo menos que puedo hacer.

Jane se inclinó hacia delante y dijo con vehemencia:

-Y cuando ya se haya hartado y vuelva a dejarme en el olvido, yo me freiré en el infierno mientras usted se va de juerga.

Blackburn dejó caer el monóculo, que quedó oscilando colgado de la cadena, y apoyó un brazo en su rodilla levantada.

-Mi querida Jane, si yo me olvidara de usted y dejara que se friese en el infierno, sería por una razón muy poderosa.

«La traición, por ejemplo.»

-Milord, el dibujo no lo representaba a usted.

Él hablaba de traición. Ella, de arte. Y si debía guiarse por la intensidad de su mirada, no pensaba en ninguna otra cosa. De todos modos, él sabía que era una actriz consumada, pero no se dejaría engañar por ella. Después de todo, él tenía a Wiggens para informarse acerca de las actividades de ella.

-Me abruma su falta de interés. ¿Acaso mi figura ha perdido su atractivo?

-Sí.

Librodot

Tan escueta respuesta no se correspondía en esencia con la mirada que ella le lanzó, repasándolo de pies a cabeza con celeridad, como si no pudiera resistirse.

¿Más actuación? Blackburn prefirió pensar que no.

-Antes irá al infierno por mentir que por mantener una conversación conmigo.

Jane seguía aferrando la carpeta. Uno de los papeles sobresalía de ella, y se agitaba en el viento constante.

De qué quiere que conversemos?

Como había ganado la primera escaramuza, podía permitirse ser generoso.

-Quería disculparme por haber desestimado sus preocupaciones en la fiesta de Susan. No sabía que la señorita Morant tenía semejante habilidad para meterse en dificultades.

Muy erguida, con los hombros hacia atrás, Jane buscó con la vista hasta que encontró a Adorna. A pesar de haberla visto, no se sentía más relajada que antes.

-No es muy sensata, y los hombres que revolotean alrededor de ella lo son menos todavía.

La muchacha sujetaba la cuerda de una cometa hacia la que dirigía su vista y reía mientras corría. La brisa aplastaba su vestido contra su cuerpo, y hasta Blackburn, que no se dejaba impresionar con facilidad, tuvo que admitir que la muchacha era la viva imagen de una juvenil Afrodita.

-Ha sido difícil para usted.

-Ella es demasiado dulce para ser difícil, pero desde...

Jane lanzó una mirada fugaz, como si acabara de recordar con quién estaba hablando.

-¿Desde qué ... ?

Se esforzó por parecer interesado, y no le costó demasiado. La frase pendía ante él como una posibilidad inmediata de obtener información sobre los años perdidos de Jane.

-Es demasiado fácil hablar con usted, milord.

Aunque la mayoría de sus conocidos no pensaban de igual modo, Blackburn no dudó de la sinceridad de las palabras de Jane. De todas las mujeres del mundo, ella era la que menos lo respetaba. Tal vez eso se debiera a que se había comportado con ella como un niño consentido.

-Soy notablemente discreto -aseguró el hombre.

Librodot

-Estoy segura de que lo es. -Jane se llevó las manos al regazo y se miró las puntas de los zapatos-. A los catorce años Adorna tenía una apariencia muy similar a la de ahora, y un joven caballero de nuestra vecindad se encaprichó de ella. -Tras pensarlo un instante, añadió, corrigiéndose-: En realidad se enamoró violentamente de ella. El señor Livermere era hijo nada menos que de un metodista sobrio y trabajador; jamás sospeché que llegaría a secuestrarla.

Él se inclinó más hacia ella, atento. -¿La secuestró? -inquirió.

-Ella y su doncella habían ido a cumplir un encargo mío, y la doncella volvió a casa asustada y agitada, diciendo que el joven había obligado a Adorna a subir a un coche de alquiler. Les había anunciado que irían a Gretna Green, donde se casarían. Estuve como loca durante horas, hasta que ella apareció en casa, sin daño después de la experiencia. -Lo escudriñó-. Había logrado convencer al caballero de que, en conciencia, no podía dejarme sola con Eleazer, y volvieron a buscarme.

-¡Buen Dios!

Blackburn consideró a Adorna con otros ojos.

-El padre del joven se hizo cargo del asunto -continuó Jane-. Ahora él está estudiando en Roma... aunque sigue escribiendo a Adorna cada semana.

-¡Buen Dios! -repitió Blackburn.

Levantó su monóculo y dirigió la mirada hacia Adorna. Vio que conversaba con un hombre alto y delgado. Lo miraba como si lo admirase; y, por lo visto, la joven hablaba cuando su acompañante se lo indicaba.

-¿Quién es ése? -inquirió Blackburn. Jane suspiró.

-¡Oh, Dios! Es su profesor de francés. Pobre Adorna.

-¿A ella no le agrada? Sin embargo, da la impresión de estar fascinada.

-Ella mira así a todos los hombres. Estoy segura de que ése es el motivo de que monsieur Chasseur se haya aferrado con tanta tenacidad a la esperanza de enseñarle su idioma. -El humor entibió la voz de Jane-. Mi sobrina está convencida de que el modo en que una mujer mira a un hombre puede hacer que éste pase de sentirse atraído por ella a idolatrarla.

-¡Qué frivolidad! -murmuró él.

Y qué gran verdad. En un tiempo, Jane lo había mirado así, y como él era un joven vanidoso que sólo valoraba la belleza y las gracias sociales había desdeñado aquella declaración de intenciones.

Librodot

En la actualidad, en cambio, le habría resultado bastante agradable. Con todo, ella parecía más cautivada por el río, por su sobrina e, incluso, por sus propios pies.

-¿Qué hará usted cuando ella se case? ¿Vivirá con ella? -preguntó Blackburn.

-Quizá -contestó Jane, sus puños cerrándose en un instante-. Tal vez me dedique a hacer lo que he ansiado desde mis primeros años: salir al mundo en busca de mi propio destino.

-¿Haciendo qué? -inquirió Blackburn, consciente de su brusquedad, pero obligado a plantearlo.

Jane posó la vista en la carpeta que tenía en la mano. -Daría clases de arte a jóvenes damas.

No daba la impresión de estar bromeando. En la mente de Blackburn se formó la imagen de una procesión de muchachas trabajando con arcilla y moldeando esculturas de desnudos, a imagen de los hombres que admiraban.

-¡Qué horror!

Ella lo miró con severidad.

-Soy capaz de hacerlo bien.

La brisa, levemente salina, atrapó su sombrero ancho y lo echó atrás. Ella lo sujetó con una mano sobre la cabeza, destacando así el perfil de su cuerpo ante la mirada ávida de Blackburn.

Su vestido cubría el busto, sin dejar a la vista ni un trozo de piel. Pero ver sus pechos cubiertos le hizo recordar cómo había reaccionado ella cuando se los había tocado. En aquel entonces, ella era virgen, y la pasión la había sorprendido y regocijado al mismo tiempo.

Jane seguía siendo virgen, si daba crédito a las palabras de su hermana; pero sabía bien que Jane ya no se dejaba llevar por la pasión. En la joven Jane del pasado, cada emoción se reflejaba en su rostro. La del presente vivía a través de su mente, resguardada de cualquier acto espontáneo que le causara dolor. Y la culpa no era sino del mismo Blackburn, que había matado aquello que no admiraba.

Ese pensamiento lo sorprendió tanto como comprender que quería lograr la resurrección de aquella espontaneidad. El joven Blackburn, admitió a desgana, no sabía todo lo que debía saber.

-Estoy seguro de que la señorita Morant, cuando se case, la acogerá con gusto.

-Estoy convencida de que así lo hará.

Librodot

Hablaba con frialdad, con evidente falta de sinceridad.

«O podrías estar espiando para el enemigo.» En un rincón de la mente de Ransom brotó ese pensamiento, dispuesto a sabotear cualquier grado de confianza que él pudiese tener en ella. Jane no tenía futuro, no tenía motivos para amar a la sociedad inglesa; y sí tenía, en cambio, una lamentable inclinación a tratar con un reputado espía.

No tenía pruebas concluyentes, pero si Jane formaba parte de la red que habían tejido los franceses con la participación de inmigrantes y bribones, él podría acosarla y amenazarla. Podría averiguar quién la había instruido, a quién pasaba la información.

Atrapada entre él y Wiggens, la señorita Jane Higgenbothem estaría perdida. Y tal vez no le viniera mal cierto grado de castigo…

Impaciente por terminar esa ficción, dijo:

-Sainte-Amand es un tipo irresistible, ¿no es cierto?

Jane había estado mirándolo de frente; el verde de sus ojos se veía acentuado por lo apagado de su vestido. ¿Cómo los había descrito Wiggens? Ojos tan verdes como el musgo de las zanjas.

Ante la pregunta de Blackburn, bajó la vista y la posó en sus manos. Un sonrojo tiñó la piel que cubría sus pómulos. -En realidad, no había reparado en ello.

Avergonzada. Blackburn sintió la piel de gallina en sus brazos. Tenía ganas de retorcerle el pescuezo. Incómoda, se movía nerviosa bajo su mirada, y lanzaba miradas hostiles por debajo de las pestañas. No era una actriz, en absoluto; apenas una mujer arrepentida, arrastrada por las circunstancias a practicar el espionaje en favor del enemigo. Tal perspectiva sería cuando menos más halagüeña que la de ser una mujer que despreciaba al país que de tal modo la había rechazado.

Pero ¿qué demonios estaba haciendo? ¿Cómo podía estar buscando excusas para una condenada traidora?

-Entonces, usted es la única que no lo ha hecho -afirmó; supuso que su voz sonaba bastante normal, con un toque de frialdad-. La mayoría de las damas que conocen a SainteAmand consideran que es encantador.

-Sin duda, debe de serlo -repuso Jane; presionó su labio inferior entre sus blancos dientes-. Me pareció muy agradable la noche que rescató a Adorna. Mire, ahora está hablando con ella.

-Era cierto. Sainte-Amand había sorprendido a Adorna cuando regresaba junto a su grupo de jóvenes admiradores. En ese preciso

momento, ella lo contemplaba y escuchaba sus palabras con la misma atención que había brindado a su profesor de francés.

-Antes ha estado usted hablando con él.

Jane se secó la palma en la falda.

-Sí. Estuvo viéndome dibujar. -La otra mano seguía sujetando con fuerza los papeles incriminadores-. Hice un boceto, que no lo representa a usted.

¿Qué representaba, pues? Bajo la sombra que proyectaba su sombrero, ella se ruborizó, y echó al hombre una mirada cargada de culpabilidad. Era hora de acabar con aquel juego. Había llegado el momento de demostrarse a sí mismo que Jane no era una traidora. Y de demostrar a Jane que él no era ningún tonto.

Con sorprendente determinación, Blackburn estiró la mano y asió el borde de la carpeta. Los dedos de ella se apretaron un instante; luego aflojaron la presión y permitieron que él se hiciera con los dibujos.

-En realidad, no es nada -dijo Jane-. Cualquiera podría haberlo hecho igualmente bien.

Sin dejar de observarla, Blackburn abrió el bloc de dibujo y miró el boceto. Su estómago se tensó y sus dedos se crisparon. Sin quererlo, arrugó el borde del papel.

-¿Qué es esto? -preguntó, como si él mismo no pudiese verlo.

-Barcos -repuso Jane, en un tono de increíble suavidad-. Intentaba transmitir la sensación de este día, y creí que los barcos lo harían... Es probable que cualquier dama hubiese dibujado algo similar.

-¿Y esto?

Levantó el claro y detallado dibujo del Virgznz'a Belle. -Otro barco. Sainte-Amand sugirió...

Fría y honda, la ira de Blackburn estalló.

-¡Ni siquiera eres capaz de admitir tu propia culpa!

Se puso de pie, la cogió por el codo y la obligó a levantarse con una urgencia ciertamente violenta. Los guantes de Jane cayeron aleteando al suelo. Se pisó la falda y tropezó, pero a él no le importó. Con el bloc de dibujo apretado en una mano y Jane sujeta con fuerza en la otra, giró y se encaminó con ella hacia la casa.

-¿Adónde vamos? -preguntó Jane, forcejeando para soltarse.

-A darte una lección.

-¿Va a enseñarme algo referente al arte?

Librodot

-No -replicó sin mirarla. No se atrevía a hacerlo-. Algo referente a la vida.

Librodot

Capitulo 17

-No sé por qué se ha enfadado de esta manera. -Sujeta al indignado lord Blackburn, que la llevaba de la muñeca, Jane tropezaba con la hierba-. No es más que un dibujo, muy parecido a otros cientos de dibujos que he hecho.

-¿Cientos? De modo que lo admites, ¿eh, Jane?

A la aludida no le agradó el énfasis con que había pronunciado su nombre. Tampoco le gustaba su mueca desdeñosa ni su actitud.

-Es mejor que otros. ¿Acaso eso es un crimen?

Blackburn la hizo girar y se detuvo.

-No lo sé -contestó, agitando la carpeta-. ¿Lo es?

Blackburn, frío y enigmático para la mayoría de la gente, se consumía de diabólica furia. El sol poniente se deslizaba tras las nubes desgarradas iluminando la mitad de su rostro, acariciando los labios llenos, la hendidura formada sobre ellos por la simple presión del pulgar de Dios en la arcilla fresca de Su creación. La incipiente barba que salpicaba el mentón de oro pincelado capturaba la luz del ocaso. Su nariz se proyectaba orgullosa como los acantilados de Dover. Su frente era tan ancha y noble corno la de Apolo, y el viento volcaba un radiante mechón de cabellos sobre ella.

La otra mitad de su rostro estaba sumida en una oscuridad que la retenía prisionera, oscureciendo el azul del ojo hasta volverlo negro en un signo inequívoco de diabólica determinación.

De un lado, la belleza, la luz. Del otro, la ira, la angustia, la zona oscura de su alma. Jane tomó buena nota de ello para la pintura que pensaba hacer.

-¡No! -exigió Blackburn, y su mano surcó el aire como una hoja de acero-. Borra esa expresión de tu cara. No me pintarás.

Atónita, Jane trató de retroceder, de alejarse de su inusitada clarividencia, pero él no la soltó. Al contrario, le sacudió el brazo y dijo:

-¿Qué clase de petulancia te hace creerte la única capaz de ver?

-La certeza de ser la única que siempre mira -replicó.

-Ya no, querida. -La boca del hombre se contrajo en una impía sonrisa-. Se acabó. Te juro que te enseñaré a no suponer que soy un tonto, Jane, y te daré por lo menos un motivo para amar lo que tienes en Inglaterra.

Librodot

Se volvió y continuó arrastrándola tras de si, mientras ella forcejeaba. En vano, pues, pese a su altura y su fuerza, él seguía siendo más fuerte que ella. Esto ya no tenía nada que ver con el dibujo. Algo más profundo crecía en el interior de Blackburn. Y en el de ella.

La había mirado y había visto lo suficiente para saber qué ocupaba sus pensamientos. Para ella eso constituía una intolerable invasión de su intimidad.

Miró hacia la playa con la esperanza de recibir auxilio desde allí, pero sólo vio un cúmulo de caras que los observaban y zumbaban de deleite y expectación. Desesperada, agitó una mano en dirección a Adorna. Ésta le devolvió lo que a sus ojos había parecido un saludo, brincando jubilosa como si su tía estuviese partiendo en un viaje largo tiempo añorado.

La hierba silvestre iba dando paso al prado doméstico, y la distancia entre la playa, el grupo de gente y Jane se agrandaba. Clavó los talones. Un último puñado de juncia se enredó en sus botas de cuero, y sólo la mano de Blackburn bajo su axila la salvó de una caída de más que dudosa elegancia.

Él se detuvo y la miró de frente.

-Grita, si es que piensas hacerlo.

Jane se llenó los pulmones. Abrió la boca. Y descubrió que tantos años de represión y dignidad habían cobrado su tributo. Expulsó lentamente el aire y dijo:

-Yo no grito.

-También me he dado cuenta de eso -dijo él, con modesto aire de triunfo.

Blackburn la retuvo con su brazo curvado, sin soltar la carpeta con el otro, y siguieron andando hacia el sendero del jardín más cercano. Apretada contra el costado de Blackburn, Jane pudo sentir los tendones de su brazo que se tensaban para sostenerla, los músculos de su muslo como cordones que se tensaban para imprimir velocidad al avance de los dos. El perfume de su jabón de limón se mezclaba con la brisa que venía del mar. Pronto los rodearon los primeros árboles deformados por el viento, sumiéndoles en la sombra. Jane experimentó la sensación de ser engullida, precipitada irremisiblemente hacia un destino fatal.

La hierba cedió lugar a la grava. A ambos lados se elevaban los arbustos recortados desbordantes de flores. Una rama se enganchó en el ala del sombrero de Jane y se lo torció.

-¡Espere!

Trató de detenerse para reacomodar la prenda que Violet le había prestado.

-¡Tú y tus sombreros sois una amenaza! -exclamó Blackburn.

Con una mano, desató las cintas y arrojó el sombrero al suelo.

-¡No puede hacer eso! -protestó Jane.

Pero Blackburn ignoró con desdén sus quejas, como dejando claro que ya no había lugar para ellas. Arrastrándola consigo, la impulsó de nuevo hacia delante.

Los árboles seguían dándoles sombra, y los setos eran cada vez más espesos. Un sendero se desviaba hacia un mirador.

Otro llevaba directamente al prado abierto en cuyo extremo nacía la amplia escalinata de la mansión.

Blackburn la empujaba hacia un destino que sólo él conocía. Jane había aprendido sin inconvenientes el camino alrededor de la casa Montague, el depósito nacional de arte. Ahora, en cambio, le daba vueltas la cabeza tratando de distinguir una planta de otra. Vio que habían llegado a un laberinto de setos altos, bien recortados. Si por casualidad lograba librarse de Blackburn, Jane se vería abocada a vagar en círculos durante horas bajo un cielo cada vez más encapotado.

Tras echar un vistazo al sesgo decidido de la mandíbula del hombre, y al gélido resplandor de sus ojos, resolvió correr el riesgo de perderse en el jardín.

Pero no tuvo oportunidad. El sendero doblaba y giraba, conduciéndolos cada vez más hacia una locura del todo incomprensible para ella. Jadeó, tratando de recuperar el aliento, agitada por el ritmo que llevaban y por la dirección siempre cambiante, pero Blackburn seguía indiferente. Había una meta que lo impulsaba, y, por mucho tiempo que les llevara, no cejaría en su empeño. Sea como fuere, a Jane le daba la impresión de que habían estado caminando una eternidad.

Cuando dieron la vuelta a una esquina exactamente igual a las demás, Blackburn lanzó una exclamación de satisfacción. Habían llegado al dulce y tibio corazón del laberinto. Allí había redondeados montículos de tierra cubiertos de césped muy bien cuidado. Un pequeño árbol decorativo se alzaba en un borde. Un enrejado zigzagueaba de un extremo al otro, y por él trepaban rosas en lozana profusión, de las que brotaban tenues brillos de un rosa pálido y blanquecino que les arrancaban los amarillentos besos del sol. Los

Librodot

setos del laberinto no dejaban pasar más que una leve brisa, y el intenso perfume que extraía de las flores era la seducción misma. En el centro, una fuente borboteaba suavemente, y los arrendajos gorjeaban y jugueteaban.

Aquel recóndito lugar era un banquete sensual para los amantes afortunados capaces de encontrarlo... y lord Blackburn se había encaminado a él sin titubear.

No cabía duda de que ya había llevado a alguna mujer allí.

Jane le dio un codazo en las costillas, cogiéndolo desprevenido. Blackburn se dobló dolorido y dejó caer la carpeta. Ella giró para emprender la huida y alcanzó a ver los ojos enrojecidos de furia de Blackburn antes de que éste se precipitara hacia ella. El hombre extendió la mano hacia Jane, que la aferró y tiró de él, haciendo que el propio impulso de su embestida lo arrastrase. Entonces lo soltó, y escuchó el golpe de su cuerpo contra la espinosa maraña de ramas y flores.

Los pájaros chillaron y levantaron el vuelo. Sin detenerse a ver el daño, Jane se alzó la falda y echó a correr. Había rodeado el cerco cuando oyó su aullido de dolor y se detuvo.

-¡Mis ojos!

Sus ojos. Sus bellos ojos del color de la medianoche. ¿Los habrían desgarrado las espinas?

Dio dos pasos más. No era cierto. No podía ser cierto. Estaba fingiendo. Estaba intentando engañarla.

Blackburn no dijo nada más, pero Jane oyó cómo tropezaba, cómo arrancaba ramas de los rosales, cómo lanzaba gemidos, que resultaban más lastimeros aún porque procuraba contenerlos.

Jane se acomodó la falda y se alejó caminando con agilidad. Blackburn era un dios. Nada podía dañarlo.

Aminoró el paso. Era un hombre. La guerra lo había marcado. Y en el ojo...- ¿acaso las espinas habrían reabierto su herida?

Se maldijo por su estupidez y, desandando furtivamente el camino, espió por una esquina del cerco de setos.

Blackburn estaba de espaldas a ella. Con una mano forcejeaba con las espinas que tenía clavadas. Con la otra, se apretaba la cara. Jane se acercó, evitando el sendero de grava y caminando sobre la hierba que ahogaba el sonido de sus pasos. Trataba de situarse en una posición que le permitiese verlo de costado, sin olvidar en ningún momento que estaba alejándose de la seguridad, aproximándose cada vez más a la fuente y a él.

Blackburn apartó entonces la mano de su cara, y Jane vio la mancha roja sobre su mejilla y un hilillo de sangre que bajaba desde la frente.

--Lord Blackburn! Déjeme que le ayude.

Corrió hacia él.

Cuando aún estaba a más de un paso de distancia, el brazo del hombre se disparó. Sus dedos rodearon la muñeca de ella, todavía dolorida por su anterior forcejeo. Con el rostro intacto, él la miró.

-No se conquista ninguna rosa sin luchar con las espinas.

Al tirar con fuerza para liberar su mano, Jane golpeó con ella sin querer contra el enrejado de madera. Algunas espinas se le clavaron en la palma. Gritó. Blackburn volvió a atraparla y le impidió que se desgarrase las carnes forcejeando en un vano intento por zafarse.

-No te muevas -instó.

Una a una, él retiró las espinosas zarzas. El dolor hacía brotar lágrimas de los ojos de Jane... ¿o sería la humillación de haber sido engañada con tanta facilidad?

Sin embargo, la sangre goteaba ciertamente de la barbilla del hombre; manaba de un largo arañazo en la mandíbula, y manchaba su cuello almidonado. Tenía pinchazos en la frente y, como las zarzas le habían lastimado la carne a través de la ropa, gotas de rubí salpicaban su camisa blanca.

Constituían un penoso espectáculo, manchados de sangre y lastimados por su pelea con las rosas, entre sí y con el mundo. Una lágrima rodó por la mejilla de Jane, que se apresuró a enjugársela con la mano que tenía libre.

-¿Por qué lloras? -preguntó él, con aquella repentina confianza en el trato.

-Duele.

-Yo te aliviaré.

Alzó la mano femenina, se llevó la palma a la boca y chupó, en un acto de tan intensa intimidad que Jane cerró los ojos, deseosa de no ver esa cabeza tan distinguida inclinada a su servicio.

No sirvió. Él chupó más fuerte, o eso le pareció, como si estuviese intentando absorber su lucidez y su sentido común. Lengua y labios se apretaban contra músculos y tendones, y luego, de repente, sus dientes la mordieron con fuerza. Ella chilló y se debatió, pero él no la soltó. Un segundo después, Blackburn levantó

la cabeza, escupió la espina que había arrancado y le mostró la mano para que ella pudiese verla.

Un hilo de sangre se deslizaba por las líneas de la palma. Blackburn puso sus manos castigadas por los cortes junto a las de ella. Con la precisión de un maestro, hizo coincidir las palmas. Su pecho subía y bajaba al compás de grandes bocanadas de aire, y Jane se sorprendió imitando el ritmo de su respiración. El corazón del hombre latía con tanta fuerza que casi podía oírlo, y su propio corazón se ajustó a ese vigoroso ritmo. Él la observaba con los ojos entrecerrados, cargados de insinuaciones. Su voz profunda surgió de lo más hondo de su ser:

-Cuando nuestras sangres se hayan mezclado, estaremos unidos.

Jane se sobresaltó. Los tendones del dorso de la mano de él sobresalieron mientras sus dedos apretaban los de ella para retenerla.

-Hermanos de sangre -sugirió la mujer, tratando de restarle significado a lo que sucedía.

-No, querida -replicó Blackburn-. Yo ya tengo una hermana. Créeme, Jane, lo que siento por ti no tiene nada de fraternal. Más bien... -con la otra mano le levantó el mentón y le sonrió- lo que siento por ti es bastante carnal. Y voy a demostrártelo.

Capitulo 18

-¿Qué es lo que quieres? -susurro Jane, paralizada de temor y de deseo.

-A ti. A ti, y una visión clara, y el fin de Napoleón, y seguridad en las calles y... a ti. Si puedo tenerte a ti, por el momento me bastará.

Blackburn mantuvo unidas las palmas ensangrentadas y rodeó con la mano libre la nuca de la mujer, acercando su cara a la de él.

Su beso. Los mismos labios, la misma lengua, el mismo contacto de once años antes. Y, sin embargo, ahora era diferente. Entre ellos se habían interpuesto cosas que los habían separado, y ahora las circunstancias y la determinación de él los habían reunido.

Su beso. Ya no era codicioso. Hambriento, más bien, con un matiz colérico que no habría podido exhibir once años antes. Entonces se había mostrado furioso porque ella lo había convertido en el hazmerreír de toda la buena sociedad. Ahora, en cambio, estaba indignado porque... porque...

-¿Por qué? -murmuró Jane, para su propia sorpresa, contra los labios de Blackburn-. ¿Por qué?

-Porque alguien tiene que dominarte.

Sin dejar de sujetarla pegada a él, la echó hacia atrás, y ella retuvo la visión fugaz de un trozo de cielo, ahora cargado de nubes grises, la imagen extraña y huidiza de setos vistos de costado y de un suelo que estaba demasiado cerca. A continuación, quedó recostada sobre un montículo de hierba que le sostenía la espalda y la cabeza como un canapé. Blackburn se arrodilló junto a ella como un suplicante ante su reina.

Era una imagen absurda, pues aquel tirano no habría podido suplicar jamás. Se inclinó sobre ella y, sin darle tiempo a recobrarse de la sorpresa, volvió a besarla. Las preguntas persistían, asolando la mente de Jane, combatiendo con una creciente y acre sensación de indignación. ¿Cómo se atrevía a pensar que ella necesitaba ser sometida? ¿Quién le había dado el derecho a ser el que manejara el látigo?

Pero habían mezclado sus sangres. Y ahora mezclaban sus alientos. Ella se había brindado libremente a esa intimidad hacía once años. Ahora se resistía, pues ya no era la ingenua que había sido. Y él tampoco mostraba la misma impaciencia; más bien la arrullaba con besos tan leves que podrían no haber sido otra cosa

que la brisa... si no estuviesen allí sus labios tersos, su envolvente tibieza, y la respuesta del cuerpo de ella.

Jane lo había calificado de loco, pero ¿qué locura la afectaba a ella, que relajaba sus miembros, que cedía, que abría sus labios?

Un beso. Sólo un beso.

Con la boca del hombre posada sobre la de ella, el sabor y la humedad la hicieron contener el aliento una y otra vez. La tocó. Los dedos de Blackburn recorrieron los hombros y los costados de su cuerpo con una urgencia que no había cambiado en esos once años. Ahora, ella entendía mejor su significado, pues no en balde había advertido a Adorna que no debía sucumbir a ella. Claro que ella ya era mayor, toda una mujer; seguramente, las pasiones de la carne se habrían apagado.

Un pulgar, suave como un pincel de pelo de visón, le rozó un pezón. El estímulo reverbero a través de su camisa y su liviano corpiño de lana.

Al parecer, las mujeres mayores eran tan capaces de experimentar deseo como cualquier mozalbete rijoso.

Pese a su experiencia y sus modales de hombre de mundo, Blackburn interpretaba con aceptables resultados el papel del joven atrevido que deseaba con desesperación a la simple Jane Higgenbothem.

Jane no lo entendía. No entendía nada de cuanto se refería a él. Al menos, once años antes había logrado descifrarlo, saber qué pensaba... porque él era bastante superficial.

Trató de reprimir esa nueva y traicionera idea, pero persistía con tenacidad.

Él había probado de ser superficial. Superficial, descuidado e indiferente. Pero eso había cambiado. Algo lo había hecho cambiar. Ahora, algo bullía en sus profundidades. Si Jane se esforzaba, podría captar atisbos de sus pensamientos, de su alma. No obstante, no había nada claro en esas lóbregas profundidades. No era bien recibida en esa oscura sima. Si observaba demasiado, temía encontrar dolor y soledad, igual que en su propia alma. Si se habían unido sus sangres, bien podrían unirse sus mentes; y entonces no sólo ella podría conocerlo, sino también él a ella. Sus sueños, sus ambiciones... y él se reiría de ella.

Todos se habían reído de ella, siempre.

-No te pongas tensa -instó Blackburn-. No voy a hacerte daño. Te pones tiesa como un palo cuando no estoy besándote. De modo

que necesito besarte todo el tiempo. -Sonrió fugazmente, contemplando la expresión abatida, frustrada de la mujer. Sembrando su discurso con leves caricias en el recatado cuello y a lo largo de las largas mangas, añadió- Me gusta cómo te queda ese color de artemisa. Tus ojos… tan verdes. Del color del musgo.

Frunció el ceño, como si de súbito se hubiera enojado. Pero ella interpretó exactamente el significado de aquel gesto. En la calle en que residía Sainte-Anland, a la sombra, crecía musgo, y era de esa clase de verde lozano que sólo la Madre Naturaleza es capaz de crear. Jane ansiaba lograrlo en su paleta; por otro lado, envidiaba su belleza, y por eso apreció el cumplido de Blackburn.

-Este vestido, aunque sea encantador, se interpone entre nosotros -alegó el hombre, y sus manos comenzaron a aflojar los cordones del cuello; luego acariciaban la piel que iba quedando descubierta, como hubiese hecho para tranquilizar a un gato inquieto-. Déjame que lo desabotone, querida. Déjame ver…

Lejos, muy lejos, se agitaba el mar, y su sonido repercutía en las venas y el vientre de Jane. Las caricias de Blackburn transmitían los ritmos de la naturaleza.

Desesperada, intentó apelar a su capacidad de resistencia. ¿Seguiría odiándola? ¿Todavía tendría intenciones de castigarla? ¿Por qué un simple dibujo había generado tan fervorosa pasión? ¿En verdad le importaba?

Ese hombre, con sus mágicos ojos azules y su espléndido físico, había yacido con ella en su cama, había caminado junto a ella por la calle, la había perseguido durante once años.

Arqueó el cuello para que él pudiera desabotonar debajo de su mentón.

Mientras descendía, Blackburn manoseaba torpemente.

-Debería ser más diestro en esto -se excusó-, pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te toqué.

Jane nunca había considerado a Blackburn un hombre delicado. Antes bien, arrogante. Bestial, a veces. Pero sabía que, si bien él había manipulado una enormidad de botones, no estaba refiriéndose a eso. Le hablaba sólo de ella, como si hubiese practicado el celibato durante los últimos once años.

Además, actuaba como si así fuese. La elegancia que solía caracterizar sus movimientos había desaparecido, y ahora se afanaba inclinado sobre un brazo y con los pómulos sonrojados.

-En aquel momento me consumía el deseo de verte. ¿Lo sabías?

-Aquel día, yo no sabía nada. -Se había comportado como una tonta. ¿Volvería a hacerlo?-. Pero ahora es diferente.

Él le abrió el corpiño, aflojó la camisa y se quedó mirándola como si nunca pudiera saciarse.

-¡Bella ... ! -susurró-. Tal como había imaginado.

Acalorada por el pudor, Jane trató de levantar las manos para cubrirse, pero él las retuvo. Las retuvo, besó las yemas de sus dedos, y las puso a los costados de la cabeza.

-Ojalá brillara el sol -dijo Blackburn, levantando la vista y contemplando, ceñudo, el cielo amenazador. Luego, volvió a mirarla a ella, a los flexibles pezones de un marrón rosado, y añadió-: Pero todavía ofrece bastante calor, ¿no es cierto, querida?

Los bordes del corpiño y la cintura del vestido empujaban sus pechos hacia él, que se inclinó sobre ella. Un temblor lo sacudió. Se humedeció los labios.

Jane se descubrió haciendo lo mismo.

-Te besaré ahí -anunció, apenas rozando el tórax de ella, el costado del pecho y casi, casi, el pezón-, y el placer será tan grande que me suplicarás pidiendo más.

-No...

No suplicaría.

-Sí, te lo aseguro.

Tenía razón. Y ella lo sabía. Cada una de sus caricias vibraba como una gran obra de arte en su eternidad. Sería capaz de hacer cualquier cosa para convertirse en su escultura... hasta de suplicar.

Entonces él la soltó y se estiró hacia la enredadera y las colgantes ramas del rosal. De allí arrancó una flor encendida con el resplandor interior de una concha marina. Quitó las espinas del tallo, luego se la llevó a la nariz y aspiró su fragancia. Cerró los ojos con sensual deleite, y sus pestañas parecieron lanzas de color ámbar contra el dorado de su piel.

Después, abrió los ojos y sonrió con aire caprichoso. Sostuvo la rosa ante la nariz de Jane, y ella aspiró el perfume, cargado con la tibieza del sol vespertino e intensificado por la inminencia de la lluvia. Él retiró la rosa, y ella vio que cada uno de sus pétalos se curvaba con gracia.

-Los colores me recuerdan a ti -musitó Blackburn.

Librodot

Se mojó el dedo, y acarició con él el suave rojo de los pétalos exteriores; luego lo hincó en el corazón de la flor, donde el color se tornaba en un tierno albaricoque.

Jane observaba sus movimientos, comprendiendo lo que él deseaba hacerle comprender, transpuesto el límite del pudor, más allá de todo lo que no fuese esa oleada de deseo tan vehemente que la hacía temblar con su intensidad. Apretó los muslos intentando controlar la pasión que nacía en su vientre, pero supo que se había humedecido y que le dolía como si estuviese hinchado.

Blackburn bajó otra vez el pimpollo, esta vez hacia la boca de Jane. Sus pétalos aterciopelados se deslizaron levemente por ella, cosquilleándole en los labios. La flor siguió el contorno, y la fragancia se elevó hasta penetrar en las fosas nasales de la mujer.

-Esa boca tan bella... -dijo él. -Es demasiado ancha.

Casi no podía mover los labios, tan hechizada estaba por esa textura aterciopelado, por ese juego sensual.

-No. A los hombres nos gusta así. Uno puede especular cómo la sentirá cuando le bese el rostro, el pecho, las caderas... y cualquier otra parte de un hombre que una mujer desee besar.

Jane se olvidó de respirar. Olvidó todo lo que no fueran los ojos del hombre, cargados de intención e insistencia. Él sabía mucho, ella, muy poco. Jamás hubiese siquiera imaginado las cosas que él estaba haciéndole. Las cosas que insinuaba. Ni en sus sueños más secretos ella habría... ¿o sí?

-Estás ruborizándote, querida, y no sólo en tu rostro...

Con la rosa le acarició las mejillas, la frente, el mentón. En una miríada de sedosas pinceladas, cada pétalo rozaba sólo una minúscula porción de piel; aun así, la reacción vibraba en cada músculo de Jane.

Guiada con extrema pericia por Blackburn, la rosa se demoró siguiendo el contorno de la mandíbula de la mujer.

Como si él se lo hubiese ordenado, ella arqueó el cuello y suspiró, y la flor prosiguió su avance irrevocable hacia la oreja. Aún de rodillas, él se inclinó más. La rosa... no, su lengua se deslizaba ahora lentamente siguiendo el pabellón de su oreja, hasta el centro. Jane levantó las manos y lo cogió del pelo.

-Jane -susurró, con tal suavidad que su aliento refrescó la carne húmeda de la mujer-. Quita las manos.

Jane casi había perdido la razón. Casi. Pero, al ver que él permanecía inmóvil a su lado, poco a poco comprendió que no

continuaría con esa exquisita tortura hasta que ella le obedeciera. Y, aunque se estremecía como si tuviese fiebre, no quería que él se detuviera.

Levantando un dedo tras otro, Jane fue abriendo las manos. Con movimientos lánguidos, las deslizó por el pelo de él, y después las dejó caer por su cuello, sus brazos, hasta que, por fin, a desgana, las apartó.

No sabía que al tocarlo se incrementaría su deseo, se volvería más dócil; jamás hubiese creído que él pudiera sentirse afectado, a no ser por el breve gemido que oyó junto a su oído. Sintió el impulso de volver a poner sus manos sobre Blackburn, pero éste se incorporó.

-No.

Jane extendió las manos hacia él.

Blackburn negó con la cabeza y rozó sus propios labios con la rosa.

Una promesa de terciopelo. Sus ojos azul medianoche chispeaban con estrellas diurnas. Jane volvió a bajar las manos.

-Pon los brazos sobre la cabeza -pidió, con los labios deslizándose sobre los pétalos; por un momento, Jane los imagino sobre su propia piel-. Me gusta ver tus pechos alzándose, tan orgullosos. ¿Te he dicho que son hermosos?

Hasta su voz, profunda y baja, era un afrodisíaco. Hablaba entre susurros, como si los secretos entre ellos fueran demasiado importantes para compartirlos con la brisa. Jane levantó los brazos a los lados de la cabeza, y él, como recompensa, acarició la cara interna de sus palmas con la flor, pasándola luego por la yema de cada dedo.

¿Cómo era posible que algo tan prosaico como su mano, callosa y llena de cicatrices, se convirtiera en receptora de tan delicada sensación? Esa voluptuosa agonía no podría crecer, seguramente; pues si llegaba a hacerlo, acabaría por perder todo control. Gritaría, cuando grandes espasmos de dicha la dominasen, y semejante reacción pondría al descubierto su parte más sensible.

Blackburn sujetó la rosa por el tallo y la hizo girar recorriendo el ancho de sus clavículas, de un hombro a otro.

-Eres bella y fuerte. Tuve el buen sentido de admirarte por ello hace años.

Con una sola frase, Blackburn se había hecho eco de la confianza que Jane siempre había depositado en su estatura. Y con

un solo roce había puesto su piel en contacto con los aterciopelados pétalos de la rosa. Con minucioso cuidado, arrastró la flor hacia abajo siguiendo la dirección del esternón, hasta la línea en que la alta cintura del vestido la cubría.

Pero aún no la había tocado donde ella más ansiaba. Blackburn observaba cómo respiraba; sus ojos se ensancharon, luego se entornaron. Quería acariciarla, Jane estaba segura de ello. Sin embargo, siguió con su juego, dilatando el momento, atormentándole y atormentándose.

-Por favor -susurró ella-. ¿No querrías, por favor…?

Él soltó una carcajada, melodioso y auténtica. Entonces, ella hizo una inspiración más profunda, y la hilaridad de Blackburn vaciló y se extinguió.

-Espera. Déjame…

Arrancó un pétalo y lo soltó al viento. Flotó en círculos, hasta que por fin se posó sobre el pecho de la mujer. Otro siguió el camino del primero y se acurrucó en el hueco que había en la base del cuello de Jane. Después cayó otro, y otro, y otro más; cada uno flotaba en una corriente de aire y caía luego en un determinado lugar de su cuerpo. Uno le decoró los labios, otro se le prendió en el pelo. Por último, como si no se atreviese a confiar en el caprichoso viento, lord Blackburn arrancó el pétalo más pequeño, más dulce, más firme del interior de la flor, y lo colocó con esmero sobre su pezón.

Él no la tocó; sólo el pétalo lo hizo. -Mira -dijo.

Jane levantó la cabeza para contemplarse a sí misma, audazmente desnuda, cubierta sólo con pétalos de rosa. Casi ingrávidos, se mecían en la brisa y con el movimiento que la respiración imprimía a su pecho. El que estaba sobre su pezón se adhirió como una suave tela a la piel.

-Terciopelo sobre terciopelo -dijo él.

Entonces, con movimientos infinitesimales, extendió la mano y rozó, apenas, la piel de Jane con las yemas de los dedos.

El pétalo osciló sobre el súbito pico formado por el pezón erecto.

Jane se arqueó hacia la mano del hombre, deseosa de más, deseándolo ya. Esperó a que él la tocase, a que la tocase de verdad. Había llegado el momento. Sobradamente.

La expresión abstraída, absorta, de Blackburn desapareció, se esfumó, barrida por un súbito latido de urgencia masculina. Se deslizó junto a ella tendiéndose de lado. Se irguió sobre ella y la

Librodot

besó con fiereza, exigiendo la respuesta, como antes le había exigido que se sometiera. Ella respondió de buena gana, la boca abierta, codiciosa, reclamando una genuina satisfacción en premio por su control previo.

Sus manos se enredaron una vez más en el pelo de Blackburn, gozando de la tersa limpieza de sus mechones, de la firmeza de su cráneo. Quería dirigirlo, pero él no necesitaba ser dirigido. Había dicho que, cuando la miraba, sabía qué pensaba ella; tal vez fuera cierto, porque al instante sostuvo un pecho en cada mano. Mientras los abarcaba no dejaba de besarlos, acariciando con los labios la carne que la brisa, la rosa y el hombre habían vuelto receptiva. Cuando comenzó a succionar, ella ya no pudo contener su excitación dentro de sí. Sollozó y gimió, retorciéndose debajo de él.

-Sube esa falda para mí, querida -murmuró él-. Demuéstrame que me deseas.

Y así era. Lo deseaba con total intensidad. Lo deseaba en ese mismo instante. Recogió un puñado de falda y enaguas y trató de alzarlas.

Pero él la detuvo poniendo una mano sobre la de ella.

-Poco a poco -sugirió-. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Le sonreía, acariciándola con gestos lánguidos e indiferentes, que de ninguna manera la engañaban. Sus ojos brillantes la contemplaban con febril ansiedad. Sus piernas se removían inquietas, y ponía un especial cuidado en no tocarla con otra parte de su cuerpo que no fuesen las manos.

No estaba incitándola. Ya no. Estaba tan frenético como ella, aunque, por alguna razón, reprimía con denuedo sus instintos.

Bien, no era el único capaz de incitar. También ella podía hacerlo.

Con torturadora indolencia, Jane fue alzándose la falda, y sonrió para sus adentros al comprobar que Blackburn se obligaba a mirar hacia cualquier otro sitio menos allí. No miró sus medias de seda blanca, ni las ligas que las sujetaban, ni los volantes de las calzas abotonadas en la rodilla. Pero cuando Jane detuvo el ascenso de la prenda a poca distancia de la cadera, demasiado pudorosa para desnudarse bajo el cielo plomizo, sorprendió la mirada de él fija en su cara, con una hirviente intensidad.

-Arriba del todo, querida -instó-. Por favor.

Sería capaz de hacer cualquier cosa por él cuando la llamaba «querida» con ese tono. Con una sacudida de los dedos, se subió la falda hasta la cintura.

Esta vez, él bajó la mirada directamente hasta allí, y entonces murió cualquier incertidumbre virginal que Jane hubiese podido albergar. La piel se tensó sobre las facciones perfectas del hombre; sólo sus ojos parecían vivos. Pero ardían con el fuego de los cielos, hechizados y atrapados por la visión, por la proximidad de la mujer.

De la señorita Jane Higgenbothem.

Blackburn extendió la mano, como atraída de manera irresistible, y alisó con la palma el fino algodón que cubría el vientre de la mujer. El calor de su mano contra la piel femenina le hizo flexionar los pies. Cuando abrió la hendidura de la prenda y rozó con suavidad los rizos bajo ella ocultos, Jane tuvo que morderse el labio para no proferir un grito. Era una caricia muy leve, pero que prometía más. Se movió en una sola dirección, hacia el mismo centro de su cuerpo, hasta que un dedo tocó la carne,

No era más que el punto superior de su hendidura, pero aun así Jane tuvo que apretar los muslos para impedir que temblaran.

Blackburn interpretó mal la reacción.

-No te cierres a mí. Ahora no.

Ella quiso protestar, pero si hablaba le temblaría la voz. Entonces, ¿qué otra cosa podía hacer, salvo levantar una rodilla?

-Oh, Jane. Oh, querida.

Ella había alzado una rodilla, y él hablaba tan excitado como Zeus, cuando arrojó su primer relámpago. Jane supo que Blackburn la idolatraba. Se supo una diosa, digna de su dios. Quiso expresar su exaltación pero, cuando él abrió su oculta feminidad y la tocó, ella olvidó por qué. Desde el momento en que la había tendido sobre la hierba, Jane había permanecido casi inmóvil, transfigurada por sus exigencias, por su propio asombro ante aquel diluvio de estímulos.

Ahora, ya no podía permanecer así. Sus caderas se alzaron, rotaron, tratando de atraerlo a él hacia su interior.

Él sonreía otra vez, muy complacido e intensamente fascinado.

-¿Me quieres ahí dentro, querida? Dímelo. ¿Me deseas?

Los dedos del hombre dejaron de moverse, y ella misma quedó inmóvil. No podía oír más que el viento fuera de los setos, la aspereza de la respiración de él y sus propios jadeos leves y rápidos. A pesar de la tibieza dentro del laberinto, se le puso la piel de gallina. ¿Eran señales de peligro o presagios de placer? No se atrevía a

Librodot

adivinar. ¿Lo deseaba? Sí, mucho, por mucho tiempo. Si lo decía, si lo admitía, si cedía, él gozaría de un triunfo mayor que el anterior, y su propio desastre personal sobrepasaría a cualquier otro que ella hubiese podido concebir.

La cuestión era si él habría cambiado realmente. ¿Era posible que esas nuevas profundidades que ella había percibido en su ser anidasen una pasión absoluta... por ella?

¿O acaso estaría siendo presa, una vez más, de la infinita sed de venganza de Blackburn?

No lo sabía. Sólo sabía que si mentía, si decía que no lo deseaba y él se retiraba, habría de lamentarlo el resto de su vida.

-Sí -confesó al fin-. Te deseo.

Blackburn suspiró con evidente alivio, y, lo más importante, su dedo se deslizó en el interior para continuar la tortura.

Jane ya no esperaba rechazarlo, pero se puso tensa. No había imaginado que lo sentirla tan extraño tan invasor. Necesitaba más confianza que la que tenía para permitirle entrar en ella.

Sin embargo, él debió de sentirse conmovido por cierta sensibilidad, pues murmuró, con la dulzura de un amante, sin dejar de entrar y salir con el dedo:

-El centro del laberinto. He vagado mucho tiempo tratando de encontrarlo.-

Otro movimiento.

Dentro de Jane, la pasión comenzó a trepar otra vez. Su cuerpo se comprimió en torno del dedo; cuando él empleó el pulgar para presionar contra lo que era, sin duda, el punto más sensible de su ser, Jane perdió sus últimas e inútiles inhibiciones.

Lanzó un fuerte gemido y sus ojos se cerraron. Se concentró en un único punto justo donde estaba la mano del hombre.

-Ésta es mi chica. -Sonaba agitado-. Siempre un poco más lejos. Un poco más alto.

Sus palabras no tenían sentido, pero a Jane no le importaba. Sólo quería...

Entonces, una vaga molestia la detuvo. Oyó que Blackburn decía:

-¿Puedes recibir un poco más, querida? Sólo un dedo más.

No podía, y quiso decírselo. Pero un segundo intruso se unió al primero, y el pulgar presionó con más firmeza aún. Ella se estiró. Sintió el dolor. Después, el dolor se esfumó.

Librodot

Con la boca abierta, la besó en un pecho para aliviarla, y murmuró algo que parecía un elogio. Enloquecida por el ritmo de los dedos, Jane se movió intentando acercarse más a él y al destino hacia el cual él la empujaba, cualquiera que fuese.

Y lo alcanzó. Todo su cuerpo se estremeció, se contrajo, cada músculo de su cuerpo en tensión. Todos sus sentidos se inhibieron, excepto esa sensación de puro éxtasis recién descubierta. Se retorció, gimió y vivió, totalmente atrapada en su propio placer, dependiendo por entero de Blackburn para que él extrajese cada gota de goce de su ser.

Cuando por fin se hubo calmado, permaneció jadeando sobre la blanda tierra y vio que Blackburn la contemplaba serio, con el labio superior orlado de sudor. Extendió lentamente una mano hacia él, en mudo ruego, y él se alzó sobre las rodillas. Se desabrochó los pantalones y comenzó a bajárselos. Allí, al aire libre, por fin se revelaría; Jane esperaba, fascinada ante la perspectiva de ver qué aspecto tenía en realidad un hombre. De ver qué apariencia tenía Blackburn.

Pero él se detuvo y miró sus dos dedos, y luego a ella. Jane no supo si estaba disgustado o satisfecho. Sólo supo que su boca se curvó hacia abajo y sus cejas hacia arriba y que rió y gimió al mismo tiempo. Sin abrocharse los pantalones, pero sujetándolos con firmeza a la cintura, por fin, por fin le separó las piernas con la rodilla e hizo lugar para sí mismo. Apoyado en los codos, impulsó sus caderas contra las de ella con la impudicia del hombre que se siente seguro de sus derechos. Aunque decidiera quitarse los pantalones no tardaría en estar dentro de ella, y no habría podido detenerlo. Estaba demasiado mojada, blanda, lista para él como para presentar resistencia.

Además, no quería resistirse. Jane se dijo, sin mucha convicción, que era demasiado embriagador para una tía solterona que había estado tanto tiempo en reserva. Como si eso pudiera explicar por qué estaba tendida en la hierba, al aire libre, con la falda levantada y el corpiño abierto. Con tímida expectativa, rodeó las nalgas del hombre con sus muslos, instándolo a acercarse más.

Blackburn cerró los ojos en un último esfuerzo extático, y descendió hacia ella, todo el trayecto hasta ella, cubriéndola desde el pecho hasta la ingle.

Y como si ésa hubiera sido una señal para los cielos, éstos se abrieron y soltaron una lluvia fría que los empapó.

Librodot

Capitulo 19

Jane tenía una expresión sorprendida y horrorizada. Se sentía abofeteada por la Madre Naturaleza por haberse permitido el más grande de los placeres, y así era como se sentía Blackburn también. Jane parpadeó, cegada por la cortina de agua.

La lluvia aplastaba el pelo sobre el cráneo de Blackburn y goteaba luego sobre ella, pero durante un buen rato él se mantuvo sobre Jane tratando de proteger esas sensaciones de calidez, de cercanía y de pasión. Después, comprendió que era una actitud bastante estúpida.

No obstante, no podía moverse. Estaba protegiendo a Jane de la lluvia, de los lejanos relámpagos, del débil retumbar del trueno y de cualquier otro peligro que pudiera percibir. Y ese instinto era más estúpido aún.

Jane sacó su mano de la de él y encorvó los hombros rodeándose la cintura con los brazos. La lluvia colándose por entre su corto pelo liso, el viento aplastándole el vestido contra el cuerpo, le daban un aspecto desconsolado y culpable.

-Maldita lluvia -volvió a decir Blackburn.

Tenía ganas de emprenderla a puntapiés con cualquier cosa; en cambio, sus denuestos y su irritación sólo lograban que Jane se mirase sus botas de cuero arruinadas con la intensidad que, por lo común, reservaba para mirarlo a él. No era justo que ella hubiese estado tan cerca de lograrlo para que, a la postre, todo terminase en una maldita lluvia inglesa.

Huelga decir que tampoco era justo para él. Ella estaba allí empapada, el vestido aún desabotonado, sus pezones apuntándole, cada una de las curvas de su cuerpo destacadas para el deleite de su amante, y la lluvia ni siquiera era lo bastante fría para enfriar su frustración.

Si él no se hubiese entregado con tanto empeño a darle a una virgen un buen momento, si no hubiese sido tan noble, ahora no estaría sufriendo. Con cualquier otra mujer ya haría media hora que habría logrado su orgasmo y comenzado un segundo asalto. Pero no, había pretendido que la primera vez fuese algo especial para ella.

Bueno, desde luego esto era especial: una lluvia fría ahogando un ardoroso fuego amorosamente encendido.

¡Al infierno! Lo peor de todo era que él se sentía frustrado y no podía pensar más que en ella. Le había dicho que era hermosa. Sin

embargo, ¡cuán insignificante era ese halago! Había dicho lo mismo a innumerables mujeres. Pero eso había sido antes de ir a la Península, antes de haber tomado parte en un combate, en una guerra, en aquella época en que lo único importante para él había sido mantener su considerable prestigio social. Además, tras el desdichado incidente de la estatua ese prestigio también lo cimentaba su particular esmero en que sus compañeras de cama lo adorasen. Y ese mismo fin restaba importancia a las mentiras que les decía respecto a su belleza.

Pero esta mujer... esta mujer bajo la lluvia, demasiado avergonzada o aturdida para abotonarse, era realmente bella. No cabía duda de que él había perdido su condenada cordura; le habría gustado saber dónde y por qué.

Hubiese querido poder espetarle una hosca orden para que se vistiera, pero, en cambio, le dijo en tono cálido, casi de súplica:

-Veamos, querida, déjame que te ayude.

Jane alzó la vista. Incluso sus ojos verdes, su único rasgo verdaderamente sorprendente, no estaban verdes. Eran ahora de un gris anodino, casi incoloro, que imitaba al del cielo plomizo de ese día lastimoso.

-¿Qué hare-remos? -Sus dientes castañeteaban-. No pupuedo volver a la playa así.

Había estado complaciéndola durante tanto tiempo que le había arrancado todo atisbo de malicia femenina.

-Nada de playa -replicó Blackburn, que a duras penas se sentía capaz de hablar de manera amable-. La lluvia habrá espantado a todos. Habrán corrido a sus coches y se habrán marchado.

-Pero no pue-pueden. Adorna, Violet y Tarlin, al menos, no. No me deja-jarían.

Lo harían sin dudarlo un instante, con la intención de que la situación la obligase a casarse con Blackburn. Pero no podía confesarle una cosa así. Ya era bastante desdichada.

-Ellos confían en que cuide de ti -dijo con suavidad.

Se acercó, unió los bordes del corpiño y trató de alojar los botones en sus ojales. Si se concentraba en esa simple tarea, Jane no podría utilizar ese raro discernimiento que poseía para leerle la mente. Por más frágil que pareciera en ese momento, lo más probable era que no le agradasen sus sentimientos.

Pero era difícil acertar con los botones sobre esos pechos surcados de venas de un tenue azul, tan bellos que sus manos

medio heladas se pusieron resbaladizas de sudor. El agua se deslizaba por el cuello de Jane y se juntaba en la punta de cada uno de sus erguidos pezones. Si se inclinaba sólo un poco, podría tomarlos en su boca, y chupar…

-Déjame que yo lo haga.

Las manos de la mujer revolotearon sobre las de él como temerosas de tocarlo. En efecto, le había leído la mente, aunque no había logrado adivinar la irritación.

-Sí -aceptó ella; soltó el corpiño y dio un paso atrás-. Será lo mejor.

Quizá secretamente Jane pensara que si le ponía las manos encima el deseo de él superaría su incomodidad y lo movería a poseerla allí mismo, sobre la hierba mojada. Y su mente lujuriosa, maldita, evocó el cuadro de ellos dos, gloriosamente desnudos bajo la lluvia.

-Preferiría que no me mirases así -protestó Jane; se ató la camisa, pero los dedos seguían sin ajustar los botones y le temblaba la voz-. Estás poniéndome nerviosa.

El cuadro se desvaneció, aunque la mente de Blackburn no quería dejarlo ir.

-Está bien.

Le dio la espalda y miró alrededor, buscando algún refugio. Tendrían que encontrar la salida del laberinto. Jane estaba tiritando, y desde luego él no tenía el menor interés en que se resfriara en ese momento. Justamente después de haber estado tan cerca…

Descubrió la carpeta y la levantó. -Tendremos que ir a la casa.

Jane ya estaba cubierta. Incluso se las había ingeniado para tener un aspecto respetable, al margen de los arroyuelos de agua que le corrían por la cara.

-Como usted diga, lord Blackburn.

Giró hacia ella, sin darse tiempo para contenerse.

-Por el amor de Dios, llámame Ransom. Nuestra relación ha llegado por fin lo bastante lejos como para eso -exigió exasperado.

Jane no respondió, y se quedó con la mirada perdida, moviendo la mandíbula.

No reaccionaba con sus habituales modales corteses. Quizá ambos estuviesen un poco tensos.

-Por aquí -indicó Blackburn, al tiempo que echaba a andar hacia el pasadizo que llevaba a la salida del laberinto. La

Librodot

conversación banal ayudaría a aliviar su inquietud-. La lluvia es muy beneficiosa para las cosechas.

-Para las cosechas.

Siguió andando.

-Sí, para las cosechas.

-¿Tiene... tiene tierras de cultivo?

En la voz de Jane se percibía un curioso ahogo.

Blackburn no sabía qué era mejor, que Jane se riese de él o que llorara por sí misma.

-Tourbillon es una propiedad muy grande, y yo vigilo con atención a mi administrador. No estoy de acuerdo con delegar toda la responsabilidad. Eso da pie al robo y la corrupción.

Notó que solía adoptar un tono pomposo cada vez que estaba con Jane. Entonces se preguntó si siempre ocurría de ese modo y sólo lo advertía cuando estaba en compañía de ella.

-Yo también descubrí que debía estar atenta con los criados cuando vivía con Eleazer.

La estrechez del laberinto la obligaba a caminar detrás de él; cuando él trató de ser cortés y cederle el paso, ella bajó la cabeza y fingió no haber visto.

Se hizo un silencio incómodo, generado por la alusión de Jane a la época en que vivía prácticamente en servidumbre. Blackburn sospechó que durante esos años ella habría ahondado las diferencias entre ambos y, tal vez, alimentado la amargura que debía de sentir hacia su país.

No podía permitirlo. Jane tenía que comprender que en realidad no había diferencias entre ellos. Tenía que comprender cuánto amaba... a Inglaterra.

-Susan y yo crecimos en Tourbillon -comentó Blackburn, mientras salían del estrecho laberinto y tomaba del brazo a Jane, como rechazando cualquier desacuerdo, y obligándola a caminar a su lado-. No es una propiedad extraordinaria. Desde luego, no es tan grande como ésta. -Era rico, pero era preciso que Jane entendiese que él no valoraba las cosas por su magnificencia sino por otras razones-. Pero la tierra es hermosa, de un modo primitivo. ¿Te gusta... el mar?

-Mucho. Nada me gusta más que estar empapada en agua fría.

Asombrado por la repentina acritud del tono, la miró.

-Bromeas, ¿verdad?

-Supongo.

Su tono era ahora cortante, más similar al de la Jane con la que Blackburn había imaginado contender.

-Bueno, lo cierto es que es bueno que te guste remojarte, con un clima como el de hoy. También es bueno que te guste el mar. Era eso lo que querías decir, ¿no es así?

-Sí, me gusta el mar -repuso Jane en tono más sereno.

Blackburn experimentó una curiosa sensación de triunfo. Estaba seguro de que ella hablaba en serio, y eso era importante. También consideró importante que ella estuviese enterada de sus planes:

-Cuando esta guerra termine, volveré a Tourbillon y viviré allí.

-¿Lo visita con frecuencia?

Parecía interesada, casi normal, y no forcejeaba para liberarse de su brazo. Ambas actitudes le hicieron sentirse alegre.

-Claro que sí. Pero sólo durante períodos breves, pues el Ministerio requiere mi atención. -¡No debería haber mencionado al Foreign Office!-. O solía hacerlo, hasta que me aburrí y dejé de ir por allí.

-Se aburre con facilidad, ¿no es cierto?

-El mes pasado -se apresuró a decir Blackburn- regresé para el funeral de la hija de mi vecino. Fue una ocasión desdichada. Selma sólo tenía diecinueve años. Era una joven bonita, y algo simple. Hacía apenas un año que había sido presentada en sociedad cuando, mientras paseaba, se precipitó desde los acantilados.

El brazo de Jane se estremeció.

-¡Qué espanto!

-El señor Cunningham sugirió que la causa habría sido la niebla, pero la señora Cunningham asegura que Selma conocía bien el lugar. Insiste en que...

-¿Cunningham? -Jane se detuvo en seco, y él tuvo que soltarle el brazo-. ¿Has dicho Cunningham?

Blackburn se volvió hacia ella, preguntándose qué habría provocado la expresión de congoja en su cara.

-Sí.

Jane tragó con dificultad, lo miró a los Ojos y volvió a tragar. -He oído decir que a la señorita Cunningham la asesinaron.

Capitulo 20

-¿Asesinada? -replicó Blackburn, deteniéndose bajo un gran roble que no los resguardaba adecuadamente de la lluvia-. No seas ridícula.

-No soy ridícula -contestó Jane, mirándolo con todo el aire de una ninfa de los bosques, indignada por seguir expuesta a la lluvia y aguijoneada por el descreimiento de su acompañante-. Estoy segura de que debe de haber más jóvenes damas de la aristocracia que hayan fallecido el mes pasado. Pero la señorita Cunningham era alumna de monsieur Chasseur, y él estaba desolado tanto por la muerte de esa muchacha como por el hecho de haber sido citado por el fiscal.

-Ah, se trata de eso. Selma no fue asesinada. Su madre, una mujer bastante histérica, insistió en que se llevara a cabo una investigación, nada más. Decía que Selma conocía los senderos del campo, e insistía en que jamás habría podido perderse -explicó Biackburn; sin embargo, al tiempo que desestimaba las sospechas de la señora Cunningham, su mente sopesaba todas las posibilidades-. ¿Por qué fue citado Chasseur por el fiscal?

-En aquella ocasión, estaba presente porque había ido a dar su clase a la señorita Cunningham. Y, además, es francés. Son razones bastante buenas para alguien que tiene en el escepticismo un rasgo de identidad nacional. -Aparentemente, Jane le había leído el pensamiento en el semblante, porque agregó-: Como usted.

Un inofensivo tutor francés que tenía acceso a las mejores casas, que seguía a sus alumnas a Londres durante la temporada y luego al campo, cuando abandonaban la ciudad. Era poco probable que existiese una conexión entre él y la red del espionaje francés, pero Blackburn no podía olvidar la historia de la doncella francesa de los Davis. Aquella muchacha había robado besos y secretos de Estado al señor Davis y había huido al continente, mofándose de la Inteligencia inglesa.

¿Habría descubierto acaso la señorita Cunningham que Chasseur era un espía? ¿La habrían asesinado para silenciarla?

Recordó a Selma, la muchacha más necia que había conocido, y concluyó con sequedad:

-Si Selma se hubiese topado con todo el ejército francés marchando por la playa, habría aplaudido el desfile. No me imagino qué podría haberle sonsacado a ella un espía francés. De hecho, se

me hace muy difícil creer que estuviese enterada de la existencia de un conflicto entre las dos naciones.

Jane asintió, dándose por satisfecha; pero en el fondo de la mente de Blackburn persistió la duda, algo que empezaba a ser habitual. Mencionaría a Chasseur ante el señor Smith. Haría que vigilasen al profesor.

Blackburn observó a Jane. No podía estar involucrada en algo tan espantoso como un asesinato…

Un relámpago desgarró el cielo y el trueno retumbó, haciéndole comprender que estaban en peligro, refugiados debajo de un árbol alto, casi una invitación a que les cayese un rayo encima.

El tiempo los había castigado suficiente por ese día.

Mientras apartaba a Jane del roble, dijo:

-Seguramente tienes razón. Vamos. Con una buena carrera llegaremos a la casa y podremos secarnos.

Jane no quería ir. Blackburn lo supo por el modo en que se rezagaba. La entendía muy bien. Su hermana Susan podía ser un poco brutal en una reunión social formal. Sólo Dios sabía lo que sería capaz de decirles en privado.

Pero no tenían alternativa. Eran las últimas horas de la tarde y estaba muy nublado. Instó a Jane a subir la escalera y golpeó con fuerza el portón de madera. El mayordomo que les abrió había estado en Goodridge Manor desde que Blackburn tenía memoria; tras saludarlos con una reverencia, los guió por el gran vestíbulo como si fuese cosa de todos los días que personas empapadas por la lluvia buscaran refugio allí.

-Mis saludos, milord. Hemos estado esperándolo. También a usted, señorita… Higgenbothem, ¿verdad?

Jane asintió, e Ilford la saludó con una inclinación. -¿Estaban esperándonos?

Blackburn arqueó las cejas con expresión interrogante. -Lord y lady Tarlin y la encantadora señorita Morant llegaron después de que empezara la tormenta.

-¿Dónde están? -inquirió Jane, uniendo las manos-. ¿Volveremos a Londres esta noche?

Sus ojos resplandecientes y su expresión esperanzada enfurecieron a Blackburn. Entregó la carpeta a Ilford y le ordenó:

-Seque esto y póngalo en el dormitorio de la señorita Higgenbothem, por favor.

Ilford cogió el cartapacio, arreglándoselas para parecer compungido al mismo tiempo.

-No, señorita, lo siento. Lady Goodridge les dijo que podían marcharse, asegurándoles que nosotros nos ocuparíamos de usted a su llegada. -Cedió la carpeta a una doncella que aguardaba. Ésta se apresuró a subir la escalera, mientras Jane la seguía con una mirada de extrema desolación. Ilford la tranquilizó-: Cuidaremos de usted, señorita, y de su... eh... sus papeles. Tiene a su disposición té y toallas en la biblioteca.

Blackburn notó que sus pantalones goteaban ruidosamente sobre el suelo de mármol. Advirtió asimismo que la corriente de aire que bajaba por la escalera curva hacía palidecer los labios de Jane. Tenía que llevarla junto a la fuente de calor más cercana. Necesitaba remediar el lamentable embrollo en que había convertido lo que debería haber sido una seducción inolvidable.

Empezaba a guiar a Jane hacia la puerta abierta e iluminada cuando recordó qué había en una hornacina, detrás de la puerta.

-Ilford, ¿sigue estando ahí dentro esa cosa?

Ilford sabía exactamente a qué «cosa» se refería. Sus ojos chispearon de simpatía.

-Sí, milord.

-¿Hay algún otro lugar adónde podamos ir que no sea la biblioteca?

-Milady Goodridge está aquí, milord. Y si me permite decírselo, ha pedido que vaya usted a saludarla de inmediato.

Los dientes de Jane castañeteaban, y un ceño perplejo crispaba su frente.

-¿De inmediato? -protestó-. Creo que primero debería secarme.

-¿Ransom? -llamó la voz de lady Goodridge desde la biblioteca-. ¿Eres tú?

Entre su hermana y las furias no había modo de escapar a ese momento. Blackburn ni siquiera sabía por qué se había molestado en intentarlo.

-Sí, Susan -respondió, alzando la voz.

Pero no estaba resignado. Condujo a Jane a través de la puerta, y la hizo entrar en una gran habitación confortable, cubierta de libros, procurando interponerse entre ella y aquella maldita hornacina. Rodeando la chimenea había un semicírculo de cómodos sofás y butacas, una de las cuales ocupaba su formidable hermana.

Librodot

Estaba sentada con las piernas cruzadas bajo una manta y un libro sobre el regazo.

Lady Goodridge estaba sola. Sus facciones delataban una mayor severidad que la habitual.

Dónde estaría Fitz?

-Acércate -dijo, animándolo-. No se quede ahí, señorita Higgembothem; así no se secará.

-No quisiera mojar la alfombra -objetó Jane.

Ya estaba haciéndolo. Blackburn la había situado en el lugar más caldeado, de espaldas al nicho.

-Tonterías. No es más que tejido de telar.

Jane se quedó mirando a lady Goodridge como si estuviese hablando en un idioma extranjero.

-Es un pobre huésped aquel que arruina la casa de su anfitriona -insistió.

-Y es una pobre anfitriona aquella que deja que su huésped se congele -replicó lady Goodridge, haciendo un gesto impaciente-. Créame, señorita Higgenbothem, si la alfombra se estropease me limitaría a comprar una nueva. Las doncellas tienen toallas y mantas. Séquese y abríguese de inmediato.

Jane cogió la toalla más grande de la pila que había sobre el sofá y se la puso bajo los pies mientras Blackburn y Susan intercambiaban miradas exasperadas. El primero comprendió que había sido el cuñado de Jane quien había provocado en ella tan plebeyas preocupaciones con respecto a las posesiones en general, y, tomando otra toalla, envolvió con ella los hombros de Jane. Cogió otra y la utilizó para secarle la cabeza con vigor.

Con la voz amortiguada por el absorbente algodón, Jane dijo: -Milord…

-Ransom -corrigió él.

Jane asomó la cara, enrojecida de vergüenza.

-¡Milord, no puedo llamarle así!

-No, supongo que no -dejó esa toalla y tomó otra-. No delante de mi hermana.

Jane abrió la boca para argumentar que jamás podría llamarlo por su nombre de pila, y él sostuvo expectante la toalla. Si ella se negaba, él usaría la toalla de un modo que convencería tanto a Ilford y a las doncellas como a lady Goodridge de lo familiarizado que estaba con su cuerpo.

Y Jane lo sabía. Blackburn casi sintió compasión por su dilema, y estaba a punto de congratularse de su victoria cuando Jane dijo con calma:

-Milord, usted también debería secarse.

-Es más divertido secarte a ti -murmuró.

-¿Qué? -preguntó su hermana-. ¿Qué has dicho, Ransom? Blackburn se acercó la toalla.

-Decía que la señorita Higgenbothem tiene razón, como siempre.

Bajo la supervisión de Ilford, una criada puso la bandeja del té, cargada con una humeante tetera y tres tazas, sobre la mesa que estaba junto a lady Goodridge. Otra depositó una fuente con pasteles junto a la bandeja. A una señal de Ilford, hicieron una reverencia y salieron de la estancia. Cuando Ilford constató que su señora ya no necesitaba nada más, dijo:

-Los dormitorios están preparados para sus huéspedes, milady. ¿Necesitará algún otro servicio?

-Ninguno, en absoluto -contestó lady Goodridge-. Gracias, Ilford. Puede retirarse.

Cuando Ilford cerró la puerta tras de sí, Blackburn vio que Jane había logrado secar lo más aparatoso del diluvio y se había envuelto en una manta. Tal vez pensara, no sin razón, que él volvería a atacarla con una toalla si ella no se permitía por propia voluntad acomodarse en una placentera y reconfortante calidez. Era una mujer independiente hasta la extravagancia, y tenía muy poco interés en su propio bienestar.

Lady Goodridge le alcanzó una taza de té y le indicó con un ademán que se sentara en un sofá, frente al fuego.

Jane estaba de espaldas a la hornacina.

-Siéntese, señorita Higgenbothem.

Jane extendió una toalla sobre el asiento e hizo lo que se le indicaba. Lady Goodridge la observaba con aire enigmático.

-Tengo curiosidad por saber cómo ha acabado en ese penoso estado.

-Estaba haciendo un dibujo -dijo Jane con sencillez-. Lord Blackburn lo criticó.

Lady Goodridge alzó una ceja y entregó a Blackburn su taza de té.

-¿Un dibujo de qué? -preguntó, mirando con irónica intención la ingle de su hermano.

Librodot

-De un barco -respondió él con brusquedad-. Un barco inglés que salía al mar.

-Nunca creí que fueses tan prosaico, Ransom -replicó la dama, con una sonrisa jugueteándole en los labios-. La próxima vez romperás los violines de los músicos de la corte.

Apoyado en la repisa de la chimenea, el aludido sorbía la caliente infusión y contemplaba a Jane. ¡Maldición, podría haber dibujado cualquier otro barco de los que navegaban ese día, pero había tenido que elegir el Virginia Belle, el único de toda la flotilla que llevaba despachos secretos para Wellington! No podía ser una coincidencia, teniendo en cuenta que Sainte-Amand estaba espiando por encima de su hombro, dirigiéndola.

-A la señorita Higgenbothem le falta madurez para saber que navegar por los bajíos de... un arte... puede ser una actividad peligrosa.

La taza de Jane repiqueteo sobre el platillo. Se apresuró a dejarla sobre la mesa que tenía cerca.

-Soy lo bastante madura, milord -alegó-. No creo que pueda encontrar entre sus conocidas a ninguna mujer tan madura como yo.

Blackburn se enderezó.

-Todavía es virgen... -comenzó.

-¿Lo es? -lo interrumpió lady Goodridge.

Ignorando el comentario de su hermana, Blackburn mantuvo la vista clavada en Jane.

-No ha atravesado las experiencias que permiten madurar a una mujer. Si, por ejemplo, estuviese casada y debidamente mantenida por un hombre, estoy seguro de que no se vería reducida a ejecutar un acto tan inmaduro como...

-¿Dibujar? -sugirió Jane, inclinándose hacia delante-. Eso demuestra su ignorancia, milord. Mi dibujo no es la ocupación propia de una dama sino un acto de la naturaleza.

-Es un acto de desesperación. ¡Si tuviera conciencia, no estaría haciendo lo que hace!

Blackburn deseó fervientemente creer en lo que estaba diciendo.

A todas luces confundida, Susan intervino:

-Ransom, ¿no crees que estás reaccionando de manera exagerada contra el talento de la señorita Higgenbothem?

-No me refería sólo a su arte.

Dudaba en confiarle sus sospechas a Susan. Por alguna razón, no quería que su hermana pensara mal de Jane por haber sucumbido a la tentación presentada por el francés.

-No, lord Blackburn cree saberlo todo -replicó Jane, en un tono sarcástico que evidenció claramente que no compartía esa opinión-. Para él, soy la misma masa informe de arcilla que era hace once años. Supone que una mujer no es nada sin la experiencia del matrimonio que, en su opinión, proporciona madurez...

La taza de Blackburn tintineó cuando la dejó. -Yo no he dicho eso.

-...mientras que un hombre madura por si mismo. Si es que madura. -Los ojos de Jane relucían cuando se volvió hacia él-. Le aseguro que soy adulta, milord. Y empecé a serlo en aquel momento, en el salón de baile, cuando Melba se desmayó. ¿Lo recuerda, milord, o estaba demasiado ocupado huyendo de mi obra de arte?

Blackbum comprendió con un sobresalto que ésa era la emoción que había visto en las profundidades del espíritu de Jane. Enojo. Un profundo y furioso enojo, la clase de ira que crecía en la soledad y en los anhelos frustrados. Quizá eso hubiera tenido como consecuencia la traición.

-Durante un año -continuó Jane-, vi morir a mi hermana sin poder hacer mucho más que sostenerle la mano, pues nada más podía hacerse por ella. En su lecho de muerte, prometí cuidar de Adorna. He vivido, vilipendiada e infravalorada, en la casa de un comerciante miserable.

-¡Oh, querida mía! -exclamó lady Goodridge.

La dama tomó la mano de Jane y le dio algunas palmaditas de consuelo.

-No, no me compadezca, müady. Mis penas me fortalecieron. Jane devolvió el gesto a la hermana de Blackburn, ofreciendo más consuelo al hacerlo del que había recibido.

En ese momento, Blackburn percibió la realidad de la madurez de Jane. ¿Qué podría decir él para hacerle torcer su rumbo? No se dejaría guiar por un hombre. Según su experiencia, los hombres eran malévolos, estúpidos e indignos de su confianza.

Como lo había sido él, reaccionando ante una escultura que ella había hecho secreta e inocentemente.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Jane dijo: -Incluso usted contribuyó a mi madurez, milord. Blackburn se sorprendió.

-Gracias a usted, nunca me aferré a vanas esperanzas -afirmó Jane-. Sabía que ningún hombre me rescataría de mis miserias, pues ¿qué hombre querría a una mujer caída en desgracia?

-Usted no es una mujer caída en desgracia.

-Sólo usted y yo lo sabemos, milord. -Apretó su mano contra el pecho-. Pero he triunfado, he sobrevivido, he conservado la dignidad, y si mis sueños se han marchitado... bueno, ése es el destino de una mujer, ¿no es cierto?

Quería menospreciarla calificándola de melodramática. Quería convencerse de que sus desvaríos no expresaban otra cosa que la frustración de una virgen. Pero ni él mismo, el marqués de Blackburn, podría ya dominar a Jane. Ahora lo miraba a los ojos, dejándole echar un vistazo a su alma, llena de angustia y dolor verdaderos.

Por Dios, en verdad se sentía culpable. Él era culpable. Entonces su hermana, pragmática como siempre, dijo: -Señorita Higgenbothem, si bien todo esto es fascinante, nada de ello explica cómo es que tiene un pétalo de rosa en el pelo.

Jane se pasó la mano por el pelo y se quedó mirando con aire perplejo el pétalo marchito que cayó en su regazo.

-Corríjame si me equivoco, señorita Higgenbothem, pero creo que su corpiño está mal abotonado.

-Tendrías que haberme permitido que lo hiciera yo -musitó Blackburn.

Jane se cubrió con la toalla. De repente, su aspecto manifestó una enorme fatiga, como si ese día, preñado de acontecimientos, además de las permanentes exigencias de Blackburn, la hubieran extenuado.

Blackburn quiso ir hacia ella, prometerle que jamás le haría daño ni dejaría que nadie se lo hiciera. Quería protegerla, impedir que se hundiese más profundamente en la traición y, al mismo tiempo, sacudirla por haberse permitido un comportamiento tan criminal.

En síntesis, cada vez que estaba cerca de Jane se sentía desgarrado entre el deber y el instinto. Pese a saber qué vería ella cuando saliera de la biblioteca, fue su instinto el que habló:

-Necesita que le sirvan la cena en la cama. ¿Cuál es su dormitorio, Susan?

-No necesito que me manden a la cama como si fuese una niña. Ni causar tantas dificultades con mi comida. -Enderezó la

Librodot

espalda y adoptó el aspecto de la correcta carabina y la perfecta invitada-. Estoy en condiciones de cenar con lady Goodridge.

Blackburn odiaba ese aire de tía solterona que Jane adoptaba a veces.

-No, no lo está.

-Si lo prefiere, puedo cenar con los criados.

La señaló con el dedo.

-Jane, puede estar traspasando usted los límites de la provocación.

La expresión de la mujer era rebelde.

Lady Goodridge salvó la situación. Con su voz más pomposa, que, a juicio de Blackburn, era el tipo de voz que le salía con más naturalidad, dijo:

-Ciertamente, señorita Higgenbothem, me ofende al considerarme tan esnob corno para mandar a una dama de su procedencia a cenar en la cocina.

-¡No! ¡Oh, no! -Sinceramente perturbada, Jane puso una mano sobre el brazo de la dama-. En ningún momento he tenido intención de ofenderla.

-Desde luego que no, pero yo opino que uno debe pensar antes de hablar. -Se puso de pie, y Jane la secundó-. Una criada la acompañará a su habitación, e Ilford se encargará de que le lleven la cena. Usted sólo deberá ocuparse de comer lo que encuentre en ella. Habrá un camisón para usted, y yo me aseguraré personalmente de que no se le molesta.

Lady Goodridge echó a Blackburn una mirada significativa.

Once años atrás, lady Goodridge había dicho a su hermano que lamentaría no haber hecho lo debido, es decir, no haberse casado con la señorita Higgenbothem. Ahora, al parecer, los frutos de ese error eran la frustración, un corazón destrozado y la traición.

Cuánto odiaba admitir que su hermana había estado en lo cierto.

-Por la mañana -dijo lady Goodridge-, Ransom la llevará de regreso a casa de los Tarlin. Volveremos a vernos en el té que ofrezco la semana que viene.

Jane se encogió bajo el peso de la imponente autoridad con que se conducía la hermana de Blackburn.

-Sí, milady.

Mientras caminaban hacia la puerta, Blackburn iba rezagándose, temeroso del momento en que ella la viese.

La escultura.

Rodeada de anaqueles repletos de libros, estaba en un nicho abovedado, como las demás obras de arte que lady Goodridge había instalado en la biblioteca. Jane no había previsto vivir una experiencia tan embarazoso como la que se avecinaba. No podía dejar de verla cuando saliera, pues sobre el pedestal había un candelabro de brazos como una luz de escena que iluminaba la condenada fuente de toda la juvenil angustia de Blackburn.

Jane se detuvo de repente, con la espalda rígida. Miró fijamente.

Blackburn apartó los ojos. No había vuelto a reparar en ese condenado objeto desde aquel momento humillante de hacía once años.

-Hice que le dieran una capa de bronce -dijo lady Goodridge en tono de conversación-. Quedó bien, ¿no? Desde luego, no es la obra de un maestro. Si bien, a pesar de que habría necesitado instrucción profesional y de que usted era muy joven, la obra guarda un magnífico parecido con Ransom.

Blackburn echó una rápida mirada hacia el rostro de la escultura. Su hermana estaba en lo cierto. En verdad se le parecía mucho. O, mejor dicho, se parecía mucho al muchacho que él había sido. Sin cicatrices. Arrogante. Volvió a mirar. El pecho, los brazos y el estómago también estaban logrados. Era asombrosa la semejanza, teniendo presente que, en aquella época, Jane sólo le había visto la cara.

-Es buena.

Jane no pudo disimular el matiz de orgullo en su voz.

Blackburn hizo acopio de valor, miró por última vez... y se tapó los ojos con la mano. Era peor de lo que recordaba. ¡Por Dios, aquella muchacha lo había insultado como nadie, ni hombre ni mujer, se había atrevido a hacerlo hasta entonces o desde entonces!

Y, sin embargo, ella no lo sabía.

Se descubrió la cara, intentando mantener la compostura. -Susan, tú no has conservado esto por amor fraternal. No trates de convencer a la dama de eso.

Su hermana se puso una mano en el pecho y rechazó su admonición con fingido respeto.

-¿Cómo iba a hacerlo? La verdad, señorita Higgenbothem, es que conservé la escultura aquí para usarla en los momentos,

bastante frecuentes, en que mi hermano se pone insoportablemente arrogante.

Blackburn ya había oído antes aquella perorata y su conclusión; sólo fue capaz de pensar: «¡No lo digas! ¡No lo digas! ».

Pero Susan lo dijo:

-En esos momentos, me sirve para recordarle a Fiigy que todos tenemos nuestros defectos.

Jane miro a uno y a otro, erguida de orgullo por su hazaña.

-No entiendo, milady. ¿Cómo es posible que cualquiera que mire esta estatua, hecha por una muchacha tonta y pagada de si misma, pueda pensar que lord Blackburn tiene algún defecto?

Blackburn la adoró. Adoraba a la señorita Jane Higgenbothem. Era la única mujer de las que conocía que había dejado sin palabras a su hermana. La única con la que deseaba pasar el resto de su vida.

Más aún, le debía una reparación.

-Jane, eso ya no tiene remedio -se acercó a ella y rodeó su cuerpo rígido con un brazo-. Tendré que casarme contigo.

Jane forcejeó para zafarse del abrazo y replicó:

-Milord, a mí no me parece divertido.

Blackburn tomó con los suyos los dedos fríos de Jane y dijo con suavidad:

-No estaba bromeando.

Era evidente que Jane no lo creía. Y era más evidente aún que aquello no le gustaba. Su pecho subía y bajaba impulsado por profundas inspiraciones. Sus ojos lanzaban destellos verdes, como los de un gato enfurecido.

-En ese caso, con todo respeto, debo declinar su oferta. No creo que pudiera soportar madurar todavía más.

A grandes pasos, se dirigió hacia la puerta y la abrió con tanta fuerza que golpeó contra la pared.

La señorita Jane Higgenbothem, la mujer que le había convertido en un hazmerreír, la que podía ser una espía francesa, había rehusado su proposición.

Capitulo 21

-Mantenga firme el labio superior, querida mía -dijo lady Goodridge, apretando su mejilla contra la de Jane, mientras ambas esperaban junto a la puerta abierta del coche-. Ahora lo tiene atrapado.

Jane no se molestó en fingir que no sabía a quién se refería lady Goodridge.

-No quiero tenerlo atrapado.

El objeto de su conversación, lord Blackburn -pues así era como Jane pensaba seguir llamándolo por lejos que hubiese llegado la relación entre ellos- estaba hablando con el cochero. Su aspecto era tranquilo, en absoluto descompuesto.

Sin embargo, la noche pasada le había propuesto matrimonio. Aquel grosero, miserable, rico, apuesto y deseable lord inglés le había pedido que se casara con él.

-No quiero tenerlo de ningún modo.

-No sea tonta, muchacha -replicó lady Goodridge, cogiendo a Jane por los hombros y zarandeándola levemente-. Él es rico, es un Quincy, y necesita una esposa. Usted no puede esperar nada mejor que eso.

Jane unió sus manos a la altura de la cintura y bajó la vista hacia el sendero de grava que pisaba.

-Puedo continuar soltera. Será lo mejor.

-No tiene por qué ponerse truculenta. Esta vez, él está haciendo lo correcto. Usted hará lo mismo.

Jane apretó los labios y trató de guardar las formas. La noche pasada se había encolerizado, y había tomado la determinación de no volver a hacerlo, por mucho que la provocaran.

-Bueno, bueno -dijo lady Goodridge mientras acomodaba el sombrero que había insistido en regalar a Jane-. Sé que esto no es fácil. No ha nacido un Quincy que haya aceptado con facilidad el yugo del matrimonio, pero faltaría a mis obligaciones si no le recordara que su querida hermana Melba habría deseado esto para usted.

Por supuesto, tenía razón.

-Mi hermana deseaba que yo fuera feliz -replicó Jane, de todos modos.

Librodot

-Y lo será. Pertenece a la misma clase social, es bastante fuerte para hacerle frente, y usted ha demostrado repetidas veces ser compatible con Ransom para el lecho matrimonial.

Jane se esforzó por contener el sonrojo que cubría sus mejillas de un delator escarlata. Susan lo sabía.

Nunca, ni aun cuando Blackburn y ella se habían comprometido once años antes, se había sentido tan incómoda.

Por supuesto que no. Once años antes, ella no había tenido que enfrentarse a él después de haber estado en sus brazos y de haberle permitido... no, de haberlo animado a besarla en la boca y en partes de su cuerpo que sólo quedaban expuestas en un baño. Ahora, no sólo tenía el recuerdo de una gran intimidad entre los dos, sino también de su propio comportamiento lascivo y de la espantosa escena que había representado en la biblioteca.

¿Madura? Una mujer madura no hubiese perdido la calma ante algo tan trivial como la estupidez de un hombre tan increíblemente terco, desconsiderado e ignorante. Y su propuesta de matrimonio no había sido más que eso: una estupidez.

-Además, Ransom es apuesto, como la mayoría de los Quincy. Creo que puedo predecir con certeza que los hijos que tendrán en un futuro serán fuertes y hermosos. -Lady Goodridge miraba con benévolo orgullo a su hermano, que caminaba hacia ellas-. Es una bella mañana para el viaje de regreso a Londres, Ransom -dijo con su voz campanuda-. Tú viajarás dentro con la señorita Higgenbothem, por supuesto.

-Por supuesto.

Respondió con serenidad, ocultando sus nefastos planes, cualesquiera que fuesen, bajo una capa de buenos modales.

Pero Jane también podía hacer planes. También era capaz de ocultar el torbellino de sus emociones bajo una fingida cortesía. Jane podía actuar mejor que cualquier altivo señor, y lo haría.

-Quizá sería mejor que fuera usted a caballo -sugirió-. Un jinete tan destacado pronto se sentiría aprisionado en la estrechez de un carruaje.

Arrogante e insolente, con una confianza que la hizo rechinar los dientes, él alzó el monóculo y la observó de pies a cabeza.

Jane llevaba la misma ropa que tenía cuando había sido casi seducida, la que había quedado empapada el día anterior. Desde luego, todas las prendas habían sido secadas y planchadas por las

Librodot

criadas de lady Goodridge, pero el vestido presentaba manchas y rastros de arañazos.

Blackburn, en cambio, llevaba la ropa limpia que había dejado en casa de su hermana precisamente en prevención de una emergencia como ésa.

El contraste entre su elegancia y la desaliñada apariencia de Jane no hizo más que aumentar su odio hacia él.

-Correré el riesgo -repuso él.

Con lady Goodridge, Jane empleaba el tacto. Con Blackburn, en cambio, no tenía tales escrúpulos.

-No quiero que me acompañe.

-Lo dejó bien claro anoche. -Su media sonrisa formó un hoyuelo en su mejilla-. Después de un desaire tan demoledor, puede estar segura de que no volveré a ponerle las manos encima.

Sin embargo, aquel maldito individuo no parecía destrozado. Ni tampoco ardiendo de pasión. Parecía un depredador, como un halcón tras el rastro de una paloma.

Pero ella no era una paloma, ni un indefenso polluelo. Antes bien era un ave fénix que renacía de las llamas del escándalo.

-Ya se guardará usted de hacerlo -replicó.

-Bien por usted -musitó lady Goodridge apretando los puños y asintiendo-. Con ese desafío acaba de clavarle el anzuelo.

El comentario de lady Goodridge no hizo sino restarle valor a Jane, que ahora deseaba desesperadamente estar en cualquier otro sitio que no fuera dentro de aquel lujoso coche, a punto de soportar otra dura prueba con ese hombre.

El hoyuelo de la mejilla de Blackburn se ahondó.

-Susan, eres incorregible -dijo, y dio un beso en la mejilla a su hermana-. ¿Volverás pronto a Londres?

-No lo sé -respondió; por primera vez desde que Jane la conocía, lady Goodridge parecía indecisa-. Hay mucho que hacer aquí.

Blackburn la miró con suspicacia. -No te encuentras bien.

Lady Goodridge enderezó sus hombros ya rígidos. -Estoy muy bien.

-Hasta ahora, nada que no fuese un ataque te apartaba de la temporada.

-Empiezo a ser un poco vieja para tanta frivolidad.

Librodot

-¿Demasiado vieja para entrometerte en mis asuntos? -inquirió Blackburn, en tono de irónico escepticismo-. Necesitaré tu ayuda en mi cortejo.

-¿Cortejo? -Jane no podía dar crédito a lo que oía-. ¿No es capaz de admitir un no por respuesta?

-No.

-¿No? ¿Se atrevería a asaltar otra vez mi ... ?

-¿Soltería? -la interrumpió, inclinando la cabeza-. Desde luego que sí. No soy tan débil como para dejarme disuadir por un simple rechazo.

-Señorita Higgenbothem, se asemeja usted mucho a un pez fuera del agua -comentó lady Goodridge, haciendo un gesto de rechazo-. Nosotros, los Quincy, tenemos ese efecto sobre la gente, pero cuando pase a formar parte de la familia se adaptará muy bien.

-Pues, ya que hablas de la familia -dijo Blackburn-, si estás ausente de Londres mientras la desaparición de Jane de ayer se convierte en la comidilla de todos, ella será condenada al ostracismo.

-¡Oh, maldición!

Con desacostumbrada rudeza, lady Goodridge maldijo y se dio una palmada en la frente.

-De modo que si mañana por la noche no estás de vuelta en la ciudad -continuó Blackburn-, te mandaré a mi propio médico para que te sangre.

-Ransom, eres insufrible -gimió lady Goodridge.

-He aprendido de la mejor -repuso, dándole otro beso en la mejilla-. Hasta mañana.

Jane aceptó la mano del lacayo para subir al estrecho interior del carruaje. Dentro dominaba un perfume de limón que evocaba recuerdos en ella, haciéndole revivir la sensación de estar cerca de Blackburn.

Su coche se había trasladado a la casa de lady Goodridge la noche pasada, cuando arreciaba la tormenta. El cochero se había puesto frenético tratando de encontrarlo, desesperado ante la posibilidad de que el gran Blackburn sufriera las molestias de un viaje en un vehículo ajeno. Todos se arrastraban ante Blackbum. Todos se apresuraban a complacerlo. No era de extrañar que no se convenciera de que ella había rechazado su propuesta.

Resentida, lo observó pasar con dificultad por la portezuela. Él se sentó enfrente de ella, dio unos suaves golpes en el techo y el coche partió de inmediato.

Blackburn sonrió.

Jane volvió la cabeza para mirar por la ventanilla.

-En realidad -dijo él-, viajar de espaldas me revuelve el estomago. ¿Te molestaría que me sentara contigo?

Antes de que ella pudiese protestar, la empujó hacia un costado y se sentó junto a ella.

-Esto es una tontería -protestó Jane-. Dos personas tan corpulentas, apretadas en un espacio tan pequeño. Ya viajaré yo de espaldas.

-Se te revolverá el estómago.

Jane no respondió. En efecto, se le revolvería.

-Qué aprieto, ¿eh? Sentarte junto a mí y soportar mi proximidad o arriesgarte a marcarte a sabiendas de que te sostendré la cabeza en tal caso.

Jane se incorporó a medias, furiosa por su tono burlón, pero él le clavó los dedos en el muslo y la obligó a sentarse de nuevo.

-Ya está bien. Dos personas corpulentas pueden acomodarse bien en este asiento, aunque diría que «corpulentas» no es el término adecuado.

Retiró la mano de su pierna.

-¿Cuál, entonces?

-Altas. Somos altos. Y ésa es una de las cosas que yo más admiro en ti. No eres algo insignificante. -Giró la cabeza y la miró-. Cuando te beso, no tengo que arquearme y destrozarme la espalda.

Jane miraba directamente al frente. Era alta. Si se ponía de cara a él, las bocas estarían cerca. Y, sin duda, él interpretaría ese movimiento como una invitación.

Intentaría apagar ese fuego.

-Me he preguntado cuál de mis atractivos te gusta más y por qué -se arriesgó a comentar-. Es bueno saberlo con certeza.

-Hay muchos dé tus atractivos que me gustan, Jane -dijo Blackburn, su voz más profunda por la risa, su aliento rozándole la mejilla-. Y tu independencia no es el menor de ellos. Nunca te pegas a mí.

-¿Por qué iba a hacerlo? Me pareces un candidato poco apropiado para que alguien se pegue a ti. Mucho menos yo.

-Al contrario, la mayoría de las mujeres creen que hacerlo les confiere ese atractivo femenino que provoca mi tendencia a la protección.

Jane resopló por la nariz.

-¿Protector, tú?

-Sí, protector -confirmó-. Tal vez sea también posesivo, aunque ese rasgo nunca haya sido puesto a prueba. Pero yo elijo a mis mujeres, no soy elegido por ellas.

-Qué masculino -musitó ella, en tono irónico.

Él no le hizo caso.

-Y eso de que me vayan detrás me resulta tedioso. Por el contrario, he descubierto que mi tendencia a la protección es estimulada por una mujer que conoce su propia fuerza, pero es sobrepasada por las circunstancias o...

Jane no podía soportarlo más.

-¿Por la fuerza bruta? -aventuró, mirándolo a los ojos. -Sí.

Sus tersos labios parecieron acariciar la palabra.

Jane tragó y se encontró apretada contra el costado del carruaje. No por él, sino por su propia aprehensión.

Lo maldijo por convertirla en una idiota trémula con sólo decir «sí». En el momento en que ella buscaba fortalecerse para conseguir plena autonomía, él la hacía imaginarse cómo sería estar bajo la protección de él, bajo su posesión, ser de él. Su esposa.

Jane creía haber logrado control sobre sus emociones, pero no era así. La amenaza de la pasión y el atractivo de una seguridad que ella reconocía como falsa conspiraban contra ella. Deseaba esas cosas, pero, al mismo tiempo, la enfurecía que él pudiera manipularla con tanta facilidad.

¿Realmente creería él que podía ocultarle el engaño? No obstante, Jane no sabía de qué se trataba, no sabía por qué le mentía. Lo había estudiado durante demasiado tiempo como para no reconocer los signos. Sí, él le había propuesto matrimonio pero ¿por qué motivo? ¿Qué era lo que estaba ocultando?

Inclinándose hacia él, se colgó de su brazo.

-Yo también puedo pegarme a usted, lord Blackburn -afirmó, sonriéndole con una sonrisa de sirena; y en tono agitado, indefenso, muy parecido al de Melba, añadió-: Ay, lord Blackburn, ¿me rescataría usted de los terribles apuros en que me encuentro?

Le tocó el turno a él de apartarse hacia el costado del coche y de observarla, asombrado.

-¿Qué estás farfullando?

-Estoy aceptando su propuesta matrimonial, por supuesto. No la ha retirado, ¿verdad? -Agitó las pestañas con exagerado aleteo-.

Ése sería un acto canallesco, y usted no se ha comportado como un canalla desde... bueno, desde hace por lo menos un minuto.

-Jane, dime de inmediato qué quieres decir -exigió él con brusquedad.

Al percibir la agitación de Blackburn, Jane abandonó el papel de tentadora.

-Quiero decir que he sido expulsada de mi casa. No tengo adónde ir, y si yo fuera la clase de mujer que tú desdeñas sin duda aceptaría tu proposición. Después de todo, es preferible a quedarse en la calle.

Librodot

Capitulo 22

-¿Es posible que haya enloquecido, señor? ¿Que vea conspiraciones donde no las hay?

Blackburn había corrido a la cancillería en cuanto dejó a Jane en la casa de los Tarlin, seguro de que su relato de los hechos acontecidos durante la semana y las conclusiones que de ellos se derivaban provocarían un sinfín de burlas a cargo del perspicaz anciano.

Pero el señor Smith no se había burlado de él. Tampoco había insistido en que le facilitase el nombre de la misteriosa dama. Al contrario, el sujeto sentado tras el escritorio se había limitado a acariciarse el mentón con su mano agarrotada.

-No, usted no está loco. Dijo que esta dama visita a SainteAmand, que al principio se comportaba como si se sintiera culpable, y que ahora, por el contrario, está contenta.

-Así me lo ha indicado mi vigilante.

-Dijo usted que la reputación de la dama quedó arruinada por un canalla que rehusó casarse con ella.

-Sí. -Blackburn era ese canalla-. Así es.

Ha trabajado durante años en la oscuridad y la pobreza y ahora que ya se ha marchitado la flor de su juventud y se halla a la espera de la decadencia y la vejez, ha sido expulsada de su casa y no tienen adónde ir.

-¡No es vieja! -replicó instintivamente Blackburn.

-Eso carece de importancia -concluyó el señor Smith, acompañando sus palabras de un ademán indolente-. De la flotilla de barcos ingleses, ella eligió para dibujar el que partía rumbo a España con las órdenes para Wellington, y trató de entregárselo a Sainte-Amand.

-Yo impedí que lo hiciera.

-No esperaba menos de usted, lord Blackburn -afirmó el señor Smith.

-Siempre cumplo con mi deber.

Excepto la noche pasada, cuando, olvidándose de que Jane podría ser una espía, le había propuesto matrimonio. Y esa mañana, cuando le había dicho que no cejaría en su empeño.

-Sin lugar a dudas -dijo el señor Smith, animándolo-, los indicios contra esa dama son bastante serios.

-¿Qué opina de ese monsieur Chasseur del que le he hablado?

Blackburn mencionó al joven tutor francés como para distraer a su interlocutor.

-Desde luego, haré que alguien lo investigue de inmediato, pero hasta ahora no he recibido informes sobre ese sujeto. Aunque hubiese sido él el asesino de la señorita Cunningham, podría haberío hecho por motivos ajenos al espionaje. -El señor Smith dejó escapar una risilla desdeñosa-. Una riña de amantes, tal vez.

-Sin duda.

Qué palabra horrible... Amor. ¿Era posible que él mismo...? Blackburn se obligó a desechar la idea. No. Imposible. No.

El señor Smith continuó:

-Alguien está obteniendo información de la cancillería y enviándola a Francia. Sainte-Amand es un eslabón de la cadena, y es muy posible que haya reclutado a una mujer desencantada tanto de Inglaterra como de la sociedad inglesa.

-Tiene motivos para estarlo -admitió Blackburn, en tono sombrío.

-Evidentemente. Yo mismo, que no he nacido caballero, he tenido a veces momentos de amargura cuando uno de esos nobles idiotas se considera por encima de mí gracias al corte de su chaqueta o la sangre azul que corre por sus venas. -La mirada aguda del señor Smith perforó a Blackburn-. No me refería a usted.

-Sí, señor.

-Otros... contactos han establecido con claridad que los mensajes son transmitidos a través de miembros de la buena sociedad. Hay muchos eslabones en esa cadena, pero, con su ayuda, estamos cerca de encontrar a todos, en especial al traidor que se infiltró en la cancillería.

-Si el traidor forma parte de la sociedad, ¿no podríamos interrogar a los que trabajan aquí?

-Bueno, yo lo veo con un poco más de perspectiva, lord Blackburn -replicó el señor Smith-. ¿Cómo sabremos quién es? Cualquier lord o caballero que lo desee puede ocupar un puesto. Por no hablar de los hijos menores que trabajan como Secretarios con la esperanza de labrarse un futuro en política. No puedo detenerlos ni acallar su estúpida jactancia de que están contribuyendo al esfuerzo bélico.

-¿Alguno tiene mucho dinero?

-Varios de ellos pero lo han heredado. Los demás... bueno, son lo suficientemente prudentes para no presumir de que gozan de una

fuente de ingresos extra. -El señor Smith se apoyo en la silla y golpeó con los dedos en el escritorio-. Esta señora de la que habla, ¿está vistiéndose mejor de lo que le permite su posición?

Blackburn recordó el vestido de noche de seda; y luego, la tosca prenda de lana del día anterior.

-Usa algunas prendas finas que no podría permitirse. -Es sospechoso.

-Yo hablé con ella. Aparenta una posición sólida, pero está desesperada.

Maldita Jane. Por culpa de ella había estado furioso, abatido, se había mostrado malvado y, lo peor de todo, suspicaz. Sí, cuando la recordaba provocándole en el coche, diciendo que se casaría con él para tener seguridad, había percibido el pánico que había detrás de sus palabras.

-Tal vez no tenga otro recurso a mano.

-¿Aparte de la traición? Una mujer de clase siempre tiene la posibilidad de irse a vivir con un pariente. Si eso fracasara, podría trabajar de institutriz. O de moza de cocina, o de prostituta, o en un taller, tanto me da. -Los ojos desteñidos del señor Smith relampaguearon de desprecio-. ¡Joven, no hay excusas para la traición!

-Tiene usted toda la razón.

Jane. Blackburn la había visto contemplando con afecto a Adorna. Mirándolo a él con expresión de censura. Sonriendo... si bien lo hacía rara vez.

Pero otra imagen se superpuso a las que evocaba su mente. Jane delgada y harapienta, la típica gobernante inglesa. Jane trabajando arduamente en un taller. Jane rondando por las calles.

Tragó con dificultad.

-La falta de medios de subsistencia, las visitas a SainteAmand, sumados al dibujo del barco, no presagian nada bueno para esta dama desconocida -afirmó el señor Smith-. Buen trabajo. Está usted a punto de descubrir a otra rata, y en sólo tres días. Sabía que hacía bien en asignarle esta misión.

Blackburn comprendió que estaban despidiéndolo; se incorporó y caminó lentamente hacia la puerta.

El señor Smith sin duda percibía su disgusto ya que, cuando Blackburn trasponía el umbral, le dijo:

-Lord Blackburn, por su renuencia a nombrar a esta mujer, deduzco que siente escrúpulos ante la perspectiva de traicionar a uno de los suyos. Que, por añadidura, es una dama.

¿Traicionar a uno de los suyos? Más que eso. Si confirmaba que Jane era espía, estaría traicionando a la mujer con quien había dicho que se casaría. Tal vez la protección de su apellido la salvara de las galeras, pero ¿acaso él estaba tan rendido a la lujuria que era capaz de engañar a su patria con tal de pasar la vida entre los muslos de Jane? ¿O bastaría con esa espantosa sensación de que algo no cuadraba para probar su inocencia?

Era probable que estuviera equivocándose en algo respecto al carácter de Jane. O respecto a sus propias conclusiones.

Equivocado. Qué horrible posibilidad.

-Me despertaría muchas sospechas cualquier intento que ella hiciera de ponerse en contacto con usted. Ella o sus superiores franceses podrían comprender que ha puesto en riesgo su cobertura al permitirle a usted ver su dibujo. Podría tratar de seducirlo para disipar sus sospechas, o incluso convencerlo de que cambiara de bando.

La suspicacia del señor Smith enfureció a Blackburn. -Eso es poco probable, señor.

-He visto a hombres hacer cosas más extrañas por una mujer a la que deseaban.

-Nunca un Quincy.

-Si usted lo dice... -replicó el señor Srnith; su mirada desapasionada daba la sensación de alguien con plomo en las venas-. Recuerde, si puede, a ese joven de Tourbillon que murió lentamente, con una esquirla de metal en las entrañas. Recuerde al tamborilero que vive hoy en día en su propiedad y que, por haber perdido ambos brazos, ya no puede tocar el tambor. Recuerde por qué empezó con todo esto, lord Blackburn.

Por mucho que Blackburn lo deseara, no podía ignorar los hechos que el señor Smith le señalaba. Se aferró con las manos al marco de la puerta y apretó con tanta fuerza que los bordes afilados de la madera se le hundieron en las palmas.

-Lo recuerdo. No podría olvidarlo.

Librodot

Capitulo 23

Jane tropezó, y una mano tosca la sujetó por el brazo para que no cayera.

-Cuidado, señorita -le dijo la criatura que barría la calle. -Gracias -respondió Jane-. Debo mirar por dónde voy.

Debía hacerlo si no quería caer aplastada bajo las ruedas de un carruaje por estar recordando los sucesos del día anterior, la ofensiva proposición de la noche pasada y su burlona aceptación de ese día. -Jane aguardó a que la niña barriese los mugrientos adoquines. O, al menos, parecía una niña, aunque no habría podido jurarlo, sepultada como estaba bajo tantos trapos.

Dos días antes, la niña se había situado en esa esquina de Cavendish Square y esperaba con paciencia a barrer la calle ante cualquier peatón noble que acertara a pasar. Jane no entendía cómo se ganaba las propinas en un sitio donde casi todos pasaban en coche o a caballo, pero la niña parecía contentarse con ese emplazamiento y manejaba con vigor la gastada escoba cada vez que Jane pasaba por allí.

Lo había hecho dos veces esa mañana, desde que regresara de Goodridge Manor. Una vez, para visitar la casa de SainteAmand, y otra para dar una caminata y huir así de las incesantes preguntas de Violet y de Adorna.

Además, cada vez que se sentaba a realizar labores de aguja -¡que no a dibujar!- la abrumaban los recuerdos del largo viaje de regreso a Londres.

Tras su explosivo anuncio de haberse quedado sin hogar, Blackburn había... ¡Oh, maldición! Tendría que llamarlo Ransom. Después de todo, la relación entre ambos, en efecto, había llegado tan lejos como para tener que hacerlo.

Jane contuvo el aliento y cerró los ojos como para no tener que admitirlo. Pero era cierto. Ella lo conocía muy bien, y al mismo tiempo, no lo conocía en absoluto. Conocía su olor, su aliento, su contacto.

Pero no conocía su pensamiento. Nada. Nunca.

Jane había dicho que casarse con él era preferible a quedarse en la calle, y hablaba en serio... aunque no tanto. En cierto rincón secreto y desconocido de su interior, Jane había abrigado la esperanza de que él la apretase contra su pecho y barriera lejos todas sus objeciones. Que la obligase a aceptar su apellido y su

Librodot

protección, así ella no sufriría esa horrible incertidumbre que se le presentaba a cada paso.

Sin embargo, al decir ella que no tenía hogar, él la había mirado con tan intensa repulsión que Jane se convenció de que realmente estaba mareado.

Jane se cubrió la boca con la mano enguantada y deseó poder borrar aquella expresión de su memoria. Lo había creído mejor persona, incapaz de juzgar a alguien, y menos aún a una mujer que atravesaba tales circunstancias.

-¿Señorita?

Jane abrió los ojos y dio un brinco.

La niña había acercado su cara a la de Jane y la observaba con preocupación.

-Ya he barrido, señorita. ¿Acaso su pequeño despiste la ha perturbado más de lo que usted había creído? Puedo ayudarla a cruzar.

-Gracias. Estoy bien.

Sacó una moneda de cobre del bolso y se la ofreció a la niña. Ésta la aceptó y dirigió a Jane la sonrisa desdentada pues había perdido dos de sus dientes delanteros- propia de sus siete años.

-Gracias señorita. ¡Mire por dónde va!

-Lo haré.

Miraría adónde estaba yendo, no adónde había ido.

Cuando llegó al último escalón de la escalera en casa de los Tarlin y miró hacia atrás con expresión melancólica, la barrendera se tocó el sombrero a modo de saludo. Jane pensó, distraída: «Buena chica».

Levantó el puño para golpear en la puerta verde botella. El chaleco que Blackburn llevaba esa mañana era del mismo color. Antes de su anuncio, él la había mirado con tal ardor que su mirada hubiese podido incendiar la arcilla. Después, se había trasladado al asiento orientado hacia delante.

¿Qué sentía él en realidad? ¿Cómo saberlo, si ella misma oscilaba como un péndulo entre diversas emociones? La puerta se abrió, alejándose de su puño levantado. -Señorita, ¿desea usted pasar?

Springall, el mayordomo, aguardaba con expresión perfectamente compuesta, como si fuese costumbre que los visitantes permanecieran de pie, inmóviles, en el umbral.

Jane bajó la mano. -Sí, gracias.

Librodot

Jane advirtió que el mayordomo sonreía mientras recibía su abrigo y su sombrero, y lo miró con curiosidad. Por lo común, Springall no permitía que sus subordinados se tomaran esa clase de libertades.

-Señorita, tiene una carta del señor Morant.

Springall le entregó el sobre lacrado en una bandeja de plata. Jane la cogió y esbozó una sonrisa irónica y misteriosa. Eso era lo que faltaba para terminar un día espantoso, otra misiva de Eleazer. Se quitó los guantes, rompió el sello y leyó rápidamente la carta. Al parecer, era lo mismo de siempre: ¿cuanto dinero habían gastado?, ¿cuándo podría contraer Adorna matrimonio con un hombre de fortuna?

Pero ese día había otro peso que se añadía a las tribulaciones de Jane: un mensaje referente a la señora Olten, escrito de puño y letra de Eleazer.

El mensaje estaba desprovisto de sutilezas. Ella y Eleazer se casarían en el verano, y la señora Olten había manifestado no estar muy interesada en tener a una hijastra viviendo con ella en su nuevo hogar, ni en que Jane apareciera ante su puerta pidiendo refugio. De modo que si Jane sabía lo que le convenía, haría planes inmediatos para encontrar un nuevo lugar de residencia.

Jane podía imaginar lo mucho que habría disfrutado Eleazer escribiendo esas líneas, y la imagen que se formó en su mente la hizo reír a la sordina. Dos personas regodeándose en la crueldad y en la más cruda grosería, creyéndose inteligentes y demostrando ser lo opuesto.

-¿Buenas noticias, señorita? -preguntó Springall.

-Nada nuevo -respondió ella-. Pero siempre es entretenido. La expresión austera de Springall se tornó casi benévola. -Me alegro por usted. Lady Tarlin y la señorita Morant han solicitado su presencia. Si tuviera la gentileza...

-Ciertamente -repuso; supuso que, en cierto modo, tendría que explicar lo sucedido el día anterior-. ¿Dónde puedo encontrarlas?

-En el desván. Jane parpadeó. -.El desván?

-Sí, señorita.

La guió hasta la planta alta.

Jane acudió a la obligada cita, pero se sentía escéptica. No podría dejar de lado sus sospechas con respecto a Violet y Adorna. Las conocía demasiado bien. Si llegaban a descubrir lo referido a la proposición, se servirían de cualquier triquiñuela para hacerla

Librodot

casarse con Blackburn. Sin embargo, su parte racional le decía que no podían haber sido capaces de aturdirlo y arrastrarlo hasta el desván, impulsadas por tan vil objetivo. Tendría que haber otra razón para que la hicieran subir al polvoriento desván de la casa Tarlin... aunque la imaginación de Jane no le permitía adivinarla.

-Por aquí, señorita.

Una sonriente criada le hizo una reverencia. La precedió en el ascenso del último tramo de crujientes escalones hasta una puerta de madera desnuda, que abrió.

La habitación resplandecía con el sol de la tarde. Estaba llena de objetos cubiertos con paños que los protegían del polvo, e iluminada por los rostros radiantes de las dos mujeres que Jane más quería.

-¡Sorpresa! -exclamó Adorna, dando palmadas-. Sorpresa, tía Jane. ¿No estás sorprendida?

-Mucho.

Jane entró en el cuarto y miró con recelo a su alrededor. La habitación abarcaba la mitad del ancho de la casa, unos seis metros de largo y algo más de cuatro de ancho. Todas las ventanas de la buhardilla daban al norte, y estaban abiertas para dejar entrar el aire fresco. Ningún rincón del desván estaba deslucido por el polvo o el moho, y sus únicos muebles eran los objetos cubiertos, un canapé bastante gastado y un biombo.

Sobre el suelo de madera desnuda no se vela ninguna silueta alargada con forma de hombre.

Jane se relajó.

-¿Qué es esto?

Adorna tomó uno de los paños y Violet la punta de otro. Tiraron entre las dos, dejando al descubierto una sencilla y completa tarima para modelar con un torno, y una mesa grande y robusta cubierta de instrumentos para trabajar la arcilla.

Jane se quedó mirándola, aturdida.

-Tía Jane, no pareces muy dichosa. ¿No estás contenta? Jane no se movía. Se había quedado sin respiración. -Es tu estudio, Jane -dijo Violet.

-¿Estudio?

Jane parpadeó, convencida de que era su imaginación la que le mostraba los cinceles, las espátulas de madera, las herramientas de puntas de alambre.

-Para que puedas trabajar -dijo Adorna, un poco llorosa.

Librodot

-Es una sorpresa especial que te ofrece Adorna.

Violet intentaba animarla. Quería que dijera algo, que hiciera algo que no fuese permanecer inmóvil, mirando con expresión de hondo desconcierto.

-Es… muy hermoso -acertó a balbucear.

Era más que hermoso. Era un milagro. Si era verdad, el taller devolvería a Jane el placer más grande de su vida.

-Es… yo… no sé qué decir.

¡Qué extraño! Le temblaba la voz, y se le nublaba la vista. Violet se relajó, y el ceño afligido desapareció de su cara. -Pero… ¿te agrada?

Adorna aún necesitaba asegurarse.

-¿Que si me agrada? ¿Me agrada? -Jane saboreó la frase, dándole una entonación de incredulidad-. «Agradar» es una palabra insuficiente para describir mi…

Titubeó y se llevó el puño al pecho.

Adorna rió alborozada.

-Fue idea mía -reconoció-. Cuando me enteré de la historia de la escultura comprendí que habías estado necesitando algo durante muchos años, y quise que lo tuvieras, porque tú habías sido tan maravillosa para mí. Pero fue lord Tarlin quien sugirió el desván, y lady Tarlin quien encargó los materiales artísticos, y las doncellas las que se afanaron por dejar limpio este cuarto, que no era más que el lugar donde se guardaban antes los trastos viejos. Todos hemos trabajado mucho para hacerte feliz, porque te amamos, tía Jane.

Todos le sonreían. Violet, Adorna, las doncellas agrupadas en la entrada, Springall, los lacayos tras él. Jane era consciente del cariño que le profesaban Violet y Adorna, pero… ¡haber pensado un regalo tan complejo! ¡Y que lord Tarlin hubiera destinado tiempo de su jornada para ocuparse de crear un espacio en el que ella pudiese practicar su arte! ¡Y los criados! Lo único que ella había hecho era esforzarse por ser una huésped agradable y por no molestar; por ayudar a Violet, si podía; por guiar a Adorna en su travesía por los peligrosos bajíos de la sociedad londinense.

Y había cometido una lamentable torpeza con el idiota, irracional, apuesto y atractivo Blackburn.

Pero ahora no podía pensar en él. No podía permitir que se entremetiese en ese momento, como lo había hecho en tantos otros.

-Es un gesto tan bondadoso… No sé qué… cómo agradecerles -se enjugó los ojos-. A todos.

Springall no aprobaba a los aristócratas que dejaban entrever sus emociones. Dio dos fuertes palmadas para llamar la atención a los criados de menor jerarquía.

-Muy bien, de vuelta al trabajo.

-Gracias -dijo Jane a los criados que se marchaban.

Necesitaba un pañuelo.

-Mira, tía Jane. Aquí hay arcilla; aquí, en el cubo. Aquí, ropa de trabajo colgada detrás del biombo. Hay una jarra de agua y una palangana para que puedas lavarte cuando hayas terminado. Lord Tarlin dice que la luz es perfecta para un artista.

Adorna hablaba como un vendedor callejero tratando de vender sus patatas fritas a un posible cliente.

Jane sonrió junto con Violet.

-Es perfecto.

Adorna rodeó con sus brazos el cuello de su tía y le preguntó: -¿De verdad, te gusta?

-Mucho.

Jane retribuyó el abrazo de su pequeña, la niña que había criado cuando aún estaba tan poco preparada para semejante responsabilidad. Siempre había temido que la ausencia de una madre verdadera se revelase en algún rasgo horrible de la personalidad de Adorna, pero no había sido así. El único rasgo erróneo que se veía en ese momento allí, en Londres, correspondía a ella misma.

Sin embargo, Adorna la quería, a pesar de sus defectos. Jane volvió a parpadear para contener las lágrimas.

-No te preocupes, tía Jane -dijo Adorna, dándole una suave palmadita en la espalda-. Estamos en vías de conquistar Londres. Cuando hayamos terminado, nada volverá a ser igual.

Jane lanzó una carcajada llorosa. No era de extrañar que la muchacha tuviese docenas de pretendientes.

En eso estoy de acuerdo.

Su mirada voló al cubo cubierto que había junto a la tarima de modelado.

- Se nos ocurrió que quizá hubiera algo que quisieras modelar.

Violet fue hacia la puerta.

-O a alguien.

Adorna siguió a Violet.

Librodot

Jane no precisaba de ninguna insinuación tan poco sutil. Ya sentía en las palmas la sensación de la arcilla fría con la que daría forma a la mandíbula del hombre.

-Están tentando a la desgracia -dijo Jane para sí. Jane habría jurado que oyó murmurar a Violet:

-Si, espero que él acepte.

Y se marcharon. Jane estaba sola, encerrada con un cubo lleno de arcilla, una variedad de herramientas y sus pensamientos centrados en Blackburn. El apuesto, enloquecedor, infiel Blackburn, cuya forma le había sido revelada casi por completo el día anterior.

Fue tras el biombo. Con manos trémulas, forcejeó para quitarse el vestido, de complicado cierre. Lo cambió por unas sencillas ropas grises de trabajo, sueltas y cómodas, con botones en la parte delantera. Cubrió la túnica con un delantal negro sin adornos. Se sentó en el sofá y se quitó las botas y los calcetines; ella no podía trabajar si no lo hacía descalza. Luego caminó lentamente hacia la tarima de modelado.

Apoyó la mano sobre la plana superficie, y ésta giró. La hizo dar vueltas y rió con risa queda y eufórica. Un torno, como el de cualquier verdadero artista. Tocó con suavidad cada una de las relucientes herramientas, tan nuevas que parecían pedir a gritos ser usadas. Levantó el paño que cubría el cubo y miró la arcilla. Tenía un olor grato y húmedo; su exterior gris no daba indicios de la belleza y la peligrosidad que se ocultaban en ella.

Pero ella sabía que estaba allí. Extendió las manos y las hundió en las frescas profundidades de su bienamada arcilla.

Blackburn guiaba el carruaje hacia Cavendish Square manejando las riendas con un cuidado mayor que el habitual. Las bulliciosas calles de Londres exigían toda su atención, sobre todo cuando viajaba en ese faetón de alto pescante, arrastrado por su mejor tiro de tordos, y cuando lo distraían la preocupación y las conjeturas.

¿Quién no estaría preocupado? Después de la inquietante entrevista con el señor Smith, al llegar a su casa se había encontrado con una invitación de Jane.

Visitar a Jane. ¡Después de las cosas que le había dicho, del despecho que había volcado sobre su cabeza! Casi inconscientemente, había reparado en que la escritura de Jane tenía un aspecto infantil, de letra grande y abierta, donde los puntos de las íes eran corazones. Eso lo había sorprendido, aunque no tanto

como el tono pegajosamente zalamero de la nota. Si no hubiera sabido que era Jane la remitente, habría pensado que el mensaje había sido enviado por otra persona.

Pero no. Debía afrontar los hechos. Como le había advertido el señor Smith, Jane quería algo de él. Tras haber regresado a Londres, se habría presentado ante sus superiores franceses y, sin duda, éstos la habrían regañado por haber permitido que las emociones la distrajesen de su misión. Era probable que le hubiesen dado instrucciones de engatusarlo para arrebatarle el dibujo del barco. O quizá de que intentara descubrir lo que él sabía sobre las tareas de la cancillería. Y hasta podría ser, tal vez, que le hubiesen dicho que se disculpase con él y le suplicara que la aceptase como esposa.

Esa disculpa no conseguiría otra cosa más que redoblar sus sospechas hacia ella; aun así, él se sorprendió deseándolo con fervor. Peor todavía, se imaginó aceptándolo. Después de todo, si se casaba con ella, podría controlarla.

No era más que una mujer. Él podía controlarla.

-¡Maldición! -exclamó al girar en la esquina, cuando vio la hilera de coches y caballos delante de la casa de los Tarlin-. ¡Maldición!

Todos los solteros de la buena sociedad estaban allí, haciendo la corte a la señorita Morant. No habría ninguna posibilidad de escapar sin dejarse ver. Él ya había dejado bien claro que estaba haciendo la corte a la señorita Jane Higgenbothem. La había usado como maniobra de distracción, para cubrir sus actividades. Tendría que desear que la sociedad murmurase sobre sus atenciones... y, sin embargo, en algún momento Jane se había convertido en el asunto más importante de su vida. Exponerla otra vez a las aves rapaces que revoloteaban por esos actos sociales, aunque fuese por el bien de Inglaterra, le causaba un indefinible disgusto.

Como había dicho el señor Smith, se le revolvía el estómago al pensar en traicionarla.

Detuvo el faetón en la esquina y preguntó a la niña que barría la acera:

-Discúlpame. ¿Puedes decirme si la señorita Higgenbothem está en su casa?

La atrevida chiquilla le sonrió, guiñándole un ojo.

-Sí, milord, sí está. Hoy ha salido dos veces, pero ya ha vuelto.

Librodot

-No me digas -Blackburn consideró la situación-. Por casualidad, ¿sabes acaso si ella fue a ese destino tan especial?

La pequeña miró alrededor y, tras asegurarse de que nadie podía verla, asintió.

Blackburn retribuyó el gesto.

-Gracias, Wiggens.

-Buenos caballos, milord -dijo la niña.

-Los mejores de mis establos.

Los apropiados para un caballero que quiere impresionar a una dama.

Al oír un grito impaciente tras él, hizo andar el coche alejándose de la pequeña espía y fue a sumarse a la fila que había ante la casa de los Tarlin. Percibió una rápida ronda de sonrisas cuando se apeó y se encaminó hacia la puerta. Entregó su sombrero de castor a Springall y preguntó:

-¿Está en casa la señorita Higgenbothem? -Las señoras están en la sala -repuso Springall. Blackburn se encaminó hacia la puerta. -Pero la señorita Higgenbothem no está ahí. Blackburn se detuvo.

-¿Dónde está?

-Tendrá que preguntárselo a lady Tarlin -replicó Springall, sorbiendo levemente por la nariz-. La señora está en la sala.

Blackburn se dijo que el mayordomo imitaba a su señora: era irritante y condescendiente. Pero no estaba de humor para las estratagemas de Violet. Así se lo hizo saber cuando la encontró rodeada de matronas de baja cuna.

-Quiero hablar con la señorita Higgenbothem, y quiero hacerlo ahora.

Le pareció singular que Violet no se inmutara ante su impaciencia.

-Me temo que, en este momento, Jane está... ocupada -comentó-. Le diré que la ha visitado, si lo desea.

-Ocupada -Blackburn recordó lo que le había confirmado Wiggens. Ese día, Jane había ido a la casa de Sainte-Amand, posiblemente para entregarle un dibujo del Virginia Belle hecho de memoria y para recibir nuevas instrucciones-. ¿En qué?

La mirada de Violet se apartó de él. -No puedo decirlo -musitó.

-Será mejor que lo digas -murmuró Blackburn con disimulo- o le contaré a Tarlin tu aventura cuando atravesaste Hyde Park con sus caballos por una apuesta.

Una de las señoras que estaba tratando de escuchar disimuló una risilla, pero se contuvo cuando Violet le lanzó una mirada furibunda. Mirada que luego pasó a él.

-Eres detestable, Ransom.

-Sí, y tú te sientes culpable por algo.

¡Por Dios, veía traidores por todas partes! Debía de estar volviéndose loco... o tal vez fuese que las señoras en Londres habían convertido la traición en la gran nueva diversión. No las creía incapaces de hacerlo, sabiendo lo frívolas y necias que eran, pero no podía consentir que Violet se involucrase.

-Sería conveniente que no te involucrases en las actividades de Jane, Violet. Esto no es un juego.

-Nadie lo sabe mejor que yo, Ransom -repuso Violet, echando la cabeza atrás-. Está bien. Jane está arriba, en el desván.

-¿En el desván? ¿Qué está haciendo ahí?

-Lo que hace la gente en un desván -respondió ella con frialdad-. Sube y lo verás.

Él se inclinó, giró sobre los talones y salió, sin notar las sonrisas de satisfacción que intercambiaron Violet y Adorna.

Springall señaló hacia arriba, y una doncella que pasaba le hizo un gesto en dirección a una estrecha escalera.

-La señorita Higgenbothem está arriba, milord. No le costará encontrar la puerta, porque está cantando.

Y no debía de estar haciéndolo muy bien, a juzgar por la mueca de la doncella. Subió a saltos la escalera, sus tacones repiqueteando en la madera, y oyó gorjear a Jane en tonos altos y ondulantes de inefable placer.

Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, estaba disfrutando de ello. Iba a golpear con fuerza en la puerta con su bastón de caoba, pero se contuvo, retenido por una odiosa conciencia de sí mismo. Estaba tratando de advertirla, de darle tiempo a ocultar cualquier proyecto despreciable al que estuviese tan gozosamente entregada. Sin duda, él era capaz de conducirse con mayor rigor. Si la sorprendía dibujando cualquiera de los barcos y efectivos de la Marina, cumpliría con su deber y la enviaría al verdugo.

Cogió el tirador, lo hizo girar y, al abrir la puerta, vio a Jane vestida con ropa de trabajo, entregada afanosamente a trabajar una escultura de arcilla del tamaño de un hombre, todavía en ciernes. Una frente noble, una nariz orgullosa, un pecho musculoso... y... miró de soslayo. Sí, todos los detalles se correspondían...

Librodot

Incluida esa endemoniadamente pequeña hoja de higuera

Librodot

Capitulo 24

¿Traición? ¿Engaño? ¿Deslealtad a Inglaterra? Todos esos pensamientos pasaron por la mente de Blackburn.

La frustración y la rabia se precipitaron a ocupar su lugar. Una vez más, ella había creado una figura tan semejante a él que no podría confundirse con ningún otro. Sin embargo, lo había insultado en el sentido más primitivo. Ningún hombre podía ocultar sus atributos tras una hoja tan diminuta.

Y menos que ninguno, un Quincy.

Tal como había sucedido hacía tantos años, se sintió reducido a una furia y una humillación primarias.

-¡Sigues sin hacerlo bien! -Entró y cerró de un portazo-. ¡Maldita sea, Jane!

Se arrancó la corbata y el cuello almidonado. Forcejeó con la chaqueta y el chaleco y los arrojó al suelo. Se abrió la camisa con tanta brusquedad que rompió el cordón del cuello.

-¡Así! ¡Así es como soy!

Ella se quedó perpleja, las manos grises de barro, clavándole la vista con lo que parecía genuino asombro. Por un instante, la cordura se sobrepuso a la ira. ¿Acaso ella lo creería loco?

Pero no. Lo miraba con una mezcla de maravilla y contemplación abstracta. Su obra había arrojado un hechizo sobre ella, despojándola de su timidez virginal y reemplazándola por una ávida curiosidad. Jane dejó sus herramientas con movimientos deliberadamente lentos. Se limpió las manos en el delantal. Caminó hacia él y comenzó a girar alrededor, con lentitud, contemplando su desnudez como si fuese un prodigio de deleite estético. Sin timidez, sus manos se aproximaron y apartaron de los hombros la fina camisa de hilo.

-Hermoso -murmuró-. Mejor de lo que lo había imaginado. Le puso las manos encima.

Ese gesto no significaba nada. Él lo sabía. Su arte la tenía atrapada. Las convenciones sociales no ocupaban ahora ningún lugar en sus pensamientos.

Pero él sí estaba allí. Vivía en el presente. Era consciente de lo que lo rodeaba, de lo que era correcto, de sí mismo, de ella, de la anterior ansiedad compartida y de la futura pasión de los dos.

La rabia se enfrió. El fuego empezó a extinguirse.

Los dedos de Jane palparon la columna de su cuello.

Blackburn tragó con dificultad para aflojar la tensión de su garganta, y Jane siguió el movimiento con auténtica e inconfundible adoración, tocando la nuez, acariciando los músculos que ora se tensaban, ora se distendían.

Ella liberó la camisa de los pantalones; luego, a medida que levantaba la prenda, iba tocando cada costilla.

A Blackburn le costaba respirar.

-Permíteme...

Forcejeó para quitarle por la cabeza la fina camisa de lino. Él bajó la cabeza, levantó los brazos, y la camisa resbaló al suelo.

Jane le miró las tetillas, con los ojos bien abiertos. Pasó la vista a la figura de arcilla.

-Los he moldeado bastante bien, ¿no crees?

No esperó a que él formulase una respuesta, sino que delineó los pequeños círculos con los dedos y los pasó sobre los pequeños bultos del centro.

-Sí. No son muy diferentes de los míos.

Blackburn deseó que ella sintiera su contacto con tanta agudeza como él sentía el de ella.

Jane lo miró, lo estudió, hizo que se volviera para contemplarlo por detrás. Con insaciable interés, recorrió los omóplatos, pasó la yema de un dedo sobre cada vértebra de la columna, exploró la piel que cubría los bíceps.

Era una artista. Y él le había proporcionado lo que ella quería: un modelo vivo.

Fuerte y lánguido al mismo tiempo, su corazón galopaba. Su sangre se precipitaba hacia la superficie. Esa parte de él de la que tanto se enorgullecía, y que ella había ofendido al modelarla de aquel modo, se estremeció y creció en un súbito acceso de excitación adolescente. Ella quería verlo. Lo adoraba. No por su dinero, su inteligencia o su título, sino por su cuerpo.

Era una idea embriagadora.

Las manos de Jane lo guiaron de modo que quedase, otra vez, de cara a ella. Le acarició los brazos, percibiendo la dirección del vello, el color de cada vena. Con la vista y el tacto exploró cada tendón de sus manos. Lo palpaba como si cada parte de él fuese preciosa para ella.

-Mira, tienes una cicatriz aquí -dijo, palpando la antigua prueba de una locura infantil, ya palidecida-. ¿Qué hiciste?

-Fitz me desafió a...

Jane le contemplaba los labios, observando cómo se movían. Él, en cambio, veía el beso del día anterior.

-Me desafió a salir por la ventana del dormitorio. ¿Jane? -¡Te hiciste daño!

-Me fracturé un hueso. Sangré un poco. ¿Jane? -Tan perfecto y, sin embargo, tan humano. -¡Jane!

Su desesperación logró penetrar la abstracción de la artista. -¿Qué?

Le tomó las muñecas y guió sus dedos hasta la bragueta de sus pantalones.

-Aquí.

Ella frunció el entrecejo y lo miró a los Ojos. En ellos no se reflejaba el pudor. Pero ni la duda ni la conciencia de sí misma la frenaban. No sabía qué vería, pero su interés era vital, vibrante.

-Sí -dijo-. Esto es lo que quiero.

Blackburn no había deseado así a una mujer en su vida.

Con gestos seguros, fluidos, ella la desabotonó. Luego, deslizó las manos por sus caderas y empujó los pantalones hacia abajo.

-Jane, desata los calzoncillos.

La expectativa le había enronquecido la voz.

Blackburn le daba instrucciones, pero ella no lo necesitaba. Contemplarlo a él no le parecía diferente de contemplar una estatua de mármol.

Pero el mármol no estaría tan duro como él lo estaba. Ella ya estaba quitándole su última prenda de vestir. Sólo le quedaban las botas, y, en ese preciso momento, a Blackburn las botas le importaban un comino.

Sólo quería que ella lo viese. Que de verdad lo viese, como él era, y no como ella lo había imaginado.

Entonces, ella lo vio.

-¡Oh!

Nada más que «oh». Pero bastó esa exclamación para que él se agrandase, cuando creyó que ya no podría crecer más.

-Tenía una idea equivocada de las proporciones. -Jane puso los brazos en arras y ladeó la cabeza para contemplarlo-. ¡Qué tonta fui! Claro.

Caminó alrededor para verlo de costado, luego del otro lado, y lo contempló, fascinada. Extendió lentamente la mano y lo tocó con la punta de un dedo.

Librodot

Fue como si lo hubiese quemado con un hierro de marcar. Se le contrajeron los testículos, se le crispó el diafragma. Sin acordarse de su orgullo, gimió.

Jane se sobresaltó y retiró la mano.

-¿Te he hecho daño?

Su voz sonaba tan ansiosa que lo hizo reír entre dientes. El dolor no podía describir la sensación.

-¿Recuerdas cuando te toqué, ayer?

-Sí.

-Duele... de la misma manera.

Sus ojos, sus bellos ojos verdes, se pusieron más brillantes. Lo miró otra vez, y su abstracción artística quedó suspendida, reemplazada por el recuerdo del encuentro... ¡ay!, tan real.

-¿De verdad? Entonces, te gusta.

Rodeó suavemente con su mano la cabeza del miembro y la deslizó lentamente hacia la base.

-Es demasiado. -Le puso las manos en la cintura y la vio viva, encendida de curiosidad, y dispuesta a vivir la vida que él una vez le había negado. No volvería a negársela-. Jane, terminemos esto.

-Puedo ser quien quiero ser -hizo un ademán hacia la escultura-. Puedo vivir donde quiera vivir. He sido asfixiada, encerrada, privada de la luz del sol. Pero puedo volver a crecer.

-Yo también.

La voz de Blackburn sonó con vehemente urgencia, pero ella no lo captó.

-Quiero que te quites las botas. Lo quería totalmente desnudo. -Quiero verte los pies.

Él estaba sobornándola: para convencerla de que copulase con él, le mostraría su cuerpo.

¿Le importaba?

Se sentó en el suelo de madera y aferró el tacón de una de las botas.

Jane se arrodilló a los pies de él y le apartó las manos. -Yo lo haré.

Las botas del hombre estaban hechas para que se ciñeran al pie; normalmente, para descalzárselas tenían que aunar esfuerzos Blackburn y su ayuda de cámara. Pero Jane era fuerte. Mientras tiraba, se delineaba cada músculo de sus antebrazos, limpio y puro en su belleza. Su Jane no era ninguna fofa indolente. Era una

mujer diestra y saludable, y él gozaba tanto de su aguda percepción como de su tranquila confianza.

Las botas salieron, una primero, la otra después, y Jane las arrojo a un lado. Cada una resbaló e hizo ruido al golpear contra el suelo, estropeando sin duda su perfecto acabado.

Su ayuda de cámara se horrorizaría.

Blackburn, en cambio, estaba exultante.

Jane no fingió timidez. Estaba ansiosa, sin rubores, y la complacencia de Blackburn consigo mismo creció tanto como su virilidad.

Jane tiró del bajo de sus pantalones y se los quitó; luego le desató las ligas y le quitó los calcetines.

Ransom quedó desnudo, sin una hilacha encima, sentado con una rodilla levantada y la otra extendida, en un desván donde el sol poniente se derramaba por las ventanas y donde una mujer descansaba arrodillada a sus pies. Debería haber experimentado extrañeza.

Pero con Jane se sentía a las mil maravillas.

Jane apoyó la mano de través sobre los dedos de los pies de su modelo.

-Nunca había modelado pies porque no los creía atractivos. Pero los tuyos lo son, y mucho.

De haber sido cualquier otra mujer, él habría sospechado que trataba de seducirlo. Pero ella era demasiado directa para eso. A diferencia de él.

-¿Los tuyos lo son? -preguntó, con la intención de sugerirle que se desnudase.

Pero descubrió, para su sorpresa, que realmente sentía curiosidad. Quería saber qué pasaba con los pies de ella. ¿Su interés se habría convertido en obsesión?

-Mis pies son grandes para una mujer.

-Toda tú eres grande, una gran mujer.

Le acarició la mano. Le tocó los nudillos, percibiendo el modo en que el barro se había adherido a las diminutas grietas. Tenía arcilla en las cutículas y también debajo de las uñas. Le manchaba la piel y se descamaba en pequeñas partículas. Él sabía que picaba, porque ella lo había tocado cuando la arcilla estaba húmeda y ahora le escocía, pero era una incomodidad pequeña comparada con el milagro de su mano y su delicada y blanca piel, que desmentían el poder que ocultaban.

-Me gustaría saber que no estoy abrumándote. -No.

Lo dijo pero su mirada cayó sobre el órgano de él.

-Jane. Te prometo...

¿Qué le prometía? ¿Que no le haría daño? Era probable que se lo hiciese, pero su apremio había crecido a tales proporciones que ya no podría privarse de yacer con ella.

Jane debió de adivinarle el pensamiento.

-Quiero hacer esto -afirmó-. Es probable que después tenga que huir al continente, vivir de manera escandalosa y sobrevivir gracias a mi arte pero quiero que Inglaterra me brinde antes alguna satisfacción. -Su mano acarició la pantorrilla de Blackburn, masajeándola y palpando cada hebra de músculo-. Y que seas tú quien me la brinde.

Le tanteó la rodilla, llevada por una curiosidad aparentemente insaciable hacia cada hueso y cada ligamento que lo constituían. Con extrema sutileza, ella pasó la palma por la cara interior del muslo. Tormento. O bendición. Imposible discernir. Ante los ojos de Blackburn se formó una neblina roja.

Jane le recorrió con el pulgar el tendón de la parte de atrás de la rodilla. La neblina se disipó un tanto, y Blackburn aprovechó para decir:

-Has estado estudiando.

Jane se inclinó, aproximándose a él, y su mano se demoró en el trayecto hacia arriba.

-¿Arte, quieres decir?

-No. Cómo volverme loco.

-Estoy haciéndote lo mismo que tú me hiciste a mí.

La desilusión se retorció dentro de él.

-Entonces, estás vengándote.

Jane se interrumpió. Alzó la mano, que se mantuvo en el aire, sobre la sensible piel de la unión entre el muslo y el vientre.

-¿Fue eso lo que pasó ayer?

Blackburn se dio cuenta de que había dicho algo equivocado. Jane parecía haberle perdonado todo: los insultos, el compromiso público, su ofensivo abandono. Él no podría haberlo hecho, y había supuesto que ella tampoco podría. Pero Jane nunca le había dado motivos para dudar de ella; en esta cuestión, al menos, él la injuriaba con su desconfianza.

-De ningún modo -contestó; la tomó de la muñeca, la llevó a sus labios y la besó. Mirándola a los ojos, trató de gratificarla con

las verdades de su alma-. Ayer no fue venganza, Jane. Ayer fue puro placer.

Los blancos dientes de la mujer se hincaron en su labio inferior tratando de contener una inminente sonrisa. Blackburn le tocó ese labio con el pulgar y, cuando ella lo liberó, retribuyó la sonrisa. Ahora, la dicha resplandecía en Jane, y Blackburn bebió de ella, se bañó en ella, se apropió de ella.

-Ven, siéntate sobre mí -ordenó. -No. Ven tú.

Se levantó y le tendió una mano.

Blackburn la miró y vio que estaba firme como una roca. Entonces comprendió qué quería decir; pero, como tenía por costumbre pagar sus deudas, puso su mano en la de ella y se levantó.

-Aquí atrás hay un sofá.

Lo condujo tras el biombo.

El biombo los ocultaba de la vista directa desde la puerta. Con la parte de su cerebro en que se había refugiado la lógica, Blackburn pensó que eso era conveniente.

Jane soltó su mano y arrastró el gran almohadón del asiento hasta que quedó extendido sobre el suelo.

-Aquí -señaló.

Blackburn se sentía raro, casi como si fuese virgen, sin saber exactamente qué deseaba la mujer. Se sentó, luego se tendió. Ella permaneció de pie ante él, mirándolo.

-¿Jane?

Esta vez, fue él quien tendió la mano.

Ella la tomó. Se puso de rodillas junto a él y lo tocó otra vez. Esta vez, ni el arte ni la respetabilidad la distanciaron de esa realidad. Ansiosa, le pasó las manos sobre el pecho y siguió la línea que marcaba el vello, vientre abajo. Una vez más, aferró su miembro y deslizó la mano hacia la base. Lo sopesó en la mano y lo oprimió.

Él le sujetó la mano.

-¡Con suavidad!

-Por supuesto. -Su contacto se suavizó; exploró con curiosidad lo que tenía en la mano-. Esto es fascinante. Nunca había imaginado...

-Es obvio -la interrumpió Blackburn, rodando para ponerse de costado; aferró la muñeca de Jane con su mano, y la llevó hacía los botones de su delantal-. Desnúdate.

Librodot

Ella se quitó la prenda, dejando al descubierto un vestido manchado de arcilla, más feo aún que la monstruosidad de color apagado que llevaba el día anterior.

-Date prisa.

Se quitó el vestido por la cabeza. Cuando tenía los brazos levantados, él enlazó los dedos en los cierres de sus enaguas.

-Yo te ayudaré.

Pero Jane arrojó el vestido a un lado y empujó a Blackburn. -¡No!

Blackburn la atrajo hacia sí de un tirón. Ella cayó sobre él y, de súbito, comenzaron a forcejear, a luchar por el control. Ransom no quería hacerle daño, pero no era fácil dominarla. Quería el control, pero ella no pensaba cedérselo. Rodaron, y él cayó fuera del almohadón. Mientras jadeaba tratando de recuperar el aliento, Jane se puso a horcajadas sobre él y rió, con risa baja y profunda.

Se inclinó hasta que su cara estuvo cerca de la de él y le dijo: -Harás lo que yo diga.

-Sí. -Blackburn percibió que la abertura de sus enaguas se entreabría y que su vientre se apretaba contra el de él-. Lo que tú digas.

La cogió de la nuca y la acercó hacia él. Sus bocas abiertas se encontraron, luchando por llevar la iniciativa del beso. Ella le chupó la lengua. Él se elevó, presa de una agonizante carnalidad.

Todo era más intenso con Jane, más fresco, más nuevo. La quería con todo su vigor juvenil. Le sujetó la cara entre las manos.

-Jane, la espera es insoportable. -Esperarás.

Ella le mordió la barbilla.

Sus enaguas colgaban entreabiertas, y lo tentaba el balanceo de sus pechos en la sombra. Estiró la mano hacia ellos. -Déjame...

-Me toca a mí.

Ella se deslizó hacia abajo y apoyó su cuerpo en el de él. Su carne presionaba la de Blackburn, absorbiéndolo de todas las maneras posibles, menos una. Ella tomó una tetilla en su boca y la chupó; él, enceguecido de lujuria, encontró el lazo de las enaguas. Lo arrancó y algo se desgarró, con el inconfundible sonido de la tela frágil que se deshilacha.

Ella lo mordió.

Blackburn le tomó la cabeza y la echó hacia atrás. -¡Atrevida!

Era un cumplido.

Rodó con ella, dejándola debajo de sí, y se arrodilló, elevándose sobre ella. Cogió puñados de enaguas y refajos y tiró, bajando las prendas hasta los tobillos, sin que ella lo impidiera. Al contrario, lo ayudaba empujando la tela con los pies hasta librarse por completo de las prendas.

Esas largas piernas. La mano del hombre recorrió sus muslos y se posó sobre la hendidura entre los muslos. ¿Cuántas mujeres había poseído desde aquella primera vez en que la tocara a ella? No importaba. El olor de Jane, su sabor y la visión de su piel lo habían marcado entonces y seguían haciéndolo ahora.

Ella se apartó con las manos el pelo que le caía sobre los ojos, luego se incorporó hasta quedar sentada, y un poco más, hasta quedar apoyada sobre las rodillas. Estaba sentada de cara a él, los dos de rodillas, los dos desnudos. Deslizó sus diestras manos de largos dedos por los hombros de Blackburn.

-Ahora, enséñame -instó.

-Así.

Apoyado sobre los talones, le separó los muslos con las manos. La tocó con el pulgar como a ella le gustaba. Como la había tocado el día anterior. Ella jadeó, y sus dedos le apretaron los hombros. Jane era profunda, misteriosa, húmeda. Estaba lista; el cielo era testigo de que él también lo estaba. Pero el día anterior la había tocado por dentro y la había encontrado muy apretada... Dedicó un instante más a prepararla.

-¡Ahora! -dijo Jane, pero le tembló la voz.

Con delicadeza, él la inclinó sobre el almohadón y le pasó el brazo bajo las rodillas.

Jane se apoyó sobre los codos. -¿Qué estás haciendo?

-¿Crees acaso que no lo sé?

El peso de Blackburn aún estaba apoyado sobre el suelo del desván. La espalda de Jane estaba curvada sobre el blando almohadón y, pasara lo que pasase, él era el que estaba al mando. Aunque, claro está, ella no lo sabía.

La hizo deslizarse hacia él y la alzó. Su pene tocó el calor y la humedad de ella; entonces, nada más importó, salvo el impulso de estar dentro de ella. Presionó con firmeza; ella gritó hundiéndose en el almohadón al tiempo que él se sumergía en ella. La sintió cerrarse a su alrededor, con una fuerza que era casi dolorosa. Jane se debatió, esforzándose por ayudarlo a penetrar en ella.

Librodot

Blackburn usó su precioso y tenue aliento para reír entre dientes, y mantuvo su ritmo lento y firme.

-Paciencia -susurró-. Te daré muy pronto lo que quieres.

Por un instante, su virginidad lo desafió: ella se rebeló e intentó apartarlo de sí.

Con la fuerza de sus brazos, él le hizo extender las piernas y la levantó a medias del almohadón; entonces, se hundió en ella. Llegó a la meta, tocó la parte más profunda de la mujer y se llenó de fortaleza. Se retiró del todo y embistió otra vez. Jane libró sus piernas. Blackburn apoyó una mano a cada lado del almohadón, aprisionando a Jane con sus brazos y el peso de su cuerpo. Volvió a embestir. Jane apoyó los pies en el suelo y se impulsó hacia atrás. Era la guerra. Era la lucha cuerpo a cuerpo. Era algo primitivo y básico.

La unión de un hombre y una mujer.

De la garganta de Jane empezaron a brotar gemidos, leves al principio, luego in crescendo. Llenaron los oídos de Blackburn igual que él llenaba el cuerpo de ella. Oyéndolos, experimentó una salvaje y sublime satisfacción, pues con ellos constataba que el placer había barrido en Jane el resto de las sensaciones.

Y a él… sólo una cosa lo absorbía, lo impulsaba: el lugar donde los dos se encontraban y se fundían. Tenia que poseerla. No, estaba poseyéndola, pero no le bastaba.

Se inclinó sobre ella y la llamó por su nombre. -Jane. Mírame, Jane.

Sus ojos se abrieron y lo miró fijamente.

Una primaria elocuencia lo animó.

-Contempla la cara de tu amante. No soy una estatua. No soy una obra de arte. Soy tu amante.

-Sí -replicó ella; extendió la mano y le acarició las mejillas, el cuello, el pecho-.Mi amante.

Sus caricias magnificaron la sensación de triunfo. Blackburn apresuró el ritmo. Los dedos de Jane se hincaron en su cintura, y él incremento la cadencia de sus movimientos aún más. Jane levanto las caderas para recibirlo por entero…y se paralizó. Sus ojos se dilataron. Tembló, y cada uno de los músculos de su interior se contrajeron alrededor de él.

Frenético, la aplastó contra el almohadón. Ella le clavó los dedos en la espalda. Él bombeó dentro de ella. Llegó el orgasmo… y

todo movimiento se detuvo. Arrebatados por ese instante de supremo placer, se miraron a los ojos.

Ya estaba. Estaban unidos.

Tembloroso, él vertió en ella su simiente mientras ella se aferraba a él con toda la fuerza de una mujer poseída. Y a medida que el frenesí iba menguando lentamente y él descendía para cubrir el cuerpo de ella con el suyo, se le cruzó por la mente la idea de que ella estaba poseída. Y lo estaba por él.

Igual que él lo estaba por ella.

A medias sobre el almohadón, a medias sobre el suelo, permanecieron tendidos mientras sus respiraciones se normalizaban y retornaba la conciencia individual de cada uno. Blackburn pensó que tal vez debiera decir algo significativo. Algo que comunicara a Jane que ése no había sido un encuentro casual, un impulso de un instante. Algo había sucedido allí ese día, algo que él nunca había vivido, algo de cuya importancia era plenamente consciente, aunque no acertara a comprenderlo.

Primero, debía quitarse de encima de ella. Un caballero siempre se apoyaba sobre los codos, y él había demostrado no ser ningún caballero. Pero lo atenazaba una extraña renuencia a levantarse. Había poseído a Jane. Estaba seguro de que ella lo entendía así, Y, al mismo tiempo, no quería ceder un ápice de ese control, casi como si estuviera convencido de que ella huiría a la primera oportunidad.

¡Qué absurdo! Separó su pecho del de ella, lentamente. La cabeza de Jane estaba vuelta, sus ojos fijos en el biombo, y Blackburn se alarmó. Con gentileza, apartó los mechones que cubrían su frente.

-Jane.

Ella giró la cabeza y, con tono claro y preciso, dijo: -Necesitas una hoja de un tamaño proporcionado al del tronco.

A Blackburn le llevó un rato recobrarse y entender a qué se refería.

-La... escultura. Sí, claro.

Jane frunció el entrecejo.

-¿Por eso te enfadaste tanto? -inquirió.

La situación no funcionaba como él había planeado. -Jane, no querrás hablar de eso ahora, ¿no? -Quiero comprender. ¿Era de eso de lo que todos se reían? Su tono tenía cierto matiz despectivo. La

cólera hizo que la voz de Blackburn sonara un poco áspera al responderle:

-No te rías de ello como si fuera algo irrisorio.

El involuntario y patético juego de palabras lo hizo encogerse. Pero Jane no lo percibió.

-Los hombres son seres extraños. -¿Los hombres?

¿Cómo se atrevía a decir algo así, después de haber empezado a hablar de la escultura en lugar de pronunciar murmullos amorosos y prodigarle dulces caricias?

-No te preocupes. De ahora en adelante respetaré la proporción correcta.

Jane trató de incorporarse, pero él no se lo permitió. Todavía estaba dentro de ella y, con muy poca provocación, podría enseñarle el modo apropiado de acabar un acto de amor.

-Quítate de encima -ordenó ella, empujándolo. -No.

Él le sujetó las manos.

Jane trató de liberarlas y él las sujetó con más fuerza. Ella empezó a patearle las piernas. Él se apoyó con más firmeza. Si quería guerra, guerra tendría. Le demostraría de qué madera estaba hecho el marqués de Blackburn. Forcejearon en silencio; sólo se oía el ocasional ruido sordo de un pie que golpeaba la madera del suelo, como acompañando el conflicto. Como era natural, él estaba ganando, aunque ella se empecinaba en no ceder, hasta que finalmente se detuvo.

-Sí -la apretó contra el almohadón, por fin has comprendido que soy más fuerte y..

-¡Chist! -lo interrumpió.

-Pero ¿qué ... ?

Entonces, él también lo oyó. El crujido de la escalera. Un golpe en la puerta. Y la voz sonora de Adorna que la abría, diciendo:

-Reverendo Rydings, señor Southwick, lord Mallery, señor Brockway. ¡No tenía idea de que tuvieran tanto interés por el arte, caballeros!

Jane gimió, sepultada bajo Blackburn.

-Éste es el nuevo estudio de mi tía. Supongo que tía Jane estará por aquí, en algún sitio... -Los pasos de Adorna sonaron dentro de la habitación-. No sé adónde habrá ido. Aquí hay una bota de hombre.

Tras el biombo el silencio era abrumador. Entonces, el señor Brockway dijo:

-La bota de Blackburn.

-¿En verdad lo cree? -preguntó Adorna-. Oh, sí, qué tonta soy. La reconozco por las borlas.

El horror marcó hondas líneas en el rostro de Jane.

-Aquí hay otra bota. -Adorna sonaba como la exploradora de una expedición de descubrimiento-. Y su chaqueta, su chaleco, su camisa y…

Se interrumpió.

-Pantalones. -Blackburn reconoció la voz de lord Mallery, con la astuta ironía que lo caracterizaba-. Señorita Morant, ese es el nombre de esa prenda.

-¡Oh! -Adorna mostraba sorpresa-. ¿Qué cree usted que significará todo esto?

Capitulo 25

Matrimonio. Aquella horrenda escena en el estudio del desván había significado matrimonio, y lo más apresurado posible, por medio de una licencia especial. Entre Adorna y Violet se habían asegurado de que así fuese. Aquel día, Jane había estado sumida en un estupor artístico, pero no era tan estúpida. Podía reconocer un ardid femenino bien meditado cuando lo tenía ante los ojos.

Y lord Blackburn había consentido de buena gana. Si ella no hubiese visto con sus propios ojos su consternación, Jane habría pensado que formaba parte de la conspiración.

Condenados todos. El mismo día, casi en el mismo instante en que ella había resuelto una vez más vivir de su arte, buscar fortuna en el extranjero, aquellas tramposas mujeres le habían enviado a su enemigo para que la conquistase.

Se miró en el espejo de su nuevo dormitorio y vio a la mujer a medio vestir que se reflejaba allí.

Blackburn la había derrotado una y otra vez desde su boda, hacía una semana. Repetidamente, y con gran vigor. Ella se había resistido con toda su voluntad. Lo había ignorado. Había fingido estar en otro sitio. Había recitado poesía para sus adentros.

Ella no había ganado. Ni una sola vez. Con encanto, con gracia, y con un devastador conocimiento del cuerpo de ella, él le había impuesto el placer. Cada vez, una partícula del resentimiento de Jane había desaparecido. Cada vez, ella había respondido.

Por lo visto, la respuesta de ella no lo satisfacía. Sabía que ella le escamoteaba el santuario de su mente, y él la quería toda entera, toda suya, en sus brazos.

-Milady.

Jane no prestó atención.

-Lady Blackburn -la llamó con más firmeza la anciana doncella.

Jane comprendió azorada que se dirigían a ella. Apartó la vista de su imagen y miró el vestido que Moira sostenía en alto.

-¿Se pondrá usted el de cordoncillo de algodón dorado? Jane se contuvo a duras penas de encogerse de hombros. -Como usted quiera.

-Sí, el de cordoncillo dorado.

Blackburn estaba apoyado en el marco de la puerta y sonreía con su odioso aplomo.

¿Qué estaba haciendo ahí, con ese aire de complacencia, vestido por entero de negro y blanco? Siempre la ponía nerviosa con su actitud de propietario y su permanente vigilancia.

-El dorado da un matiz cálido a tu piel. Esta tarde debes lucir mejor que nunca. De otra manera, Susan se sentiría insultada.

Su atuendo, o más bien el hecho de no llevarlo, la ponía en desventaja.

-No estoy vestida, milord.

-Ya lo veo.

La mirada de él jugueteó con el encaje que adornaba la parte superior de la camisa de Jane, se deslizó por los hombros, bajó por la esbelta línea de sus enaguas y cosquilleo en los pies enfundados en medias.

-Así, desvestida, estás adorable.

-Si te marcharas, me concentraría en terminar.

-Mi querida lady Blackburn. No es necesario que me marche. Estamos casados, ¿lo recuerdas?

Estaba exhibiendo su famoso encanto. Y el encanto de Ransom Quincy, marqués de Blackburn, no era una característica que inspirase confianza a Jane.

-No puedo olvidarlo.

-Además, no es lo que piensas. -¿Qué es lo que pienso?

-Imaginas que soy un insaciable libertino, que invado tu dormitorio porque siempre alimento ideas lascivas con respecto a ti.

Moria contuvo la risa y Jane emitió una queda protesta escandalizada.

-Pero eso es sólo la mitad de la verdad -añadió. -¿Y la otra mitad?

-He venido a ayudarte. Si no estás apropiadamente vestida, naufragarás en los traicioneros bajíos de la buena sociedad.

A Jane le cosquilleo la piel mientras lo contemplaba en el espejo. Estaba experimentando de nuevo la incómoda sensación de que él la perseguía, aunque no se hubiese movido ni un milímetro de la puerta. ¿Por qué? Ya la tenía atrapada en todos los sentidos posibles.

-Tu nobleza me abruma.

-Así lo espero -replicó, suspirando con afectada fatiga-. Los sacrificios que debe hacer uno...

Jane no quiso responder a la provocación. Incluso se negaba a reconocerla.

Librodot

-Es muy amable el gesto de lady Goodridge de convertir su té en una recepción nupcial.

También habían contado con su aprobación para aquella boda apresurada.

-Será toda una sensación -una sonrisa Jugueteó en la boca de Blackburn mientras se acercaba a Jane-. Todos en la sociedad querrán comprobar si es cierto que, al fin, me he prendado de la señorita Jane Higgenbothem.

Se situó detrás de ella, se inclinó y le rozó suavemente la nuca con los labios.

-Haré evidente mi adoración.

Moira se movió nerviosa, incómoda, sin saber si quedarse o marcharse. Era un conflicto al que había tenido que enfrentarse varias veces esa última semana.

-No nos convendría llegar tarde -alegó Jane.

Él le apoyó las manos en los hombros y los rodeó con suavidad.

-Otra vez.

Una oleada de calor subió desde los pezones de Jane hasta su frente, y él observó satisfecho el despliegue de rubor.

Pero ella le respondió con acrimonia:

-¡Pues sí, otra vez! Si llegamos tarde y nos marchamos temprano una vez más, la ignominia no se desvanecerá nunca por completo.

Él se sorprendió. Sus dedos se clavaron en la piel de Jane y su sonrisa se crispó.

-¿Qué ignominia?

-Nos sorprendieron en mi estudio hace dos semanas, milord, y una semana después nos casamos. Ése es el último de una larga serie de escándalos comprometedores, ¿no crees?

-¡Ah! -Se relajó, aflojando la tensión previa tan rápidamente que ella pudo haberla imaginado, y restó importancia a la cuestión gesticulando con un dedo-. Ahora eres una Quincy. Lo que piensen en la sociedad no nos atañe.

Hablaba con sincero desdén, pero... De algo le había servido estudiarlo tan profundamente: percibió que algo lo perturbaba. No la pasión, sino cierta emoción que lo tenía preso en sus garras... y que se relacionaba con ella.

Jane se libró de sus brazos y se volvió para mirarlo de frente. -¿Por qué te has inquietado cuando he mencionado el escándalo?

-¿Inquietado? -Miró más allá de ella, al espejo, y se arregló la corbata-. Quizá pienses que a estas alturas ya debería haberme acostumbrado al escándalo. -Le dirigió una sonrisa fugaz, como para atenuar el efecto de sus palabras-. Vamos, tenemos que darnos prisa.

-Creía que éramos unos Quincy y que no era necesario que nos preocupáramos por esas pequeñeces.

-Es verdad, pero sí debemos preocuparnos por Susan. Ella no tolera esperar.

Chasqueó los dedos indicándole a la doncella que se adelantara. Moira se aproximó con el vestido, dispuesta a vestir a Jane ahí mismo, delante de BI.ackburn, pero Jane prefirió ir detrás del biombo.

-Y debemos acompañar a Adorna en su temporada.

La voz de Blackburn sonó más cercana, como si no estuviese dispuesto a permitir que algo tan simple como un biombo los separase.

Adorna había estado encantada con la boda y con la posibilidad de quedarse con Violet durante la breve luna de miel de cuatro días que debían pasar en Tourbillon. Pero Jane no podía dejar a su sobrina con los Tarlin indefinidamente; además, en su nueva posición como lady Blackburn, podría introducirla en sociedad con una influencia tan grande como la de cualquier dama del círculo elegante. Moira le pasó el vestido por la cabeza y Jane se apresuró a bajárselo.

-¿Te molesta ocuparte de Adorna?

-De ningún modo. Es una muchacha encantadora. Pero no podemos permitir que se impaciente. -Blackburn apareció a la vista-. Podría ocurrírsele marchar sin nosotros.

Jane se enfrentó a él sujetándose el cuello, mientras Moira se ocupaba de cerrarle la espalda.

-Ella no haría tal cosa.

-Desde luego que no -replicó Blackburn, con una mueca graciosa-. Desde que ha llegado aquí, me ha impresionado por su buen sentido.

Adorna se había instalado en la casa de los Blackburn hacía tres días. Y desde el instante en que llegó había organizado todo un caos.

No era que se lo propusiese. Pero el matrimonio de su tía con el marqués de Blackburn había convertido a una joven de por sí

Librodot

aceptable en un partido francamente deseable, hasta para la más exigente de las madres. Las visitas matinales de los caballeros se habían duplicado; en los bailes, la rodeaba una multitud impenetrable, y Jane podía reconocer esa expresión de salvaje enamoramiento en los semblantes de varios de los pretendientes. Temía que se avecinara otro intento de rapto.

O algo peor, pues Adorna había estado pensativa y callada, como sumida en hondos pensamientos... algo poco habitual en ella.

-Ya estoy casi lista -dijo Jane.

Cuando descendían la escalera, cogidos del brazo, Blackburn bajó la mirada hacia el estudio.

-¿Qué está haciendo aquí tan tarde?

En la entrada estaba monsieur Chasseur, con los puños apretados y la cabeza gacha.

-No lo sé -repuso Jane; cuando llegaron a la entrada, preguntó, subiendo la voz-: ¿Hay algún problema, monsieur?

El profesor francés levantó la cabeza con brusquedad.

-Lady Blackburn -saludó-. Er.. non. Sólo venía para asegurarme de que mademoiselle ha aprendido a la perfección su frase en francés.

-¡Qué dedicación! -dijo Blackburn, arrastrando las palabras-. ¿La ha aprendido?

La tensa sonrisa de monsieur Chasseur irradiaba frustración. -Como siempre, la señorita Morant es un desafío, milord, pero seguimos adelante néanmoins -hizo una reverencia-. Ustedes están listos para la recepción, y yo debo irme.

-Au revoir, monsteur Chasseur -se despidió Adorna desde el vano de la puerta del estudio, saludándolo con la mano-. Hasta mañana.

-A demain -respondió el aludido.

-¿A... qué? -preguntó Adorna, frunciendo la nariz.

-A demain. Que quiere decir «hasta mañana». Ya le he dicho que a demain significa... -Chasseur se interrumpió, con un dedo levantado y un intenso sonrojo en su pálido rostro-. N'importe pas, mademoiselle. No importa.

Blackburn carraspeo viendo al profesor salir a escape de la casa. Jane comprendió que con el carraspeo sólo trataba de disimular la risa.

-No es muy cortés reírse -le reprochó.

-Pero a ti también te han dado ganas -repuso él.

Librodot

Era verdad. Se habría reído de buena gana. Pero si hubiese cedido y lo hubiera hecho eso habría minado su justificado resentimiento. Y si ella perdía incluso ese poso de rabia, aquella incontenible esperanza emergería a la superficie. Empezaría a recordar… a recordar cuánto había adorado a Blackburn, cómo bastaba una simple mirada de sus ojos oscuros para sacudirla, cuánto la fascinaba siempre su conversación.

Cuánto lo amaba.

Si dejaba libres esos recuerdos y cedía a la esperanza y al amor, sería otra vez vulnerable. Y si él volvía a rechazarla, no sabría cómo recuperarse del golpe… si acaso conseguía recuperarse.

-Nunca sé de qué está hablando monsieur Chasseur -admitió Adorna, sufriendo con su propia frustración-. Es tan solemne. Nunca sonríe. Y me enseña a decir las cosas más tontas.

-¿Por ejemplo?

Blackburn tomó el abrigo de Jane de manos del mayordomo y la ayudó a ponérselo.

Uno de los lacayos se había precipitado a ayudar a Adorna a ponerse su elegante chaqueta cortada.

-Hoy tenía que decir: Une maison bleue de prés le pain de miche a beaucoup d'habits rouges.

Blackburn le cogió la mano a Jane.

Ella la retiró para ponerse los guantes.

-«La casa azul cerca de la hogaza redonda de pan tiene muchas chaquetas rojas» -tradujo Blackburn.

Jane lo miró con suspicacia. En una ocasión, había dicho no saber hablar francés, y sin embargo acababa de hacer una traducción perfecta.

-¿Has terminado? -preguntó Blackburn. -¿Con qué?

-Con tus guantes. -Sí.

Volvió a tomarla de la mano y dijo a Adorna:

-Eso suena raro. ¿Todas las frases que te enseña son tan insólitas?

-¡Sí! Si tengo que hablar francés, quiero poder decir «Necesito un vestido de seda» o «Eres un hombre tan grande y fuerte … » -La última frase fue acompañada por un revoloteo de pestañas y un ensayado arrullo. A continuación, los ojos de Adorna relampaguearon de indignación-. Algo útil. No esas tonterías.

Jane recordó la ineptitud de Adorna para el idioma y sugirió: -Tal vez no recuerdes correctamente tu frase del día.

Librodot

Adorna golpeó el suelo con el pie.

-¡La recuerdo! Además, cuando los caballeros me preguntan qué he aprendido, ninguno me corrige.

La mano de Blackburn apretó dolorosamente la de Jane. -¿Los caballeros?

-Sí. Ellos me preguntan, y yo les respondo.

-¿Quién te pregunta? -Insistió Blackburn.

-Todos. Está de moda interrogarme -contestó Adorna, encogiendo los hombros mientras se ataba las cintas del sombrero bajo el mentón-. No sé por qué. Me imagino que los hace sentirse superiores, porque, por menos francés que sepan, ¡yo sé aún menos!

-¡Eso no puede ser! -replicó Jane.

-¿Se te ocurre otra razón? -preguntó Adorna.

A Jane no se le ocurría una opción plausible.

-El coche está en la puerta, milord -anunció el mayordomo de Blackburn.

Whent no era el mismo mayordomo que Blackburn tenía once años antes. En realidad, ninguno de los criados recordaba a la Jane de su primera visita, por mucho tiempo que hubiesen estado a su servicio. Había sido tratada con la mayor deferencia y con ciertos atisbos de afecto, trato que aumentaba la reserva de esperanza que pugnaba por sobrevivir en su interior.

Esa condenada, indomable esperanza.

Blackburn besó la palma enguantada de Jane y después la soltó para ofrecerle su brazo. Ella no titubeó y apoyó la mano en él de inmediato. Vacilar hubiese podido indicar aprensión por su parte, y ella no quería que él pensara que desconfiaba de él, salvo en la forma más superficial.

Luego, Blackburn ofreció su brazo a Adorna. Con una bonita sonrisa, Adorna lo aceptó, y él las condujo a la calle y las ayudó a subir al coche. Cuando los caballos se pusieron en marcha, dijo:

-Adorna, podría enseñarte una nueva frase que podrás usar en lugar de ese galimatías que te ha enseñado monsieur Chasseur. ¿Te gustaría?

-Oh, sí -respondió la muchacha, inclinándose hacia delante.

Blackburn se dirigió a Jane:

-¿Tienes alguna objeción?

-Ninguna -contestó Jane-. Si eso la ayuda a aprender francés me daré por satisfecha. Sólo me pregunto por qué no se me habrá

ocurrido. Desde mañana, indicaré a monsieur Chasseur que le enseñe las frases que ella desee aprender.

Blackburn parecía taciturno. ¿En qué estaría pensando?

-Eres una mujer muy inteligente, Jane -afirmó; y con un atisbo de su antigua pesadumbre, agregó-: No sé si admirar ese rasgo en ti.

«No, no lo admiras», se dijo Jane, sofocando un suspiro revelador. Los hombres no admiraban a las mujeres inteligentes.

Adorna no percibía los matices de la conversación.

-Ella es inteligente -comentó-. Es más sabia que cualquiera que yo conozca. Mi madre solía decir que la tía Jane era tan inteligente que algún día eso le acarrearía dificultades.

El elogio de Adorna dio alas al cinismo de Blackburn.

-No se equivocaba.

-Sí, pero a pesar de eso, tú te casaste con ella.

Afectando imparcialidad, Adorna miró a ambos.

-Todo un alarde de magnanimidad por su parte -dijo Jane, cortante.

Blackburn la observó con esa enervante concentración. Estaba buscando algo, aunque Jane no hubiese podido decir de qué se trataba, pero le devolvió la mirada con un gesto altanero. Que supusiera de ella lo que quisiera. Le traía sin cuidado.

-Está bien -dijo Blackburn-. Hablaré con monsieur Chasseur. Déjamelo a mí.

-Como quieras -concedió, y se dirigió a Adorna para decirle-: «Quiero comprarme un vestido» se dice je voudrais acheter une robe pour moi.

-¿Y qué te parecería? Une maison bleue de prés le pain de miche a quelques-uns d'habits rouges? -sugirió Ransom.

Adorna frunció el entrecejo, con expresión suspicaz.

Jane tomó aliento y lo soltó. Tenía la sensación de que le faltaba una clave fundamental para comprender qué pretendía Blackburn.

-«¿La casa azul cerca de la hogaza redonda de pan tiene algunas chaquetas rojas?» ¿Cómo puedes pensar que eso le interese a Adorna?

-En un momento habremos llegado a la recepción -Blackburn observaba a Adorna con tal intensidad que parecía querer convencerla con su propio convencimiento-. Es un cambio tan pequeño que lo recordará con facilidad.

Aquello carecía de sentido para Jane, pero Adorna asintió. - Une maison bleue de prés le pain de miche a quelques-uns d'habits rouges -repitió-. Puedo recordarlo.

Librodot

Capitulo 26

-Usted es un buen amigo de Blackburn. De hecho, era su mano derecha. ¿Cuánto tiempo cree que ella podrá retenerlo, realmente? -preguntó lady Kinnard sotto voce, y se inclinó de inmediato para escuchar la respuesta de Fitz.

Fitz señaló a Blackburn, de pie en el extremo más alejado de la fila de recepción, que aceptaba las congratulaciones con aire de complacencia y autoafirmación.

-No lo sé. ¿Por qué no se lo pregunta a él?

Lady Kinnard soltó un sonido sibilante, pero recompuso su semblante con una sonrisa y se acerco a la señorita Morant.

-Es toda una suerte para usted que su tía se haya casado tan bien -la oyó decir Fitz.

-Es toda una suerte para lord Blackburn haberla encontrado de nuevo -replicó la señorita Morant, y se volvió hacia lady Goodridge-. ¿No es así, milady?

-Por supuesto -afirmó lady Goodridge-. Yo había esperado este momento desde que supe que a la buena crianza de Jane se unía su gran talento artístico. Es digna de ser una Quincy. -Su mirada se posó sobre la hija de lady Kinnard, que seguía de cerca a su madre-. Cosa que no puedo decir de otras jóvenes damas solteras que han hecho su presentación este año.

Al tiempo que la ofendida y silenciada lady Kinnard se adelantaba hacia lord y lady Tarlin, Fitz dirigió la vista hacia los recién llegados a la fila. En esos momentos, ésta se había extendido a todo lo ancho del odioso salón de baile rosado, hasta la escalera y, según se decía, hasta la misma puerta. Ahora se abalanzaban hacia las mesas, ansiosos de saciar su sed, de comer y de chismorrear con sus amigos en torno al más extraño de los enlaces.

Sin embargo, Fitz sabía que ninguno de los invitados podría competir, en cuestión de rareza, con la pareja que se aproximaba. El vizconde de Sainte-Amand, tan bien vestido como siempre, tan despectivo como siempre, rodeaba con un brazo a un sujeto endeble, de edad indefinida. El hombre, quienquiera que fuese, tenía el rostro ceroso de quien enfrenta de cerca a la muerte, y se apoyaba en un bastón con el afán de quien sabe que no se tendría en pie de otro modo.

Fitz jamás había visto a aquel individuo, ni sabía por qué se había personado en la celebración; aunque, de todos modos, se

Librodot

compadecía de ambos, tanto de Sainte-Amand, que se esforzaba por sostenerlo, como del desconocido, que miraba con tanta ansiedad a los recién casados.

-¿Necesitan ayuda? ¿Quieren que acerque una silla? -preguntó Fitz.

El desconocido ni siquiera lo miró, como si sus párpados fuesen demasiado pesados para levantarlos.

-Podemos arreglárnoslas -respondió Sainte-Amand-. Él no tendría que haber salido. Sólo ha venido para honrar a la señorita Higgenbothem... o más bien debería decir a lady Blackburn.

El extraño murmuró algo en francés, demasiado rápido y en voz en exceso queda como para que Fitz lo entendiese, y Sainte-Amand lo condujo más allá de la señorita Morant, como si ella no existiese... algo que Fitz no había visto hacer a ningún hombre. Era evidente que el desconocido estaba muy enfermo.

La señorita Morant se encogió de hombros ante la mirada inquisitiva de Fitz, y sólo Sainte-Amand devolvió el saludo de lady Goodridge. A esas alturas, los franceses concentraban toda su atención mientras pasaban con andar inseguro ante lord y lady Tarlin, y se detenían directamente delante de la flamante lady Blackburn.

La expresión de ésta fue una mezcla de puro horror y asombrada alegría.

-Monsieur Bonvivant, jamás hubiese esperado... Me siento honrada.

-He venido... a felicitarla con ocasión... de su matrimonio.

Hablaba con fuerte acento, y entrecortadamente debido a una respiración trabajosa.

-Gracias -repuso lady Blackburn, adelantándose. SainteAmand lo soltó y ella envolvió al extraño en sus brazos-. Merci beaucoup.

Cuando él le devolvió el abrazo tocando una mejilla de ella con la suya y luego la otra, el bastón se balanceó en su mano.

A Blackburn no le agradó la escena, y Fitz creyó entender por qué. Jane se había mostrado fría y estoica durante las horas que había durado el avance de la fila de recepción, componiendo la verdadera imagen de la marquesa inglesa, sin revelar una emoción ante nadie... ni siquiera ante su desposado. Y ahora, ese desconocido le arrancaba una desinhibido demostración de simpatía, bondad, placer, reverencia... incluso amor.

-Querida esposa -dijo Blackburn, acercándose a ellos-, preséntame a nuestro invitado.

Jane pasó su brazo por el del desconocido y los dos juntos se volvieron hacia Blackburn.

-Monsieur Bonvivant.

Lo dijo con tan orgulloso desafío en el tono que Fitz tuvo la impresión de que todos estaban obligados a saber quién era el tal Bonvivant. Fitz, al menos, no había oído hablar de él jamás.

-Es uno de los más destacados maestros de arte de Europa -dijo Jane-. Es... mi maestro de arte.

-Ah. -Blackburn miró a lady Tarlin, que sacudió la cabeza, perpleja-. Es un honor conocerlo, señor. ¿Usted... ha ayudado a mi esposa con sus... bocetos?

Bonvivant se hinchó como un sapo en celo.

-Ella no hace bocetos! -replicó, agitando el bastón, y Sainte-Amand lo sujetó porque vio que se tambaleaba-. Hacer bocetos es entretenimiento de damas. Mademolselle Higgenbothem... pinta. Es la vida. Su esposa posee un talento maravilloso, sobre todo con la arcilla. Estoy seguro de que sabrá usted potenciarlo.

Jane le dio suaves palmaditas en la mano.

-No se inquiete, monsieur. No podría soportar que enfermara usted por esta causa.

-Por ti -matizó el anciano, sonriéndole con una mueca dolorosa que dejaba al descubierto unos dientes amarillentos, desnudos casi hasta el hueso por el retraimiento de las encías-. Tienes talento. Lo mereces todo.

Fitz no era capaz de recordar otra ocasión en que hubiese visto a Blackburn tan obviado en una conversación.

-Mi esposa tenía un estudio en casa de lady Tarlin.

-Pero ¿tendrá un estudio en su casa? -inquirió Bonvivant, clavando la mirada de sus ojos hundidos en Blackburn-. Se ha casado usted con ella, y tiene hacia las futuras generaciones la responsabilidad de concederle libertad artística.

-¿Las futuras generaciones? -Blackburn se tocó la corbata-. Sí, tengo que pensar en las futuras generaciones.

Fitz sospechó que no se refería a las mismas futuras generaciones en las que estaba pensando Bonvivant. No. Blackburn sin duda aludía a futuras generaciones de Quincy y al placer de concebirlas.

Pero Bonvivant pareció contentarse con la respuesta.

Librodot

-Muy bien. -Lanzó un fuerte suspiro, y la breve llamarada de personalidad y fuego se apagó-. Entonces, he cumplido mi deber. Vamos, Sainte-Amand, ya puedo volver a casa.

Reinó el silencio mientras los dos extraños compañeros se alejaban, Sainte-Amand sosteniendo a Bonvivant, que estuvo a punto de caer. Lady Goodridge llamó a un lacayo que se apresuró a ayudarlos; todos procuraron no mirar a Jane, que enjugaba una lágrima con un dedo enguantado.

La señorita Morant rompió el silencio.

-Tía Jane, ¿allí era donde ibas siempre que desaparecías? ¿A tus clases de arte?

-No siempre, querida -contestó Jane, con voz un tanto ronca-. Sólo tomé unas pocas lecciones hasta que... otros sucesos las interrumpieron.

Blackburn se llevó los dedos a la frente. -¿En la casa de Sainte-Amand? -preguntó. -Sí.

Fitz creyó que Blackburn diría algo más, pero se rió con carcajadas entrecortadas, rápidamente contenidas, y se volvió hacia los otros.

-Cualquier otro invitado que se presente habrá llegado demasiado tarde para la recepción -anunció-. Jane y yo los saludaremos, desde luego, pero los demás pueden ir a divertirse.

-Gracias a Dios -dijo Adorna-. Mi rodilla ya casi no da para más con tantas reverencias.

-Una no habla de sus rodillas en un grupo mixto, señorita Morant -la regañó lady Goodridge, casi distraída-. No es correcto.

Fitz lanzó un expresivo resoplido, pero lady Goodridge lo ignoró, con toda la majestad de una reina amazona.

Fitz también la ignoró. Él era Gerald Fitzgerald, el último de los Fitzgerald irlandeses, tan importante como cualquiera de los varones presentes... al menos en su propia opinión. Tal vez algunos no estuviesen de acuerdo, pero no importaba que ella no lo estuviese. Fitz la miró de costado. No importaba en absoluto.

Si ella no cooperaba con sus planes para lograr un medio de vida aprovechando su atractivo y su virilidad, siempre podía considerar la oferta de los franceses.

Y eso haría. ¡Vaya que si lo haría!

-Si lo desea, señorita Morant -dijo lady Goodridge con rígido decoro-, y si cuenta con el consentimiento de su tía, puede ir con sus

amigos, dando por sentado que seguirá todas las reglas de la corrección sin excepción.

-Violet, ¿puedes acompañarla y cuidar de ella? -pidió Jane con comprensible prudencia.

-Sí, querida. -Lady Tarlin juntó sus mejillas con las de Jane-. Aunque insisto en decirte que Adorna jamás nos dio un solo problema mientras estuvo con nosotros.

-Salvo aquella vez que desapareció con el viejo vizconde de Ruskin... ¡ay! -Lord Tarlin se apretó sus maltratadas costillas mientras su esposa exhibía una sonrisa radiante y se frotaba el codo-. Jamás un problema -se apresuró a corregir Tarlin-. Pero, por si acaso, iremos los dos.

Adorna hizo otra reverencia, con tanta gracia como la primera de la velada, y el reducido grupo se alejó lo más rápidamente posible. A Fitz le pareció que la antigua señorita Higgenbothem los observaba con nostalgia y que Blackburn observaba con inusual atención a la señorita Morant. Sacudió la cabeza como si sus pensamientos fuesen demasiado fantasiosos y volvió a concentrarse en el grupo que tenía ante sí.

Fitz se puso frente a Blackburn y le ofreció la mano. -El matrimonio te ha cambiado.

Blackburn la aceptó y las estrecharon con entusiasmo. -Para mejor, espero.

-Sólo puedes cambiar para mejor -bromeó Fitz, y le estrechó la mano con fuerza.

Blackburn retiró la mano y la flexionó, haciendo una mueca de dolor.

-Tú me ganas, tanto en fuerza como en astucia.

-No -replicó Fitz, e inclinó la cabeza hacia la nueva lady Blackburn, que estaba junto a su esposo. Tomó los dedos de Jane, los besó con suavidad y dijo con su voz más profunda, matizada con su mejor acento-: Tú has ganado todo lo que es más importante, porque has tomado por esposa a la mujer más adorable de la tierra.

Fitz pensó que Jane no parecía muy conmovida por el elogio.

Más aún, dio la impresión de querer poner los ojos en blanco, aunque respondió con cortesía:

-Gracias, señor Fitzgerald. Es un cumplido adorable.

-Soy famoso por ellos -repuso Fitz-. Pero en honor de usted puedo hacerlo mejor. ¿Qué tal si digo... que sólo Blackburn la merece pues, aunque tardó una década, fue el único lo bastante

Librodot

inteligente para reconocer la inteligencia y el talento que usted reúne en su persona?

Fue evidente que ese cumplido tampoco fue del agrado de Jane. Más bien, por un momento, Fitz pensó que iba a replicarle con una franca imprecación... o a gritar. Pero Jane recobró la compostura y se dirigió a su flamante cuñada. A lady Goodridge, con su elevada moral y su exagerado aprecio por sí misma; y con su fabulosa fortuna, que languidecía por falta de uso.

-Ahora entiendo por qué le agrada el señor Fitzgerald -afirmó Jane-. Él sabe alimentar con mucha destreza la vanidad de una mujer.

-Sí. La vanidad de cualquier mujer -replicó lady Goodridge con acrimonia-. Si me disculpa, tengo que atender mis deberes de anfitriona.

Se alejó a grandes pasos y, contra su voluntad, Fitz se quedó admirándola. Era una magnífica figura de mujer, aunque fuese mayor y menos núbil que... Adorna, por ejemplo. O que Jane. Con todo, había algo especial en lady Goodridge.

-Un odioso engreimiento -dijo Fitz, más para sí que para Blackburn-. Los Quincy tienen de sí mismos un concepto insoportablemente elevado.

Blackburn respondió, imitando sin saberlo a su hermana: -La superioridad no es un concepto. Es un hecho.

Encantado con la consistencia de la arrogancia de su amigo, Fitz preguntó a Jane:

-¿Cómo lo soporta?

-Es muy fácil de soportar.

Aunque las palabras eran las correctas, Jane parecía demasiado compuesta para ser una mujer poseída por el amor. Pero Fitz sabía cuánto hacía que ella abrigaba un tierno sentimiento hacia Blackburn. Era improbable que ya hubiese espinas entre las rosas... aunque la mano enguantada de Blackburn se había crispado.

Entonces, Fitz creyó identificar el motivo de su crispación. -¡Oh, maldición! Ahí están nuestros recién llegados. Athowe y Frederica.

Blackburn echó un vistazo hacia la escalinata, donde el conde y su dama aguardaban a ser anunciados.

-¡Qué placer! -dijo, remarcando las palabras con mortífero sarcasmo.

Librodot

Reaccionaba como el Blackburn que Fitz siempre había conocido, y eso lo alegró. En su opinión, la guerra había dañado a Blackburn más de lo que él admitía. El matrimonio, en cambio, le había devuelto su antigua forma de ser.

-¿Te dejo recibir a tus amigos en paz?

Fitz no desperdiciaría la oportunidad de burlarse. Blackburn le aferró la muñeca con la mano.

-Compartiremos el riesgo.

-Lord y lady Athowe -saludó Jane; era la viva imagen de una leona defendiendo al clan-. ¡Qué grato que hayan venido!

-¡No me lo habría perdido por nada del mundo! -dijo Athowe con entusiasmo, tomando la mano de Jane y besándola con fervor-. Toda la ciudad habla de esta boda. Un golpe increíble, señorita Higgenbothem.

-Lady Blackburn -Intervino Blackburn, recuperando la mano de su esposa y envolviéndola con la suya-. Ahora es lady Blackburn.

-Es difícil que él esté dispuesto a admitirlo -afirmó Frederica; estaba vestida de un más que adecuado tono ácido de verde manzana-. Todavía la idolatra.

Se hizo un incómodo silencio. Fitz se apresuró a intervenir: -Como todos lo hacemos.

-¡Es tan conmovedor! -Frederica posó una mano sobre el brazo de Jane-. Me he pasado todos estos años oyendo decir: «Ah, si fueras como la señorita Higgenbothem, Frederica, no estaríamos en apuros financieros». Y «La señorita Higgenbothem no habría derrochado en el juego toda su asignación, Frederica».

-Frederica -advirtió Athowe, sin convicción, en un tono desagradable que hizo que Fitz tuviera ganas de asestarle un puñetazo en la cara-. Ya está bien.

-No te habría gustado estar casada con él, ¿sabes, Jane? -Frederica dirigió al aludido una mirada venenosa-. Es un avaro.

-Esta conversación es absurda -dijo Blackburn bruscamente.

-Athowe le hacía la corte hace muchos años -dijo Frederica-. ¿No te acuerdas, Blackburn?

En el fondo de la memoria de Fitz surgió un recuerdo. Por Dios, era cierto que Athowe había estado prodigando atenciones a la señorita Higgenbothem, y había creado cierta agitación al abandonarla por Frederica. Después del escándalo, Frederica había aliviado sus sentimientos heridos con generosas dosis de exagerados

Librodot

halagos, y habían acabado casándose. Al menos ésa era la historia que Fitz recordaba.

A juzgar por la expresión de Blackburn, él también la recordaba.

Jane, en cambio, con admirable compostura, dijo: -Nunca se habló de mi casamiento con lord Athowe.

La admiración de Fitz por ella aumentó.

-Eso no es lo que dice Athowe -replicó Frederica-. ¿Es así, Athowe? Siempre recuerda aquellos momentos en la estrecha alcoba. ¿Por qué no nos cuentas algo de eso, Jane? Sólo he oído la versión de Athowe, repetida hasta la saciedad.

Jane pasó la mirada de Frederica a Athowe, perpleja aunque no consternada.

-Me temo que no lo recuerdo.

Decía la verdad. Fitz habría apostado su voluble alma a que lo hacía. El semblante de la mujer no exhibía ninguna crispación de culpa, ningún cambio de color. Permanecía callada, esperando a que fuese disparada la siguiente andanada.

Blackburn seguía teniéndole la mano; Fítz vio que flexionaba los dedos apretándola.

-Eso es todo. No queremos oír hablar más de esto.

Frederica parecía abatida y Athowe apopléjico. Pero entonces, una sonrisa gatuna se extendió por el rostro de la mujer.

-Es verdad que no lo recuerdas, ¿no es cierto? -preguntó a Jane. Se volvió hacia Athowe-. Ella no lo recuerda. ¡Tu instante más sagrado, el momento culminante de tu desdichada vida, y la señora no lo recuerda! -Echó atrás la cabeza y rió con una carcajada prolongada y afilada-. Esto es maravilloso.

Sin mirar a Jane, enrojecido y humillado, Athowe musitó una disculpa. Agarró el brazo de Frederica y tiró de ella con brusquedad. La risa siguió llegando hasta ellos, todavía aguda y con un matiz de temeridad que dio a Fitz ganas de alejarse de todas las mujeres por el resto de... bueno, durante un tiempo.

Con los ojos entornados, Blackburn se quedó mirando a la pareja que se alejaba.

-Me pregunto por qué los habrá invitado Susan.

-Yo me pregunto si Susan los ha invitado -repuso Fitz.

Blackburn sopesó la idea.

Librodot

-No había pensado en ello. -Sin titubeos, se volvió hacia su esposa. Levantó las manos unidas de ambos y besó el dorso de la de ella-. ¿Quieres que te traiga algo de beber?

Si un instante de sospecha había cruzado su mente, no dio señales de ello. Fitz disimuló una sonrisa. Se podía confiar en que Blackburn trataría las acusaciones de Frederica con el desdén que merecían.

-Tengo sed -respondió Jane-. Y, a riesgo de ofender a lady Goodridge in absentia, a mí también me duele la rodilla después de tantas reverencias.

Fitz advirtió que Jane no se disculpaba ni ofrecía ninguna explicación por su conducta de once años atrás. Y, al recordar el apego de la antigua señorita Higgenbothem a Blackburn, sospechó que ella siempre había tenido el buen tino de ignorar las atenciones de Athowe.

Del mismo modo que él estaba siendo ignorado.

La comparación le dolió, como también la conciencia de que pronto se vería obligado a tomar una decisión.

Sainte-Amand estaba presionándolo para que le diese una respuesta. La salud de su madre estaba empeorando por momentos. Fitz no tenía alternativas. Ninguna, en absoluto.

-Si Fitz te consigue una silla -dijo Blackburn-, traeré algo de beber y de comer.

-Con gusto -accedió Fitz.

-No tengo hambre -dijo Jane.

Blackburn volvió a besarle la mano, esta vez con más fervor. -Yo te tentaré.

Fitz esperó a que Blackburn se hubiese alejado antes de buscar una silla y ofrecer su brazo a la dama.

-Debo decirle, lady Blackburn, que he estado en la fila durante dos horas, y que he estado esperando casi veinte años este momento.

-¿Qué momento, señor Fitzgerald?

Jane se dejó conducir a su silla y se sentó, exhalando un suspiro de cansancio.

-El de ver casado a mi mejor amigo, y el de ver cómo ese canalla cínico, le ruego que me perdone, milady, vigila a su nueva esposa como un hombre convencido de que alguien podría arrebatársela. Ha caído en las redes del amor, y caído con fuerza.

Librodot

Fitz se frotó las manos. Jane adoptó una expresión de cortés incredulidad.

-¿Cómo dice?

-Cualquiera puede verlo. Observe cómo los miran a él y a usted. Véalos cómo murmuran acerca de su enamoramiento.

Jane sonrió sin calidez.

-Vea cómo se preguntan cuánto tiempo pasará antes de que decida desterrarme al campo -replicó.

Semejante respuesta cortó el regocijo de él y le arrebató su deleite. Lo había dicho como si ella misma lo creyera. Pero estaba enamorada. Claro, tenía que estarlo.

-El matrimonio no es tan malo, ¿eh? Ni aun con ese hombre tan mayor.

-En absoluto. -Jane esbozó una tensa sonrisa-. De un día para otro, el matrimonio me ha elevado al doble de lo que me había hundido el escándalo. Además, ha resuelto mis preocupaciones acerca del futuro.

Fitz la contempló, con su bello vestido, su atractivo peinado, sentada tan recta y compuesta en su silla. Al parecer, estaba afectada por el nerviosismo de la recién casada, algo que él no habría imaginado en ella. Acercó una silla, se sentó cerca de Jane e, inclinándose hacia delante con los codos sobre las rodillas y las manos unidas, dijo:

-Conozco bien a Blackburn. Por más cosas que sea, y por más que no sean todas admirables, puedo asegurarle que es un hombre de principios. Ha hecho su juramento, y se atendrá a él.

-Lo desee o no. ¡Qué halagador!

¿Nervios? Esto más bien parecía un verdadero trauma.

-Él no se habría casado con usted si no hubiese querido. A riesgo de ser impertinente, le recordaría que ya sucedió así en otra ocasión.

Jane se ruborizó un poco, pero respondió sin ambages: -Antes no habíamos llegado tan lejos.

-No sé exactamente qué puede haber sucedido. -Salvo lo dicho por los testigos, -claro...-. Pero esta vez no habría llegado tan lejos si él, en última instancia, no hubiese estado dispuesto a casarse.

Jane no respondió y comenzó a retorcer, lenta y sistemáticamente, su pañuelo.

-Mire, ¿qué otros motivos podría tener para pretenderla a usted?

Librodot

-No lo sé, pero sí sé que no me dice toda la verdad.

Eso sacudió a Fitz. Él había sospechado lo mismo. Pero ¿qué podía esconder Blackburn?

-¿Quién dice toda la verdad? -preguntó, cambiando diestramente de tema-. ¿Le ha contado usted todos sus secretos?

-No tengo ninguno... aunque... -Había recordado algo, ya que se detuvo en mitad de la oración-. No, supongo que no lo he hecho.

-Ahí tiene, ¿ve? -Fitz giró la cabeza hacia ella de modo que Jane no tuvo más remedio que mirarlo-. Blackburn está bien sujeto, y ha sido usted quien lo ha logrado.

-Él no es un perro que pueda tenerse sujeto con una correa.

-No. -Fitz rió entre dientes, encantado-. Él es un semental, y usted... -De repente, comprendió que no era apropiado continuar la analogía-. Milady, no se arrepentirá de haberse casado con él.

Jane pensó en las seguridades que él le había dado y su expresión afligida se iluminó.

-Llámame Jane.

Por Dios, él había errado su función. Tendría que haberse portado como un reverendo dando consejos a una recién casada.

-Muy bien, Jane. Y tú, llámame Fitz. -Fitz... ¿crees que puedo confiar en él? -Plenamente.

Jane apretó la palma de su mano contra su corazón.

-Estaba más preocupada con respecto a su fidelidad.

-También puedes confiar en él en ese sentido.

Capitulo 27

Blackburn llenó un plato para Jane y se dispuso a atravesar el salón en sentido contrario, sin dejar de observar el grupo que se arracimaba en torno a Adorna. Todos aquellos caballeros -todos sospechosos- estaban pendientes de cada una de sus palabras como si estuviesen acuñadas en oro. Era probable que uno de ellos le pidiera que pronunciase cierta frase en francés, y en lugar de oír la que había elegido monsieur Chasseur, tornaría nota de la versión modificada por Blackburn.

Blackburn eludió a una señora algo achispada.

Aunque quizá todo fueran imaginaciones suyas. Desde que trabajaba para el señor Smith, a Blackburn le parecía descubrir conjuras a cada momento, pero ésta resultaba un tanto extravagante hasta para él. Desde luego sería una forma bastante rudimentaria de pasar mensajes.

Pero utilizar el lamentable francés de Adorna como código quizá fuera sólo uno de los métodos para transmitir información. Si Blackburn había roto el primer eslabón de la cadena de la inteligencia francesa, tal vez fuera posible deducir quiénes eran los otros eslabones.

Echó otro vistazo a Adorna. Si quería confirmar sus sospechas tendría que dejarla en paz para que hablase con quien se le antojara.

Además, tenía que volver a conquistar a su esposa.

Jane se mantenía erguida rígidamente en el carruaje que se tambaleaba por las oscuras calles de Londres, de regreso de la recepción. No quería volver a caer a los pies de Blackburn. Desde la precipitada boda, no lo había tocado por propia iniciativa. Sin embargo, las palabras de Fitz perduraban en su mente y ya no sabía qué pensar. Fitz admiraba a Blackburn, eso era evidente; corno también lo era que lo admiraba sin hacerse ilusiones. Tras haber avalado el buen carácter de Blackburn, la había obsequiado con relatos de la época que ellos dos habían compartido, riéndose de cada manifestación de la insoportable altanería de su amigo.

Ella también había reído por primera vez en quince días, y se rió más fuerte aún al levantar la vista y ver a Blackburn sosteniendo un plato y una taza y mirándola con el ceño fruncido.

Y ahora, se hallaba en un dilema.

Librodot

Podía desistir de su resentimiento contra Blackburn y admitir que quizá, sólo quizá, él se hubiera casado con ella porque quería hacer lo justo, porque la deseaba y porque... ella le gustaba.

O podía seguir enfadada. ¿Cuánto tiempo sería capaz de sostener esa actitud? Ella era una mujer práctica y tenía un carácter más bien apacible. Sabía que no podría continuar para siempre mostrándose fría con su marido... sobre todo porque lo amaba mucho.

Dejó perder la vista en la oscuridad que formaba un charco a sus pies.

Sí, lo amaba con todo el vigor de su desdichado corazón.

Por eso, dejaría que el enfado se desvaneciera, y en cuanto a esa partícula de esperanza, la esperanza de que él, algún día, correspondiese a su amor... Bueno, no la estimularía; pero tampoco la negaría.

-Jane, nunca me dijiste que habías tomado clases de arte.

La voz de Ransom sonaba tersa y cálida, como almíbar entibiado al fuego. Jane se puso automáticamente a la defensiva.

-Sólo tomé unas pocas.

-Monsieur Bonvivant parecía impresionado por tu talento.

Blackburn no parecía sentir repugnancia por sus habilidades. -Sí. Bueno... sí, eso es lo que dijo.

-¿Cómo conseguiste un maestro francés tan destacado?

-Cuando Sainte-Amand me encontró, me reconoció por una pintura que yo había hecho hacía mucho -contestó; no quería jactarse de sus primeros trabajos, pues Blackburn podía molestarse-. Tú lo recuerdas.

-En el jardín de Susan.

-Sí. Sainte-Amand me invitó a su casa a conocer a monsieur Bonvivant. -¡Qué excitada se había sentido! ¡Qué miedo y qué expectativa!-. No pude resistir. Cuando me dijo que el maestro había visto mi trabajo y lo había alabado, me sentí muy halagada.

Jane se dio cuenta de que estaba parloteando, al recordar aquel momento en que monsieur le había clavado sus grandes ojos y pronunciado las primeras palabras oficiales de elogio que ella había oído en su vida.

Avergonzada, dejó de hablar.

Blackburn se volvió hacia ella y le pasó el brazo por la espalda.

-Cuéntame más.

Librodot

Casi estaba animándola, pero Jane sabía que eso no podía ser. No había caballero inglés que no se sintiera inquieto ante su talento. Y Blackburn tenía sobrados motivos para sentirse así.

-Fui cuando pude, y él me enseñó mucho en pocas horas -explicó-. Yo estaba entusiasmada, quería contárselo a todos pero nunca me habían animado...

¿A revelar su talento? No, no podía decir tal cosa. Daría la impresión de que estaba quejándose, y ella no era de la clase de gente que siente compasión por sí misma. Sólo había sucedido que ella había sido práctica y había hecho lo que había que hacer, como generaciones de mujeres habían obrado antes que ella.

-Eso es todo -concluyó.

La mano de su esposo le frotó el brazo a través de la manga. -De modo que continuarás.

Jane aguzó la vista en la oscuridad de la noche, tratando de escudriñar su expresión, pero sólo pudo distinguir el brillo tenue de sus ojos. Su voz tenía un tono cuidadosamente neutral, y ella respondió en ese mismo tono:

-Me gustaría; pero si no fuera posible, lo entendería. Blackburn la acercó hacia sí.

-Tenemos que pensar en esas futuras generaciones.

-No pretendo ser una gran artista, pero...

Blackburn bajó la cabeza y le habló suavemente al oído. -Yo estaba refiriéndome a las futuras generaciones de Quincy.

-Ah. -El aliento de su esposo acariciaba las sensibles espirales de su oído, haciendo que se le erizara la piel-. Hablas de hijos.

-Nuestros hijos. -Sus labios tocaron esa zona suave del cuello, debajo de la línea del pelo-. No los descuidarías.

-¿Descuidarlos?

La desilusión la hizo estremecerse. Él no quería que ella pintara. No quería que trabajara la arcilla. Ella lo sabía, pues ese hombre había sido ridiculizado por su arte. No era ninguna sorpresa.

Él quería que fuera su esposa, que diera a luz a sus hijos, que se dedicara a la familia y excluyese todo lo demás. Ella también quería todo eso, pero...

-No podría descuidar a los niños -repuso, al fin.

-Muy bien -aceptó Blackburn, casi ronroneando, mientras le alzaba el mentón con el pulgar y recorría con él el músculo que va desde el cuello hasta la clavícula-. Sabía que no lo harías.

Dos sueños. Uno, crear una obra maestra imperecedera que vibrase de pasión para todo aquel que la contemplase. El otro... simplemente casarse con Blackburn y ser feliz.

Durante muchos años, habría hecho cualquier cosa por hacer realidad esos sueños. Ahora, tendría que sacrificar uno en aras del otro.

Dos sueños en litigio. Sólo uno podría triunfar.

Se volvió hacia Blackburn, le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su pecho.

-Cuando lleguemos a casa, ¿crees que podríamos empezar a trabajar por esas futuras generaciones?

-Ya lo has perdido.

Jane se sobresaltó pero no se volvió. Había reconocido la voz. Frederica, condesa de Athowe, había estado buscándola para decirle lo que todos estaban pensando.

-Anda detrás de tu sobrina como el potro que ha olido a la yegua.

Jane miró hacia abajo, a la multitud que rodeaba a Adorna, apretando los dedos en la balaustrada. La cabeza de Blackburn se veía cerca de allí. No estorbaba a los demás caballeros; más bien parecía animarlos. Pero ése no era el comportamiento de un marido enamorado. Era el de un amante resentido.

¿Por qué? Jane lo ignoraba. Desde hacía cinco noches, cuando se habían reconciliado en el coche, habían pasado todas sus horas juntos, apasionadamente entrelazados, descansando después de un encuentro apasionado o preparándose para el siguiente. Claro, de vez en cuando habían dormido. Incluso habían comido en alguna ocasión. Pero, más que nada, se habían dedicado a crear esa clase de vínculo inquebrantable con el que uno siempre sueña pero que rara vez ve.

Eso era lo que Jane pensaba, cuando menos.

Hasta ese día, cuando el ayuda de cámara de Blackburn había llevado un mensaje al dormitorio de ambos. Blackburn se había levantado, lo había leído y había anunciado, con una voz carente de inflexiones:

-Vamos a ir al baile en casa de los Manwyn.

Librodot

Y ahora, aquellos que se habían maravillado de la dedicación de Blackburn a su nueva esposa, tan simple, estaban riéndose a expensas de Jane.

-Qué humillante para ti -espetó Frederica, en un tono cada vez más hiriente y cruel-. Pero tú sabías que esto no duraría.

Jane se volvió y miró a Frederica. -Me gustaría pintarte.

Frederica arqueó las cejas e hizo una mueca.

-No como a un ser humano, sino como a un tejón, dentudo y de piel erizada.

En verdad, Jane casi podía ver la composición en su mente. Se imaginaba agregándolo a su carpeta de retratos.

Frederica se inclinó hacia adelante, encrespada, y desnudó los grandes dientes a los que Jane había aludido.

-Eres una perra. Has venido a Londres a robarme al hombre que yo había elegido...

-¿Tú habías elegido a Blackburn?

-No, a Athowe. Él era mío hasta que tú apareciste.

A Jane le daba vueltas la cabeza. Ese asunto con Athowe le causaba confusión. Ella no había sido más que un pasatiempo para él, y había huido de ella con bastante presteza cuando se desató el escándalo.

-Siguió siendo tuyo cuando yo me fui -replicó-. Confundes un breve enamoramiento con algo más serio.

-¿De verdad? -Frederica puso los brazos en jarras-. ¡Si durante años no he oído otra cosa que «Jane»! Ya estoy harta de eso.

-Yo no quiero a Athowe. Nunca lo he querido.

-Eso es lo peor de todo, ¿no es cierto? Él te quería a ti. Tú querías a Blackburn. Yo quería a Athowe. Y nadie me quería a mí. -Frederica retrocedió; sus mejillas eran de un rosado espectral bajo sus pesados polvos-. Por eso me proporciona un intenso placer ver a Blackburn engañándose tan pronto.

Jane miró otra vez por encima de la baranda. Blackburn seguía cerca de Adorna. Jane se sintió desmayar de celos.

Celos de su propia sobrina, cuando en realidad no creía que hubiese nada entre ellos. Blackburn nunca, jamás, había manifestado el menor interés por Adorna. Ni en un primer momento había puesto sus ojos en ella.

Jane lo sabía, precisamente porque eso le había llamado poderosamente la atención. A la mayoría de los hombres se les salían los ojos de las órbitas y babeaban cuando veían por primera

vez a Adorna. Blackburn, en cambio, había estado confraternizando con Jane.

Sin embargo, había habido una ocasión, en el coche, camino de la recepción, en que Blackburn había enseñado a Adorna una nueva frase en francés. Esta vez creyó que ellos se comunicaban sin palabras, pero habría jurado que la fascinación era puramente académica.

-Y ahora, ni siquiera tienes tu arte -dijo Frederica, con una simpatía francamente falsa.

Jane arrancó su mirada de la pareja que estaba abajo. -¿Qué?

-Has abandonado tu arte en homenaje a tu verdadero amor. ¿No es así?

Eso captó la atención de Jane. El día anterior había enviado un mensaje de despedida a monsieur Bonvivant intentando explicarle con insegura elocuencia que, por cuestiones prácticas, había desistido de ese sueño imposible. Bonvivant no se había marchado de la casa de Sainte-Amand, obligado al reposo por su enfermedad. De hecho, se había presentado en la recepción sólo en honor a ella; su encierro, incluso dentro de la casa de Sainte-Amand, era total. Por lo tanto, ¿cómo era posible que su decisión se hubiese divulgado con tanta rapidez?

-¿Por qué dices eso?

-Me lo dijo hoy mi profesor de francés. ¿Cómo se llama? Ese joven tan concienzudo...

-¿Monsieur Chasseur?

-Sí, ése -Frederica se alisó sus ennegrecidas cejas con un dedo, y Jane advirtió que la uña estaba roída hasta la raíz-. Es tan aburrido, tan intenso, que casi no puedo soportar sus lecciones. Por eso, cuando me transmite un chisme sabroso, raramente lo olvido.

-¿Monsieur Chasseur dice que he abandonado el arte? -Jane se inclinó sobre la balaustrada y miró otra vez hacia la pista de baile; esta vez, observó con cuidado, buscando con la vista a Sainte-Amand-. ¿Cómo lo sabe él?

-No lo sé. Supongo que se enteraría mientras daba lecciones a tu sobrina. -Frederica se inclinó sobre la barandilla-. Es tan bonita. ¿Cómo puedes soportarlo?

-Es algo de lo que no hablamos.

-Sí, yo odiaría hablar de ella, sobre todo si ya me hubiese robado a mi marido.

-No, me refiero al arte. No hablamos de ello.

Librodot

Jane descubrió a Sainte-Amand. Estaba solo, y su mirada iba de una persona a otra. Echó a caminar alrededor del salón pero se detuvo y contempló con anhelo al grupo de hombres que rodeaba a Adorna.

Aquel día en la playa, Sainte-Amand había comentado que conocía vagamente a monsieur Chasseur. Sin embargo, el profesor tenía que haber visto a monsieur Bonvivant o hablado con cierta familiaridad con Sainte-Amand. No había otra explicación.

Fitz se acercó a él y le habló, y Sainte-Amand respondió con notoria agitación.

-Me pregunto qué significará esto -dijo Jane, distraída-. Sainte-Amand está comportándose de manera extraña.

Tan extraña como Blackburn.

-Athowe también -musitó Frederica-. Hoy mismo enloqueció de furia en cuanto se supo la noticia.

-¿Athowe? -preguntó Jane, sorprendida-. ¿Furioso? -Y añadió-: ¿La noticia? ¿Qué noticia?

-Frederica -dijo Athowe desde sus espaldas-, deja de torturar a la señorita Higgenbothem.

Jane se volvió y prácticamente topó con Athowe, plantado allí en una molesta proximidad. Frederica se sobresaltó, con el aire culpable de cualquier mujer a quien se sorprendiese chismorreando sobre su marido.

-Vamos, mujer -insistió, sonriendo con afabilidad a Jane, con una mano metida dentro del chaleco, y dirigiéndose a Frederica en un tono más que desagradable-. La señorita Higgenbothem no necesita que le inocules tu veneno.

Frederica recuperó la compostura casi de inmediato, y con ella su sonrisa provocadora.

-Ahora es lady Blackburn. Se ha casado con su verdadero amor, ¿lo recuerdas?

Athowe giró la cabeza y miró a su esposa.

Fuera lo que fuese que Frederica vio en el semblante de su esposo, la asustó, porque retrocedió con rapidez.

-Me voy -dijo-. Pero recuerda lo que dijo en la recepción, Athowe. Jamás hubo una mínima posibilidad de que vosotros dos os casaseis.

El hombre avanzó un paso, y ella echó a correr.

Jane hubiese preferido estar en cualquier otro lugar en ese instante. Hasta tener que hacer frente a Blackburn y a su perfidia

Librodot

era mejor que presenciar esa desagradable escena entre marido y mujer.

Sin embargo, Athowe siguió hablando con tranquilidad, como si el incidente jamás hubiese ocurrido:

-Tendrá que perdonar a mi esposa. -Se acercó más a Jane-. No sabe cuándo debe callar.

Incómoda por su presencia, disgustada por cualquier discusión entre cónyuges, Jane se encogió de hombros.

-No me ha molestado.

-¡Qué afortunada es! Ojalá yo pudiese decir lo mismo -replicó; apoyó los codos en la balaustrada y observó a la gente, fijándose especialmente, sin duda, en Blackburn y en Adorna-. Esta noche casi puede sentirse el júbilo en el aire.

-¿Júbilo?

Más abajo, Blackburn no había dirigido la palabra a Adorna. Se limitaba a mirar y a escuchar, una actitud que hacía aún más desdichada a Jane. Bien, por lo menos Adorna tendría que arrullarlo para hacer que él la adorase.

-¿Por qué? -preguntó al fin.

-Mi querida señorita…

Jane le disparó una mirada severa, y Athowe se apresuró a corregir:

-Lady Blackburn, ¿no ha oído la información?

Por supuesto que ella no había oído ninguna información. Había evitado a sus amigos durante toda la velada.

-Ha atracado un barco repleto de soldados franceses en Breadloaf Rock, cerca de Dover.

Athowe remarcó cada palabra sin dejar de observarla, como si buscara algo. ¿Placer? ¿Excitación?

Blackburn había abandonado a Jane por Adorna. ¿Acaso Athowe suponía que a ella podrían importarle los franceses?

-Atacaron el fuerte que hay allí -continuó Athowe- Cuando fueron capturados, el comandante confesó haber recibido una información que resultó falsa a través de su red de espionaje. Al parecer, les habían dicho que las defensas del fuerte eran débiles, y el muy idiota pensó que sería un triunfo capturar a un puñado de soldados ingleses en suelo inglés y llevarse los prisioneros de vuelta a Francia.

Librodot

Lo dijo sin inflexiones, sin dejar de observarla todo el tiempo. Poco a poco el sentido de lo que decía se abrió paso a través de la desolación de Jane.

-¡Qué extraño! ¿Nadie sabe cómo sucedió?

-Lo más probable es que haya una infiltración en la red de espionaje francesa.

No daba la impresión de estar muy dichoso con las noticias.

-Eso es bueno, ¿verdad?

-Yo diría que es inevitable.

-¿Quién pudo infiltrarse?

-Un sujeto muy astuto.

Hablaba con tanta intención que Jane sacó una conclusión. -¿Usted?

-¿Yo? -rió él-, No, yo no. No soy lo bastante astuto para capturar a los traidores. -Su mirada se posó en alguien al final de la galería. Fijó la vista en esa persona y musitó-: ¿Qué está haciendo él aquí?

Jane también miró y vio a un hombre anciano, ágil para su edad, que caminaba hacia ellos. Llevaba una chaqueta negra de lana ordinaria y pantalones de un estilo que había estado de moda veinte años antes. Su fino pelo canoso no alcanzaba a cubrir varias manchas hepáticas que cubrían parte de su cuero cabelludo.

Pero tenía tal aire de autoridad que su mirada atrajo la de Jane.

-¿Lady Blackburn? -dijo, cuando llegó a suficiente distancia como para ser oído.

-Sí -admitió ella.

-Bien. Deseaba conocerla. Soy el señor Smith -se presentó, haciendo una inclinación; luego miró alrededor-. Su compañero estaba impaciente por irse.

Jane miró a su lado. Por segunda vez en su vida, Athowe había desaparecido, aunque, a juicio de ella, las circunstancias no eran tan duras como en aquella otra ocasión.

Las siguientes palabras del señor Smith le demostraron que se equivocaba:

-Soy el director del Foreign Office. Su esposo opera bajo mis órdenes. Según me ha dicho, cree que usted espía para los franceses.

Librodot

Capitulo 28

Un espía. Fitz no podía creerlo. Estaba espiando... para Francia. En la fiesta de los Manwell, Sainte-Amand se había aferrado a él como el hombre a punto de ahogarse se aferra a un tronco.

-Oui, oui! Usted será nuestro hombre. Nosotros... -miró alrededor, al grupo de nobles que los rodeaban, y bajó la voz- queremos que vaya usted de inmediato y le ofrezca sus servicios al Foreign Office. Cuando esté establecido, alguien se pondrá en contacto con usted y le dirá qué debe hacer.

Tanta agitación dio a Fitz una sensación de zozobra... o tal vez fuese de culpa.

-¿Y usted?

-La red no puede permanecer estática -replicó SainteAmand, jugueteando con su caja de rapé-. Otros vendrán a ocupar mi lugar.

-Se marcha usted.

-Ya es hora.

A Fitz no le gustó eso. No le gustó en absoluto. El instinto que había desarrollado en España renacía en su interior. Casi sin pensarlo, trató de atrapar al francés.

-De modo que es verdad, ¿no?

Distraído, Sainte-Amand se enjugó un hilo de sudor de la frente y preguntó:

-¿Qué?

-Que el Foreign Office se prepara para arrestar a un lord inglés por sus actividades.

Sainte-Amand sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. -Sí, me temo que es así.

-No puedo creerlo. -Fingiéndose consternado, Fitz se apretó el pecho y pensó febrilmente en un apellido-. ¿Van a arrestar a... lord Blackburn?

Sainte-Amand se puso en guardia.

-¿Lord Blackburn?

Fitz casi pudo oler cómo el cerebro de Sainte-Amand hervía de excitación.

-Yo también tengo conexiones, y he oído decir que han rastreado la filtración de información hasta él. -Si uno sabía cómo hacerlo, podía estirar una mentira durante horas-. Él solía trabajar

Librodot

en la cancillería, ¿sabe usted? Tal circunstancia le habría ayudado en la práctica de toda clase de tareas de inteligencia.

-¿De verdad? -musitó Sainte-Amand. En ese instante recuperó cierto grado de cautela, y su mirada sopesó a Fitz-. ¿Quién es su conexión?

Fitz mandó al infierno la discreción.

-He estado hablando con el señor Smith. Creo que él está a cargo de algo por allí.

-¿Por qué te marchaste, Jane? -Blackburn entró en el dormitorio de Jane con tanta arrogancia que ella sintió el impulso de arrojarle la paleta de colores directamente en su despectiva cara de libertino-. Te hemos buscado y nos han dicho que ya te habías marchado.

Fue entonces cuando Blackburn se percató del cobertor arrugado, de la loza rota, del caballete y la tela, con los intensos colores que la manchaban. Y Jane se regocijó contemplando su abrumado estupor.

-Jane, ¿qué estás haciendo?

-Estoy pintando -repuso, apuntando el pincel con azul de cobalto hacía su cara-. ¿Tienes alguna objeción?

Para su gratificación, Blackburn percibió parte de su furia y retrocedió -un paso.

-No.

-Bien, porque tanto me daría si así fuera.

Blackburn miró a los pies de su esposa.

-Estás manchando de pintura una alfombra Aubusson.

-¿Qué importancia tiene? -Hizo un gesto teatral describiendo un arco con el brazo, y su pincel lanzó más gotas-. Ahora soy una Quincy. Puedo hacer lo que me plazca y lastimar a cualquiera que desee. Nadie podrá decirme que estoy equivocada. ¿No es así, mi señor Blackburn?

La frente del aludido se arrugo.

-Jane, te estás comportando de un modo extraño.

-¿Que yo me comporto de un modo extraño? -inquirió, palmeándose el pecho-. ¡No soy yo quien tiene una aventura con mi sobrina!

-Ah. -Blackburn se aflojó la corbata como si estuviese demasiado apretada-. Ya me temía que lo hubieses notado. -Su acento de clase alta se endureció al añadir-: Me gustaría explicártelo, pero lamento no poder hacerlo.

-¿Que no puedes? -Jane sonrió con falsa afabilidad-. Lo dices como si fuese un asunto de seguridad nacional.

Blackburn carraspeo.

-Bueno, de hecho…

-Quiero decir que estás actuando como si hubieses merodeado alrededor de Adorna para oír a quién le decía su última frase en francés.

-¿Cómo dices? -exclamó él.

-Su última frase en francés -repitió ella, inflexible-. Ésa era tu intención, ¿no es así?

Blackburn traspuso la distancia en dos pasos y la aferró por la muñeca.

-¿Cómo sabes eso?

-Me encantaría decirte que lo he deducido yo misma. Sí, me encantaría decírtelo -repitió, mirándolo con hosquedad-. Pero no sería cierto.

-Jane -dijo él en tono de advertencia.

-La verdad es que anoche conocí a alguien a quien nunca había visto antes. Alguien de cuya existencia nada sabía. -Soltó su mano de un tirón, mojó el pincel en el carmín y esparció por la tela la mancha de rojo sangre-. Era el señor Thomas Smith.

Jane experimentó un indescriptible placer viendo cómo caía la mandíbula de Blackburn.

-Sí -confirmó-. El señor Thomas Smith. Un individuo interesante. Un hombre que casi despierta temor. Y muy directo. ¿Sabes qué me dijo?

Blackburn se tocó el espacio entre los ojos, como si le doliera la cabeza.

-No puedo imaginarlo.

-Me dijo que tú pensabas que yo era una espía.

Completamente derrotado, Blackburn empezó a balbucear: -Bueno… sí. Seguro que si lo piensas un momento comprenderás de dónde saqué esa… esa idea. La evidencia apuntaba hacia…

-Tú -subrayó ella, señalándolo- pensaste que yo -y se señaló a sí misma- era una espía.

-En aquel momento…

-Me costó bastante dar explicaciones al señor Smith para que se convenciera de que yo no era ninguna espía.

-Ojalá no hubiese tomado sobre sí la…

Librodot

-Al aparecer, pensó que no podía dejar en tus manos un asunto de tanta importancia para la seguridad nacional. Consideró que estarías predispuesto en mi favor.

-Bueno, sí; en ese sentido tenía razón, por…

-Predispuesto en favor de tu esposa. ¡Qué idea novedosa!

Durante un instante parecieron faltarle las palabras, pero Blackburn no volvió a cometer el error de intentar hablar. Se limitó a observarla con cautela, como si creyera que podría estallar.

Jane recobró la compostura y repitió: -Pensaste que yo era una espía. -Lo habíamos deducido.

-¡Me observabas, me besabas… y mientras tanto pensabas que yo estaba dibujando barcos para los franceses!

-Lo cierto es que intentaste darle uno a… -Blackburn se interrumpió.

-El vizconde de Sainte-Amand… que es en realidad un espía francés.

Blackburn preguntó, consternado:

-¿Cómo sabes eso?

-Dime, ¿acaso crees que soy imbécil? -replicó, abriendo los brazos en el gesto más expresivo que pudo componer, y ni aun así le bastó-. Es obvio que me consideras muy idiota. En cuanto empecé a reflexionar sobre ello, me di cuenta de por qué pensaste que era una espía.

-¿Sí?

-El señor Smith confirmó mis sospechas cuando llegó a la convicción definitiva de que yo no lo era.

La voz de Blackburn evidenció una sombra de duda cuando dijo:

-El señor Smith no suele ser tan liberal con la información. Jane se preguntó si Blackburn pensaría que había torturado al anciano hasta hacerlo confesar.

-En este caso, es información vieja -replicó-. Después de todo, la red francesa está deshaciéndose a un ritmo veloz. El único motivo por el cual él acudió a mí fue para cubrir cualquier hueco por donde las ratas pudiesen huir.

-Entiendo.

Fue evidente que había entendido, porque tuvo el buen sentido de ofenderse. Jane dedujo que estaba ofendido consigo mismo.

-Entonces, permíteme que agite la cola, me atuse los bigotes y te mire con mis ojillos como cuentas mientras te respondo que sí,

que dibujé un barco para Sainte-Amand. Él me lo pidió. Parecía admirar tan sinceramente mi trabajo que creí que quería el dibujo porque le gustaba.

Una punzada de dolor empezó a atravesar la capa de rabia. Se apresuró a ahogarla.

Blackburn decidió que ya era hora de usar su facultad menos aprovechada: el tacto.

-Sainte-Amand admiraba verdaderamente tu obra -afirmó-. Imagino que, tal vez, sencillamente entrevió la oportunidad de obtener un buen dibujo de un barco inglés y trató de aprovecharla.

Jane odiaba ese tono halagüeño y razonable que él estaba empleando.

-Cállate, Blackburn.

Abrió un frasco, tiró amarillo ocre sobre la paleta y frunció el entrecejo. Pensó que ese tono vibrante serviría, aunque era un tanto plácido para su gusto.

-¿Por qué estás tan alterada? -inquirió él, algo más desalentado ahora-. El problema es del Foreign Office. Nosotros no sabemos quién es el principal culpable.

Jane siempre había considerado a Blackburn un hombre inteligente. No, no; lo había considerado un dios. Y ahora, su imbecilidad la aturdía. No sólo había tenido la audacia de aludir al Forcign Office cuando el corazón de ella estaba haciéndose añicos, sino que ni siquiera sabía quién era el espía.

-Es Athowe, por supuesto,

-¿Athowe? -Blackburn se atrevió a reír entre dientes-. ¿Ese idiota?

-Athowe -se burló ella-. Que ha escapado de tu red... ¿cuántas veces?

La sonrisa del hombre se esfumó.

-¿Quién creíste que sería tu espía principal? -preguntó Jane-. ¿Un nefasto chacal que acechaba entre las sombras y que sólo salía para devorar los corazones de los soldados ingleses? -Salpicó la tela con amarillo. El cuadro comenzaba tomar forma-. Sin duda, es Athowe.

-¿Por qué dices eso?

Tuvo el descaro de hablar con suspicacia. Jane le respondió con su tono más sarcástico:

-Alguien del Foreign Office recoge información. Se la pasa a monsieur Chasseur, y uno de ellos, o ambos, transforman esa

Librodot

información en una o dos frases cifradas que luego enseñan a una de las alumnas de monsieur Chasseur.

-¿Cómo supiste lo de Chasseur?

-Déjame pensar -contestó, poniéndose un dedo en la mejilla para fingir concentración-. A Adorna no le agradaba la extraña frase que Chasseur había insistido en enseñarle. Algo acerca de una hogaza de pan, si mal no recuerdo.

Blackburn se encogió.

-Tú le enseñaste otra -continuó ella-, no muy diferente de la anterior, de lo cual deduzco que, en ese punto, abrigabas ciertas sospechas. Y ella se la repitió a varias personas, una de las cuales supongo que era Sainte-Amand.

-Supongo.

-Y una semana más tarde, un barco francés llega a la costa en Breadloaf Rock, en un estúpido intento de capturar el fuerte. -Sonrió mostrando todos los dientes-. Eso te sorprendió, lo sé. En realidad, no creíste que Adorna pudiera estar pasando mensajes. No es tan inteligente. Ésa es la razón de que la cadena tuviera siempre tanto éxito. Muchachas inglesas sin nada en la cabeza que no fuese ropa y maridos habían sido utilizadas como un eslabón vital para el espionaje francés.

-Y asesinadas si llegaban a sospechar algo.

Jane apretó el pincel en el puño.

-¿Asesinadas?

-Seguro que lo recordarás. Tú me lo dijiste. La señorita Cunningham no se cayó por el acantilado; la empujó monsieur Chasseur. ¿Qué otro motivo podría tener para decir que la muchacha fue asesinada?

Jane no había pensado en esa posibilidad. Ahogó una exclamación, como si una enorme piedra le aplastara los pulmones.

-¡Oh, Dios mío!

-Por eso anoche me quedé tan cerca de Adorna. Claro que quería ver con quién hablaba, pero también quería protegerla. Ella no sabe que está pasando mensajes, y desde luego no sabe que ha pasado uno falso...

-No es tan estúpida como podrías creer -replicó Jane, recordando la insólita concentración de Adorna mientras memorizaba la frase.

-No, de eso ya me di cuenta. Tal vez las otras sí lo fueran. Si algo le hubiese sucedido a ella, tú...

-Te habría matado.

-Iba a decir que la habrías llorado amargamente -dijo, pero al contemplar los destrozos en la habitación añadió-: Aunque quizá tengas razón.

-Adorna.

Jane había estado encolerizada contra Adorna, y durante ese tiempo la muchacha había estado en peligro.

En un tono dulce y razonable, Blackburn dijo:

-De modo que, ya ves, Jane, en realidad no tienes motivos para estar celosa. Yo no amo a Adorna. Tú eres mi esposa. Es a ti a quien amo.

¿Podía ser más estúpido aún?

-¿Crees que estoy enfadada porque rondabas a Adorna? No. -Arrojó la pintura sobre la tela-. Me sentí herida. Me sentí humillada. Pero, ¿enfadada? No. ¡Me enfadé cuando me di cuenta de que te habías comprometido conmigo aun cuando, desde el principio, creías que yo era una espía!

-Te sentiste traicionada porque...

-¿Que me sentí traicionada? -lo interrumpió; mezcló rojo y azul y obtuvo un morboso tono morado-. Fui traicionada. Le dijiste a un perfecto desconocido que yo era sospechosa.

-Iba a decir -Blackburn ya hablaba entre dientes- que te sentiste traicionada porque yo no fui completamente franco contigo.

Furiosa, más allá de todo control, Jane azotó la tela con el pincel, y ni siquiera parpadeó cuando la pintura la salpicó.

-Eres tan... hombre. ¿Completamente franco? Yo diría que no fuiste completamente honesto. Yo diría que me mentiste de todas las maneras en que un hombre puede hacerlo. Con palabras. Con la mirada. Con el cuerpo. Creía que confiabas en mí.

-¿De qué estás hablando?

-Te casaste conmigo. Me introdujiste en tu familia. Iba a concebir a tus hijos. Iba a ser su madre. Y me creías capaz de la traición más despreciable que pueda imaginarse. Te casaste conmigo pensando que yo era una espía. ¿Qué pensabas hacer? ¿Vigilar cada uno de mis movimientos? ¿Deportarme a Tourbillon? ¿Meterme entre rejas?

De su expresión, Jane dedujo que Blackburn había imaginado las tres posibilidades.

-Me casé contigo.

Lo dijo como si creyese que eso marcaba realmente las diferencias.

-¡Oh! El gran Ransom Quincy, marqués de Blackburn, se dignó casarse con una mujer de la que no sólo se cuestionaba su honor, que no sólo estaba condenada al ostracismo, que no sólo era pobre, sino que también era espía. -Con las manos colgando a los lados, la pintura chorreando sobre la preciosa alfombra, el sarcasmo chorreando de su voz, concluyó-: Me siento muy honrada.

Una chispa de hostilidad se encendió en Blackburn, y Jane vio cómo la aplastaba.

-Está bien, Jane. Estás enfadada. Pero estamos casados y podremos hablar al respecto cuando te sientas un poco más inclinada a razonar.

-No estoy siendo poco razonable.

-En eso no estoy de acuerdo.

Blackburn extendió una mano con suavidad y le acarició la mejilla.

Ella la apartó de un manotazo, furiosa de que él se atreviera a retroceder, deseosa de que la dejara en paz.

Cuando se volvía para marcharse, Blackburn se detuvo, atraído por el retrato que ella estaba pintando. Se quedó con la vista fija en la tela, inmóvil, aturdido.

-¿Soy yo? -preguntó.

-Nadie más que tú -fue la respuesta.

Primitivo y audaz, la pintura lo retrataba con vívida acritud. Su pelo era amarillo ocre; su piel, de un desagradable tono anaranjado. Los sobresalientes ojos púrpura expresaban obsesión, y cada diente estaba contorneado de negro, lo que le daba el aspecto de un depredador.

Lo peor de todo era que, debajo de la cintura, no había nada. Líneas ondulantes se perdían desvaneciéndose hacia el borde de la tela en un orden y con unos colores azarosos. Lo había emasculado con la misma indiferencia.

Jane captó el momento en que el insulto lo golpeaba. Su expresión se vació, y su boca sonrió sin alegría.

-Muy bien, Jane. Dormirás sola esta noche. Pero recordarás esto.

Antes de que él la alcanzara, ella ya estaba retrocediendo, pero no con suficiente rapidez. La alzó y la llevó hasta la cama, mientras ella se retorcía en sus brazos. La depositó sobre el colchón y se

arrojó sobre ella como un ángel vengador. La sujetó por el mentón y la inmovilizó. La miró a los ojos. Y Jane vio el rostro del hombre que había matado por su país, que podría morir por la justicia, que había traspasado la línea de la vanidad y se había convertido en un héroe.

Y, a pesar de todo, seguía sin darle importancia al hecho de haberla ofendido del modo más rastrero.

Maldito chantajista.

Jane le agarró el pelo con ambas manos y atrajo sus labios hacia los de ella. Siempre lo conocería. Su gusto, su olor, su textura no habían cambiado en once años.

Pero no, no era cierto. Sí había cambiado, y ella junto con él. Ya no estaba dispuesta a rebajarse por cualquier migaja que él quisiera arrojarle. Ella era Jane. Era una artista. Y era una mujer madura y amorosa, que merecía a un hombre que creyese en ella.

Forcejearon. Los dedos de ella mesaron los cabellos de él. Las manos de él la apretaron como si no pudiese soportar la más leve separación. Ella lo saboreó con la lengua, a través de los poros, absorbiéndolo en sus venas como la esencia misma del placer.

Hasta su tierno y destrozado corazón.

Maldito fuera. No había creído en ella. No la había amado. Ella no era más que una obligación debidamente cumplida, una esposa adecuada para concebir, una mujer a la que se podía ignorar sin dificultades.

Su cuerpo debía de expresar la desolación de su alma, porque Blackburn levantó la cabeza y la miró.

-Jane...

Llegados a ese punto, rechazarlo no era más que un gesto vano, pero aun así lo hizo. Apartó sus manos del cuerpo de él y volvió la cabeza a un lado.

-Jane...

Percibió algo en su voz, algo que era casi un anhelo.

Pero, cuando volvió a mirarlo, su expresión no era más que una máscara de roca.

Blackburn se incorporó y se acomodó las solapas, sin saber que los colores que la salpicaron a ella lo habían manchado a él. El morado le manchaba la corbata. El amarillo, la frente. El carmín, el pelo.

Pero, bajo la pintura, su color natural vibraba con cruda energía. Los ojos le llameaban con su azul medianoche, y tenía las

Librodot

mejillas enrojecidas. Y sus dulces labios húmedos se movieron para decir:

-Recordarás esto, Jane.

Con movimientos rígidos, se alejó de la cama como si le doliera caminar; pero eso le dio tiempo a ella para recobrarse. Tiempo para ponerse de pie. Para tantear buscando algo… cualquier cosa que no hubiese roto cuando antes había dado rienda suelta a su furia. Encontró un fragmento de florero y se lo arrojó.

Ni siquiera llegó a la mitad de la habitación.

Se echó hacia atrás y se tapó los ojos con el brazo. Nunca en su vida se había permitido un arranque de cólera semejante, pero ni aun reconociéndolo pudo sentir el menor remordimiento.

«Recordarás esto», había dicho él.

Muy bien; lo recordaría. Ninguna mujer podría olvidar ese beso.

Jane tampoco podría olvidar el engaño.

Capitulo 29

¿Había dormido? Jane no lo sabía. Sólo sabía que el dosel que veía sobre ella era delicado, fruncido, y difería por completo del dosel masculino que acostumbraba a ver cuando despertaba en el lecho de Blackburn. El sol de la tarde la recibió, no las manos de Blackburn tanteando en busca del ruedo de su camisón. Echaba de menos su calor, las caricias que le dispensaba, hasta en sueños. Incluso extrañaba sus ronquidos, esa prueba fehaciente de que el hombre era precisamente eso: un hombre, y no un dios.

Lo odiaba tanto... Lo amaba tanto... Apretó los puños, agarrando puñados de sábana. Jamás se resignaría a ocupar de nuevo un segundo lugar.

Pero ¿qué podía hacer? Se había casado con él. No debía haberlo hecho. Podría haber huido. Podría haber protestado hasta que el deseo de él se hubiese convertido en humillación. En cambio, se había casado con él, y él le había demostrado que su rencor no era otra cosa que la insulsa rebelión de una mujer insegura de su atractivo.

Qué ironía descubrir que no eran sus encantos los que causaban las dudas en él sino su personalidad, de la que ella estaba tan orgullosa.

Apartó las mantas, se levantó y se puso de pie, tambaleante. El suelo no se movía, y ella no entendía por qué. Ya que, para ella, el mundo entero estaba vuelto del revés.

Se oyó una tímida llamada a la puerta, y ella se llevó las manos al escote del camisón y miró, ceñuda, a la puerta que comunicaba las habitaciones. Luego, comprendió que el golpe venía de la puerta exterior, la que daba al pasillo.

¡Qué tonta! Quería verlo, aunque no fuese más que para pelear con él.

-¿Tía Jane? -Adorna asomó la cabeza-. ¿Puedo hablar contigo?

Jane se quedó mirándola y se sintió inundada de resentimiento. Vestida por la mejor modista de Londres, limpia y peinada, Adorna era la imagen misma de la salud y la juventud. Era núbil, perfecta, sin ocultas profundidades ni ardientes ambiciones.

-¿Tía Jane?

Los ojos de su sobrina eran grandes y suplicantes.

Jane no podía castigar a su sobrina por ser lo que Dios había hecho de ella.

Librodot

-Entra, querida. Ten cuidado con la loza rota.

Adorna cruzó ágilmente la habitación, pasando la vista de los jarrones rotos a la odiosa pintura tirada en el suelo.

-Supongo que estarías enfadada conmigo.

Jane recogió su bata.

-No, querida.

-Oh -Adorna se encaramó en el borde de la cama y levantó los pies-. ¿Con el tío Ransom, entonces?

Jane metió las manos en las mangas.

-Sí, querida.

Mientras tironeaba del encaje que adornaba las sábanas de Jane, Adorna dijo:

-Ya sabes que, en realidad, no estaba fijándose en mí.

-Tampoco estaba fijándose en mí, en realidad.

-¡No, eso no es verdad! -exclamó la muchacha-. Te presta mucha atención. Siempre está observándote y…

-¿Observándome? -Jane se echó a reír con amargura-. Sí, ha estado observándome.

La confusión crispó la frente de Adorna.

-No lo entiendo. ¿Está mal que lo haga?

-Me observaba por motivos equivocados -explicó su tía.

-No -desestimó Adorna, sacudiendo la cabeza y haciendo bailotear sus rizos-. No lo creo. Cuando un hombre tiene en los ojos esa clase de expresión ardiente y asustada todo el tiempo, cuando lo único que parece aliviarlo es marcharse para estar a solas con su esposa, creo estar más que segura de que eso está bien.

Por primera vez en la vida de Adorna, Jane deseó no haber establecido un vínculo tan fuerte con su sobrina. «Dime cualquier cosa -le había dicho siempre Jane-. Dime lo que piensas.» Ahora, Adorna estaba haciéndolo, y Jane no quería escucharla.

Adorna unió sus manos.

-Pero yo no he venido aquí a hablar de ti y del tío Ransom. He venido a decirte que he encontrado al hombre con quien quiero casarme.

Nada hubiese podido captar más la atención de Jane. -¿Sí? ¿Y por qué no ha pedido tu mano? -Opina que antes hay que advertírtelo a ti.

La poderosa intuición de Jane en relación con la tendencia de Adorna de meterse en problemas surgió con ímpetu irresistible.

-¿Advertírmelo? ¿Por qué?

-Cree que tú podrías poner objeciones a causa de su edad. -¿Su edad?

-Él es mayor que yo.

-¿Cómo de mayor?

-Mucho -Adorna jugueteó con un mechón de sus cabellos-. Unos cincuenta años.

Jane hizo una brusca inspiración de horror.

Adorna saltó de la cama y se apoderó de la mano de Jane. -¡Pero no te aflijas! Tiene todo cuanto deseo. -Dinero y título -aventuró Jane. -Sí, aunque siempre podría conseguir esas dos cosas -Adorna le restó importancia, encogiéndose de hombros-. No, lo que tiene Daniel es bondad.

La mente de Jane trabajaba furiosamente. ¿Daniel? Daniel...

-Cuando le hablo, me mira a la cara -continuó-. Quiero decir que la mayoría de los hombres dan la impresión de creer que son mis pechos los que hablan.

Daniel...

-Él me escucha. Si digo que me gustan las rosas amarillas de perfume suave, él me envía rosas amarillas de perfume suave, en lugar de esas eternas rosas rojas que simbolizan honda pasión -Adorna lanzó un dramático suspiro-. Honda pasión... La mayoría de los muchachos no reconocerían una honda pasión aunque ésta les mojara las piernas.

Lentamente, se hizo la luz en el cerebro de Jane. -¿Daniel McCausland?

-¡Sí! ¡El vizconde de Ruskin! ¿Recuerdas que lo vimos en la playa?

Jane lo recordaba, en efecto. ¿Aquel viejo tembloroso? ¿Quería casarse con Adorna? ¿Su bella y joven sobrina pensaba casarse con él?

Adorna pareció leerle el pensamiento, porque se lanzó a parlotear.

-Es un hombre bueno, tía Jane. Es sencillo, como yo. No se muestra superior conmigo porque mi padre sea un comerciante, como hacen los demás. Él no irá detrás de ninguna otra mujer al año de matrimonio para demostrar su virilidad, y yo puedo mantenerlo entretenido el segundo año. Tía Jane... -Adorna miró a Jane con expresión suplicante-, yo le gusto. Él... me ama.

Jane separó su mano de la de Adorna. Se volvió hacia la ventana y contempló el jardín, más abajo. Él la amaba. Daniel McCausland amaba a su sobrina.

¿Quién era Jane para decir que debería haber algo más? ¿Quién era Jane para decirle a Adorna que estaba equivocada? Tal vez Adorna no fuese inteligente. Quizá se precipitara a abrazar la vida con exagerado ímpetu. Pero si se le daban unas horas junto a un hombre llegaba a conocerlo hasta la médula, y si ella decía que Daniel McCausland era el hombre adecuado para ella... ciertamente, no cabía duda de que lo sería.

-Muy bien -Jane se volvió de nuevo hacia su sobrina y le tendió las manos-. Si eso es lo que quieres, tienes mi bendición.

-Oh, tía Jane -Adorna pasó por alto las manos y la abrazó impetuosamente-. ¡Soy tan feliz! Le diré a Daniel que vaya a hablar con el tío Ransom.

-Tenemos que obtener el permiso de tu padre. -Que lo otorgará. Daniel es rico.

-Sí, supongo que lo hará.

Eleazer se había regocijado de contar con un contacto tan próximo a Blackburn, sin molestarse jamás en recordar que había tratado a Jane de manera vergonzosa, y sin comprender asimismo que no ganaba nada con esa unión. Se sentiría igualmente feliz de vincularse con Daniel McCausland y sorprendido al saber que no sería bien recibido en el hogar de su hija.

-Nos casaremos en otoño, y el año próximo daré a Daniel un hijo.

-¿El año próximo?

-Ya te dije que necesitaba casarse y tener hijos para poder transmitir su título. -Adorna la soltó y dibujó una sonrisa maliciosa-. Dice que siempre que se le mete algo en la cabeza no cede hasta conseguirlo, y ahora está muy dispuesto a poner manos a la obra.

-Puedo imaginármelo.

-Tengo que irme: Él irá hoy a la casa de los Fairchild. Estoy impaciente por darle la noticia.

Un tanto sorprendida de que el antiguo plebeyo hubiese sido invitado a una reunión tan exclusiva, Jane preguntó:

-¿Asistirá a la soirée de los Fairchild?

Adorna lanzó una risilla.

-Ellos le deben dinero. -Miró por encima del hombro de Jane-. ¿A qué hora deberé estar lista, tío Ransom?

Jane giró y lo vio apoyado en el marco de la puerta, tal como lo había hecho unas pocas noches atrás. Sólo que, esta vez, no tenía ese aire burlón ni desplegaba su carisma. Al contrario, su mirada se posaba, reflexiva, sobre Jane, aun mientras hablaba a Adorna.

-Nos iremos a las dos.

-¿A las cuatro? -Adorna se tapó la boca, consternada-. A las dos es muy temprano.

-A las dos -repitió él.

Adorna corrió hacia la puerta, murmurando: -Tengo que vestirme.

Blackburn miró a Jane con aire apesadumbrado.

-De ese modo, conseguiremos que esté lista a las tres.

Adorna asomó otra vez la cabeza.

-¡Te he oído! -exclamó, en tono de reproche. Y agregó, dirigiéndose a Jane-: Enviaré a la criada para que limpie este estropicio -miró con expresión significativa al hombre que se encaminaba hacia su tía-. Después de que él se haya ido.

Desapareció otra vez, dejando a Jane sola con un esposo de aspecto meditabundo.

La pasión de la noche anterior se había disipado, dejando a Jane con una confusa sensación, entre la languidez y la inquietud. Pero no retrocedió. No volvería a retroceder jamás, mientras viviera.

-¿Qué tal, Ransom?

-Tenemos que hablar. -Un trozo de porcelana crujió bajo su tacón-. Con un poco menos de acaloramiento que anoche.

-Adelante.

Blackburn se detuvo a dos pasos de ella. -Todavía estás furiosa.

-No estoy furiosa. «Furiosa» es una palabra demasiado suave para describir lo que siento. -Pensó un instante en su estado emocional y encontró la palabra correcta para describirlo-. Estoy indignada.

-Estás dando demasiada importancia a lo que no fue más que un malentendido.

Jane lo miró directamente a los ojos.

-¡Qué tonta soy! Claro, no puedo menos que preguntarme cómo reaccionaría un Quincy si lo acusaran de traición.

-Tu familia no puede compararse con…

Librodot

En uno de sus raros destellos de intuición, es posible que se diera cuenta de que a ella podrían no agradarle sus palabras y se interrumpió.

Pero ya era demasiado tarde.

-Mi padre fue el décimo vizconde de Bavridge, y tú eres el cuarto marqués de Blackburn. Los Higgenbothem eran nobles cuando los Quincy aún araban la tierra. Mis antepasados son mejores que los tuyos.

-Mejores no, sin duda -replicó Blackburn, levantó una mano y dijo-: Pero no he venido a competir contigo en insultos. He venido a pedirte que nos acompañes esta noche a casa de los Fairchild.

Ella rió sin humor.

-¿No crees que ya he tenido mi cuota de humillación?

-No te sentirás humillada. Puedes quedarte junto a Adorna y a mí…

-La sociedad elegante graznará bien alto al ver que tu flamante esposa te vigila para cuidarte de los encantos de su sobrina, milord. No, gracias; me quedaré en casa.

Blackburn tanteó en busca de su monóculo; pero lo hizo en vano, pues no lo había enganchado todavía.

-Sabía que dirías eso. Desde luego, puedes hacer lo que desees, pero debo preguntarte algo: ¿por qué dijiste que Athowe era el traidor?

Jane se tomó un momento la cabeza con las manos. Blackburn no había ido a hacer las paces. Había ido en busca de información. Claro. ¿Cómo podía haberío dudado, siquiera?

-¿Jane?

Una nueva idea surgió en ella. Levantó la vista.

-¿Ha llegado hoy monsieur Chasseur para dar a Adorna su lección de francés?

-No. -Tras un breve titubeo, Blackburn añadió-: De hecho, los guardias encontraron su cuerpo esta mañana, cerca de los muelles de Londres.

Sacudida hasta lo más íntimo de su ser, Jane dijo: -Que Dios dé descanso a su alma. ¿Estás seguro …? -Hicimos que un hombre lo siguiera. En realidad, no un hombre, sino un niño, que nada pudo hacer cuando Chasseur fue atacado. Dispararon al profesor y se esfumaron. Jane se apoyó contra la mesa de noche y susurró: -Asesinado.

Librodot

-Sí, por engañar a su emperador. El oficio de espía es el más inclemente. De todos modos, Jane, antes de que sientas demasiada compasión por él, recuerda, por favor, que es muy probable que él asesinara a la señorita Cunningham, una muchacha tan inocente como Adorna, sin duda.

-Sí, tienes razón -Jane hizo una trémula inspiración y recordó la primera pregunta de Blackburn-. Athowe es el traidor porque Frederica está recibiendo lecciones de francés que no le agradan, y porque, después de decirme que un barco francés había tocado tierra y de observar atentamente mi reacción, echó a correr para evitaros a ti y al señor Smith.

El semblante de Blackburn reflejó su decepción.

-Ésa no es una prueba concluyente -objetó-. Muchos hombres huyen ante la perspectiva de enfrentarse con el señor Smith.

Con los brazos en jarras, Jane apoyó las manos en la parte baja de la espalda. Dudó si debía decírselo; al fin decidió que sí. Lo consideraría absurdo, pero al menos lo habría intentado.

-Soy una artista -alegó-. Estuve observándolo anoche. Te aseguro que tiene el temperamento y la moral propias de un asesino. Estoy segura de que él es tu espía.

Blackburn se limitó a mirarla. ¿Por qué él, un hombre que vivía de acuerdo con los hechos y la realidad tangible, iba a creer en la capacidad de observación de su esposa?

-Sí. Bueno. Gracias por tu sabiduría -replicó, lanzando un hondo suspiro; luego intentó suavizar su indignación-. No te lo habría pedido si no fuese muy importante.

Jane tanteó el piso hasta que encontró sus zapatos de noche. -Lo sé.

-De hecho, no iría allí esta noche, si no fuera muy importante.

-¿Por qué no? -Se calzó y pasó junto a él. Abrió la puerta, hizo una señal a Moira y, al volverse y ver que Blackburn seguía en la habitación le dijo-: Podrías ir igualmente, Ransom. En realidad, no tenemos nada que decirnos.

Jane nunca había pasado una tarde más desdichada. Su comida se enfrió en la bandeja, mientras ella se removía inquieta en la silla. Llevada por un impulso masoquista, había decidido instalarse en la misma biblioteca donde había ido a entrevistarse con Blackburn, once años atrás.

La estancia no había sufrido transformaciones importantes. Las paredes seguían cubiertas de libros; también lucían excelentes

pinturas y esculturas en sabia distribución. Más allá de las puertas dobles se extendía el jardín, pequeño y primorosamente cuidado, cuyos claveles perfumaban el aire.

Era un ambiente que debería haber brindado serenidad a la artista que había en ella. En cambio, casi no soportaba permanecer allí... aunque estar en cualquier otro sitio de la casa le habría parecido espantoso. Nada podía hacerla feliz. Había pensado que la noche anterior se había llevado consigo toda su dignidad, pero no había sido así. Esa noche era peor, porque había comprendido que el desdén que Blackburn manifestaba hacia ella no le importaba. Todavía sentía deseos de verlo y de saber qué estaría haciendo.

¿Existía algo más patético que una antigua solterona ansiosa del afecto de un marido indiferente?

El sol poniente proyectaba su tibia luz sobre la carpeta de cuero marrón que hojeaba a desgana tratando de dar con un rostro o una escena que despertara su interés. Si pudiera encontrar el ánimo de levantarse, ir hasta el caballete y terminar uno de esos bocetos... Tocó el infame dibujo del Virginia Belle. Ni siquiera éste, el que le había acarreado tantos problemas, la atraía.

Tomó un lápiz y una hoja de papel ordinario, trazó un rápido dibujo de Frederica con colmillos sobresalientes y pelo, luego lo arrugó y lo tiró. La pobre mujer no se merecía eso; si algo había demostrado Athowe la noche pasada era que había ocultado muy bien su verdadera personalidad. Dominaba a Frederica, y, a juzgar por el recelo con que ésta había reaccionado, Jane estaba segura de que incluso le pegaba.

Mientras pasaba los retratos, encontró el que había hecho de Athowe después de haberlo visto por primera vez, en la fiesta de lady Goodridge.

Sí, la crueldad anidaba en esa mandíbula floja y en su boca laxa, y la codicia que lo consumía brillaba en sus ojos. Sin embargo, Jane no había reparado antes en ello. ¿Por qué habría de haberlo hecho? Él no era Blackburn. Jamás lo había sido.

Los colmillos y los pelos quedarían mejor en la cara de aquel sujeto, y los dibujó con rápidos trazos, sonriendo ante el resultado.

Se oyó un suave golpe en la puerta; su corazón dio un brinco. Blackburn. Podría ser Blackburn. Se puso de pie, acomodó el cartapacio bajo el brazo, se sacudió la falda y preguntó:

-¿Sí?

El mayordomo abrió la puerta.

-Señora, ¿desea usted recibir a un visitante? -preguntó Whent.

-¿Un visitante?

Perpleja, se quedó mirándolo.

-Vamos, señorita Higgenbothem, sin duda me recibirá -irrumpió Athowe, rodeando al mayordomo-. Ya puede marcharse -añadió, despidiendo con un ademán a Whent.

Impasible, el mayordomo aguardó las órdenes de la señora.

Jane hizo una rápida evaluación de la situación. Sí, Athowe era un espía; seguramente Blackburn pronto intentaría ordenar que lo arrestaran. Pero no estaba dispuesta a cometer el error de suponer que Blackburn lo haría por recomendación expresa de ella. No, más bien sondearía e investigaría, tratando de cerciorarse de que ella tenía razón, mientras escapaba del país.

La captura de aquel barco francés había estremecido a Athowe. Pero, en realidad, aunque hubiese sentido la trampa cerrándose sobre él, a buen seguro no imaginaba que ella había entrevisto la verdad en él. Tal vez, ¿quién podía saberlo?, podría persuadirlo de que todo estaba bien.

-Sí -ordenó a Whent-. Puede marcharse. Sin embargo, el criado no se movió. -Señora, ¿necesita que sirva algo?

Si Athowe lo deseaba, ella podría servirle.

-¿Milord?

-No, gracias. -Athowe movió las manos en afable negativa-. No puedo quedarme.

Jane lo observó con cautela, mientras él entraba en la sala. Estaba vestido en ropas de viaje. No era buena señal.

-Así que ha concretado su sueño -dijo Athowe-. Está casada con Blackburn, y es feliz como ninguna mujer lo ha sido hasta ahora ni lo será.

A Jane no le agradó el tono de sus palabras. Echó un vistazo al retrato que tenía en la mano. En ese mismo momento, la petulancia que había retratado se reflejaba en el semblante de Athowe. Algo lo había inquietado.

-Estamos recién casados.

-Pero él no está aquí -replicó, avanzando hacia ella; el olor a coñac que despedía era más que perceptible-. Está en casa de los Fairchild, coqueteando con su sobrina.

-En realidad, no está coqueteando con ella, está...

¿Protegiéndola? No. Sería una tontería decir eso.

Librodot

Pero, aunque Athowe estableciera la relación, no podría hacerle nada en su propia casa, con tantas personas pululando en su interior.

Sin embargo, se había aproximado demasiado y parecía excesivamente ansioso.

-Me mira con esos espléndidos ojos verdes -dijo-, y yo no veo en ellos más que acusaciones.

Jane se encogió amedrentada; luego, se contuvo. Athowe no tenía por qué saber que ella lo había señalado como traidor.

-¿Qué quiere decir?

-Yo la abandoné cuando se supo lo de esa condenada escultura, y usted nunca me lo ha perdonado.

Jane pasó su pesada carpeta del brazo al pecho. De ese modo Athowe no podría ver su retrato; además, el cartapacio haría las veces de escudo.

-A decir verdad, lord Athowe, no he pensado en ello. -Nunca pensó en ello.

-Bueno... no.

El hombre estrelló su puño contra la mesa.

-¡Es culpa de Frederica y de Blackburn que no estemos juntos!

-Yo no diría eso.

Era una desagradable escena la que estaba teniendo lugar allí. Bajo la piel, los nervios de Jane se crisparon; a duras penas pudo mantener una actitud civilizada.

Pero, en realidad, él no podría hacerle nada. Ella gritaría y...

Miró alrededor buscando un arma y su mirada se posó con alivio en los utensilios para la chimenea.

-Su posición, así como su fortuna, eran mucho mayores que las mías.

-Pero ahora estaría bien que estuviésemos juntos.

-No es posible -replicó, con la mayor firmeza y afabilidad con que fue capaz, mientras se movía hacia la puerta-. Lord Athowe, ambos estamos casados.

-Yo no he hablado de matrimonio -su voz sonaba directamente en el oído de ella-. Sólo he hablado de estar juntos.

Jane intentó volverse de cara a él, pero él le agarró la muñeca y se la retorció detrás de la espalda. El súbito dolor la hizo ponerse de puntillas y gritar.

-Querida, querida señorita Higgenbothem -dijo Athowe, en tono bajo y precipitado-. Desde anoche, no he vuelto a mi casa. El

Foreign Office ha enviado a unos funcionarios a registrar mi casa. Mi esposa está diciéndoles todo lo que sabe. Y yo tengo que salir del país. Me parece justo que la esposa de Blackburn me acompañe, no sólo como compañera sino como protección.

A Jane le palpitaba el codo, pues la articulación estaba siendo forzada más allá de sus límites. Gimió al comprender lo estúpida que había sido. Se había convencido de que él no podría hacerle nada en su casa, pero ¿de qué servía el código del comportamiento civilizado con un hombre sin honor?

-No quiero ir -protestó.

-¿A Italia? Por supuesto que quiere ir. -La hizo girar en un círculo, hacia la puerta abierta del jardín-. Es su sueño, ¿no recuerda?

Mientras lo seguía, trastabillando, dejó caer el retrato de Athowe, que quedó en el suelo... Ésa sería la primera de las señales que dejaría caer.

Librodot

Capitulo 30

Fitz nunca había visto a Blackburn tan inquieto. Estaba junto a la señorita Morant, que se contoneaba y reía, hechizando a los hombres a derecha e izquierda, y parecía tan impaciente con tanto movimiento que ninguno de los presentes en la soirée de los Fairchild podía imaginarlo enamorado de la muchacha. La cuestión podría haber sido divertida, pero resultaba lamentable y doloroso saber que el romance que había comenzado hacía once años con la señorita Higgenbothem ni siquiera había sobrevivido a dos semanas de erótico ensueño.

Una ronca voz de contralto habló cerca de la oreja de Fitz. -Señor Fitzgerald, ¿qué cree que está haciendo Ransom?

Fitz había pensado que esa mujer no volvería a hablarle jamás. En verdad, había dicho que no pensaba hacerlo, y, por cuanto sabía de ella, jamás cambiaba de opinión. Por eso, contuvo con esfuerzo su entusiasmo al responder:

-Por lo que veo, está haciendo el tonto, y éste es un juicio imparcial.

-Yo he llegado a la misma conclusión.

Susan, lady Goodridge, estaba situada detrás del hombro de Fitz, fuera de su vista. Esa posición podía ayudarla a evitar su mirada, pero no su amargura.

-Parecería que ser tonto es un rasgo de la familia Quincy.

La dama no replicó, pero tampoco se movió.

-¿No piensas hacer nada con respecto a él? -preguntó Fitz-. Quisieras precipitarte a intervenir, ¿no?

-¿Donde los tontos temen pisar? Sí. -Susan aspiró sonoramente una bocanada de aire-. Pero he llegado a sospechar que tienes razón.

Fitz alzó la vista hacia el techo de complejo artesonado de escayola. Si Susan le había dado la razón... sin duda, esa casa y la civilización, tal como él la conocía, se derrumbaría, reducida a ruinas.

Como el techo parecía sólido, él no hizo ningún comentario por temor a espantarla... otra vez. Aun así, no era posible que hubiese querido decir lo que él pensaba. ¿Susan? No.

-Soy una tonta -dijo Susan, de repente-. O más bien... lo he sido.

Fitz se volvió rápidamente, con cierto temor de descubrir que era una quimera que ella hablara con tanta lucidez, que aquélla no era su altanería, dominante, arrogante lady Goodridge. La mirada de ella se enlazó en la de él por un instante, y luego bajó, giró a un costado, se posó en cualquier otro punto que no fuese él.

-¿Lo dices en serio? -preguntó él.

Desde el pecho hasta la frente de la dama trepó un rubor, aunque, cuando habló, lo hizo con notable compostura:

-Me agradaría reconsiderar tu proposición.

Fitz le tomó la mano. Se acercó a ella.

-A mí también me agradaría que lo hicieras, Susan. ¿No vas a mirarme?

Fitz casi podía ver el esfuerzo que ella hacía: cómo controlaba sus nervios, cómo reunía coraje. Luego, lo miró, y su fuerza y su calma le ofrecieron la certeza de su resolución.

-Susan -enlazó sus dedos con los de ella, sonriéndole con innegable placer. Con el tono de voz profundo e íntimo de un amante, le preguntó-: ¿Por qué has cambiado de idea?

Ella respondió en el mismo tono, aunque en su inconfundible y único modo de argumentar.

-No habría cambiado si no hubiese regresado a Londres.

Pero Ransom me obligó a hacerlo, y pude ver cómo te dedicabas a cautivar a otras damas sin mirarme siquiera, y… te eché de menos.

Fitz supo que su plan había funcionado. ¡Su plan había dado resultado! Tuvo ganas de bailar una jiga sobre las mesas de juego, de reírse en la cara de otros cazadores de fortuna.

-¿Has pensado en lo que te dije? ¿Que un amante pobre, a medias irlandés, es mejor que ninguno?

-No. Eso no me importaba. Llevo años observándote, y pensé que disfrutaría mucho compartiendo mi cama contigo.

El impacto lo hizo tambalearse.

-Pero tú eras amigo de mi hermano y sólo me veías como una hermana mayor -continuó ella-, hasta que tuviste necesidad de casarte por el bien de tu madre.

Esa certeza había provocado el remordimiento de Susan. -Yo no te he mentido nunca acerca de eso, querida mía -dijo él.

-No, debo decir en tu favor que no lo has hecho. Y para mí será un placer hacer lo que pueda por esa querida señora. El aire de Goodridge Manor le hará bien a los pulmones, y mi cocinera la hará

Librodot

engordar. -La boca de Susan había adoptado ese aspecto tenso que él odiaba-. Te confieso que, al principio, fue la vanidad lo que me llevó a rechazar tu proposición. No me agradaba ser vista como la típica mujer de avanzada edad, desesperada, fácil.

Si bien ella lo había sorprendido al aceptar su propuesta, con esto último lo había dejado atónito. Se dio cuenta de que estaría mirándola con los ojos desorbitados. Entonces, echó la cabeza atrás y estalló en una carcajada.

Mortificada, Susan miró en torno y vio a la concurrencia que iba y venía.

-¿De qué te ríes? Ya está bien.

-¿Fácil? -exclamó él-. ¿Tú?

-Ya está bien, te he dicho. La gente está mirándonos.

Le propinó un puñetazo en el brazo, imposible de ser confundido con un gesto amoroso. Fitz se apretó el costado y se calmó lo bastante para decir:

-Será mejor que te acostumbres a eso. La gente siempre estará mirándonos. -No pudo contener una sonrisa-. Mi querida lady Goodridge, mi querida Susan, como siempre te he llamado para mis adentros, eres el paradigma de la mujer difícil. Eres demasiado correcta, demasiado rica, intimidatoria. Ése es el motivo por el que ningún hombre te ha conquistado. Se necesita valor y habilidad para abordar a una mujer como tú. La única razón que me llevó alguna vez a atreverme a soñar con el éxito fue un atisbo, apenas un atisbo, tenlo en cuenta, de deseo cuando me mirabas. -Quebrantando las normas del decoro, le deslizó el brazo por la cintura-. Ahora dime cuánto tiempo has estado deseándome, y yo te diré qué tengo pensado hacer para satisfacer ese deseo.

La espalda de Susan estaba tan rígida que hubiese podido quebrarse, y su indignación brotaba de ella en oleadas casi palpables.

¡Qué bien lo pasarían él y Susan! Ella lo haría rico, él la haría feliz y…

-No sé qué estás haciendo con mi hermana, Fitz -intervino Blackburn de súbito-, pero me gustaría que lo dejaras por un minuto y me prestaras atención.

-Puede uno confiar en que esta condenada familia hará gala de su peculiar tacto en cualquier ocasión. -Fitz hizo girar a Susan de cara a Blackburn-. ¿Tienes que interrumpir cuando estamos aquí comprometiéndonos?

-Me alegra que por fin la hayas convencido -replicó Blackburn, haciendo una rápida reverencia-. Pero éste es un lugar público; debiste suponer que alguien os interrumpiría tarde o temprano. Necesito tu ayuda. Alguien debe reemplazarme en la vigilancia de Adorna.

Susan y Fitz intercambiaron miradas.

-¿Vigilarla? -inquirió Susan con delicadeza.

-Adorna ha estado pasando mensajes a los franceses, y temo que alguien pudiera intentar matarla.

-Ransom, amigo mío -dijo Fitz, al tiempo que pasaba una mano sobre el brazo de Blackburn-. ¿Te encuentras bien?

-Ella no sabía que estaba transmitiendo esos mensajes. -Blackburn exhaló un suspiro- Todavía no lo sabe, pero los espías sí, y ellos son despiadados e incluso vengativos.

Susan y Fitz se miraron otra vez, el último con creciente asombro.

-Tú y ese rumor acerca de los espías… Así que era verdad.

-Lo era -admitió Blackburn-. Ahora, ¿la vigilarás? Sobre todo, ten cuidado con Athowe. Pensaba que estaría por aquí, pero no lo han visto, y me siento un tanto inquieto con respecto a Jane.

-¿Ella también es espía? -preguntó Susan con exagerada dulzura.

-No, pero durante un tiempo creí que lo era, y ahora está terriblemente enfadada por eso.

Susan palideció.

-¿Pensabas que era una espía y te casaste con ella?

Fitzgerald creyó que iba a venirse abajo hecho pedazos. -No me extraña que esté enfadada -comentó Susan. -¿Cuidarás de Adorna? -insistió Blackburn, ya bastante desesperado.

-Espera. -Fitz cambió la dirección de su mirada, de su amigo a su prometida-. ¿Cómo sabes que yo no soy un espía?

-En tal caso, el señor Smith estaría encantado de que trabajásemos juntos -replicó Blackburn.

-No, no se trata de eso. -Esa maldita honestidad era un infierno-. ¿Y si fuese espía de los franceses?

Fueron Blackburn y Susan quienes intercambiaron miradas ahora.

Blackburn aferró el hombro de Fitz y lo empujó entre la concurrencia, hacia Adorna.

Librodot

-No tengo tiempo para esto. Tú, limítate a protegerla y déjate de fanfarronear.

-¡Hablo en serio!

Susan los seguía, avanzando con su habitual compostura. -Fitz, no puedes proponerme matrimonio sin confesar que has estado haciéndolo por mi dinero.

Fitz forcejeó para soltarse y dijo:

-Lo he dicho en serio. Anoche hablé con Sainte-Amand al respecto.

-¿Cuál es tu primera tarea? -preguntó Blackburn.

-No me asignaron ninguna. Él tenía prisa por huir, de modo que yo...

Blackburn lo señaló.

-Tú fuiste quien convenció a Sainte-Amand de que iban a arrestar al hombre equivocado, ¿no es así? Tú le aseguraste que no corría peligro si se quedaba.

La curiosidad impulsó a Fitz a preguntar: -¿Se quedó?

-Fue arrestado esta mañana -contestó Blackburn, con las manos en las caderas; en tono irónico, añadió-: Eres un asqueroso traidor, Fitz.

Con su habitual hieratismo, Susan dijo: -Confías demasiado en Fitz.

-Por supuesto. Es mi amigo.

-Y Jane es tu esposa.

Blackburn la miró, inexpresivo. Luego, se volvió hacia Fitz. -Tú protege a Adorna y yo te daré la mano de mi hermana en matrimonio -ordenó.

Mientras se alejaba, Susan exhaló:

-A la larga, el hombre acaba por comprender.

Blackburn, empujado por una creciente sensación de ansiedad, espoleó vivamente a sus caballos tordos. ¿Qué sentido tenía que él vigilase a Adorna si podía elegir entre cien caballeros que lo harían con gusto sólo con sugerírselo? Si no era un pretendiente, podían ser los Tarlin, o Fitz y Susan, o incluso el viejo vizconde de Ruskin, que se había sentado no lejos de la muchacha con una sonrisa juguetona en los labios.

Su lugar estaba en su hogar, hablando con Jane, tratando de que lo escuchara, obligándola a entender qué había hecho él y por qué. Explicándole por qué había confiado en Fitz, ese voluble seductor, y no en ella.

Librodot

Aunque eso último seria un poco difícil de explicar, dado que él mismo no lo entendía. Sospechaba que tendría cierta relación con sus emociones, que le habrían inducido a sospechar por el modo en que influían sobre su razón. Había jurado defender a Inglaterra, pero ese incómodo lazo romántico que había creado con Jane estaba entrometiéndose, distrayéndolo de su deber, modificando sus opiniones.

Había sabido de hombres tan enloquecidos por el amor que habían traicionado familia, hogar y patria; un Quincy no podía sucumbir a tan extravagante sentimiento.

Pero eso era precisamente lo que él había hecho.

Se había casado con ella creyéndola una espía, consciente de haber contaminado su linaje al hacerlo, y pensando que nada de eso importaba en tanto él pudiese protegerla de la horca.

Después, había pensado que ella estaría impresionada con su aparente sacrificio.

Maldición. ¡Qué imbécil había sido!

Blackburn detuvo el coche ante su casa, entregó las riendas al mozo de establo y entró en la casa. Los criados iban y venían sin rumbo y, al verlo, lo miraron atemorizados.

Blackburn apretó los dientes: ¿por qué se acobardaban? -¿Dónde está la señora? -preguntó al mayordomo. La peluca de Whent estaba ladeada sobre su cabeza, y le temblaban las manos.

-Milord, no lo sabemos. -¿Cómo que no lo saben?

-Estaba en la biblioteca. Recibió a un visitante. ¡Y al parecer salieron los dos por la puerta del jardín!

-¿Un visitante? -No era posible que eso estuviera sucediendo-. ¿Quién?

-Lord Athowe, milord -repuso Whent, en tono quebroso-. Milord, ¿adónde va?

Blackburn corrió de vuelta a la calle y buscó a su pequeña centinela. No estaba en su posición acostumbrada, en el cruce, y su escoba estaba tirada donde había caído.

-¡Wiggens! -gritó-. ¿Dónde estás?

Oyó a lo lejos una débil voz que llamaba; luego, otra vez; ahora, un poco mas cerca. Los tacones de sus botas repiqueteaban sobre los adoquines mientras corría hacia la esquina. Al llegar, miró alrededor, desorientado.

A cierta distancia en la calle, con el brazo apretado a la cintura, cojeaba Wiggens.

Librodot

-¡Wiggens! -¿Athowe habría sido capaz de hacerle daño? Blackburn decidió agregar eso en la factura. Corrió hacia la niña y la alzó en brazos. No era más que piel y huesos-. ¿Que ha pasado?

-Ese condenado se llevó a lady Blackburn por el callejón, aunque ella luchaba con bastante fiereza. -Cada inspiración y exhalación eran un esfuerzo para la niña, y su rostro flaco estaba demacrado por la fatiga-. Yo grité y corrí tras ellos, pero él la metió en el carruaje antes de que pudiera detenerlo. Luego, corrí tras el coche hasta que ya no pude más. Pero los perdí. Lo siento, milord. Le he fallado.

-Eso no importa. -Blackburn se dirigió hacia su puerta abierta y subió la escalinata-. No podías alcanzar a los caballos. ¿En qué dirección se fueron?

-No pude alcanzarlos -repitió Wiggens. En sus pestañas brillaban las lágrimas-. Pero tengo algo para usted. -Metió la mano entre sus ropas mugrientas, sacó una hoja de papel y la desplegó ante los ojos de Blackburn-. Milady la dejó caer por la ventana, ¿Significa algo, milord?

Mientras entraba, Blackburn entregó a Wiggens al mayordomo que aguardaba y cogió el papel. Era un dibujo de Jane que representaba unos barcos en mar abierto. Se quedó mirándolo, y se preguntó si...

-Milord -Whent tenía a Wiggens en sus brazos, y los dos tenían expresión de disgusto-. ¿Qué debo hacer con esta pilluela?

-Yo no soy ninguna pilluela -protestó Wiggens-. ¡Soy inglesa, igual que usted!

Blackburn perforó a Whent con la mirada.

-Que se dé un buen baño -ordenó-. Consígale ropa limpia y déle toda la comida que desee.

-¡Un baño! -chilló Wiggens.

Sin hacer caso de la pelea que acababa de estallar, Blackburn corrió hacia la biblioteca. Allí, en el suelo, junto a la puerta, había otra hoja de papel. Quizá... La levantó y entonces lo vio: Athowe, con colmillos y pelos. Echó un vistazo hacia el patio y, por la puerta abierta, vio otro.

Jane le había dejado pistas para que pudiera seguirla.

Librodot

Capitulo 31

-Jane. ¿Puedo llamarla Jane?

Athowe sonreía con afabilidad por encima del cañón de la pequeña pistola con que la apuntaba.

-Preferiría que no lo hiciera.

-Jane -insistió él, intencionadamente-. Salga del coche, ahora.

Su cochero mantuvo la puerta abierta; al parecer, no encontraba nada insólito en aquella situación. Lo más probable era que no lo hiciera, teniendo en cuenta que hacía tiempo que trabajaba para Athowe.

Jane descendió lentamente un peldaño, luego pisó la inmundicia de la calle.

El Támesis fluía, pestilente por la basura, lamiendo el muelle que avanzaba sobre el río. El barco amarrado allí se balanceaba suavemente; la planchada estaba apoyada en el extremo del muelle, esperando a que Jane y Athowe subieran a bordo.

Jane echó una mirada atrás y vio que no tenía posibilidades de escapar. Athowe llevaba consigo la pistola con que la apuntaba en el coche, y no había desviado un ápice el cañón desde entonces.

Miró hacia delante y observó el agua teñida de rojo por el sol poniente, preguntándose si sobreviviría a una zambullida. Quizá no. Si se arrojaba al río y él le disparaba, aun cuando de algún modo lograra sobrevivir a la herida, lo más probable era que el hedor de las aguas residuales la asfixiara.

Pero, si no se zambullía... Tragó saliva pensando en la planchada. Si no se lanzaba al río quedaría encerrada en un barco con lord Athowe, un sujeto enloquecido por la codicia y que albergaba deseos lascivos hacia ella, una idea que sólo le provocaba repulsión.

-Usted sólo me quiere porque se siente culpable, ¿sabe? -alegó ella en tono de conversación, al tiempo que dejaba caer otro dibujo y lo pisoteaba, hundiéndolo en el barro-. Se siente avergonzado de haber huido cuando yo más necesitaba de su presencia.

-Eso es verdad -repuso Athowe, amable porque creía estar saliéndose con la suya-. Y pienso repararlo a mi modo, llevándola conmigo a Italia.

-No quiero ir a Italia -dijo Jane, con la sensación de que lo repetía por centésima vez.

Librodot

-Conmigo. -El cañón de la pistola se apretó en la espalda de la mujer-. Supongo que sí le agradaría ir con Blackburn.

-Él es mi esposo. Creo que sería lo más apropiado. Tal vez usted podría ir con Frederica y nos haríamos mutua compañía. Dos parejas que disfrutan de los paisajes, de los monumentos…

Pisó el muelle sin saber qué hacer, sin saber cómo dar fin a aquella situación.

-No sea estúpida. Un Quincy jamás visitaría Italia para ver obras de arte. Un Quincy jamás permitiría que su esposa pintase. Y, por cierto, este Quincy en particular nunca permitiría que se dedicara usted a la escultura. -El cañón se hundió un poco más-. ¿Lo haría, Jane? ¿Lo haría?

Sin lugar a dudas, Blackburn no lo haría. En realidad no quería volver… o no creía que pudiera volver a una vida que ahogaba cada uno de sus impulsos creativos. Necesitaba pintar, esculpir, dibujar con toda la pasión que su corazón atesoraba.

Tras ella, Athowe rió entre dientes.

-Lo sabía -dijo-. El marqués de Blackburn no tiene un solo hueso que no sea convencional en todo su pesado cuerpo. Vamos, dése prisa. Tenemos que aprovechar la marea.

Jane dejó caer otro dibujo y lo pisó de modo que se clavara en uno de los clavos que sobresalía de la madera podrida.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Athowe, irritado, recogiendo el papel-. ¿Acaso cree que Blackburn encontrará esto? -Lo estrujó en la mano-. Él no va a seguirla como un ave tras un gusano robado. La abandonará sin escrúpulos.

Aunque Jane era consciente de que tenía ante sí un futuro tan sombrío como las aguas del Támesis, sabía que podía replicar a aquella afirmación. Se volvió de cara a Athowe y le dijo:

-Me temo que ha confundido a mi marido con usted mismo.

El rostro regordete del hombre enrojeció.

-¿Qué quiere decir?

-Usted me abandonó sin escrúpulos. Mi marido jamás entregaría a su esposa.

Desde la punta del muelle llegó una voz familiar: -Estás en lo cierto, Jane.

Jane y Athowe se giraron de golpe y vieron a Blackburn con los puños cerrados, la cabeza baja y la boca apretada. Tenía el aspecto del hombre al que le han arrebatado su más preciada posesión, de un toro a punto de embestir.

Librodot

-Athowe, voy a matarte.

Su voz gutural contenía una amenaza que hizo encogerse a Athowe, y lo llevó a manotear a Jane con desesperada violencia.

Jane lo eludió y lo golpeó en el costado de la cabeza con el filo de su amada carpeta. El ruido del cuero sonó hueco contra el cráneo del hombre, y lo hizo tambalearse de costado.

Ella se volvió rápidamente y lo empujó con el hombro. La pistola resbaló de la mano del hombre y cayó al río.

Jane jamás había oído una salpicadura que le diese más satisfacción.

-¡Maldita, condenada mujer!

El puño de Athowe se disparó hacia el vientre de Jane. Pero antes de que la alcanzara, Blackburn cayó sobre Athowe, y los dos hombres rodaron por el suelo.

Jane rodó junto a ellos. El ruido sordo de los puñetazos y los quejidos de dolor sonaban demasiado cerca. Desesperada, se arrastró hasta el extremo del muelle, alejándose de la pelea. De Athowe y su locura. De Blackburn, de su estúpida desconfianza, de su injustificada soberbia.

Bueno, seguro que Blackburn ganaría la pelea. Jane lo sabía. Nadie conocía tan bien como ella su fuerza y su musculatura. Golpearía al robusto Athowe hasta dejarlo sin sentido. Con facilidad. Sin duda.

¿Por qué estaba mirando hacia atrás, entonces? Athowe lanzó un golpe al ojo de Blackburn, y Jane estuvo a punto de precipitarse a ayudar a su marido. Pero luego, repetidos golpes de Blackburn hicieron que brotara sangre de la nariz de Athowe, y ella recuperó la sensatez.

Sí, Blackburn vencería. Blackburn ganaba cualquier combate en el que tomaba parte. Y Jane quería de verdad que ganara ése. Aunque, de todos modos, estaba cansada de ser la oponente derrotada. Se puso de pie y empezó a recoger sus dibujos.

A sus espaldas, el ritmo constante de los golpes acompañaba su búsqueda. Con voz ahogada, Athowe pedía piedad. Jane trató de no escuchar. Por fin, dejó de oírlo, y una gran salpicadura resonó bajo el muelle.

Cuando levantó la vista, no la sorprendió ver a Blackburn con los puños apretados y ensangrentados, en el borde del muelle, contemplando el agua sucia.

Había vencido, tal como ella había vaticinado.

-Ransom -dijo mientras alisaba las arrugas de uno de sus dibujos-, no saltes tras él. Si lo hicieras, no podrías quitarte la suciedad durante meses.

-Ese canalla ha escapado. Saltó. -Al tiempo que hablaba, la furia fue desapareciendo de su mirada, reemplazada por la preocupación y la cautela-. ¿Te ha hecho daño?

-No, si bien, para mi gusto, fue un poco demasiado insistente con esa pistola.

-Sí.

La voz de Ransom sonaba rara, ahogada y trémula.

Jane la atribuyó al dolor, y contuvo las ansias de acercarse a él, vendarle las heridas y darle el consuelo que una mujer debería brindar a un luchador.

-¿Jane?

Jane pensó que él lo había hecho lo mejor posible para demostrar su súplica. Pero aun así resistió.

-¿Qué?

Él suspiró.

-¡Oh, Jane!

Blackburn caminó hasta el borde del muelle y llamó a sus criados. Éstos se acercaron corriendo, y él les ordenó:

-Cuando lord Athowe llegue a la orilla, deberán sacarlo y amarrarlo. Yo enviaré a alguien a buscarlo.

Los criados se precipitaron a obedecer sus órdenes.

Jane los ignoró y se concentró en el desgarrado y embarrado dibujo del Virgznia Belle, lamentando su perdida belleza. Por supuesto, podría volver a hacerlo; pero jamás estaría imbuido del mismo sentimiento. Cualquiera que fuese la emoción que la embargase cuando trabajaba, se mostraba a través del pincel y no podía repetirse. Ella era una artista. ¡Una artista! Nada podría cambiar eso, jamás.

-Jane, seguí tus dibujos hasta aquí. Los tengo en el coche.

Blackburn avanzó lentamente hacia ella, con cautela, como si ella fuese a huir si él se acercaba demasiado.

Pero, ¿por qué huiría de él? No era tan importante para ella.

Italia era importante para ella. Italia la llamaba, tironeaba de ella como la corriente del río. Si ella iba a Italia, podría ver las grandes obras de arte, tocarlas, captar su aliento y recibir su inspiración. Si iba a Italia, podría crecer como artista y envejecer sin la amargura de imaginar lo que podría haber sido.

-Fue muy inteligente por tu parte pensar en dejar caer los dibujos. -Blackburn interrumpió su ensueño, invadiéndole con una nota de indeseada realidad, instándole a vivir el momento-. Ahora nos iremos a casa antes de que el sol se oculte del todo, ¿no?

Pero el sueño seguía allí, y podía convertirse en realidad.

Y la realidad estaba allí. La realidad era Blackburn. Jane levantó la mirada y lo escudriñó abiertamente.

Era apuesto. Su primer enamoramiento la había guiado hacia la verdad. Ese hombre avanzaba por la vida e iba despojándose de capas de estudiada elegancia, y cada vez revelaba una nueva forma, más brillante y más noble. Las magulladuras no podían arruinar la estructura básica; más bien, le conferían carácter.

Jane miró el barco. Tenía la pintura estropeada. Sus velas colgaban marchitas. La planchada se arqueaba. Y aun así, tenía el atractivo de lo desconocido, de lo que no ha sido probado. Podría embarcarse en ese barco y dejar atrás la desilusión y el dolor.

Blackburn la tocó, tratando de llamar su atención de nuevo. -Esta zona no es segura después del anochecer.

Jane volvió su rostro hacia la brisa y gozó del perfume de la libertad. ¿Qué importaba que se asemejara al olor del Támesis? Por lo menos, no apestaba a expectativas frustradas y esperanzas destruidas.

Tomó una decisión.

-Estoy aquí. Estoy en el puerto. Aquí hay un barco. Zarpa para Europa, y es allí donde quiero estar.

-Jane.

Sabía que Blackburn estaba observándola, tratando de decidir cómo convencerla de que se quedara. ¿Por qué? Porque si su esposa lo abandonaba, él sufriría una terrible humillación desde luego. Porque tal vez sintiera cierto afecto por ella. Y porque estaba presionado por la lujuria, por supuesto.

Sin embargo, esos motivos eran insignificantes comparados con las necesidades de ella. Y él encontraría otra mujer pronto. Cuando ella se fuera las mujeres harían cola para consolarlo. Ese pensamiento le causaría una punzada de algo que podría calificarse de celos... si a ella le importase él.

Volvió a concentrarse en sí misma, en su arte, en Italia.

Blackburn era la antigua vida, la vida que ella dejaría atrás. Además, le traía sin cuidado lo que él pensara de sus grandes planes.

Librodot

-Viviré la vida con la que siempre he soñado -dijo-. Me marcharé de Inglaterra. Deberías alegrarte de eso.

-No.

Jane no le hizo caso. Era demasiado tarde para expresiones de falso arrepentimiento.

-Iré a Roma y estudiaré arte. Pintaré en la calle, fingiré acento italiano y venderé mis pinturas a los turistas ingleses.

-Jane, por favor.

Su voz sonaba desesperada, pero no era algo en lo que ella pudiese confiar. Era un fuego fatuo, un capricho.

-Será una existencia precaria, pero no será peor que ganarme la vida como institutriz.

-No tienes por qué ser ninguna institutriz. Eres la marquesa de Blackburn.

Jane no prestó oídos a esa desagradable verdad.

-Y mucho más satisfactoria, diría yo. Tengo ganas de empezar, cuanto antes.

-Jane.

Resuelta, Jane seguía sin mirarlo, con toda su atención concentrada en el barco. Los hombres preparaban la maniobra. El capitán gritaba sus órdenes. Las tablas crujían al ritmo del balanceo del barco en la corriente y, bajo los pies de Jane, la misma corriente golpeaba el muelle.

Lo haría. Dejaría Inglaterra en ese barco y no volvería jamás. Durante un instante fugaz y luminoso, tuvo otra vez dieciocho años, cuando enfrentar lo desconocido significaba aventura y cuando toda su vida se extendía delante de ella.

Levantó el mentón, tomó una bocanada de aire y sonrió.

Y Blackburn dijo:

-Jane, por favor, perdóname.

Esas palabras, totalmente inesperadas, hicieron que se volviera. Durante apenas un segundo desapareció de su vista.

Y entonces lo vio, arrodillado. De rodillas, con sus pantalones de corte impecable sobre las mugrientas y astilladas tablas del muelle, bajando la cabeza en señal de súplica.

-Por favor, Jane, escúchame. No merecías que sospechara de ti.

Estaba de rodillas, con toda la apariencia de un suplicante. Era… era más de lo que ella podía haber imaginado.

Aun así, él seguía sin comprender. Y ella no debía intentar explicárselo. Simplemente, tenía que marcharse.

En cambio, contra su voluntad, confesó:

-No fue tu sospecha lo que me enfureció. Fue tu condescendencia.

-Sí, tienes razón. No me porté bien.

Por alguna razón, esa singular admisión no alivió la presión que Jane sentía dentro de sí. La cólera bulló en ella provocándole deseos de gritar, de patear, de golpearlo con sus puños.

Pero ella era Jane, y no haría nada de eso. Ya lo había hecho una vez en su dormitorio, y no había servido para que él entendiera ni para que ella se sintiera mejor. Simplemente, se limitaría a subir a ese barco.

Embarcarse.

Sus manos se crisparon con los puños cerrados, aunque notó con orgullo que su voz sonaba firme y bastante fría.

-No soy noble ni rica, pero tengo más carácter y más talento en mi dedo meñique de los que tú tienes en todo tu ser.

-Lo sé.

-Creíste que era una espía.

Ransom seguía con la cabeza baja; Jane supuso que debía ser para ocultar su habitual mueca de horrible superioridad. Se había arrodillado ante ella, pero no para suplicar sino porque aquél era el mejor modo de evitar la ignominia.

-Te atreviste a suponer que yo me sentiría agradecida de que de todos modos te hubieras casado conmigo -acusó.

-Fui un imbécil.

Al fin, levantó la vista hacia ella.

Y cuando Jane contempló el cielo nocturno de sus ojos, comprendió lo desatinado de sus propias conjeturas. Blackburn no estaba de rodillas porque fuese la forma más fácil de recuperarla. En el momento que hubiera querido, podría haberla levantado en sus brazos y habérsela llevado al coche, forzándola en lugar de implorarle. Podría retenerla prisionera en su casa, acogiéndose a la ley inglesa, que se lo permitiría por ser ella su esposa.

No, no estaba arrodillado porque no tuviese otro recurso. Esa exhibición pública de humildad era una tortura para él. Odiaba esa actitud con cada fibra de su ser. Estaba sacudido por la humillación; quería ponerse de pie y gritar sus antecedentes, su orgullo y su valía. Y, sin embargo, por ella, se arrodillaba en el

Librodot

muelle, delante de sus criados, delante de las prostitutas que pasaban por la calle, delante de los marineros del barco.

Y suplicaba:

-Jane, por favor, no quiero que te marches. Me casé contigo pensando que eras una espía, pero ¿no te has preguntado por qué? Ya había huido de ti antes y no podía volver a hacerlo. Me habías ligado a ti con tu sabiduría y con el modo en que te mueves, como un buen caballo; cuando sonríes yo comprendo que no lo haces muy a menudo y siento deseos de hacerte sonreír... de encontrar algo que te haga sonreír.

Una magulladura de intenso color púrpura le hinchaba la frente, y tenía la barbilla manchada de tierra. Los cabellos embarcados sobresalían de su frente como flechas, y ni su esmerado ayuda de cámara podría recuperar su corbata. Estaba acalorado y desaliñado.

Irradiaba hermosura.

-Si quieres vivir en Roma y pintar en las calles, lo haremos untos. -Se movió nerviosamente, haciendo evidente que las tablas no eran demasiado cómodas para sus rodillas-. Juntos, Jane. Lo conseguiremos. No creo que yo pueda pintar, pero quizá pueda cantar o...

-Bailas bien -lo interrumpió Jane.

«¡Imbécil! ¿Por qué he contestado?»

-Bailar. Sí. -Bajó la vista hacia las manos de ella, y así advirtió que ya no tenía los puños apretados-. ¿Crees que los turistas dejarán caer una moneda en mi sombrero?

«Tonta mujer, estás ablandándote.»

-Yo arrojaría un penique en tu sombrero si te viera bailar. -¿Lo harías, Jane?

Blackburn levantó la vista y la miró con esos ojos extraordinariamente azules. En cualquier otro hombre, ella habría dicho que esa expresión significaba una cosa. En cualquier otro hombre, significaría que, para él, ella era el ideal de perfección.

-O podrías quedarte conmigo en Inglaterra, sacar ventaja de mi verdadero y sincero remordimiento. Jane, en verdad lo siento tanto. Podrías permitirme que construya para ti el mejor estudio que pueda desear un artista.

También lo haría. Había algo de lo que podía estar segura: un Quincy siempre cumplía su palabra.

Seguramente, se había quedado callada demasiado tiempo, pues él aferró su falda.

-No sólo un estudio. Uno en cada casa. Tendrás todo el equipo que desees, y un maestro. Incluso un profesor de arte francés.

Jane pensó en la gloriosa escultura a medio hacer que había quedado en la casa de los Tarlin y preguntó:

-¿Posarías para mí?

-Ningún otro lo hará.

A Jane le escocieron los dedos con ese impulso de deseo. Si pudiera modelarlo a él en barro una sola vez más...

Quizá él lo hubiera visto. Tal vez adivinara que la victoria estaba a su alcance. Pero bajó la cabeza una vez más.

-Por favor, Jane. Perdóname.

La mano de Jane se extendió involuntariamente hacia la despeinada coronilla de Blackburn.

En ese momento, recordó. Aquel primer rechazo humillante. Los años de pobreza y soledad. Su altanero comportamiento al verla a ella con Adorna por primera vez. Sus atenciones, su seducción y su matrimonio. Un matrimonio que no se había realizado porque él la deseara o la adorase, como ella había esperado para sus adentros, sino porque la necesitaba para distraer a los franceses y a toda la buena sociedad de su auténtico objetivo.

Su mano se curvó, temblorosa. Sus tendones se tensaron. La mano empezó a cerrarse.

-Jane -susurró él-, te amo.

La amaba. ¿Lo amaba ella?

Oh, ciertamente. ¿Y qué?

Se miró la mano, las venas, los huesos cubiertos por la piel fina que el esfuerzo hacía palidecer. Si la abría y apoyaba la palma sobre la cabeza de él, si le concedía su perdón por lo que debía ser la traición más cruel que una mujer puede sufrir, era porque ella estaba loca.

O enamorada.

¿Lo estaba? ¿Estaba enamorada de Blackburn? ¿No como una niña adoradora ni como una adulta agradecida, sino en verdad enamorada?

Lenta, gradualmente, su puño se abrió.

Librodot

Sí. Estaba enamorada. Enamorada de un Blackburn que había perdido ante sus ojos todo aspecto ilusorio y, aun así, seguía siendo su ideal.-

Puso su mano sobre él.

Blackburn levantó su cabeza gacha y la mano de Jane se deslizó por su mejilla. No había ninguna expresión humilde en su rostro, ni feliz; no traslucía ninguna de esas emociones inferiores. Más bien, tenía las narices dilatadas y los dientes al descubierto; era el epítome del salvaje capaz de apoderarse de lo que deseara.

Y la deseaba a ella.

Blackburn se puso de pie, le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí, cuerpo con cuerpo y alma con alma. Sus palabras sonaron como un blando gruñido en los labios de Jane:

-Mujer, me las pagarás por haberme hecho esperar.

La besó, con un beso suave y explícito que prometía y pedía al mismo tiempo. En tanto Jane fue capaz de pensar, llegó a la conclusión de que, sin duda, sus besos la predisponían en favor de él. Además de eso, la sensación de sus fuertes hombros en sus manos; y el modo en que la abrazaba, como si ella fuese tan preciosa y delicada como la porcelana, aunque ella supiera que era tan fuerte como un cuenco de arcilla...

Cuando se separaron, Jane oyó unos gritos apagados. Al abrir los ojos, vio que la tripulación del barco se asomaba por encima de la borda, gritando soeces expresiones de ánimo a los amantes.

-¡Qué vergüenza! -dijo, en un susurro.

-¿Qué?

Blackburn se inclinó, apoyó su hombro en el vientre de la mujer y la levantó de tal modo que ella quedó como si fuera una bufanda en su cuello.

Los gritos se redoblaron mientras él caminaba por el muelle. Jane levantó la cabeza y saludó alegremente con la mano a los del barco.

-También dejaré que hagas la escultura de nuestros hijos -dijo él.

-¿Llamaremos Figgy al mayor?

Blackburn no se detuvo.

-No. Pero no permitiré que ningún otro pose para ti. Sobre todo, teniendo en cuenta que tienes la inquietante tendencia a modelar cuerpos desnudos.

Jane descubrió una veta maliciosa, hasta entonces inexplorada, y no pudo resistir la tentación:

-No puedes detener mi imaginación.

Blackburn se detuvo.

-Jane…

Su voz sonó incierta, con una nota de inseguridad. Jane comprobó que eso no le había gustado. Por eso dijo en tono plácido:

-Tú eres el único a quien quería modelar desnudo. -¿De verdad?

Él echó a andar otra vez.

-Si posas para mí, cuando lleguemos a casa podré terminar una escultura.

-Posaré para ti. -La puso sobre sus pies, y exhibió para ella esa sonrisa con la que ella había soñado toda su vida-. Siempre y cuando dejes que te limpie el barro después.

Jane se dijo cuenta de que ese matrimonio funcionaría realmente muy bien.